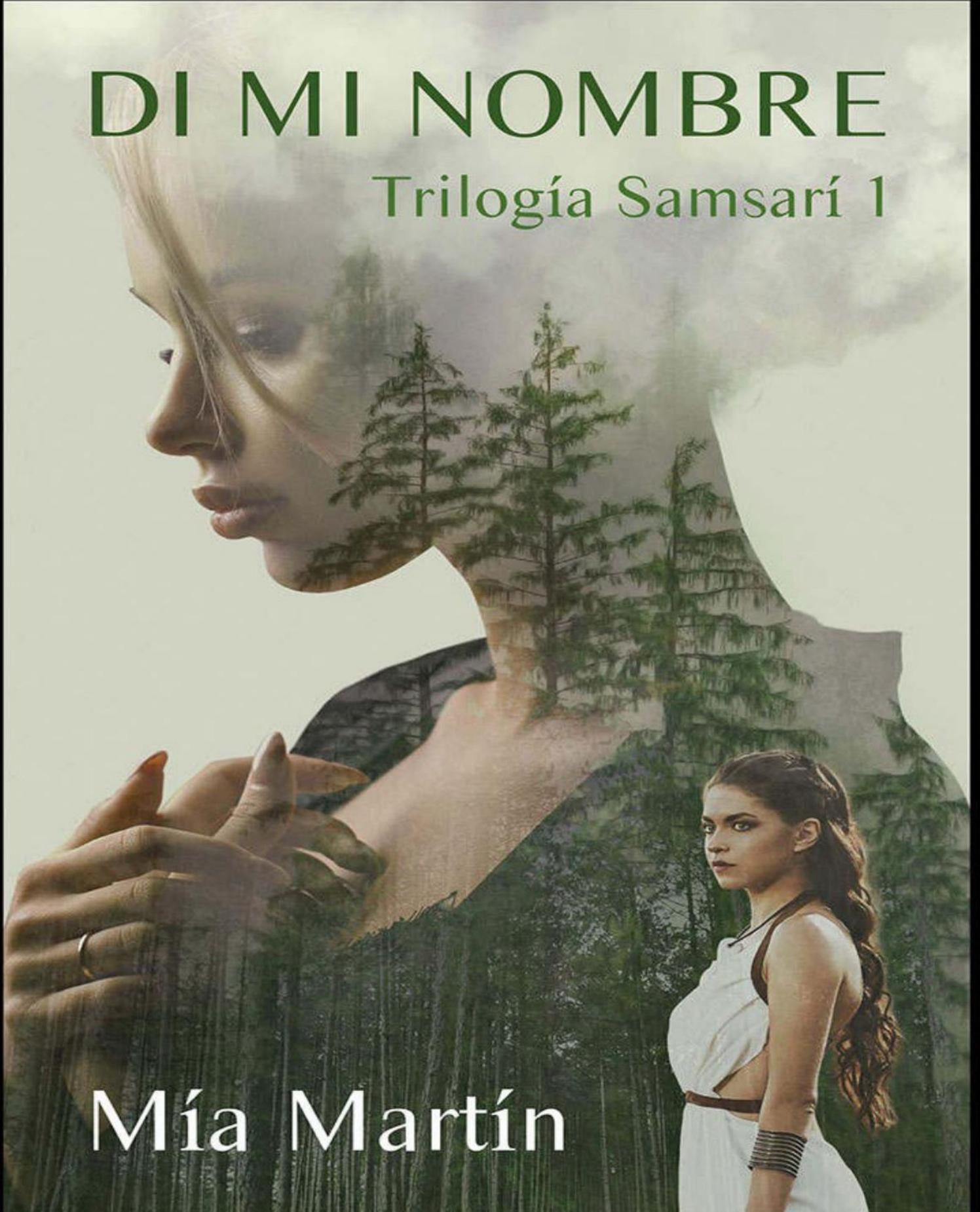


Selecta

DI MI NOMBRE

Trilogía Samsarí 1

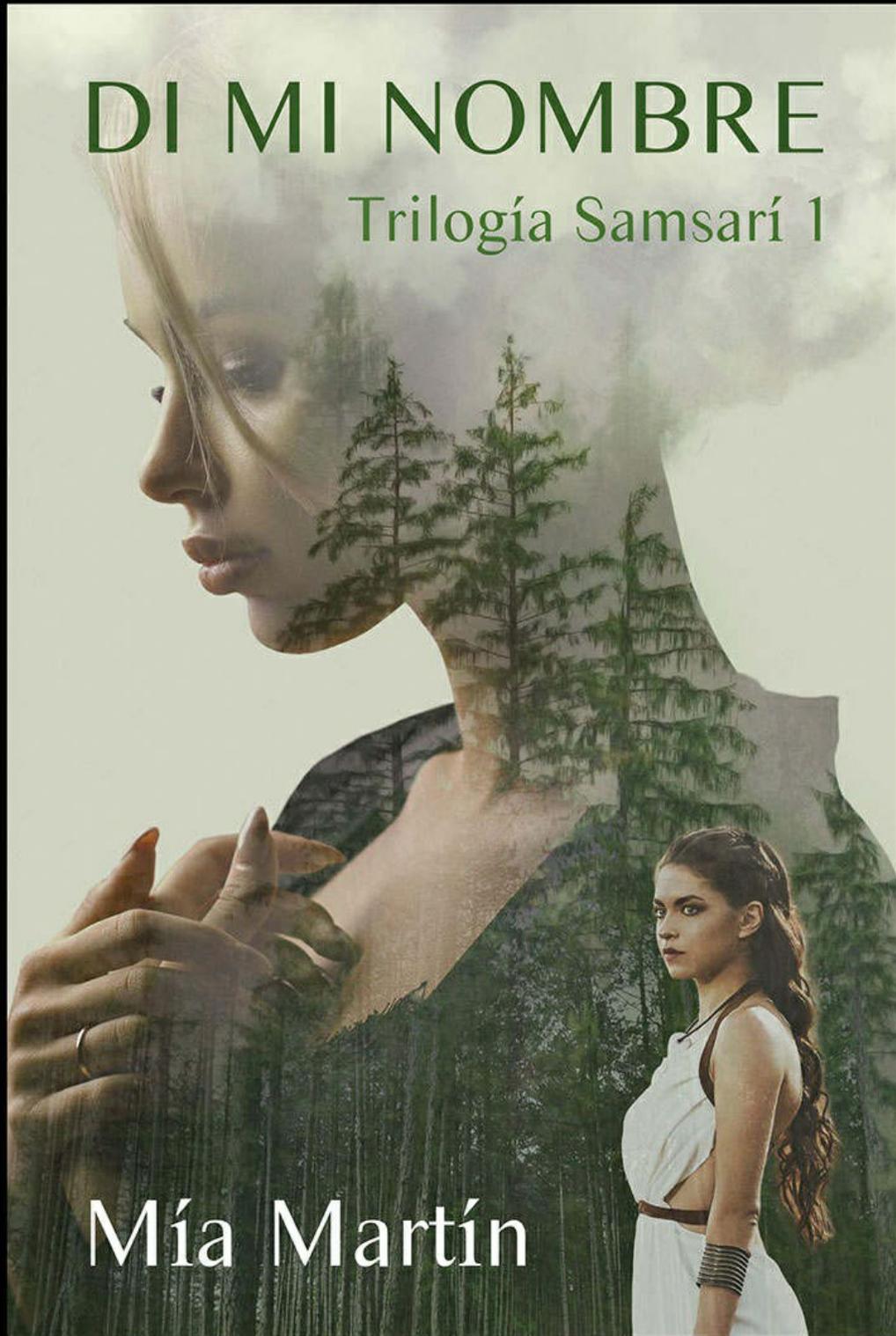
Mía Martín



Selecta

DI MI NOMBRE

Trilogía Samsarí 1



Mía Martín

Selecta

Di mi nombre

Trilogía Samsarí 1

Mía Martín

megustaleer



Penguin
Random House
Grupo Editorial

SÍGUENOS EN

[@megustaleerebooks](#)

[@megustaleer](#)

[@megustaleer](#)

Para Emma.

Aún eres muy pequeña para comprender
y yo sigo siendo demasiado torpe
para explicar lo que tu llegada al mundo
significó para mí. Te amo.

Si el hombre pudiera decir lo que ama, si el hombre pudiera levantar su amor
por el cielo como una nube en la luz;
sí, como muros que se derrumban,
para saludar la verdad erguida en medio, pudiera derrumbar su cuerpo,
dejando solo la verdad de su amor, la verdad de sí mismo, que no se llama
gloria, fortuna o ambición, sino amor o deseo,
yo sería aquel que imaginaba;
aquel que, con su lengua, sus ojos y sus manos
proclama ante los hombres la verdad ignorada, la verdad de su amor
verdadero.

Luis Cernuda

Un río, un amor: Los placeres prohibidos

Deixo, deuses atrás a fama antiga,

que co a gente de Rómulo alcançaran,

quando com Viriato, na inimiga guerra romana,

tanto se afamaram.

*Dejo, dioses, la fama que no exigua,
sobre la grey de Rómulo alcanzaron
cuando con su Viriato,
en esa antigua guerra romana, se afanaron.*

Luis Vaz de Camoês. Os Lusíadas

Canto I, 26

Prólogo

Licinia despertó sobresaltada. Los ojos abiertos de par en par. Galba las había descubierto. Ese fue el primer pensamiento que le sobrevino. Se incorporó en su estrecho camastro y, aterrada, miró a su alrededor. Recordó que habían llegado pocas horas atrás al campamento erigido en un enriscado promontorio junto al río Anas.

Bajo el amparo de la noche, el sexto día antes de las calendas de abril, ella y su esclava favorita, Brisia, habían huido de la casa de su esposo, vestidas de campesinas, embozadas en capuchas de una tela burda y oscura para evitar que nadie las reconociera. Brisia les había conseguido una carreta y dos viejas mulas. Uno de sus sirvientes más fieles las escoltaría. Habían bordeado el Baetis río arriba, dejando atrás la ciudad de Ilipa , ahora conocida como Itálica y sus enormes calles, suaves arboledas y pastos llanos, hasta

adentrarse en una zona desconocida, agreste y selvática dominada por los enemigos de Roma, donde su padre combatía a los rebeldes.

La algarabía que habían formado los hombres en el exterior y el insoportable zumbido de la *buccina* la espabilaron del todo. Gracias a la pálida luz que esparcía la pequeña lucerna —situada en una mesa cercana que había dejado prendida antes de irse a dormir—, distinguió a su joven esclava. La muchacha, a los pies del lecho, oraba de rodillas y con los brazos extendidos. Suplicaba, entre incontrolables accesos de llanto, la misericordia de los dioses. El sonido de la corneta, agudo y vibrante, parecía extenderse a través del aire y retumbar en el interior de su cabeza. Le estaba crispando los nervios. Mandó callar a su esclava con un siseo, abandonó el lecho y tomó la *stola* que siempre dejaba a los pies de su cama. Se cubrió con ella y ató los cordones de la prenda a las apuradas mientras caminaba hasta la entrada de la tienda. Echó a un lado la pesada lona de cuero y escudriñó con ojos achinados el entorno. Lo que descubrió la dejó paralizada. El temor penetró en cada poro de su piel, le formó una bola en el estómago y le trepó por la garganta hasta cortarle la respiración. Aterida por el miedo, negó con la cabeza.

En la lontananza, las llamas de las antorchas que portaban los hombres se elevaban como lenguas anaranjadas en la noche, dibujando en un cielo sin

estrellas espectrales figuras que parecían salidas del mismísimo tártaro. Un poderoso y atronador bramido azotó la noche. El campamento entero enmudeció. Los hombres irrumpieron sus frenéticas actividades. Los caballos de guerra, toscos y malhumorados, cesaron de relinchar y piafar. Todos elevaron sus miradas, horrorizados, como si temieran ver aparecer en el horizonte a una bestia gigante de ocho cabezas. A esa primera voz antinatural se le sumaron otras y luego miles de ellas. Envolvieron con su cántico infernal el fuerte militar. El ensordecedor rugido reverberaba en la quietud serena de esas horas de vigilia y helaba la sangre en las venas. El sonido era espeluznante.

Dejó caer la lona, sellando la tienda, y retrocedió varios pasos. Las rodillas se le aflojaron y se abrazó a sí misma. Con los ojos inundados de lágrimas, sin saber lo que debía hacer a continuación, ordenó a Brisia no moverse de allí.

Los atacaban.

Licina, que permanecía congelada a pocos pasos de la entrada, fue incapaz de detener a su esclava que, prorrumpiendo en alaridos, huyó presa de la histeria a su pequeño refugio. Ella había estirado los brazos en un vano intento por detenerla. Llegó demasiado tarde. Ahogando una maldición, abandonó la tienda y comenzó a gritar, llamándola.

Algunos de los soldados de su padre pasaron por su lado como una exhalación: unos, desnudos; otros, a medio vestir. Los oficiales vociferaban órdenes, los legionarios apurados se hacían con las armas y se ataban los cordones de sus armaduras y se acantonaban en orden de combate frente a la puerta pretoria. Nadie parecía reparar en su presencia. Licinia, con el corazón desbocado por el miedo y la conmoción por el revuelo de cuanto ocurría a su alrededor, echó a correr detrás de un grupo de hombres mientras buscaba sin cesar a Brisia. No se había percatado de que caminaba descalza y solo llevaba encima la ropa que usaba para dormir y la ligera *stola*. Cada tanto, se paraba para tomar aliento e inspeccionaba los rincones ocultos entre las sombras de los barracones de los soldados. Brisia podría haberse ocultado en alguna tienda, atemorizada.

La noche oscura quedó de pronto iluminada cuando enormes jabalinas prendidas fuego fueron arrojadas por los enemigos desde el otro lado de la empalizada. Varios puntos del campamento comenzaron a arder pocos segundos después, una vez que el fuego hizo blanco sobre las lonas de cuero. Se escuchaba en la distancia los gritos y alaridos de los hombres alcanzados por las llamas.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo de arriba abajo y el terror se instaló como una losa en su estómago cuando el muro este, elevado sobre el terreno

por enormes estacas de madera, fue derribado por los bárbaros. Los soldados, preparados para la batalla, contemplaban la escena con ojos desorbitados. Los escudos habían comenzado a sacudirse entre sus manos. Uno de ellos se encorvó, como si lo hubiera acometido un fuerte dolor estomacal, y vació sobre la tierra todo el contenido de su estómago.

En ese momento, la joven comprendió que tal vez no lograrían salir con vida de allí. Armándose de valor, giró sobre sus pies y se encaminó hasta el sector de los barracones. Necesitaba algo con lo que defenderse si uno de esos indígenas la atacaba. Desesperada, iba de tienda en tienda rebuscando entre las pertenencias de los hombres. Cerró los ojos y elevó una plegaría de agradecimiento a los dioses misericordiosos cuando distinguió el brillo metálico de un pequeño puñal: un *pugio* de esos que usaban los soldados de infantería, abandonado sobre la tierra apisonada. Lo recogió del suelo y apretó el arma contra su pecho. Salió de allí.

El caos estalló poco después.

Las hordas bárbaras penetraron en el campamento desde varios frentes al son de unos cuernos diabólicos y clamores de guerra. Vestían toscas pieles de osos. Extrañas pinturas de guerra deformaban sus rostros. Más que hombres parecían animales salvajes.

Licina, que se había mantenido expectante anhelando ver a los legionarios

romanos entrar en acción y hacer frente a los bárbaros, dio media vuelta aterrorizada y se lanzó en una carrera desesperada en dirección contraria.

Al doblar en un recodo del camino se topó con un contingente que avanzaba hacia ella. Reconoció a uno de ellos, el que iba al frente del grupo.

Un joven oficial al que su padre tenía en alta estima: Sila Sertorio. El alivio la hizo exclamar, le llenó el corazón de esperanza e inundó sus ojos de lágrimas.

—¡¡¡ *Domina* Licinia!!! ¿Cómo ha llegado hasta aquí? —exclamó el centurión tomándola por los hombros. Un gesto impropio bajo cualquier otra circunstancia, pero en el que ninguno reparó en ese momento de angustia—.

¡Debe abandonar el campamento con presteza!

—¿Sabe dónde está mi padre, Sertorio? Necesito localizarlo. No lo he visto desde que llegué. También a Brisia. ¿Ha visto a mi esclava? —Licinia hablaba de forma atropellada. Deseaba mantener la calma, sin embargo, no lograba hilvanar un solo pensamiento coherente—. La perdí un segundo de vista. No la encuentro. Abandonamos la tienda de forma precipitada. Estoy muy preocupada por ella... Y no sé dónde se encuentra, o si está asustada, o si ha podido pasarle algo...

Sertorio se pasó una mano por el negro y encrespado cabello. Hizo un gesto con la mano y los soldados inclinaron la cabeza, se alejaron y los dejaron solos.

—¿Cómo se le ocurre preocuparse de una esclava en este momento? —le preguntó exasperado—. Escúcheme con atención. ¡Mi señora! ¡Míreme y escúcheme! Tiene que abandonar este lugar. ¿Se hace una ligera idea de lo que podrían hacerle estos salvajes?

Licinia se limitaba a negar con la cabeza, esbozaba una mueca desolada que ensombrecía sus delicadas facciones y apretaba las manos contra el pecho. A Sertorio le conmovió descubrir un puñal que la joven aferraba con fuerza entre sus deditos. Sin entender muy bien el extraño impulso que lo dominó, la tomó entre sus brazos y la acunó contra su pecho, impresionado por la firme entereza que la joven patricia mostraba ante él. A pesar de no ser más que una jovencita, no había derramado una sola lágrima.

—Discúlpeme y no me haga caso. Mi señora, muerta de miedo, y yo que no hago más que decir tonterías. Me hago una idea de lo que habrá tenido que pasar. Tranquila, la sacaré de aquí. —Negó con la cabeza—. No comprendo por qué Galba le permitió viajar hasta este lugar. Debería estar en Itálica bajo su cuidado y protección.

Ella no tenía tiempo, mucho menos ánimo, para explicarle que se encontraba en ese campamento huyendo de su esposo. Casi se echó a reír por la paradoja en la que se había convertido su vida. Huía de un monstruo para terminar en las garras de otro peor. Licinia se alejó del oficial y lo miró

directo a los ojos.

—Por favor, se lo ruego, Sertorio. Ayúdeme a localizar a mi padre.

Sertorio, que no quería añadir otra preocupación más a la joven, se ahorró informarle que tanto su padre, el gobernador Lucio Licinio Lúculo, como el general Servio Sulpicio Galba habían sido cesados en sus cargos en la provincia con efecto inmediato. Tenían orden de presentarse frente al Tribunal permanente de concusión, una vez que pusieran un pie en Roma. En cambio, le dijo:

—Su padre no se encuentra aquí. Ayer por la tarde nos llegó un mensaje desde el norte.

Está de camino a Tarraco en este momento.

Licina se lo quedó mirando con la boca entreabierta. Las palabras la enfriaron de golpe. Había centrado todas sus esperanzas en hablar con su padre, hallar su tierno consuelo y ayuda, y ahora no sabía qué podría hacer, hacia dónde dirigirse.

Sertorio se alarmó al observar el drástico cambio operado en el semblante de la muchacha. Su rostro había perdido todo color. Los labios adoptaron un tono azulado y comenzaron a temblarle. Movido por el fuerte instinto de protección que ella le inspiraba, volvió a cobijarla entre sus brazos y, al tiempo que la acunaba, le chistaba en voz baja.

—Tranquila, señora mía, por favor no se inquiete. No dejaré que le pase nada. Venga conmigo. Quédese a mis espaldas y no se le ocurra hacer ningún movimiento sin que se lo diga. La sacaré de aquí.

Ella pareció recobrar el ánimo tras escuchar al oficial asegurarle que podrían salir con bien de ese horror. Decidió dejar de comportarse como una niña asustadiza. Tomó una honda inspiración, cuadró los hombros y asintió con firmeza. Los cabellos sueltos, tan largos que le cubrían el trasero, y negros como la misma noche, se movieron en todas direcciones.

Con férrea determinación se agarró al cinturón de su uniforme. Lo primero sería dar con Brisia y escapar de ese *pandemónium*, se dijo con valentía. Ya se preocuparía después por localizar a su padre.

Sertorio se fijó que la joven no había soltado el arma en ningún momento.

Miró al frente y dejó escapar un suspiro. La guio a través del campamento hasta la salida sur que aún no había sido tomada por los bárbaros. No le agradaba la idea en lo más mínimo. Sertorio era un hombre creyente. La puerta decumana era la puerta maldita por excelencia, solo era utilizada para conducir a aquellos soldados sometidos a suplicio, y justo hacia allí estaba llevando a esa joven tan valiente. Sacudió la cabeza para alejar los malos augurios. Se instó a concentrarse. De todas formas, no veía otra salida si quería mantenerla con vida. La dejaría al cuidado de unos cuantos soldados

leales a su padre que la alejarían de esa barbarie. Le quedaba la duda de hacia dónde dirigirlos, hasta el norte con su padre o de vuelta al sur, con su esposo.

El oficial avanzaba con precaución. Se mantenía atento a cualquier movimiento entre las sombras. Sostenía con firmeza una espada en su mano derecha y una pequeña daga, muy similar a la que llevaba la joven, en la izquierda. Creía que contaban con algunos minutos antes de que los bárbaros lusitanos accedieran hasta esa zona del campamento.

Cuando tomaban un callejón por la vía principal, para desde allí acceder a la salida, los detuvo un tumulto. Sertorio, mascullando un insulto, retrocedió varios pasos y los ocultó tras la lona de una tienda. Licinia chocó contra él, aunque no emitió sonido alguno. El hombre podía sentir la agitada respiración de la joven en su espalda.

Los bárbaros habían logrado llegar allí. Luchaban, cuerpo a cuerpo, contra un grupo de legionarios. Salir de ese campamento con vida se le antojó, en ese instante, una quimera. Se giró y estudió los alrededores. Elevó una plegaria a los dioses cuando descubrió una zanja bastante profunda unos pasos más allá. La tomó por el codo y la condujo hacia allí sin más demora.

Le hablaba con voz pausada buscando calmarla, también aliviar los remordimientos que él mismo experimentaba. La instó a descender por el agujero y agacharse, hasta que la joven quedó oculta de cualquier mirada. No

se sentía, en modo alguno, orgulloso de la decisión que había tomado.

Abandonarla y dejarla a merced de cualquiera de esos salvajes e, incluso, de sus propios soldados, parecía *a priori* un acto deleznable. Durante el fragor de una batalla se cometían muchos desmanes y los hombres dejaban de lado una fachada civilizada para dar paso a una naturaleza primitiva y salvaje. No obstante, Sertorio no veía otra salida. Si la mantenía con él, no podría defenderla. La única opción posible, tal cual estaban las cosas, era buscar ayuda.

—Licinia, tengo que dejarla aquí. Respire, por favor. Eso es, baje con cuidado. Le ruego que no se mueva de este lugar. Necesito pedir refuerzos. Le juro que vendré a por su señoría. Míreme y no llore. Es una mujer valiente. Quédese aquí escondida. Por lo que más quiera, por su vida, no se mueva de este escondrijo. Si alguien se acerca, sea quien sea, espere inmóvil. No grite porque puede alertar a otros. Espere quieta hasta que lo tenga encima y, en ese momento y no antes, le clava el puñal con todas sus fuerzas. Justo en el cuello. En ningún otro lugar, salvo en el cuello. Aquí —y le señaló con el dedo índice el punto exacto en la yugular donde debía hundir el arma—. ¿Me ha comprendido? Asienta si me ha comprendido. Repita lo que le he dicho.

—No me muevo bajo ningún concepto. Ataco a quien sea con el puñal. Me

espero hasta que lo tenga encima y se lo clavo en el cuello. ¿Sertorio?

—Dígame, mi señora.

—No sé si seré capaz de clavarle esto a nadie. Nunca he matado a nadie.

—Lo sé, pero cuando esté en juego su vida no le quedará más remedio. Es una joven muy valiente, recuérdelo en todo momento. Estoy asombrado. No ha derramado una sola lágrima.

La muchacha, que temblaba de pies a cabeza y aferraba con ambas manos el arma contra su pecho, dejó caer la cabeza y estalló en un llanto silencioso. Como si esas palabras hubieran accionado un resorte en su interior y abierto unas compuertas que habían permanecido bien selladas hasta ese momento.

—Volveré a por su señoría. No lo olvide. Quédese quieta y sin hacer ruido.

Licinia, con la cabeza gacha y una postura de hombros derrotados, asintió entre sorbidas de mocos que limpiaba en la manga de la delicada prenda que la cubría.

Cuando Sertorio se marchó, minutos después de confortarla, dejándola sola y expuesta, se sintió morir.

No supo cuánto tiempo transcurrió allí sentada, esperando, aterrada, sumida en miles de pensamientos funestos. Lloraba ya sin contención, aunque en silencio. Acechaba cualquier sonido de pasos. Iba a perder la razón.

Cualquier ruido la hacía estremecerse. El corazón le aporreaba en el pecho

descompasado. Parecía detenerse cuando escuchaba algún crujido del exterior, para luego volver a batir desahogado al comprobar que nadie venía a por ella. De ahí a que Sertorio apareciera para rescatarla —si es que ese hombre aparecía alguna vez—, ella ya habría muerto de mil maneras diferentes. La situación se le hizo insostenible. Sacó coraje y se puso de pie. Las rodillas se sacudían con violencia. Los oídos le pitaban. La visión se le tornaba borrosa por las lágrimas y todo le fastidiaba: su cobardía, que ese llanto inútil no le permitiera concentrarse e incluso el peso de su propia ropa le estorbaba. Cerró los ojos y respiró hondo buscando tranquilizarse. Permaneció inclinada, con la mejilla pegada contra la tierra húmeda. Aferró con fuerza la daga. Ese sencillo gesto le dio ánimos y fortaleció su espíritu. La sujetaba con tal fuerza que las uñas se le clavaban en la palma y le hacían doler. Apretó los dientes y repitió para sí misma que ella era fuerte y valiente. También se dijo que quizás no hubiera nadie ya y pudiera escapar de allí. Elevando una plegaria a los dioses, se encomendó a su dulce misericordia y asomó la cabeza.

Y entonces lo vio. Justo al otro lado del camino y de la zanja donde se hallaba escondida. Avanzaba como una furia de la naturaleza, abriéndose paso entre los soldados romanos que caían a los lados del camino, como si no fueran más que moscas que espantaba a su paso. Su espada lanzaba fieros

mandobles a diestro y siniestro. El hombre era un gigante. Más de seis pies de altura de puro terror, con el cabello largo y desmelenado y una banda de cuero alrededor de la frente. Marchaba como si ningún hombre que habitara sobre la faz de la tierra contara con el poder de detenerlo. Debía de ser el jefe de los bárbaros. Aquel al que llamaban Durato, el caudillo lusitano.

Licina, que parecía haber echado raíces en el interior de ese agujero, pues sentía que sus piernas pesaban como si tuviera sobre ellas onzas de hierro, quedó prendada de la imagen de ese bárbaro de aspecto temible. Observó con fascinado horror y el aliento contenido, cómo la mano en la que portaba una espada —de esas que usaban los salvajes, algo tosca y roma en la punta— salía disparada hacia atrás, tomaba impulso, para luego clavarse hasta la empuñadura en el pecho de un joven soldado que solo atinó a entreabrir los labios con asombro. Un instante después, un hilillo de sangre asomó por las comisuras. Licinia ahogó un grito y se llevó la mano libre a la boca.

Aguantaba las arcadas que le anegaban la garganta a fuerza de voluntad. Esa posición le permitía observar el rostro del salvaje: contorsionado por una mueca feroz en el que destacaban sus ojos pequeños, oscuros como la obsidiana, que brillaban con un matiz macabro mientras observaban impasibles cómo moría su adversario. La fuerza de ese hombre debía ser descomunal, pues atravesó la armadura y el cuerpo entero del soldado. Con

una sacudida el romano quedó inerte. Como si en vez de un hombre fuera un muñeco, dejó caer la cabeza igual que si un hilo invisible tirara de él y observó, como ido, el arma hundida en su pecho.

El bárbaro alzó la pierna. La plantó en el pecho ensangrentado del joven soldado y, apoyándose en la empuñadura de su arma, lo empujó con un puntapié. El arma salió del cuerpo con un sonido seco. La sangre manó a borbotones. El romano cayó sobre la tierra, desplomado. Licinia, ante la visión de toda esa sangre, se dobló en dos y vomitó. Vació todo el contenido de su estómago. Las arcadas se sucedieron durante un tiempo, hasta que consiguió calmar las náuseas que le apretaban la barriga.

El guerrero no dedicó una mirada o gesto alguno al hombre que acababa de asesinar a sangre fría. Giró sobre sus pies, con una velocidad tal que a Licinia le cortó la respiración, para enfrentarse con varios soldados que venían corriendo a por él. La joven los compadeció. Esa bestia inhumana los despachó en cuestión de minutos. Nada podría con él. Ares parecía haber tomado forma de hombre y ejercía su crueldad a través de la mano de ese monstruo.

Necesitaba salir de allí y buscar un refugio seguro. No se atrevía siquiera a elucubrar las atrocidades a las que se vería sometida si uno de esos bárbaros la descubría. Como si ese pensamiento le hubiera dado el empuje que

necesitaba, se incorporó. Escudriñó los alrededores con precaución. Se alzó la

pesada túnica hasta las caderas y escaló por el muro clavando las uñas en la tierra con la desesperación que solo puede sentir aquel que lucha por su propia vida. Tras varios intentos fallidos, porque la tensión le impedía concentrarse y las manos le temblaban tanto que no conseguía agarrarse con fuerza, consiguió trepar el pequeño muro de tierra y salió disparada hacia la noche.

Aterrorizada, Michela pateó las sábanas enredadas entre sus piernas hasta que logró sentarse. El corazón martilleaba contra las paredes de su pecho de forma descontrolada, los dientes le castañeaban y le faltaba el aire. Se llevó una mano temblorosa a la frente perlada en sudor, y miró a un lado y a otro, buscando no sabía muy bien qué. Era noche cerrada, así que no podía ver nada ni a un palmo de sus narices.

Cuando comprendió que había sido otra pesadilla y estaba a salvo en la cama con su novio, sintió un alivio tal que los ojos se le anegaron de lágrimas. Lukas roncaba a pierna suelta a su lado. Michela elevó las rodillas, dejó caer la cabeza y apoyó la frente en ellas.

Dios santo, otra vez... Esta situación era ya insostenible.

Existe en el mundo una ciudad cuyo nombre no puede oírse sin emoción: solitaria y casi desierta en medio de ruinosos monumentos, de secos y

derruidos acueductos, de caminos gastados por las ruedas de los antiguos carros, de cipreses y sepulcros en un campo que despueblan las calenturas y la insalubridad del aire; tal se nos presenta Roma de repente, rodeada de sus siete colinas atrayendo todavía nuestra admiración y respeto.

Mary Lafon

Roma. Antigua y moderna

1

Iba a verlo de nuevo.

Mientras esperaba que Lukas y sus compañeros aparcaran los vehículos, Michela Hauffman procuraba calmar los nervios que le apretaban el estómago e intentaba distraer su mente, admirando la belleza del entorno. Encerrado entre pinos centenarios y las encinas seculares que parecían proliferar en cada rincón de la ciudad como las setas en otoño, se hallaba el restaurante de la vía Portuense, y Michela, que siempre había visto el mundo con ojos de niña, se recreaba ante cada detalle que descubría. El lugar poseía un encanto propio, como un sueño del pasado. Desde que había puesto un pie en el recinto, se sentía transportada a otra era, a un lugar de ensueño en el que existía la magia, los guerreros milenarios y donde tenían lugar los cuentos de hadas. Un espacio atemporal donde hermosas y gráciles doncellas de largos cabellos dorados galopaban a lomos de un brioso corcel blanco entre los

brazos de su príncipe azul.

Sofocó una carcajada ante lo absurdo de esa imagen. Tenía que dejar de leer tanta novela romántica, le atontaba el cerebro.

La joven echó la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados y respiró hondo dilatando las aletas de su nariz, insuflando de oxígeno sus pulmones. Buscaba hacerse con la fragancia vigorizante que desprendían los árboles. La extasiaba la crujiente variedad de colores: verdes, amarillos y anaranjados que inundaban esa época del año a la Ciudad Eterna.

Lo cierto era que se encontraba aburrida del asfalto, la polución, el caos de las calles, el acoso de los vendedores ambulantes y el ruido incesante de las motocicletas y los miles de vehículos que colapsaban la escolástica urbe capitalina. Ella añoraba ese contacto íntimo que le proporcionaba la naturaleza y el solaz que experimentaba en medio del bosque: las briznas de hierba entre sus pies descalzos, el aroma dulzón de las hojas colándose por la nariz, la sombra acogedora de un árbol, el arrullo danzarín de las ramas sobre su cabeza. Tales placeres la sumían en una terrible nostalgia y al mismo tiempo elevaban su espíritu, y no entendía el origen de ese profundo anhelo, puesto que jamás había vivido en otro sitio que no fuera una gran ciudad. Durante su infancia, ella y su familia habían residido en la ciudad alemana de Duisburgo antes de que sus padres anunciaran su divorcio. Tras la

separación, su madre y Michela, que por ese entonces había entrado de lleno en la adolescencia, se trasladaron a Roma. El único lugar del mundo, argumentó su madre para convencerla, donde hallaba verdadera paz y sosiego.

«Roma rezuma antigüedad y huele a café», le había explicado la mujer una ajetreada mañana de mudanza, cuando Michela, exasperada por lo que juzgaba una decisión precipitada y estúpida, le había echado en cara el porqué no se habían ido a vivir con su tía Herminia a la casa familiar de Madrid. «Va a un ritmo frenético, aunque es pausada. Acumula melancolía», le decía, y sus labios se iban curvando en una sonrisa evocadora. «Esconde siglos de intrigas sepultadas entre piedras milenarias y oscuros pasadizos, pero se mantiene fresca y genuina a pesar de sus faltas. Justo igual que yo. Por eso necesito estar aquí, ángel mío». Michela nunca entendió esa explicación y la juzgó un dislate. Uno de los tantos de Carmen Ruano. Su padre, por el contrario, detestaba viajar y nunca había abandonado Alemania ni la ciudad en la que había nacido, donde regía con mano de hierro su fructífero negocio de electricidad e iluminación. Frederick Hauffman había formado una nueva familia. No esperó demasiado para reponerse del golpe. Dos meses después, y tras obtener la sentencia de divorcio, se había vuelto a casar. Michela tenía hermanos. Gemelos. Dos diablillos doce años más

jóvenes que ella. Frederick los idolatraba. Cada semana, sin saltarse el día, su padre le enviaba por *e-mail* divertidos vídeos y fotos de su familia. También se interesaba por cómo iba su vida y le mandaba recuerdos a su madre. Sin embargo, a Michela le daba la impresión de que el interés de su padre era superfluo y sus preguntas, banales, expresadas más por educación que por ser la manifestación de un verdadero sentimiento. Por otro lado, no podía evitar sentir cierto rencor hacia sus jóvenes hermanos, que habían venido al mundo durante el periodo más turbulento de su vida, en plena adolescencia y mientras se adaptaba a la vida en otro país, a otra cultura, y asistía como testigo mudo a la tragedia en la que vivía inmersa su madre, que lloraba noche tras noche con la cabeza enterrada en la almohada. Le resultaba muy difícil aceptar y perdonar a esa otra mujer que tanto daño le había hecho a su familia.

El cálido apretón de la mano de su novio sobre su hombro la extrajo de sus pensamientos. Ella parpadeó, giró el cuello, le dedicó una sonrisa nerviosa, se agarró de su brazo y juntos se encaminaron hacia la entrada del restaurante.

Un coqueto paseo adoquinado bordeado de enormes arbustos flanqueaba, como un colorido ejército herbáceo, la casona.

Michela no prestaba demasiada atención a los comentarios del grupo acerca de la cena de esa noche y caminaba con la cabeza gacha, preocupada de no

tropezar con alguna piedrecilla. Ante un comentario particularmente divertido, elevó la cabeza y abrió la boca con la intención de replicar. Entonces lo vio. Justo en frente del lugar donde se encontraba ella con Lukas y otros compañeros, al otro lado de su encantador jardín de cuento de hadas. Su mundo de fantasía se hizo añicos. Todo el esfuerzo empleado en distraerse y arrancarlo de sus pensamientos no había servido para nada. Él charlaba con el dueño y atravesaba con paso decidido y elegante el arco de piedra de acceso al recinto, ajeno por completo a todo el desbarajuste ingobernable de sentimientos encontrados que generaba en su mente y en su cuerpo.

Roberto PASTRIANI.

Recordaba de una forma tan vívida la primera vez que lo había visto que, en lugar de meses, parecía que había transcurrido una hora, a lo sumo dos, desde ese encuentro. El impacto que le produjo tenerlo frente a frente había sido devastador. Una bola de demolición había golpeado todo su cuerpo sacudiendo sus cimientos: el mismo centro de su alma. A partir de ese instante, PASTRIANI la había encadenado a él, aunque la misma lógica de ese pensamiento fuera ridícula, exagerada y tan grotesca que se le antojaba extraída de algún párrafo olvidado de una de esas novelas eróticas que ella amaba leer a escondidas. Le daba igual. No tenía que justificarse ante nadie y no podía esconderse de sí misma ni de sus reflexiones más arcanas. Del

mismo modo que el ganado durante la yerra recibe el sello ardiente e inalterable del carimbo, así se sentía ella: marcada a hierro candente por él. Había sido con ocasión de la fiesta que ella y Lukas habían decidido organizar para inaugurar el inicio de su nueva vida juntos. En general, a Michela le entusiasmaban las celebraciones y nada le causaba mayor regocijo que recibir en su casa a sus amigos y conocidos. Sin faltar a su costumbre, había contratado un *catering* para que sirviera la cena; la mesa alargada del comedor, ubicada en la terraza del ático, se encontraba abarrotada de todo tipo de bebidas alcohólicas, y la música, a petición de su novio, estaba a cargo de un cuarteto de violinistas. Durante la velada había conocido a un sinnúmero de nombres, rostros y profesiones. Al principio, se había sentido cómoda y con el ánimo distendido, muy a gusto, en su papel de anfitriona. Sin embargo, al llegar la medianoche, cuando ya estuvo todo hecho, había necesitado aislarse de la algarabía. Se escabulló hasta una salita de estar, abrió de par en par la ventana que daba hacia la calle, empujando las contraventanas de aluminio, e inhaló a conciencia. Con los codos apoyados en el marco, dejó caer la cabeza hacia adelante y se permitió unos segundos de respiro. El aroma dulzón de esa atípica y sofocante noche romana de principios de mayo jugueteó durante unos pocos segundos en sus fosas nasales hasta que se diluyó, mezclándose con el de la atmósfera sobrecargada

del interior de la habitación.

—¡Por el amor de Dios! ¡No sé ni dónde sentarme! Este sitio parece sacado de un catálogo de *Roche Bobois*.

La voz exasperada de Flora Sabonis le había arrancado una carcajada.

Michela se dio la vuelta y tomó la copa que había dejado sobre una cómoda de la sala de estar. Flora sostenía entre las manos un plato a rebosar con el surtido de postres que cerraba el servicio de *catering*, y hacía un barrido general por toda la sala.

Las dos mujeres habían congeniado a la perfección cuando se conocieron el mes anterior, el día que la habían recogido en el aeropuerto Fiumicino. Flora era prima hermana de Lukas. Nada más presentarlas, se habían fundido en un tierno abrazo y se habían sonreído con la confianza que dan los años de una vieja amistad. Michela aún no se explicaba el súbito arranque de alegría que había experimentado al descubrirla buscándolos agobiada entre el barullo de gente que se agolpaba en la terminal de llegadas internacionales. Oriunda de un pueblo del interior, se hallaba deslumbrada con el caos y las prisas de la capital italiana. Las mujeres no habían cesado de parlotear durante todo el trayecto hasta que la dejaron —inscrita e instalada— en la residencia universitaria de la joven. Flora iniciaba ese año el segundo de su carrera, un curso de Historia del arte en la Universidad de Roma, *La sapienza*. Una de

las más prestigiosas del país. Lukas, que tenía como cliente preferente de su bufete al decano de la facultad, había tenido mucho que ver en el acceso de la joven al ateneo *Ludovico Quaroni*.

—¿Te parece si mejor nos vamos a la cocina? Creo que no hay ningún peligro con las sillas. Son de esas de ratán muy sólidas. Naaaada de blanco — sugirió Michela esbozando una sonrisa pícara.

—Estamos tardando en ir para allá.

Las dos enfilaron por el pasillo.

—Te confieso —le susurró la joven universitaria y se agachó al hablar para quedar a la altura de su oído— que jamás había asistido a una fiesta de este estilo. Mi madre me avisó antes de venir, pero jamás imaginé que mi primo se codeara en estos ambientes: servicio de camareros, música en directo. Se huele la pasta de toda esta gente a distancia. ¿Te has fijado en los bolsos de ellas? ¿Y los vestidos que llevan? Y yo en vaqueros. Me inquieta y me abruma un poco todo esto.

— *Yap* —musitó Michela con aire distraído—. Es como si no terminaras de encajar entre el mobiliario de diseño y los Louis Vuitton de las señoras — señaló tras una pausa—. Creo que nos sentimos tan fuera de lugar porque en el fondo somos de las que se entusiasman con pillarse la última ganga de cualquier *outlet*, mientras que ellos se pican por ver quién se hace con el

último modelo de Lamborghini. Las toneladas de billetes lilas marcan, siseeeempre, una implacable diferencia.

El timbre de la calle había sonado entonces, y las dos intercambiaron una mirada extrañada. Michela sujetó la mano de Flora y comprobó la hora en su reloj de muñeca. —Por favor, sostenme esto. —Alargó el brazo y le entregó a Flora su copa de vino vacía—. Voy a ver a quién se le ocurre presentarse en una casa a la una de la mañana. De paso, pillaré dos copitas más de ese Konrad Sauvignon Blanc tan rico.

Sus pasos se habían cruzado con los de Lukas cerca de la entrada. Su novio también había acudido a la llamada. Sabonis le había explicado de forma sucinta que se trataba de un querido amigo de la infancia y se encargaría él mismo de recibir al invitado rezagado. Antes de asir el pomo, le había guiñado un ojo y ella había sacado la lengua en respuesta.

Una vez que Lukas abrió la puerta y dio paso a Roberto Pastriani, el mundo pareció detenerse.

Se quedó ahí —entre el pasillo y la sala de estar—, inmóvil. Sus pies echaron raíces entre los tablones del suelo de madera y sus ojos se anegaron con la visión de ese hombre: la rebeldía de los gruesos mechones de su cabello negro, esa sonrisa intrigante, algo socarrona al despuntar lentamente de las comisuras, el movimiento de sus manos masculinas y elegantes cuando

se ajustó los puños de la chaqueta. El poder que emanaba cada poro de su piel la mantenía idiotizada.

Él, como si intuyera que estaba siendo acechado, dirigió la vista hacia las sombras, desde donde ella lo espiaba. Durante unos pocos segundos, que se extendieron hasta el infinito, sus miradas se encadenaron.

Y todo perdió color e intensidad a su alrededor; de hecho, todo desapareció sumido en las tinieblas de un sueño olvidado. La música le llegaba a kilómetros de distancia, las paredes, el suelo bajo sus pies, el techo, los muebles... todo lejos. Tan lejos que parecía difuminarse y perder el sentido y la profundidad. Su cuerpo, hasta ese momento entumecido, sufrió una sacudida y se sintió desconectada de sí misma, de cada músculo, tendón, hueso y pequeño filamento que conformaba su ser. No como si estuviera rota, sino incompleta. El corazón se detuvo durante varios segundos en el interior de su pecho, cuando los ojos verdes de él hicieron contacto con los suyos grises y estalló entre ellos un chispazo de reconocimiento. «Eres tú», pareció susurrarle desde la distancia. Acto seguido, él inclinó la cabeza en señal de saludo y ese músculo en su caja torácica, traidor e ingrato, rompió a batir descontrolado.

La impresión había sido tan contundente que había necesitado apoyarse en la pared a su espalda.

En ese primer momento no había sido consciente de la belleza leonina de ese hombre. La realidad es que no le importaba lo más mínimo. Michela accedía a un sustrato en él, oculto a todas las miradas. Se dijo de forma absurda que nadie podía verlo como lo hacía ella, que nadie lo conocía en realidad. Solo ella. No lograba comprender de dónde provenían tales pensamientos disparatados. ¿Cómo era posible conocer a alguien y sentir que de alguna manera inexplicable formaba parte de ti desde siempre?

Entonces, de forma abrupta y sin venir a cuento, un temor irracional la paralizó. Apartó la vista y se camufló con la oscuridad que la rodeaba. Se le formó un nudo en la base de la garganta y las manos comenzaron a temblarle. El miedo se le enraizó en las entrañas y se propagó como una enfermedad por su torrente sanguíneo anulando su capacidad para razonar. Con la boca seca, las pulsaciones disparadas y los ojos vidriosos por unas inoportunas lágrimas, se adentró en el pasillo. Ese hombre no debía reconocerla. La necesidad de escapar de él se hizo acuciante.

Acobardada, temblorosa y demasiado confundida se escabulló como alma que lleva el diablo. Tras despedirse de Lukas, abandonó su propia fiesta y el apartamento que habían empezado a compartir una semana antes.

El recuerdo se desvaneció de su mente y tomó aire suspirando su nombre en dos tiempos. Roberto. Pastriani.

Ese nombre encarnaba su propia maldición. Con ese par de depredadores ojos verdes y esa traza de macho decidido y dominante que la asqueaba, la irritaba y la excitaba como nadie lo había hecho en sus casi treinta años de vida.

Le dedicó una agria mirada de soslayo. Muy a su pesar, no pudo evitar emborracharse de su magnífica estampa.

Ella no entendía mucho de marcas, precios o estilos, pero estaba convencida de dos cosas: de que las telas usadas en ese traje eran de primerísima calidad, hecho a medida por algún nombre encopetado de esos que vestían a las estrellas de Hollywood rollo Tom Ford o Brioni, y de que el cuello de esa camisa no se movería de su sitio ni aunque un huracán categoría cinco abatiera de pronto sobre el lugar. ¡Qué pesadilla de hombre! Se vería también precioso con un saco encima. En él no se trataba de que usara ropa de diseño o los colores adecuados que mejor le sentaban. Pastriani poseía una elegancia innata con la que, sencillamente, no se podía competir.

Le provocaba un curioso desbarajuste de frenético rechazo y fascinación culpable que no conseguía manejar, tan ajenas de su índole sosegada que la mortificaban y angustiaban, y por eso lo detestaba. Nunca nadie había logrado desarmarla de esa manera, contundente y efectiva, con su sola presencia. ¡Joder! Ese hombre era un completo desconocido. Ridículo y

patético. Se instó a mirar hacia otro lado.

Roberto Patriani se podía ir a freír espárragos.

Comenzó a pasear por el jardín y procuraba echar un vistazo a sus pies, pendiente de pisar la hierba sin hundir demasiado el tacón de sus *stiletto*s de Salvatore Ferragamo. Sí, ella también podía permitirse zapatos caros. Ese pensamiento, sin saber muy bien por qué, la hizo sonreír.

Al doblar en un recodo, su vista se perdió en la muralla de hiedra verde que cubría la fachada de piedra rústica del establecimiento. Maravillada con el embrujo onírico del entorno, caminó unos pasos hasta quedar frente a una pequeña entrada, suponía la joven, de acceso a los servicios. Permanecía cobijada por un zaguán oscuro y enigmático. Invitaba a entrar en él e investigar los misterios que albergaba. Alzó la cabeza y quedó prendada de los hermosos ventanales de la segunda planta del caserón. Se preguntó quién habría permitido que ese sitio tan adorable se convirtiera en un restaurante. Le resultaba tan encantador que no entendía cómo alguien no desearía pasar sus días y noches contemplando el paisaje.

—¿Querida...? Hola... —Ella giró para quedar frente a una mujer rubia y menuda enfundada en un sobrio vestido verde botella de encaje y cuello en pico—. Michela es tu nombre, ¿verdad? Discúlpame, soy un desastre con los nombres. Eres la pareja de Lukas. De eso sí que me acuerdo.

La mujer esbozó una amable sonrisa y le ofreció una copa de *champagne*.

—Pues también acertaste con el nombre —corroboró ella al tiempo que extendía la mano para saludar a una de las compañeras del bufete de Lukas.

Tomó la copa que le dio la mujer e inclinó ligeramente la cabeza—. Michela Hauffman. Encantada. — Hicieron un breve chinchín y ambas dejaron escapar una risita cohibida.

—Y discúlpame tú a mí, si me permites tutearte, porque no recuerdo tu nombre. Yo sí que soy un desastre con los nombres.

—No te mortifiques y tutéame, por favor. Yo ya lo he hecho. Piensa que nosotros somos unos veinte. Tú, una sola para recordar. Mi nombre es Lucianna. Lucianna Petra, compañera de batallas e infernal papeleo de tu Lukas.

Alzó su copa esbozando una mueca de resignación. Tal vez porque Lukas la sacaba de quicio o porque detestaba su trabajo. Michela no lo podía saber.

—El sitio es precioso, ¿a que sí? Bárbara tiene muy buen gusto.

Lucianna se refería a Bárbara Cottini. La fiesta de esa noche era en honor de su natalicio. Bárbara era socia sénior en el bufete de abogados para el que su novio trabajaba desde hacía ocho años, Belli&Partners. A juzgar por los comentarios de sus compañeros y del propio Lukas, era una mujer brillante muy respetada dentro de la profesión. Todos los miembros de la firma y sus

parejas se habían reunido esa noche para festejarla. La presencia de Roberto Pastriani era un misterio para ella. ¿Sería amigo personal de Bárbara? Quizás fueran amantes. Michela sacudió la cabeza, molesta.

«¿Eres capaz de pasarte diez minutos sin pensar en ese hombre?».

—Justo me estaba preguntando a quién pertenecería este lugar y por qué lo habían transformado en un restaurante. Es precioso. No me importaría vivir aquí —comentó Michela sorbiendo su bebida.

Lucianna asintió y se humedeció los labios con la lengua dirigiéndole una mirada divertida.

—A mí tampoco, si te soy sincera. Aunque, en realidad, no lo transformaron. Nació con la idea de ser un restaurante.

—Vaya, pues tenía la impresión de que era una de esas casas antiguas que alguien había decidido restaurar.

—No tiene más de cuarenta años.

Michela alzó las cejas en señal de asombro, asintió y tomó otro sorbo de *champagne*. Con la planta de los pies ardiéndole por la altura vertiginosa de sus tacones, buscaba aliviar la quemazón descansando el peso de su cuerpo entre un pie y otro.

Lucianna se acercó hasta un pequeño cenador, situado en un coqueto espacio ajardinado frente a la casa. Tomó asiento en un banco en forma de

tijera. Michela vio los cielos abiertos. Se dirigió sin demora hacia el asiento más próximo.

—Debo confesar que me he acercado a ti con una intención egoísta. Por favor, no pienses mal de mí —le pidió Lucianna, tomando un sorbo de su bebida.

Michela perfiló una sonrisa amistosa y casi dejó escapar un suspiro por el alivio que experimentó cuando sus pies al fin descansaron.

—Me tienes intrigada, ¿qué puedes querer de mí? Te advierto que no tengo idea de los asuntos de Lukas y que jamás traicionaría su confianza.

Lucianna se echó a reír.

—¡Guau! ¡Qué directa! Comprendo que Lukas te adore. Sincera y hermosa. Una combinación que los vuelve locos. Pero no, no tiene nada que ver con el trabajo. Estamos de celebración esta noche. ¡A la porra con el trabajo! Te ruego que no pienses que soy una desesperada por esto que te voy a pedir.

—Ahora tienes toda mi atención.

Lucianna se reacomodó en el asiento y cruzo las piernas. Dejó escapar una risita nerviosa. —Se trata de tu amigo... El de los ojazos verdes espectaculares —le confió en una voz enigmática y alegre—, sonrisa seductora y esa estampa de hombre soberbio que me vuelve loca...

La tensión se le alojó a Michela en el tórax y formó una pelota en su

estómago que fue subiendo y subiendo hasta encajarse en mitad de su garganta.

«¡Roberto! ¡Esa mujer está hablando de Roberto Pastriani! ¿Por qué diantres cree que somos amigos?».

Lucianna hablaba y hablaba. Alzaba la voz a medida que la desbordaba la excitación y entraba en unos detalles que a Michela no le interesaban lo más mínimo. Por el contrario, ella se fue apagando y perdía la sonrisa, las ganas y el buen talante.

—Roberto... no recuerdo su apellido —se golpeaba los labios con un dedo enjoyado—, aunque lo curioso es que cuando lo escuché, me resultó remotamente familiar. ¿Sabes si su familia es del norte? La verdad es que tampoco me importa demasiado, pero ese tipo de cosas es bueno saberlas. Quedé impactada. Hechizada. Absurdamente enamorada. — Suspiró y se echó a reír—. A mi edad.

La joven segura y competente había dado paso a una chiquilla ansiosa que reía de forma nerviosa y gesticulaba sin cesar.

Era el efecto Pastriani. Te dejaba anulada y turulata. El cerebro hecho puré.

Casi compadecía a la pobre Lucianna Petra. Otra que vivía para suspirar por Roberto.

«¡Qué hombre insufrible!».

Michela, agobiada y tensa, fijaba la mirada en un punto indefinido entre los ojos de Lucianna y la salida más próxima. Se echó a reír sin venir a cuento ante un comentario de la muchacha que no fue en absoluto gracioso. Parecían dos piradas. Resultaba patético.

—No sé por qué piensas que somos amigos —soltó de forma abrupta. Su mente no dejaba de elucubrar alguna excusa rápida y tajante para frenar en seco con esa absurda conversación. Ella no pensaba presentarle a Roberto bajo ningún concepto. ¡Jamás!—. Lukas es quien lo conoce bien. Son amigos de la infancia. Estudiaron juntos. Yo no he cruzado palabra con ese hombre, salvo en dos o tres ocasiones. Las típicas frases de cortesía. Así que... mira tú. Sí, supongo que es guapo. No es que me fije demasiado. Quiero decir, sí, es mono, pero vamos, ¿no lo encuentras un poco pedante?

Por favor, que alguien le cosiera la boca. ¿Por qué no podía dejar de soltar estupideces?

—Si te soy sincera, me da exactamente igual si es o no pedante. ¿Podrías presentármelo, entonces? Me da corte pedírsele a Lukas. Es hombre. No entiendo de estas cosas. Te prometo que luego te comento cuán pedante lo encuentro. —Otra vez esa risita nerviosa—. No quiero irle de frente. A los tíos esa actitud no suele gustarles. Y de verdad, necesito conocer a ese hombre.

Al pronunciar esa última frase, se había mordido el labio inferior y guiñado un ojo en señal de complicidad femenina. Michela arrugó la nariz.

¿Presentárselo? ¿Ella? Se quería morir.

—Cucciolo, ¿qué haces por aquí? La comida se sirve justo en el otro lado.

Oh, perdón, Petra, no te reconocí.

Lukas Sabonis apoyó las manos sobre sus hombros y se inclinó para saludar con un beso en la mejilla a su compañera de trabajo. Michela se incorporó de sopetón, se dio la vuelta y se abrazó a él. Se le echó encima. Le importó un bledo la imagen que podía dar. El alivio la recorrió como una ola de arriba abajo.

—Lucianna, ¿cómo estás? —Lukas tuvo que hacerla a un lado para poder hablar con la joven—. La cena está a punto de empezar. Estaré encantado de escoltar a tan hermosas damas hasta el refrigerio.

Extendió la mano para tomar la de Lucianna. La mujer sofocó una risotada y comentó algo acerca de su galantería pasada de moda.

Juntos se encaminaron a la fiesta. Lucianna se adelantó y Lukas le hizo señas a Michela para quedar solos un momento. El hombre la tomó por la cintura, acariciándola con un toque que resultó suave y tierno. Logró calmarla.

—¿Todo bien, amor?

—¿Por qué lo dices?

—Lo creas o no, te conozco. ¿Qué te estaba diciendo Lucianna que te aferraste a mí como si la vida te fuera en ello?

Michela dejó escapar una risilla nerviosa y se recogió un mechón de pelo detrás de la oreja. Al momento, el mismo mechón volvió a ocupar su puesto, cerca de su ojo izquierdo.

—En realidad, una tontería. Bah, era una cosa de mujeres. No te preocupes.

—Quiero que disfrutes de esta noche. Sé que viniste obligada por mis temas de trabajo, pero me gustaría que te relajaras. Bebe y come a placer. Desde hace semanas, comes como un pajarito. Me tienes un poco preocupado. Luego en casa te daré un masaje de esos que te dejan en estado de coma. Sé que has estado tensa estos días. Y sí, ya sé que me contarás lo que te pasa cuando lo creas oportuno. Sabes que soy paciente, pero necesito que lo sepas. Sé que no estás bien.

Ella asintió y bajó la vista avergonzada. A esa pequeña reprimenda había que añadir su último rechazo de esa misma mañana.

—¿Todavía durmiendo? ¡Vamos! —La voz entusiasta de Lukas la había sobresaltado—. ¡Arriba, dormilona! ¡Hoy nos espera un gran día!

Desde su posición en la cama, Michela había observado los haces de luz que se filtraban entre las rendijas de las contraventanas y comprendido que

había amanecido hacía rato. Sin importarle lo más mínimo la hora que pudiera ser, obsequió a su novio con una mirada rabiosa de ojos entrecerrados, se dio la vuelta, dándole la espalda, aferró la almohada contra su pecho y se ovilló en torno a ella.

Lukas, que permanecía en el dintel de la puerta, sufrió una erección instantánea mientras contemplaba, extasiado, las rotundas curvas del cuerpo de su novia. Aún hoy, después de casi un año, no se acostumbraba a la cruda sensualidad de su cuerpo femenino. Las sábanas habían dejado al descubierto las perfectas líneas de su espalda desnuda y el hermoso nacimiento de su trasero. Los hoyuelos que formaban las depresiones de sus caderas parecían sonreírle desde la distancia e iniciaban un recorrido que él mismo deseaba trazar con los labios. Se le secó la boca y caminó hacia ella ciego, con la intención de perderse entre sus piernas.

—¿Cuándo te has deshecho del pijama? —le preguntó con voz ronca—.

¿Se trata de una invitación? Si es así, recojo el guante.

Michela apretó los ojos con fuerza y se abrazó con más ahínco a la almohada cuando notó el cuerpo cálido y flexible de su novio entrar en contacto con la piel de su espalda. Se le erizó la carne. La mano de Lukas masajéó sus muslos y se internó en la hendidura entre sus piernas. Ella no lo aguantó más. Haciéndose a un lado, rodó por la cama. Cubrió su cuerpo

desnudo con la colcha, tomó la mano de él, la que había tenido segundos antes entre sus piernas, y depositó suaves besos en sus nudillos. Cada beso, una disculpa. Después de la noche de mierda que había pasado debido a su última pesadilla —la más voraz de la que guardaba memoria— y con Pastriani, que parecía haber adquirido un palco preferente VIP en su cerebro, lo último que necesitaba era sexo.

—¿Te importaría dejarlo para otro momento? —le susurró entre beso y beso. Durante varios segundos los ojos de ambos se encontraron y experimentó unos terribles remordimientos por la mirada hambrienta y desamparada que reflejaron los hermosos ojos azules de Lukas Sabonis. Su novio retiró con delicadeza la mano de sus labios y se dejó caer sobre el colchón.

—Está bien —murmuró con voz apagada. Un momento después, se pasó las manos por la mata espesa de pelo rubio, giró la cabeza y curvó los labios en una sonrisa abierta, como si acabara de decidir que no permitiría que las cosas entre ellos afectaran su naturaleza optimista. Se levantó de la cama y se ajustó los pantalones del pijama—. ¿Te apetece desayunar aquí o nos vamos fuera?

Michela, que había huido de la cama envuelta entre las sábanas y se dirigía al cuarto de baño del dormitorio, se encogió de hombros.

—Lo que quieras, me da igual.

No había escuchado la respuesta de Lukas, le urgía la necesidad por el consuelo que suponía el agua caliente sobre la piel. Dejó que las sábanas resbalaran por su cuerpo hasta formar un remolino en torno a sus tobillos. Se metió en la ducha y abrió el grifo con manos ansiosas. Se retorció de gusto cuando el agua caliente hizo contacto con su piel entumecida y comenzó a caer en cascada sobre su cabeza. Apoyó la frente sobre las frías baldosas, respiró hondo y se dejó caer sobre el plato de la ducha.

«Joder, tenía que tranquilizarse. Maldita sea».

Se llevó las manos a la cabeza y se tironeó del cabello. No entendía cómo había permitido que las cosas alcanzaran ese punto crítico con Lukas.

¿Cuánto tiempo hacía que no se acostaban? Ya ni sabía. También había perdido la cuenta de los días en los que lograba descansar más de cuatro horas seguidas. Dormir se había convertido en una especie de purgatorio nocturno debido a las pesadillas, y ella, con el mismo encono que emplearía en una lucha a vida o muerte, se resistía a ese momento. Hacía todo lo posible por rehuir las horas de sueño. Incluso había llegado a un acuerdo con María Cossiga —la supervisora de planta en el hospital— para que le permitiera ampliar sus turnos de noche. Lo curioso en todo ese macabro asunto de las pesadillas es que era incapaz de recordar lo que soñaba. Rara vez lo había

hecho a lo largo de su vida. Daba gracias a Dios por eso. Ser espectadora en primera fila del despojo físico y el lío mental en el que quedaba reducida una vez que abría los ojos, ya le inspiraba suficiente temor. Las pesadillas la dejaban exhausta. Despertaba cubierta en sudor, con la respiración acelerada como si hubiera estado corriendo una maratón de hora y media, agotada hasta el extremo de ser incapaz de tranquilizarse para volver a conciliar el sueño. Aunque lo más inquietante era la profunda desolación que la acometía como un dolor persistente en el pecho. Más que soñar parecía que en su cabeza se desencadenara una tormenta de anhelos, traumas —o ve tú a saber qué— que asolaban con todo a su paso y la dejaban en un estado tan calamitoso que hubieran podido declarar su cerebro zona cero. Igual que un botellín de agua cuando apuras los últimos tragos a la desesperada y lo vacías de aire. Así sentía ella su cerebro al despertar: consumido.

En las últimas semanas había fantaseado con la idea de la hipnosis, pero una arraigada visión pragmática de la vida, quizás como deferencia a su profesión de enfermera, le decía que eso no la ayudaría lo más mínimo.

Dejando de lado todas las excusas que se planteaba para ignorar sus sueños, algo en su interior le aconsejaba a hacerles frente. Intuía que en ellos se encontraba la respuesta a muchas preguntas que siempre se había hecho.

A veces le daba por pensar que una mañana no despertaría. Veía con cierta

sensación de inquietud que ese tipo de dolor tan intenso que sufría en el tórax —y que en algunas ocasiones se extendía por su cuello y espalda y le provocaban sudores fríos y adormecimiento en las articulaciones superiores — podía ser un fallo en su corazón. Si continuaba así, no se auguraba un buen final. Terminaría medicada por el estrés o ingresada en la UVI de su propio centro de trabajo.

Lukas le tomó la cara entre las manos y le alzó la barbilla. Michela volvió al presente y parpadeó para ahuyentar las lágrimas. No importaba las veces que repasara una y otra vez todos los sucesos que la habían conducido hasta ese preciso momento. No existía forma alguna de escapar de sí misma. Su vida se abría ante ella en caída libre. Ocurría que Michela no estaría preparada para lanzarse al vacío, jamás.

Su novio la contemplaba con una ternura que la hendía. ¿Por qué no podía ella entregarse a él? ¿Exponerle sus recelos, sus miedos? Jamás le había contado acerca de sus pesadillas. ¿Por qué siempre había sentido que entre ellos faltaba... «algo»?

Sabonis la besó con suavidad en los labios y Michela, sin comprender muy bien por qué, añoró otros labios menos suaves y más exigentes, salvajes...

—¿Mejor, cariño?

Ella curvó los labios en una sonrisa tímida y movió la cabeza arriba y abajo

en un acto mecánico, sintiendo que todo en su vida era incorrecto.

La terraza del restaurante había sido decorada con gusto y esmero. Las

mesas vestían brillantes manteles de seda blanca y estaban dispuestas

alrededor del jardín en una falsa ilusión de caos. Las sillas Tiffany

contribuían a dar ese toque clásico y elegante. No faltaba ningún detalle.

Diminutos farolillos de metal iluminaban el entorno en puntos estratégicos y

creaban una atmósfera romántica y acogedora, y una tenía la impresión de

que se hallaba en mitad de una de esas fiestas exclusivas y fastuosas que

daban los Larrabee en su lujosa mansión familiar en Long Island. La música

suave y relajante del piano y la de los violines que lo acompañaba apaciguaba

los ánimos e invitaba a la charla a media voz. Los camareros de riguroso

negro servían *champagne* rosado, un carísimo Louis Roederer Cristal Rosé,

con una perenne sonrisa en los labios.

Michela se movía entre un grupo y otro hablando de banalidades. Lejos de

molestarla, esa charla insulsa y sin sentido le servía para desconectar de la

intensidad de sus propios sentimientos y de la tensión que le había supuesto

la conversación con Lucianna Petra. La joven no había vuelto a acercarse,

pero Michela temía el momento en que le pidiera que le presentara a Roberto.

Se había mantenido alejada de él toda la velada, aunque el esfuerzo mental

que suponía estar al tanto de todos y cada uno de sus movimientos para no

coincidir en un mismo espacio estaba agotando sus reservas de energía y acabando con su buen humor.

Lo había visto observarla. Michela no creía que Roberto le prestara demasiada atención. ¿Para qué iba a hacerlo, de cualquier forma? No obstante, ella se sabía objeto de su interés. El porqué ese pensamiento la perturbaba era una cuestión que no se permitiría analizar en ese momento o le arruinaría la noche.

Lukas le hizo un gesto con la mano para que se acercara. Michela, con la sonrisa congelada en el rostro y una copa de *champagne* helado en la mano, se veía igual. Caminó hasta su novio y se aferró a su brazo. Clavó las uñas en la pana de su chaqueta. Buscaba algún tipo de contención. Lukas le dedicó una mirada extrañada que Michela prefirió ignorar.

Roberto PASTRIANI, a su lado, disertaba sobre algún candente tema político. Todos le prestaban tal fervorosa atención que, más que en un hombre charlando sobre política, parecía un sacerdote anglicano en lo alto de un estrado, vaticinando el fin del mundo ante un grupo de fanáticos en plena Edad Media.

—Discúlpame con los demás. Voy al servicio —susurró Michela en el oído de su novio, cuando consideró que había tenido suficiente de la charla tecnócrata de Roberto. Lukas le hizo un gesto con la cabeza y le acarició la

cara interna del brazo. Ella necesitaba salir de allí, huir, antes de que Lucianna se presentara con esa sonrisa de bobalicona, derritiéndose por Roberto. ¿Cómo es que siempre terminaba ella metida en esos embolaos? El servicio de señoras del restaurante, La Porta del Principe, componía la nota terrenal a ese lugar de ensueño. Un coqueto arsenal de belleza te daba la bienvenida y te invitaba a indagar entre las cestitas de mimbre decoradas con coquetos lacitos de colores. Michela, que rara vez prestaba atención a toda la gama de cosméticos con la que la bombardeaba la publicidad, se descubrió hurgando entre tanta tontería femenina. El colofón lo encontró con Christian Dior y una colección de miniaturas de sus Les Extraist. No pensaba salir de allí sin rociarse con Miss Dior. Su favorito.

—Me estás evitando, Michela. Lo que no sé es por qué.

Acababa de atravesar la puerta de los baños y no supo reaccionar. La impresión de tenerlo frente a ella y, más que cualquier otra cosa, de oírle pronunciar su nombre con esa voz grave y cavernosa, como si recién acabara de despertar de una siesta, le erizó la piel de todo el cuerpo. Avanzó como una autómatas con las pulsaciones disparadas. La cabeza le daba vueltas. Ese repentino mareo la alarmó. Avanzó sin mirar nada más, solo a él, con una sensación de irrealidad que la entumecía. Se veía incapaz de apartar la mirada de la suya. Tal hazaña estaba más allá de sus capacidades en ese momento.

Sin venir a cuento, se solazó al recordar que acababa de perfumarse. La idea de que él le oliera el cuerpo perfumado le provocó un amargo regocijo.

Él mantenía una expresión serena, parecía incluso divertido. Con esos ojos fijos en ella. De un verde dominante que la intimidaba de tal manera que no comprendía cómo no había comenzado a echar humo por cada poro de su piel. La hacía sentir vulnerable, insignificante, ¡deseada! Esto último la aterraba como nada.

«¿Por qué? ¿Por qué me sigues?».

Pastriani, que la había estado esperando apostado en una esquina del oscuro zaguán, al verla avanzar hacia él, se había parado y cruzado de brazos, dándole tiempo para reponerse de la impresión de toparse con él.

Y, de pronto, ella salió disparada hacia delante. Fue demasiado tarde cuando cayó en la cuenta de que había pisado con fuerza creyendo que habría suelo adoquinado bajo sus pies y se había encontrado con el aire y un escalón un poco más adelante.

—Eres un desastre —musitó Roberto esbozando una sonrisa socarrona, al tiempo que, inclinado sobre ella, la ayudaba a ponerse derecha, tomándola por el codo.

El cuerpo comenzó a hormiguarle. Sentía flojos brazos y rodillas. No sabía bien si por la pseudocaída o por qué él la estaba tocando. Sospechaba que

sería más bien lo segundo. —¿Te encuentras bien? Déjame verte el tobillo.

Al ver su intención de agacharse para inspeccionar nada menos que su tobillo, Michela se enderezó. Era consciente de que la falda se le había deslizado a un lado y el jersey de manga corta le ceñía demasiado en la zona del busto y no podía hacer nada para colarse la ropa estando él ahí parado, mirándola. Por favor, ¡qué situación tan ridícula! Por instinto, se retiró unos pasos. Adoptó una pose decidida con los hombros rectos y la cabeza erguida y desafiante.

—Gracias. Me encuentro muy bien. No es necesario que mires nada —
señaló ella con voz cortante—. Si me permites, Lukas me está esperando.

«Si se mantenía lejos de ese hombre, sobreviviría».

Ese pensamiento la pilló desprevenida. ¿Sobrevivir? ¿Sobrevivir a qué? ¿A quién? ¿A Roberto? Se estaba volviendo loca. Esta situación tomaba visos de paranoia clínica, quizás debería pedir hora con algún psiquiatra.

—Michela...

Roberto volvió a sujetarla por el codo. A su favor había que decir que el hombre era toda solícita atención. Se lo veía preocupado por ella, sin embargo, los instintos de Michela se pusieron en alerta roja y forcejeó para zafarse de su agarre.

—Suéltame.

Roberto frunció el ceño y apretó los labios en señal de disgusto. La dejó ir. Sus pulgares se engancharon en la hebilla del pantalón, haciendo alarde de una actitud relajada que a ella se le antojó fingida. La inspeccionaba con los ojos entrecerrados.

—Y vuelvo a mi primera pregunta: ¿qué demonios te ocurre conmigo? Esta manera de huir de mí me tiene intrigado. Por lo general, las mujeres están muy cómodas en mi presencia y aunque esto te alucine, algunas la buscan. Su sonrisa prepotente le sentó a ella como una patada en mitad del estómago.

—Siento machacar tu prístino ego masculino —expresó con altanería y un dejo de impaciencia—, pero no me interesa hablar contigo. Si me permites. Michela intentó pasar de largo para encaminarse a la puerta. Recreaba ya en su mente una salida majestuosa, cuando Roberto la sujetó por la muñeca y la acercó a él. Pillándola desprevenida, echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar

una carcajada que salió de lo más profundo de su garganta.

—¿De dónde sacas esas palabras? ¿*Prístino*? —pronunció con intención y un atisbo de chanza—. Nadie había definido mi ego como algo prístino. De cualquier manera, ¿el ego puede ser prístino? No creo que alguien se haya molestado en hablar conmigo de mi ego. Sería de mal gusto, ¿no crees?

Sonriéndole como un lobo que tiene una presa acorralada se inclinó sobre

ella. Le habló bajito, muy cerca del oído, y su aliento fresco algo especiado por el vino le calentó la piel fría de las mejillas.

—Así que piensas que soy un creído, ¿no?

Tan cerca estaba que sus cuerpos se rozaban. Por ilógico que pudiera parecer, ella sentía ese contacto incluso en el vientre. Le quemaba la piel.

Michela, con la boca rasposa y tirante, como si acabara de masticar tierra, se veía incapaz de articular una sola sílaba. Se llenó la boca de saliva para deshacer la pelota que tenía alojada en la base de la garganta. En un acto de rebeldía consigo misma, para demostrarse que podía actuar como una persona racional, alzó la cabeza y lo miró directo a los ojos. Los ojos de él, fijos en ella, reflejaban burla y un leve rastro de exasperación.

Movió la lengua entre los dientes y el paladar. Necesitaba ser capaz de articular alguna frase. Tragó saliva. Se sentía ridícula, ahí parada frente a él, sin emitir palabra, consciente de los temblores que le recorrían el cuerpo.

—Michela, cálmate, por favor —le habló con una voz suave, zalamera—.

Vamos a sentarnos como los adultos que creo que somos —ella interpretó que él no la consideraba en absoluto como tal— y mantendremos una conversación civilizada. Me gustaría explicarte que no soy ese ogro que has imaginado.

Llegados a este punto, Michela solo buscaba una vía de escape.

—Me intrigas, lo confieso. —Hizo especial hincapié en la última palabra—. Tu actitud hacia mí es muy hostil, infantil en tu modo de rehuirme, y no lo entiendo. Apenas hemos cruzado cuatro palabras desde que nos presentaron y, sin embargo, huyes de mí como de la peste bubónica.

Le sobrevinieron las náuseas. «¡Oh, mierda!». Iba a vomitar. Michela ya no lo escuchaba, se había encerrado en sí misma. La cabeza le martilleaba. El dolor impulsándose desde la parte posterior del cráneo, extendiéndose por las sienes, el cuello, la espalda, agarrotándola, comprometiéndole incluso la respiración. Ella debía recordar algo, era de vital importancia. Las manos de él. La alertó una voz en su cabeza. ¿Sus manos?

Posó su mirada sobre esa mano grande y oscura que circundaba su muñeca. Un fogonazo de esas mismas manos empuñando un arma y hundiéndose hasta el fondo en el pecho de otro hombre anegó su mente y la dejó conmocionada.

Esas manos elegantes, diestras y mortíferas podían acabar con la vida de otro ser humano en cuestión de segundos. Ella lo había visto, sí, lo había visto todo.

¡Huye! ¡Huye! La exhortaba su mente. ¡Estás en peligro!

¿Pero cuándo lo había visto? ¿Cuándo?

El miedo, tan profundo y visceral que recorrió cada una de sus

terminaciones nerviosas con el ímpetu de una onda expansiva, la impulsó a prorrumpir en gritos:

—¡¡Quién te crees que eres!! ¡¡Yo haré lo que me dé la gana!!! ¡No quiero... ninguna conversación contigo! ¡No quiero tener nada que ver contigo! ¡Eres un... animal! ¡Un animal...! —Forcejeó y se sacudió de un lado a otro—. ¡Suéltame...! ¡Déjame en paz!

La voz le salía a borbotones. Sin pausa. Demasiado aguda, demasiado histriónica, desafinada para sus propios oídos. No medía lo que decía ni sabía lo que gritaba. Se había roto el filtro de su cerebro y actuaba movida por impulsos primarios. Luchando por su vida, igual que si se encontrara en peligro de muerte.

Se había vuelto loca.

La actitud de Roberto cambió. Su cuerpo se envaró, tenso. Su mirada, antes amable y divertida, se transformó en un segundo y se volvió gélida, impenetrable. Toda la comprensión que él le había mostrado y la mofa de la que había hecho gala, extinta. Michela se quedó paralizada cuando la tomó con fuerza de los brazos conminándola sin palabras a quedarse quieta y permanecer en silencio. La acercó a su cuerpo, ciñéndola a él en un apretón doloroso.

«Otra vez no, otra vez no, por favor», repetía una y otra vez. «¿Otra vez?»

¿Cuándo fue la primera vez?». Todo le daba vueltas. Se iba a desmayar.

—Estás LOCA —siseó él, enfurecido—. Hazte ver, pero no se te ocurra montar un numerito aquí. ¿Me he expresado con claridad? No sé qué te propones ni de qué cojones vas, pero te quiero bien lejos de mí y de mi amigo. Lukas no merece acabar con una desequilibrada como tú.

Acto seguido, la soltó de forma brusca. Michela trastabilló y él desapareció sin más.

Mientras lo veía alejarse e integrarse en la fiesta, como si nada hubiera sucedido entre ellos, le alivió comprender que la posibilidad de presentarle a Lucianna Petra tendría que esperar para otro momento.

2

—¡El general llegará en cualquier momento! —chilló la nodriza Ovidia—. ¡Venga! ¡Rápido, moveos! Lo quiero todo listo en este mismo instante, ¡os despellejaré vivos si no os dais prisa!

Licinia observaba divertida a los esclavos correr desde las cocinas hasta la vivienda de los tribunos militares, ultimando los detalles del banquete con el que agasajar a su padre, el gobernador de la Hispania, Lucio Licinio Lúculo. A lo lejos y a través de las puertas abiertas de la muralla del *castrum* de la emergente ciudad de Corduba se levantó una nube de polvo, lo cual provocó la histeria colectiva del grupo encargado de los preparativos para agasajar a

los militares. La joven romana, ajena a todo el alboroto, mandó detener el incesante balanceo del abanico que portaba su esclava y se echó hacia atrás la *palla*, que cayó mansamente sobre sus hombros. Colocó su mano a modo de visera para estudiar la llegada del ilustre general romano Servio Sulpicio Galba —que había sido nombrado pretor de la provincia ese año, tras el cese de Atilio Serrano—. Y ese era el verdadero motivo de su presencia en ese paraje desolado.

Su padre la había mandado a comparecer en el campamento militar, algo inusual. Nunca una *domina* hacía acto de presencia en ese entorno, hostil y masculino. Solo mujeres de la mala vida, las *meretricem*, viajaban con los soldados. La excepción se debía a que su señor pretendía desposarla con el general Servio Sulpicio Galba.

Licina examinó con una mueca de hastío los alrededores, esa extensión de áridos terruños que se prolongaban como lenguas de fuego más allá de los muros de piedra del fuerte militar. Se descorazonó al meditar que su vida no sería más que una sucesión de insoportables y anodinos quehaceres, dedicada al cuidado de la casa y de la servidumbre. Situación que la aborrecía hasta el hartazgo. Sus días y noches transcurrirían en el más absoluto aislamiento: rodeada de esclavos incultos, animales malolientes y ese polvo rojo que parecía cubrirlo todo con un espeso manto que la asfixiaba.

¿Vivirían en Corduba o Galba, se mostraría civilizado y la mandaría a la antigua ciudad de Ilipa? Esperaba que el general no deseara postergar su estancia en la provincia. Lo sabía ambicioso. Galba aspiraba a hacerse con el favor del Senado de Roma. Codiciaba para él el puesto de cónsul —según había escuchado de las conversaciones que su padre había mantenido con los hombres que le eran leales y a quienes ella había fisgoneado, sin ningún tipo de escrúpulo—. Veía como una obligación autoimpuesta conocer algo del hombre con el que su progenitor había decidido desposarla y, alabados fueran los dioses, esa ambición del general romano a ella le convenía. Más aún, lo ayudaría en lo que pudiera si con eso lograba su propósito de abandonar esa dichosa provincia. Pues lo que Licinia anhelaba, con una desesperación que rayaba en la destemplanza, era regresar a Roma. Ningún lugar se asemejaba a la gran urbe. Adoraba sus imponentes palacetes, sus calles adoquinadas y bulliciosas; las fiestas que se alargaban días y días; los mercados alrededor del foro que vendían telas de extravagantes colores y las joyas más exclusivas, traídas de exóticos países; los templos y el bullicio de las conversaciones en alta voz. En fin, el delicioso ajetreo de la ciudad.

La vida en la villa nombrada por Escipión, el Africano, como Itálica, se le antojaba en comparación una burda imitación. Monótona y relajada, sin brillo ni color. Ciertamente era que el lugar poseía un encanto especial, casi onírico. Con

el solemne Baetis, basto y orgulloso, presidiendo como un dios benévolo la ciudad y sus callejas estrechas inundadas de plantas multicolores e impregnadas para siempre de un eterno aroma a romero y al de esas florecillas blancas que crecían en los naranjos y pululaban en cada rincón de la villa.

Sin embargo, esa placidez y tranquila mansedumbre no encajaba con la personalidad inquieta y vivaz de la joven. Tanta quietud, lejos de agradarle, le alteraba el ánimo, la ahogaba. Ansiaba ser capaz de dejar atrás su propia piel y ser libre.

Licinia moría de envidia cuando escuchaba a su esclava personal, Brisia, cantar las bondades sobre su adorada Roma. Aquello también la mortificaba y sacaba a relucir un aspecto de su personalidad que la avergonzaba: la envidia. Le carcomían el rencor y los celos cada vez que su padre autorizaba a su esclava a viajar hasta la capital de la república mientras que ella debía permanecer en esa odiosa villa, desperdiciando los mejores años de su juventud entre esos lugareños ignorantes.

Le resultaba paradójico y del todo absurdo que ella, que de todo poseía y vivía en el lujo más esplendente, codiciara la vida despreocupada de una esclava. Se empecinaba en esa idea cuando meditaba que Brisia no vivía ahogada bajo capas y capas de decoro, conveniencia y reglas. Nadie esperaba

de la joven esclava que se desposara con ningún general autoritario o engendrara vástago tras vástago de recia estirpe que prolongara *ad infinitum* el apellido familiar. El peor temor de Licinia cobraba vida ante sus ojos: le horrorizaba saberse atada a las órdenes y reclamos de un esposo del que nada sabía.

La vida que conocía y que le proporcionaba tanta seguridad se le escurría de entre las manos y ella se encontraba suspendida en un precipicio de incertidumbre y dudas, pues, a lo sumo, en unas pocas horas, cuando su padre firmara los acuerdos de esponsales, estaría a merced de ese hombre: Servio Sulpicio Galba. Un extraño para ella que pasaría a ser su dueño y señor. No es que deseara postergar sus nupcias. Comprendía lo que se esperaba de ella por su condición de ciudadana patricia y el distinguido linaje familiar, pero la abrumaba y también la amedrentaba hasta el desánimo la inseguridad de no saber qué ocurrirá con su vida a partir de entonces.

Ella era una mujer práctica y de talante optimista. Para no hundirse en la desesperanza especulaba con la idea de que Galba no se mostraría muy entusiasta por mantenerla a su lado. Algunos hombres —como era el caso de su progenitor— consideraban a la esposa y a los hijos una rémora que les impedía perseguir sus objetivos políticos. Su madre, sin ir más lejos, residía en la villa familiar con sus hermanos menores a las afueras de Roma. A

cientos de millas de distancia del destino que había elegido su *pater* como gobernador de la Hispania Citerior. Esa idea la llenaba de esperanzas y grandes pensamientos.

Los hombres se acercaban a gran velocidad sobre sus imponentes caballos de guerra y Licinia, dejando de lado todas estas cuestiones, hinchó el pecho de orgullo al admirar la marcha de la legión.

A la joven nada le parecía tan majestuoso como el ejército romano avanzando en perfecta formación. Los escudos brillaban al sol retando a los mismos dioses con su esplendor. Los solemnes estandartes de vivos colores proclamaban la gloria romana: el poder de la República de Roma, el más bravío de la historia.

El corazón casi le salta del pecho cuando divisó a su padre, regio como un soberano en su uniforme de gala.

Licinia se alzó la túnica por encima de los tobillos y echó a correr cuando estuvieron a unas pocas millas de distancia. Deseaba volver a ver a su padre, sentirse mimada y segura entre sus brazos fuertes y protectores.

— *Domine, domine* —gritó la joven dichosa cuando lo tuvo delante.

Junto a Licinia venían correteando dos esclavos ataviados con toscas prendas de lana que dejaban al descubierto sus piernas. Portaban dos enormes sombrillas de vistosos colores para guarecerse de la inclemencia del sol a esas

horas de la tarde a los ilustres patricios romanos.

Su padre, con una sonrisa afectuosa en el rostro, la recibió entre sus brazos y la besó en la boca.

—Señor mío, os he extrañado terriblemente. Me dejáis aquí, abandonada a mi suerte en este desolado paraje, mientras os divertís con esas guerras que tanto os gustan.

Licinio Lúculo, instándola a caminar a su lado, se carcajeó y dedicó una mirada engreída al general Galba que, impactado por la belleza de la joven, abrasaba con una mirada puramente carnal a su hija. Aquello le gustó, más aún, le dio ínfulas. Servía a sus propósitos.

Servio Sulpicio Galba era un hombre recio y decidido, poseedor de una oratoria osada y mordaz. Además, cada día ostentaba más poder sobre el Senado. Lo acababan de elegir pretor de la provincia y en un futuro no muy lejano sería nombrado cónsul, una vez que ambos lograran alcanzar la gloria en las batallas contra los pueblos indígenas que estaban por venir. Se aseguraría de eso. Lúculo ya había puesto en marcha las acciones necesarias en Cauca e Intercatia, haciéndose con suculentos botines en oro, plata y esclavos que había enviado sin mayor dilación a Roma. Necesitaban que el Senado y esos malditos tribunos de la plebe volvieran sus ojos e intereses hasta la olvidada provincia a la que habían dejado de lado. Desde hacía cinco

años, el Senado no se molestaba en enviar partidas consulares. Habían convertido a la provincia en una *interrex*, tras la mala publicidad que las guerras contra el pueblo celtíbero y lusitano estaba recibiendo de ese perro de Polibio —que no era más que un mero propagandista de las órdenes y disposiciones de la familia de Escipión, el Africano—. La paz que había logrado Marcelo en el norte con los Titos, los Belos y los Arévacos no le convenía, tampoco a Galba. Después de su incómodo paso por la cárcel, necesitaba hacerse del prestigio y la fortuna de la que había gozado en el pasado. Licinia, su hija más querida, también serviría a ese propósito en unas pocas horas cuando firmaran los acuerdos de esponsales y se llevara a cabo el matrimonio.

Un carraspeo hizo que los tres detuvieran sus pasos y extrajo a Lúculo de sus maquinaciones. Tras ellos, un joven oficial que aferraba la brida de su caballo y se mantenía erguido, aguardaba para ser atendido.

—Mi general, solicito permiso para mandar a las tropas a refrescarse y descansar.

—Por supuesto, Sertorio. Nos veremos en la casa cuando les hayas dado a los hombres las pertinentes instrucciones. Saludos, oficial.

El hombre asintió y se inclinó ante sus superiores en señal de respeto.

Después, marchó junto a los soldados hasta el sector de los barracones.

Tras ese breve intercambio, su preciosa Licinia había retomado el hilo de la conversación y no cesaba de parlotear sobre el campamento y el succulento banquete que los esperaba. No obstante, Galba, se fijó Lúculo divertido, más interesado en otros manjares, la devoraba con la vista. El hombre ni se molestaba en disimular delante de él.

Lúculo no podía culparlo. Él mismo había sentido más de una vez un molesto tirón en la entrepierna ante la belleza etérea de su hija. La misma Venus debía haberla esculpido a su imagen y semejanza. En ocasiones, observándola reclinada sobre el lecho mientras tomaban juntos la cena o se echaba la siesta en algún *klaini* y la túnica ceñía su cuerpo, marcando la rotundidad de sus caderas y la suave curvatura de su vientre, había deseado poseerla. Jamás lo haría. Su virginidad era sacrosanta para él. Ella era su tesoro más querido. Aun después de catorce años, lo asombraba saber que de él hubiera podido surgir una criatura tan grácil y hermosa como su pequeña Licinia.

—Deseo que disfrutéis de vuestra comida y descanséis. Más tarde podremos reunirnos. Ya sabéis, señor mío, que estoy ansiosa por conocer todos los detalles que hayan acontecido durante la batalla.

—Hermosa como Venus y amante de la batalla como Minerva, ¿puede un hombre pedir más en esta vida? —exclamó Galba con admiración. Tomó la

mano de la joven y depositó un casto beso que apenas rozó los nudillos de su mano.

Licinia, en absoluto incómoda por el galanteo, ahogó una carcajada mientras procuraba hacerse con todos los detalles de la persona del excelso general patricio.

Le había sorprendido gratamente la manera en que el hombre se había apeado del caballo: con un salto brioso y elegante. Muy diferente al de su padre, algo más desgarrado y torpe. Agradaron a la joven el empaque y la majestad de sus gestos cuando habían intercambiado los saludos de rigor.

Galba no era en absoluto su ideal de belleza masculino. Con esa nariz prominente, un poco ancha en la punta y los ojos ligeramente hundidos, bastante separados del tabique nasal y enmarcados por unas cejas enhiestas que impresionaban por su severidad. No obstante, se decía la joven embelesada por el timbre firme y musical de su voz, todos esos detalles quedaban eclipsados bajo la innegable aura de poder y dominio que le precedía y potenciaba su escaso atractivo físico. La encandilaba. Intuía que era un hombre enérgico, aunque de talante sereno. Eso le proporcionó un grato sentimiento de tranquilidad. Podrían llevarse bien y formar un matrimonio dichoso. No creía que fuera capaz de enamorarse de ese hombre, pero deseaba sentirse cómoda a su lado.

—Oh, sois muy amable, general. Nada más alejado de mi naturaleza. Sé cuánto complace a mi padre contarme acerca de sus logros. No penséis, os lo ruego, que soy una joven belicosa y conflictiva. Me siento a gusto llevando una vida algo más tranquila y sosegada.

Era una experta en el arte del coqueteo, se fijó su padre con sorna. ¡Y qué mujer no lo era!

—Lamento informaros, *domina* Licinia, que no hemos sufrido ninguna batalla digna de mención. Ahora en más, hemos tenido que parlamentar durante horas. Estos lusitanos no son tan aguerridos como nos habían asegurado. Un conjunto decepcionante. Poco organizado y burdo. No son más que pastores aferrados a sus tierras.

Licinia dejó escapar una risita musical y encantadora.

—La gloria del ejército romano expuesto a semejante estolidez. Pues bien, sometedlos y marchemos hacia otro lugar —habló la joven con decisión. Galba dejó aflorar una sonrisa sincera, de las pocas que se le conocían.

—Sois un regalo para los ojos, señora mía, y ahora también descubro que una sorpresa para mi intelecto. Tal vez haga caso de vuestro consejo. Quiero liquidar este asunto con la mayor celeridad —sentenció con firmeza Galba, una vez acabaron la comida.

Los generales y el joven oficial Sila Sertorio habían sido recibidos en el

atrium de la vivienda que ocupaba el pretor, erigida en la intersección que formaban las calles principales del *castrum*. Los esclavos los esperaban con una bandeja de bebidas frescas endulzadas con miel y otras especias con las que combatir la sed ocasionada por la cabalgata y el tenaz calor del sur de la península. A continuación, los habían conducido a una pieza separada de la casa, a la que se accedía atravesando el patio abierto frente al *atrium*. Allí los habían desvestido. Los militares habían depositado armadura, túnica y sandalias al cuidado de un esclavo que se encargaría de limpiar las ropas y pulir las armas. Una vez que estuvieron desnudos, con el ánimo algo más relajado, fueron conducidos a la sala templada que conformaban los baños. Un recinto de planta semicircular adornada con relieves en estuco y mosaicos. El esclavo que los acompañaba acarreaba cestas con toallas y jabones y se ocupó de limpiar el sudor y el polvo del camino de los cuerpos de los hombres. Procedió después a masajear los músculos doloridos por el trayecto y ungir la piel con aceites perfumados. De cuando en cuando, los hombres se refrescaban echando sobre sus rostros y cuerpos entibiados un poco de agua fresca de un pilón situado en el centro de la estancia. El apetito de los hombres, por ese entonces, había alcanzado su punto álgido y habían mandado finalizar el aseo. Otro esclavo les había entregado togas, sandalias y mantos limpios. Acicalados y perfumados se habían trasladado al comedor

donde los esperaba el banquete.

En honor a la visita del pretor de la Ulterior y a los acuerdos de esponsales firmados por los hombres, el festín de ese día había consistido en succulentos entremeses de moluscos de mar, ostras y mejillones, gallina hervida, pastel de carne, papahígos y filetes de jabalí aderezados con el *garum*: una maceración de intestino de peces, en especial de la caballa o del atún, procedente de las pesquerías de Gades. Las más apreciadas por la aristocracia romana por su fuerte sabor. Finalizado el refrigerio, se habían retirado al interior de la casa hasta el despacho del gobernador para programar su próximo movimiento y disfrutar de un pequeño *comissatio* de dulces y vino.

Sertorio, reclinado sobre una mesa y con las manos a los lados del mapa, estudiaba con atención la zona y repasaba mentalmente los movimientos que habían hecho las tribus lusas hasta ese momento: cercando a su ejército, obligándolo a retirarse en no pocas ocasiones. Al escuchar la voz firme del general, levantó la vista y giró el cuello hasta toparse con la mirada adusta y algo velada de Galba.

Lúculo, entreviendo la importancia de la conversación que iban a mantener los hombres, le hizo señas a un esclavo —que de pie y a corta distancia agitaba con suavidad un flabelo de plumas de avestruz que espantaba los indeseables mosquitos y refrescaba sus rostros del sofoco vespertino— para

que los dejara solos.

—Y si fuera posible concretar un poco más —habló Sertorio—, entonces, ¿cómo pretende finalizar la contienda, mi general? Sí, estoy de acuerdo con todo lo expuesto por su señoría, no son más que pastores mal organizados, empobrecidos también, pero están dispuestos a pelear por sus tierras con uñas y dientes. Ya lo han hecho en el pasado. No hay que subestimarlos.

Deberíamos aprender de nuestros errores.

El joven oficial se refería a la última batalla que había librado el general meses atrás, recién arribado a la provincia. La ferocidad del ataque bárbaro lo había obligado a buscar refugio en la ciudad de Carmone y, posteriormente, retirarse a sus cuarteles de invierno en la ciudad de Conistorgis, en territorio de los cuneos: vasallos de Roma, para rearmarse y pedir refuerzos. Un fallo en la estrategia a seguir y un exceso de soberbia en un ataque mal planificado los había obligado a huir. Habían sufrido considerables pérdidas. Unos siete mil hombres, nada menos.

El Senado, decepcionado con el avance implacable de las tribus lusitanas y celtíberas en las dos provincias romanas, la Citerior y la Ulterior, les había dado un aviso: la Hispania no estaba siendo rentable. Los soldados, además, poco interesados en esa guerra de fuego que tan exiguas ganancias reportaba y a la que se temía por la fama de estas tribus, fieras y guerreras como

ninguna otras, preferían marchar a Macedonia o Cartago. Galba y el propio Lúculo eran conscientes de que necesitaban resultados urgentes. Las partidas de hombres y medios que enviaban a las dos provincias se estaban agotando. Galba se dirigió con tranquilidad al otro lado de la estancia, hasta un aparador donde mantenían frescas las bebidas en jarras de cerámica cubiertas por un trozo de lino humedecido en agua. Hizo a un lado la toga púrpura que cubría su brazo, tomó una copa y la llenó del vino especiado con miel: el *conditum*. Dio un sorbo mientras hablaba.

—Eso haré. Les daré sus tierras.

Sertorio apretó los ojos extrañado con tales palabras. No veía posibilidad de ninguna capitulación por parte del pretor de la provincia, pues conocía de su ambición y actos inescrupulosos. Él mismo había presenciado la brutalidad de la que era capaz y la saña con la que había atacado al pueblo lusitano en el pasado. Se dio la vuelta para quedar frente al general y apoyó las manos en las caderas.

—No entiendo a dónde quiere llegar, mi general.

—¿No lo entiendes, *frater*? —retrucó Servio con cierta sorna y clavó la mirada en Lúculo, quien colocado tras el joven y con los brazos cruzados en la espalda, hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, instándolo a continuar.

El general depositó la copa sobre el mueble e inclinó la cabeza.

—Muy bien, te lo explicaré.

Galba se acercó hasta el lugar en el que se hallaba Lúculo. Los dos hombres intercambiaron unas pocas palabras que Sertorio no escuchó. Después de esa breve conversación, Galba se dio la vuelta y extrajo de una funda, que colgaba de su cinturón, una pequeña daga diferente de las que usaban los soldados, muy rica en detalles y ornamentación. El extraordinario brillo de la hoja cegó al centurión que parpadeó confundido. El general, riendo por lo bajo, se aproximó hasta situarse al lado de Sertorio.

—Aquí están ellos ahora mismo —señaló Galba y, con la punta afilada del cuchillo, pinchó un punto en el mapa: la última ubicación conocida del pueblo lusitano, en el extremo noroeste del río Tagus—, agazapados como animales entre las montañas — deslizó la daga hasta el centro del mapa y la clavó en una localización concreta—, y estas son las tierras que quieren.

—Las que prometimos entregarles —aclaró Sertorio que escuchaba cruzado de brazos.

—Cierto, lo prometimos, ¿verdad?

Galba palmeó el hombro del joven oficial. Le hizo señas a Lúculo para que cerrara las puertas.

Las llamas de los pebeteros se reavivaron debido a la corriente de aire. El

humo denso con aroma a especias picantes se extendió por encima de las cabezas de los hombres.

Galba comenzó a pasearse por la habitación con las manos cruzadas a la espalda y la cabeza gacha.

—Como bien sabes —le dijo a Sertorio—, y si en algo me equivoco, por favor, corrígeme, acordamos con esos bárbaros que vendrían desarmados y en compañía de sus mujeres e hijos, en señal de buena voluntad, para poner fin a la guerra y hacerles entrega de unas tierras fértiles donde podrían prosperar. —El hombre se detuvo y alzó la vista con arrogancia. Se encontró con los ojos serenos y luminosos del centurión romano. Galba dejó aflorar una sonrisa torva. Sertorio arrugó el ceño—. Pero ya sabes de lo traicioneros que son. Los cartagineses siempre nos han advertido acerca de su naturaleza voluntariosa. No cumplirán con sus promesas. Estoy seguro de que encontraremos algún arma escondida entre sus ropajes y, si ellos no cumplen, mi estimado hermano, ¿por qué habríamos de cumplir nosotros? Nos obligarán a responder con contundencia.

Finalizó la frase con un golpe seco de su puño sobre la mesa que estaba a su lado.

Sertorio había empalidecido. Tras escuchar esa absurda bravata de su general, no salía de su asombro. Intercambió incrédulas miradas entre los dos

hombres que, a su vez, lo contemplaban con una postura de hombros relajados y miradas impasibles. Las implicaciones de lo que se estaba diciendo eran deleznable. El oficial estudió el rostro de su general en una actitud incrédula ante lo que escuchaba, atónito y ofendido. Sin embargo, lo único que veía en los ojos del pretor era la firme resolución de quien ha tomado una decisión irrevocable. Tragó saliva y cuadró los hombros antes de hablar.

—Esa conducta no es propia de la grandeza de Roma. Roma conquista, anexiona y vence en el campo de batalla. El Senado...

Galba dejó escapar un suspiro de hartazgo y colocó una mano sobre su hombro, apretándole los músculos.

—Y Roma vencerá, no lo dudes.

—Mediante engaños, mi general. Esa conducta no es...

— *Divide ut regnes*. —«Divide y vencerás», anunció Galba solemne con una mano clavada en su pecho, ignorando el rostro estupefacto del joven centurión—. Esa conducta nos dará la victoria en cuestión de horas. ¿No decías que tu madre necesitaba de nuevos esclavos para su villa campestre? Los tendrá —acotó con firmeza—. Nos haremos con un excelso botín que silenciará las quejas y las innumerables presiones que venimos recibiendo del Senado. No merece la pena perder el tiempo en una guerra con campesinos

ignorantes. Ya hemos perdido muchos hombres con estas absurdas escaramuzas de montaña. Otros planes ocupan mi mente. La gloria romana lo comprende y lo perdona. Los dioses nos son favorables, no lo dudes. Hay buenos augurios, lo he comprobado, mi estimado hermano.

— *Et lupum et vulpem et lepum vidi.* —«Vi al lobo, a la zorra y a la liebre», señaló Sertorio con pesar una vez que abandonó la estancia y enfiló hacia los barracones para pasar la noche con sus hombres.

Durato analizaba la escena que acontecía a sus pies con una sensación fatalista que le erizaba los pelos del cogote. Sentado en lo alto del cerro sobre una roca plana, disfrutaba de una posición estratégica para observar las negociaciones entre los romanos y los hombres elegidos por su tribu para parlamentar. Esbozaba un ceño de concentración, no por la tarea que tenía entre manos, que ejecutaba de forma mecánica, pues no llevaba mucho tiempo desollar y vaciar un conejo con el que dar de comer a sus hijos.

Durato se concentraba procurando discernir, por los gestos de los hombres, las conversaciones que se llevaban a cabo.

Nadie le había preguntado a él en particular, pero todos sabían que nunca hubiera accedido a negociar con los romanos. Durato no se fiaba de la palabra dada por ese general Galba, mucho menos la del gobernador Lucio Licinio Lúculo, después de las masacres en las ciudades del norte. Malditos

romanos usurpadores. Esta guerra ya se había cobrado muchos tributos. Su mirada, de penetrantes ojos negros aguzada por los años de acechar durante horas las presas que cazaba, se clavó en el hombre que hablaba: el mentado Galba. La postura sobre su caballo le recordaba la de un pavo exhibiéndose ante una hembra. Todo orgulloso de mostrar su plumaje de vivos colores. Altanero, en la creencia de que sus paisanos caerían redondos a sus pies, sin embargo, los ojos de ese hombre hablaban de mezquindad; sus actos, de cobardía. Los romanos deseaban poseer las tierras que les pertenecían desde hacía generaciones. Llevaban años peleando por ellas. Con los propios romanos y con otros clanes enemigos, y este general quería entregarles tierras fértiles para el pasto y la labranza a cambio de la paz. Aquello le daba mala espina. Su pueblo, también los otros allí reunidos, había olvidado la historia: los romanos no negociaban por la tierra. La tomaban, a sangre y fuego.

—¡Padre, padre! Madre dice que necesita su ayuda. Anuún no quiere nadar. Anuún es tonta. Nadar es muy fácil. Yo se lo dije, pero ella no me escuchó. Le teme al agua.

Y se encogió de hombros esbozando una mueca de indignada contrariedad, como si el temor de su hermana pequeña se le antojara la cosa más absurda del mundo.

El niño se acuclilló frente al hombre. Respiraba con dificultad, fatigado por la carrera pendiente arriba y tenía las mejillas coloradas por el frío.

El hombre le guiñó un ojo y lo instó a sentarse a su lado. Tautalus se incorporó de un brinco y se dejó caer al lado del hombre. Durato se quitó el *sagum* que lo cubría y, sin pronunciar palabra, abrigó con la gruesa prenda el cuerpo delgado de su hijo. El niño se arrebujó contra la tela que guardaba el calor de su padre y suspiró con alivio. De reojo, Durato no perdía de vista a los romanos. La respiración, ahora más sosegada de su hijo, le llegó en forma de una suave caricia y le cosquilleó en sus propias mejillas.

Padre e hijo permanecieron en silencio.

El niño se recreaba en los movimientos firmes y precisos de las manos de su padre. Primero, Durato había hecho una incisión con su puñal sobre la base del cráneo del animal para cortar la médula espinal. Acto seguido, había retirado la cabeza para facilitar el drenaje de la sangre. Era fundamental llevar a cabo estos dos pasos antes de comenzar a desollar la piel del animal. Luego, había que esperar unos minutos colgando al animal boca abajo. Así se vaciaba toda la sangre. Su padre le había explicado que era importante actuar con rapidez y quitar la piel mientras el conejo está aún algo caliente, de esta manera salía con mayor facilidad. Una vez limpio se procedía al despiece. Primero, las patas, haciendo un pequeño corte a través de la parte posterior

del nudillo para aflojar la articulación y, luego, con una pequeña incisión en el abdomen hasta la caja torácica, se abre la cavidad por las costillas y se levanta la piel hasta extraer los órganos. Había que tener especial cuidado con estos, porque de rasgarse y romperse, aún en su interior, arruinarían la carne. Su padre también le había enseñado a examinar el hígado del animal, ya que si este presentaba manchas amarillas nunca debían comerlo, pues era indicativo de alguna enfermedad.

Imitando la expresión severa de su rostro y su postura de piernas separadas y hombros inclinados, el niño se pegó al cuerpo del adulto y apoyó la manita en el muslo fuerte y macizo, memorizaba todo cuanto podía de él. Siguió la dirección de los ojos de su progenitor. Unos cuantos hombres hablaban en la ladera, un poco más abajo de donde ellos se encontraban. Tautalus sabía que más hombres de su tribu se escondían en los alrededores, camuflados entre los arbustos y árboles, armados hasta los dientes por si los romanos decidían atacarlos. Pronto le aburrió observar cómo hablaban todos esos hombres sin entender una palabra de lo que decían. El pequeño de seis años prefería mirar cómo su padre trabajaba sobre el animal que se comerían en unas pocas horas. Pensar en el guiso de su madre le dibujó una sonrisa que iluminó sus ojillos negros.

Con un gesto enérgico, Durato se incorporó. La reunión hacía tiempo que

había terminado. Los romanos habían vuelto a su campamento base, los jefes de las otras ciudades habrían cabalgado hasta sus murallas y los suyos estarían ya en el poblado. Él se había tomado unos momentos para meditar sobre las últimas palabras que Galba había dirigido a los jefes de su clan: «Pues la pobreza del suelo y la falta de recursos os obligan a esto, pero yo daré una tierra fértil a mis amigos pobres y os estableceré en un país rico». Su hijo imitó sus movimientos. Se recolocó el sago de lana alrededor de su pequeño cuerpecito y estiró las piernas y los brazos. Durato esbozó una sonrisa de orgullosa ternura. El chico le mantenía el paso a pesar de que la pierna derecha se le había quedado dormida por permanecer en la misma postura durante la última media hora. Su pequeño guerrero sería un gran valor para su pueblo.

El adulto le entregó el animal, previamente troceado y atado, que habían envuelto para su conservación en unas hojas de parra, y el niño lo recibió con orgullosa deferencia. Lo colocó con sumo cuidado en el interior de una cestita de mimbre, se cruzó las asas de cuero al pecho y lo acarreó todo el trayecto.

—Veamos, pues, qué podemos hacer por nuestra pequeña Anuún. —

Acarició la cabeza de pelo negro y ensortijado de su pequeño—. Tú ya eres un hombre, así que entre los dos le enseñaremos a nadar y vencerá su miedo.

No existían dudas al respecto, si su padre decía que Anuún aprendería a nadar, así lo haría.

Tautalus hinchó el pecho al escuchar esas palabras y apretó las manitas alrededor de las tiras de la cesta. Su padre le había dicho que ya era un hombre. Oh, sí que lo era. Se sentía más alto y más fuerte, casi del tamaño de su padre, se irguió y cuadró los hombros.

—Por supuesto, padre, siempre puede contar conmigo.

Padre e hijo echaron a andar hasta el poblado. Atravesaron el tapial que daba acceso a la villa y caminaron pendiente arriba, por el acceso principal entre las casas de sus vecinos. El chiquillo reía con las ocurrencias del adulto. Algunos hombres conducían el ganado hasta el cercado que quedaba situado en lo alto de una loma. Las mujeres se veían atareadas. Preparaban la última comida del día en la parte delantera de sus hogares, donde las ristras de ajos y los manojos de hierbajos colgaban en ganchos de los techos de paja. Los más pequeños correteaban a su alrededor. Se oían los gritos de los hombres, los rebuznos de los animales y un sinfín de chillidos infantiles.

Durato alzó la cabeza e inhaló con avidez el aroma de los diferentes guisos que se preparaban en los fuegos. Se le abrió el apetito. Sí, era un día perfecto. Llegar a su casa, comer y descansar entre los brazos de su mujer. Con un golpe suave en el hombro de su hijo, lo instó a adelantarse para entregarle la

comida a su madre.

—Durato, detente. Ultinos quiere que vengas con nosotros. Han reunido al Consejo.

Durato reconoció la voz. Se volvió con premeditaba lentitud y enarcó una ceja cuando quedó frente a Likinos.

Likinos era un jovenzuelo que solía darse muchas ínfulas. Su padre, un venerado anciano respetado por sus sabias opiniones, había fallecido en las últimas escaramuzas con los romanos. El chico se había hecho cargo de la familia y, por ende, de las obligaciones de su progenitor.

El muchacho dudó al observar la expresión acerada en los ojos de Durato. Meditó que, más que un cazador, el hombre que se erguía frente a él tenía la traza de un verdadero guerrero. Por su fuerte complexión, su increíble altura y los músculos nudosos de sus brazos y piernas, parecía formado por el propio *Cariocecus* desde su nacimiento para luchar y dar muerte a sus enemigos. Uno no le decía a un gigante como él lo que debía hacer o cuándo, pero Likinos, haciendo alarde de orgullosa fortaleza, se mantuvo firme arrostrando el temor irracional que el hombre le inspiraba.

Durato lo horadaba con una mirada firme sin pestañeos, molesto con la insolencia del joven. No obstante, un observador atento podría haber descubierto en los ojos del hombre cierto respeto ante la actitud del mocoso.

El chico estaba muerto de miedo y, a pesar de ello, le había echado valor y le hacía frente. Casi le produjo un acceso de risa verlo esconder las manos temblorosas a su espalda. El joven se había equivocado de medio a medio al abordarlo de esa forma irrespetuosa. De cualquier manera, él nunca había tolerado bien las órdenes. No lo había hecho siendo niño, menos aún, en la edad adulta. Ni las palizas de su padre, tampoco los sermones de su madre lo habían exhortado jamás a obedecer.

Cruzando las manos en torno a su ancho pecho, lo mandó acercarse con un movimiento de cabeza.

Cuando Likinos estuvo frente a él, Durato se rascó la barbilla, donde ya sombreaba la barba, y miró por encima de la cabeza del muchacho. Estrechó los ojos. Varios hombres se dirigían en ese momento hacia el centro del poblado donde se alzaba el edificio que hacía las veces de consejo y casa espiritual. Las armas ubicadas en fundas de cuero a sus espaldas.

—Si Ultinos lo desea, que venga él a buscarme y a explicarme para qué nos reúnen en Consejo. Decidiré, entonces, si voy o no.

Y dicho esto dio media vuelta sin esperar ninguna réplica. Se alejó con paso tranquilo hasta su hogar.

Mientras Durato daba instrucciones a sus hijos sobre las tareas para el día siguiente y su mujer le cotorreaba las habladurías del pueblo, se sentó delante

del fuego apurando una jarra de cerveza. Observó el camino que llevaba hasta su hogar; Ultinos se aproximaba con el paso renqueante y algo cansado.

Frunció el ceño y resopló irritado. Esa noche no iba a descansar demasiado, tampoco acostarse con su mujer. ¡Maldición!

—Le diste un buen susto a Likinos, muchacho —exclamó entre risotadas el fiel Ultinos al tiempo que devoraba el guiso de su mujer.

El hombre había tomado asiento a su lado, como siempre hacía cuando lo visitaba. Ofreciéndole una gran sonrisa a su esposa, aceptó de buen grado una escudilla con el guiso que ella había preparado para esa noche. Durato había apretado la mandíbula, irritado. Anhelaba disfrutar de una tranquila jornada familiar. Al cuerno con los hombres y sus parlamentos.

—No me pareció que estuviera muy afectado por mi presencia o que su impertinencia le trajera consecuencias.

Ultinos volvió a reír y palmeó su espalda.

—Ja, pero te aseguro que lo estaba. Cagado en las calzas. —Engullía con la boca abierta una pechuga de perdiz—. ¡Por los cuernos del Ciervo Sagrado! Esto es una comida digna de emperadores, mujer. Tienes unas manos de oro para preparar estos guisos.

Su esposa refregaba la olla frente a ellos, y le dedicó al viejo una gran sonrisa. Durato apretó los labios en señal de disgusto. Bebió la cerveza con

parsimonia, observando el hechizante movimiento de las manos femeninas.

Se las imaginó sobre su cuerpo. Se endureció. Volvió a maldecir entre dientes cuando recordó que esas manos suaves no lo acariciarían esa noche. Nún levantó la vista y sus miradas se cruzaron, le hizo señas para que se retirara.

—¿Qué quieres de mí? —habló una vez quedaron solos. A Durato no le gustaba perder el tiempo. Tampoco le agradaban las chácharas. Ultinos sabía que debía ir directo al asunto.

—Tu brazo fuerte cuando nos reunamos con los romanos. Galba ha accedido a entregarnos tierras por las tropelías cometidas contra nuestro pueblo. Son conscientes de que ignoraron la tregua de Atilio.

Durato, que apoyaba la espalda en la pared de piedra de la casa, tenía las rodillas elevadas y giraba entre las manos la jarra vacía de cerveza. Quiso echarse a reír. *La tregua de Atilio*, ¡menuda sandez! *La capitulación ante Atilio* sería un título mucho más adecuado.

Púnico —uno de los últimos jefes de su pueblo, muerto durante una de las últimas escaramuzas con los romanos de un certero golpe en la cabeza— se había visto entre la espada y la pared cuando el pretor Marco Atilio Serrano se había hecho con uno de los últimos bastiones lusitanos al tomar la ciudad de Oxthracas. Caucemo tampoco lo había hecho mucho mejor con los suyos en el sur. Tras la muerte de Púnico, César, su sucesor, firmó la paz con el

pretor romano para evitar un inútil derramamiento de sangre lusa. Los *vettones*, que habitaban las tierras al norte del Tago y se habían unido en esa ocasión con el general lusitano, tampoco habían salido bien parados. A día de hoy, volvían a estar enemistados. No habría posibilidad de otro acuerdo para luchar contra los invasores. Los romanos, pletóricos tras la aplastante derrota contra los cartagineses, aprovechaban con maestría la rivalidad entre clanes para acicatearlos a unos contra otros, manteniéndolos así ocupados con sus luchas fronterizas.

Se tomó su tiempo para hablar sumido en tantas cuestiones. Al cabo del cual, dejó la jarra en el suelo e hizo crujir sus nudillos.

—¿Y os fiais de la promesa de un hombre que incluso ha traicionado la palabra dada por su antecesor? Cometéis un error, Ultinos. Vi sus ojos. Hablaban de codicia y venganza. Nos considera poco menos que animales, pobres pastores ignorantes.

Ultinos desechó este último comentario y continuó exponiendo el acuerdo al que habían llegado esa mañana.

—En una semana debemos estar a las afueras de *Carmone*. Allí nos harán entrega de las tierras. Como prueba de buena voluntad debemos ir desarmados... Al final vamos a lograrlo, amigo mío. —Ultinos, emocionado, hablaba gesticulando con afán—. Les hemos dado buenas razones para

temernos. El propio Galba ha tenido que salir con el rabo entre las piernas en varias ocasiones.

«Pobres idiotas», pensó Durato.

La desesperación había llevado a sus hombres a esta situación. Vivían en la indigencia y se sentían acorralados. Los romanos los habían cercado y la ilusión de prosperidad los había cegado, pero él no se consideraba carne de chantaje. No se fiaba de ese general más de lo que lo haría de un toro bravo. Jamás iría desarmado a un encuentro con el enemigo. Antes prefería pasearse desnudo delante del Consejo de su pueblo.

—Estás hablando de Roma no de Galba, Ultinos. Quitá al hombre, vendrán otros. Roma no se rinde. Exige sumisión total. Esclavitud o muerte de sus súbditos.

Los dos hombres se miraron con seriedad. Ultinos no volvió a abrir la boca, sabía que Durato no los abandonaría. Los apoyaría y secundaría, como había hecho en cada ocasión en que lo habían requerido. Se mantenía como un baluarte incólume para sus hermanos y su pueblo.

—¡¡¡¡Licina!!!! ¡¡¡¡Licina!!!! ¡¡¡¡Noooo!!!! ¡Licinaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa!

Roberto se despertó de forma brusca gritando aterrorizado. ¡Por Dios, sus manos! ¡Qué le habían hecho a sus manos! Podía sentir cómo la sangre caliente y espesa se escurría de entre sus dedos. ¡Dios! ¡Ese dolor! Lo estaba

matando el dolor. Se extendía desde su costado trepándole por la columna vertebral hasta paralizarlo por completo y no podía llegar hasta ella. Ella lo necesitaba y él no podía llegar hasta ella. ¿Qué le habían hecho a sus manos esos malditos bastardos?

Se incorporó en la cama y con actitud frenética buscó hasta dar con la mesilla de noche. Palmeó como si la vida le fuera en ello la lamparilla y aporreó el botón. Con los ojos a punto de salirse de las órbitas y el corazón aporreando furioso contra las paredes de su pecho, examinó sus manos. Estas temblaban violentamente.

Descubrió aliviado que sus manos solo parecían... sus manos. Las hizo girar varias veces, incrédulo, asustado. Se palpó el estómago y la zona lumbar. Ese dolor había sido tan puñeteramente real. No había ninguna cicatriz o herida reciente, ni la más superficial. Cerró los ojos y se llevó las manos a la cabeza, enredando sus dedos entre los cabellos revueltos.

Respiraba tomando profundas bocanadas de aire. Una oleada de alivio lo recorrió de arriba abajo haciéndolo desear caer de rodillas y dar gracias, no sabía muy a quién o por qué.

«¡*Porca mignotta!* ¡Siempre la misma mierda!».

Cabreado, saltó de la enorme cama de matrimonio. Arrancó con furia las sábanas. Formó una bola con ellas, las lanzó con fuerza al suelo y se dirigió,

desnudo como estaba, hasta el cuarto de baño.

Presionó el interruptor de la luz y se frotó la cara con la mano. Aún experimentaba un hormigueo en las palmas, remanente del dolor que había sufrido durante la pesadilla. Maldijo el temor irracional que lo había dominado hasta el punto de hacerlo gritar de terror. Se avergonzaba de esa falta de control. De su miedo. Atravesó el baño en dos poderosas zancadas hasta pararse frente el lavabo. Apoyó las manos a los lados de la pieza de mármol. Miró su rostro en el espejo, furioso, ido. Un hilillo de incómodas lágrimas se escurría desde sus ojos hasta las mejillas. Fantástico, encima también lloraba como un puto maricón.

«¿Qué demonios te está ocurriendo, tío?».

Esas pesadillas iban a más cada noche.

Comprobó la hora en el reloj que tenía sobre la repisa de cristal. Cinco menos cuarto. «¡Merda!».

Abrió el grifo y dejó correr al agua mientras preparaba la maquinilla eléctrica para afeitarse. Se enjuagó la cara y tomó su maquinilla dándose firmes pasadas por toda la barbilla, pómulos, mandíbula y labio superior. Arriba y abajo, izquierda y derecha. El pitido rítmico de la jodida cosa le martilleaba la cabeza. Tal vez fuera hora de dejarse crecer la barba.

Miró en el espejo, que comenzaba a empañarse por el vaho que se

condensaba en el aire, y observó más allá, al otro lado de la estancia, el revoltijo de sábanas empapadas en sudor de su cama desparramadas por el suelo de madera maciza. Le tendría que decir a Nora que cambiara otra vez la ropa de cama —llevaban tres mudas en lo que iba de semana— y pusiera a lavar estas. Detestaba el caos de su dormitorio cuando despertaba tras una de sus pesadillas. Roberto era un hombre obsesivo con el orden y la pulcritud en todo cuanto usaba. Las sábanas debían estar siempre estiradas e impolutas sobre el colchón.

Malditos y jodidos sueños.

¿Y quién cojones era esa tal Licinia? ¿Por qué soñaba con ella? No podía recordar nada de esos dichosos sueños. Por más que se esforzaba, por más que indagaba en su jodida cabeza, no comprendía qué demonios le ocurría cuando cerraba los ojos y Morfeo reclamaba su parte. Una vez que despertaba siempre era lo mismo: sudores fríos y temblores que lo recorrían de arriba abajo, las incómodas y patéticas lágrimas, esa terrible sensación de vacío, de pérdida de algo vital, y el maldito y jodido dolor punzante, agónico. Le partía el puto corazón. Tenía que acabar con toda esa mierda de una vez. Se iba a volver loco. Quizás fuera hora de visitar a un psiquiatra. Observó su propio reflejo en el espejo e hizo una mueca.

«Ni de coña, Roberto, no vayas por ahí. Un loquero, jamás, en toda tu puta

vida».

Una vez que terminó de asearse, se dirigió al vestidor. Un espacio amplio y luminoso adyacente al baño, revestido del suelo al techo con paneles de madera e inundado con decenas de gavetas, cajoneras y rieles con perchas.

Lo había mandado fabricar a medida cuando reformó la casa tres años atrás.

Eligió al azar una camiseta blanca de cuello en pico de Hugo Boss, unos vaqueros Levi's desgastados y calcetines oscuros del cajón destinado para ello. Para los pies, unas cómodas zapatillas negras de Buscemi.

Volvió la cabeza cuando escuchó su móvil, una Blackberry Curve, pitando desde la mesilla de noche. Era Lukas. Un mensaje para quedar y tomar algo por ahí. Pobre diablo. Su novia estaba como una puta cabra. Chasqueó la lengua al recordar el rostro acojonado de ella tras su numerito de chiflado Mr. Hyde la noche anterior. Se sentía avergonzado. Más que eso. No podía entender, y eso despertaba en él amargos fantasmas del pasado, por qué había perdido los papeles de esa manera. Jamás le había ocurrido algo así.

Eso no era cierto, hacía mucho tiempo otra mujer casi había conseguido llevarlo al borde de la locura, pero esa etapa, oscura y sórdida de su vida, había quedado atrás, olvidada.

Joder. ¿Cómo había permitido que una simple chiquilla lo desestabilizara de esa manera? ¡A él! Que recién cumplidos los diecinueve años se enroló,

siendo un mocoso de mierda, en el regimiento de reserva vigésimo tercero del servicio de operaciones especiales aerotransportado del Ejército británico, conocido por sus siglas SAS. Que sudó sangre por hacerse un nombre después de pasar las pruebas de selección, cuando entró a formar parte activa del grupo de las fuerzas especiales militares. Pasó seis semanas infernales en la jodida selva de Borneo. Su vida se había convertido en una puta pesadilla de locos. Apenas los dejaban dormir más de tres horas al día. Debían comer aquello que ellos mismos extraían de la tierra y cocinaban por sus propios medios. Todo ello sin frenar el ritmo de los ejercicios que se habían intensificado después de los primeros meses de entrenamiento. Los hacían navegar y bucear en mitad del jodido Kinabatangan, plagado de alimañas y cocodrilos, sin perder la orientación con el entorno, mientras él y sus compañeros de cuadrilla intentaban seguir las instrucciones del cabecilla de la misión y se mantenían ocultos de los enemigos que podían dispararte, en cualquier momento y, si bajabas la guardia, fuego real. Todo ello sometido a condiciones severas: extenuados por la falta de sueño y congelados hasta los huesos de vivir a la intemperie, sin más ropa que aquella que llevaban encima, mientras cargaban con el puñetero equipamiento reglamentario que pesaba más de treinta kilos. Llegabas a maldecirte por ser un completo tarado gilipollas que había perdido el puto juicio al ingresar en un ejército que te

metía de cabeza en el culo de un mundo infestado de parásitos que te comían vivo. Muertos de hambre y sed, algunos de sus compañeros, tipos duros y con los cojones de acero —a los que el joven Roberto admiraba en silencio—, habían terminado esos días llorando a moco tendido como bebés. Pastriani jamás había dudado en realizar ninguna de las pruebas a las que lo habían sometido durante esos dos años de mierda. Tampoco lo había hecho después. Roberto siempre se decía que, tras su paso por Sierra Leona durante la Operación Barras, o como la bautizaron sus compañeros, Operación muerte segura, había perdido todo vestigio de inocencia juvenil y su fe en la humanidad. Como contraprestación, volvió a la civilización con un curioso síndrome de hipervigilancia que le hacía entrañable compañía cada puto día de su vida. Los *West side boys* — que no eran más que una pandilla de asesinos desquiciados, borrachos, puestos hasta las cejas de heroína y marihuana que compraban con el dinero de los «diamantes sucios» y se creían los putos *Tupac Sakur* africanos—, liderados por otro asesino, exoficial del ejército, Foday Kallay, habían secuestrado en Occras Hills a once miembros del Regimiento Real irlandés. El grupo y sus desmanes habían paralizado a un país devastado por una encarnizada Guerra Civil, reclutando a niños y aterrorizando a la población civil. Los rehenes de Kallay eran sometidos a ejecuciones simuladas y torturas. Él, como parte del

destacamento de las fuerzas especiales de la SAS, muy familiarizados con operaciones contraterroristas sigilosas, sirvió de apoyo al regimiento de paracaidistas del ejército y tuvieron que abatir al enemigo en un asalto completamente frontal. Si eran descubiertos los helicópteros en los que viajaban, serían un blanco fácil para los rebeldes armados. El éxito final de la operación fue posible gracias a una perfecta coordinación de velocidad y factor sorpresa.

Roberto amaba el estrés asociado a las situaciones críticas en las que se jugaba la vida. Le gustaba correr riesgos. Llevar a extremos la resistencia de su cuerpo y poner en jaque los límites de su cordura. Había salido endurecido tras esos años, con la convicción de poder enfrentarse a cualquier desafío de la vida. La cabeza bien puesta en su sitio.

Extrañaba la vida en el ejército.

Paradójicamente, lo más difícil había sido regresar a Italia donde tan malos recuerdos atesoraba para formar a jóvenes cadetes de la Accademia Militare di Módena, la Escuela de Oficiales de la policía militar y a los profesionales del *GIS*. Habían solicitado su presencia, gracias a los contactos que mantenían con su tío Tullio Pastriani, oficial retirado de las Fuerzas Armadas italianas. Su tío se había dedicado a alabar, con un buen amigo del *Arma*, el general Raffaele Dalla Chiesa, su experiencia con el Ejército británico y sus

amplios conocimientos en artes marciales. Sin comprender muy bien cómo, una cosa llevó a la otra y terminó en las filas de la policía militar. Tras realizar un curso intensivo en la misma Escuela de Oficiales, acabó con su grado de *tenente* prestando servicio fijo en el *ROS*: el *Raggrupamento Operativo Speciale*, en la sección antimafia, investigando y persiguiendo a los capos de la mafia. A tipejos tan siniestros que te harían mearte encima si ese fuera su deseo, que podrían encogerte las putas pelotas solo por dirigirte una mirada. Disfrutaba con ese trabajo. Lo vivía intensamente. Le entusiasmaba la primera fase: la investigación. El caos del que partías, la complejidad de las redes que entretejía la mafia, bifurcada por diferentes países, esferas sociales y políticas, hasta que un día, así sin más, los podías pillar por las pelotas. Porque eso había aprendido después de unos pocos años, todo terminaba por encajar, como la compleja ingeniería que activa el mecanismo de un reloj. Sí, le gustaba bucear entre la mierda, descubrir y atacar sus puntos débiles. Ese momento crucial en que él y sus hombres entraban a por todas y conseguían detenerlos.

Sin embargo, nada de todo eso lo había desestabilizado con la acojonante simplicidad con la que lo había hecho una jodida cría de no más de veinticinco años. Con ella estallaba en un cabreo de órdago. La chica además no le había hecho nada. Tan solo se le había ido un poco la cabeza. A

cualquiera podía pasarle. Tomó nota mental para investigar un poquito sobre ella. Le había despertado la curiosidad. Tan formalita que parecía hasta que le había sacado las uñas. Sus labios se estiraron en una sonrisa mientras recordaba su cara roja por el enfado. Necesitaba averiguar quién demonios era Michela Hauffman.

Le pesaba el coqueteo descarado que se había permitido con ella. Un golpe bajo por su parte. Era la novia de su único amigo. Conocía a ese cabrón estirado desde la infancia. Para justificarse se decía que ella era una cosita encantadora, preciosa y muy dulce. Con un cuerpo que prometía el maldito paraíso y te descojonaba de tus patéticas masturbaciones caseras. Su cara, en cambio, y eso era algo que lo ponía a cien, era la viva reencarnación de una *madonna*. Todo pureza virginal y sacrosanta. Nunca había conocido una mujer que le inspirara ese despropósito de sensaciones.

Quizás, esa curiosa combinación que ella poseía y le generaba todos esos sentimientos encontrados lo había impulsado a seguirla la noche anterior hasta el baño de señoras. No había podido contenerse. Sus pies habían tomado el control de sus acciones, antes siquiera de tener la capacidad de meditar en dónde se estaba metiendo.

Había encontrado divertido la manera pueril que ella tenía de rehuirlo, con la sutil delicadeza de un elefante en una cacharrería. Estaba claro que la ponía

nerviosa, puede que también cachonda. ¿Quién era capaz de descifrar lo que le pasaba a una mujer por la cabeza?

Al menos debía reconocer que entre ellos había algo. Una especie de tensión sexual latente que parecía electrificar el aire cuando estaban juntos. Puede que no tan latente, a juzgar por la manera en que le admiraba el trasero y las tetas. ¡Cazzo! ¡Sí, la deseaba! Aunque estuviera puñeteramente mal desear a la mujer de su amigo. Una sola mirada a esos espectaculares ojos grises diamantinos tan luminosos le tensaba las pelotas y lo dejaba con una erección considerable. ¿Habría sentido ella esa misma tensión entre ellos? ¿Por eso le tenía tanto miedo? ¿Podría intuir las ganas que él le tenía? Esa mierda química existía y entre ellos parecía querer explotar una puta bomba nuclear.

De cualquier forma, no había dejado de acechar sus movimientos por todo ese maldito restaurante. Donde sea que ella estuviera, él era consciente de cada jodido paso que daba. Había sido así desde la primera vez que la había visto. La noche anterior había cruzado la línea. Lo comprendía, aunque no se arrepentía. Peor aún, había estado buscando la manera de que sucediera cuando la vio escabullirse hacia los baños. En ese momento, había sonreído con suficiencia. «La ocasión la pintan calva», se dijo mientras le seguía los pasos. ¡Oh, síiiii! Había deseado quedarse a solas con esa mujer con una

intensidad que temía analizar. Le mortificaba que ella no fuera capaz de aceptar que también lo buscaba a él de la misma manera machacona y absurda en que él la perseguía a ella. ¿Debía hablar con Lukas? ¿Advertirle sobre ella? ¿Advertirle? ¿A quién cojones pretendía engañar? La imagen de ambos sobre una cama, desnudos y follando descontrolados le quemó las entrañas y le hizo apretar la mandíbula. Sin saber muy bien por qué, la idea de ella teniendo sexo con Lukas lo cabreaba. Para ser más concisos, la idea de ella teniendo sexo con cualquiera lo sacaba de quicio.

Se pasó la mano por la cara y resopló. «¿Cuánto tiempo llevo sin echar un polvo?».

Necesitaba un desahogo. La mente le ardió al imaginarse a Michela desnuda y reclinada sobre su cama, esperándolo con las piernas abiertas. «¡Merda!». Ahora la erección latía y presionaba contra la bragueta de sus vaqueros. «¿Qué demonios me pasa con esa cría?». Desde que la había conocido parecía un maldito perro cachondo. Se recolocó el paquete mientras le daba por pensar que con ella jamás habría nada de sexo apresurado. Se tomaría su tiempo. ¡Oh, sí! Con ella iría despacio, muuuuy despacio... «¡Basta! Jamás ocurrirá nada con esa mujer. En primer lugar, porque esa mujer no es nada mío y no lo será nunca». Arrugó el ceño contrariado. ¿Por qué esa idea le estrujaba el corazón?

Por otro lado, sí era coherente con la situación actual, ella lo detestaba.

«Roberto, asúmelo. Esa chica te odia».

Después de lo ocurrido la noche anterior, no le sorprendería encontrarse con una orden de alejamiento en el buzón de su casa. Tenía que disculparse con ella. Le había dado un susto de muerte. A él no le gustaba ir por ahí asustando mujeres, menos a las novias de sus amigos...

Aún menos, a *ella*. Ese pensamiento lo sorprendió. «¿Qué mierda me ocurre con esa mujer?». Él rara vez se interesaba en serio por alguna mujer. Le gustaban. Había conocido a mujeres muy interesantes a lo largo de su vida. Había disfrutado con ellas, sobre ellas, detrás, debajo e, incluso, alguna que otra vez, sobre y debajo al mismo tiempo con más de una.

Sin embargo, con Michela todo era diferente. Babeaba como un jodido chucho hambriento al pensar en esa media melena azabache tan *sexy*, ondulada y espesa que le caía sobre los hombros de forma desordenada. Le hacía desear acurrucarse en torno a su cuerpo caliente y olvidar por un instante la mierda que enfanga el mundo. Igual que de niño solía hacer con su hermana pequeña, Caterina, durante esas largas y tediosas tardes de invierno mientras veían películas americanas de los años sesenta. Las favoritas de la niña.

Michela poseía ese encanto clásico de una Natalie Wood en sus primeros

tiempos. Una pasmosa mezcla de candor cursi y lujuria desenfrenada que lo traía de cabeza. ¡Ah! Esa boquita perfecta, redondeada y jugosa que prometía todo tipo de actos impuros, y su naricilla respingona, enérgica y algo chata en la punta, y esos ojos... Ojos grises, relucientes como la plata recién bruñida, muy redondos y sensuales, que lo estudiaban asombrados a través de una red de pestañas curvas y parecían querer descubrir todos los secretos que guardaba su alma perversa. Le hacían desear cosas extrañas: protección, mimos, lamer el hueco entre su cuello y esa osada mandíbula...

«¡Joooder! ¿Cuántas veces debo recordar que es la novia de Lukas?».

Sacudió la cabeza.

Se acabó Michela Hauffman. Necesitaba centrar sus energías en otra cosa.

A zancadas recorrió el dormitorio agarrando sobre la marcha su cazadora de cuero negro que había dejado el día anterior sobre uno de los viejos butacones Chesterfield de piel envejecida, que había rescatado hacía pocos meses de una subasta en Londres. Sin mirar atrás, salió de la habitación.

Ya respondería al mensaje de Sabonis más tarde.

3

—¿Te apetece ir al cine esta tarde? —preguntó Francesca con su marcado acento capitalino mientras removía, con un cuidado reverencial, su salsa especial de tomate, y era en verdad especial porque se trataba de una

receta secretísima transmitida de generación en generación en el seno de la familia Biliardi. *Bla, bla, bla*. Cosas de mujeres italianas.

La joven alzó la cabeza y recogió con su dedo meñique un espeso y rizado mechón de cabello que colocó detrás de la oreja, buscaba algo mientras se movía con agilidad por la cocina: acarreaba cacharros de un lado a otro; revisaba por enésima vez los *fettuccine* que hervían en la olla y picaba con su enorme y afilado cuchillo un sinfín de verduras. Todo lo hacía al mismo tiempo. Verla componía un espectáculo en sí mismo. Francesca se transformaba en esa estancia de la casa. Michela imaginaba que, para su amiga, cocinar suponía una verdadera terapia contra el ajetreo y el estrés de la vida diaria, más que un simple proceso necesario para alimentar el cuerpo, «como una experiencia religiosa», en palabras de la propia Francesca.

Allí, en ese ambiente tan rústico y hogareño, rodeadas de cacerolas de cobre y ollas desconchabadas, ristras de ajos, espátulas y un perenne olor a harina recién trabajada, las dos mujeres se sentían femeninas y relajadas. Encerradas durante horas en esa cocina ancestral pasaban el tiempo bebiendo vino tinto, cotilleando sobre todo y todos y engullendo queso parmesano. Una debilidad para ambas. Michela alzó la nariz y olisqueó el suave aroma que desprendían los tomates pochados con especias que impregnaba el aire. Se le hacía la boca agua. Le daba todo el crédito a su amiga. Era la mejor salsa de tomate que

había probado jamás. «¡Yuuuuupi, por las recetas ancestrales italianas!».

—¿Cine...? ¿Esta tarde? —murmuró distraída y negó con la cabeza, mientras pasaba una página tras otra de la revista—. He quedado con Lukas para tomar algo en el centro después de comer, aunque... no me apetece.

Dejó a un lado la revista y se volvió hacia Francesca que, cuchara en mano, la estudiaba con reprobación.

—No entiendo qué haces con él.

La joven cocinera señaló con la cuchara de madera la pared frente a ellas.

Un riel de Ikea lacado en negro —que tendría uno de esos nombres imposibles de pronunciar por ningún ser humano que habitara el planeta Tierra— del cual colgaban en hilera macetas, con toda una variedad de plantas que harían las delicias del mismísimo Jamie Oliver: orégano, tomillo, albahaca, cilantro, menta y perejil.

—La albahaca, por favor.

Michela, como buena pinche que era, arrancó un manojo, lo olisqueó extasiada, y se lo pasó.

—Sí, es mono y muy atento —disertó Francesca sin mirarla mientras removía la salsa— *il gentiluomo*. Nadie lo pone en duda...

Michela, que se había acercado hasta el enorme ventanal por el que se accedía al jardín de la casa, tenía la mirada puesta en un robusto manzano que

tapaba las vistas desde la calle. Se apoyó contra el batiente de madera. Respiró hondo para calmar una pequeña taquicardia que le había acelerado las pulsaciones y se concentró en aspirar y espirar con normalidad. Por ilógico que pudiera parecer, la visión del árbol en flor le había alterado el ritmo cardíaco. Sin ser muy consciente de lo que hacía, se llevó una mano a la espalda y se rascó la piel buscando aliviar los rasguños que la escocían. «¿Qué rasguños?». Ella no se había lastimado. Meneó la cabeza. ¡Qué chorradas se le ocurrían a veces!

Frunciendo el ceño, se volvió en dirección a su amiga que continuaba su incesante parloteo.

—No me preguntes por qué, pero es que ese chico no va contigo. No sé cómo expresarlo. No pegáis. Es como si os faltara un clic que os hiciera encajar —dijo sacudiendo la cabeza de profusos rizos castaños, como para dar más énfasis a la frase—. Además, tenéis la misma pasión que un par de pingüinos en un desierto.

Michela alzó una ceja interrogante y dejó escapar un bufido. Habituada a que su amiga se metiera a comentar sobre algo que nadie le había preguntado siquiera, había desarrollado la costumbre de hacer oídos sordos a sus comentarios. De todas formas, reconocía que Fra tenía razón, en parte.

—Esa frase no es tuya.

La aludida se encogió de hombros.

—¿Y eso qué? Anthony Hopkins ha dicho muchas frases interesantes a lo largo de su carrera, bien puedo hacer uso de ellas.

Michela le concedió licencia para el uso de frases de películas y apoyó los codos en uno de los cuatro taburetes delineados detrás de una enorme isla de sólida madera en el centro de la estancia. Tomó un sorbo de su copa de vino tinto. Observó a Francesca con ojos entrecerrados y se le escapó...

—¿Qué opinas de Roberto PASTRIANI?

No supo qué extraño impulso había tomado el control de su cerebro para soltar la pregunta, pero ya estaba hecho. Su gran secreto al descubierto para ser sometido al implacable escrutinio de Francesca Biliardi. El señor las pillara confesadas.

Francesca, entreviendo la importancia del asunto —¡bendita fuera!—, dejó de lado su sacrosanta misión salsera y se centró en ella. Apagó los fuegos y escurrió en un santiamén los *fettuccine*. Con un gesto de la mano, le hizo señas para que tomara asiento en el taburete y se sentó frente a ella. Sujetó con imperio su copa de vino, bebió un trago y también acercó el plato con queso. Solo por si acaso.

—¡LO SABÍA! —exclamó eufórica—. No me preguntes cómo, pero lo sabía y no me mires con esa cara de culo. Desde que os vi juntos, lo supe.

¡Ay, amiga! Hay algo en el ambiente —chasqueó los dedos en el aire—. Hay que reconocer que PASTRIANI es de ese tipo de personas que entra a un lugar y roba las miradas y las admiraciones del resto. Hombres o mujeres. Da lo mismo. Tiene ese «no sé qué, que qué sé yo» inexplicable que lo vuelve irresistible. Le envidio eso —y lo soltó con esa entrañable sinceridad carente de artificio que también hacía de ella un ser humano irresistible.

«Sí —meditó Michela—, has dado en el clavo. Es el sustrato de pura masculinidad que emana de él y que lleva como uno de sus trajes de sastre, con pasmosa naturalidad». Se mantuvo callada porque le fastidiaba entrar en detalles.

—No sé si eres consciente o te haces la boba por respeto a Lukas — continuó Francesca—. Sin embargo, a mí no me engañas, pequeña. Os he visto juntos y la verdad es que la cosa entre Roberto y tú es cuanto menos curiosa. —Se llevó un trozo de parmesano a la boca y lo mordisqueó distraída—. Ya sé que el tipo te cae como una patada. Bueno, eso dices tú. Yo he visto cómo te mira y también he visto cómo lo miras tú, aunque seas incapaz de reconocerlo y te dediques a escapar de él como de un moscardón. No eleves tanto esa ceja que te va a dar un ictus. Tú sacaste el tema, ahora me aguantas. —Se inclinó hacia adelante, solo un poquito, y soltó una risilla traviesa. Le habló empleando una voz íntima—. Ese hombre te mira como si

ya te conociera del derecho y del revés, le hubiera encantado estar dentro de ti y se moriría por repetir la experiencia. —Bebió un poco de vino y la apuntó con la copa—. Por eso huyes de él. ¡Te acojona! No es para menos, Michi. ¡Ay, qué hombre! Ese tío es puro sexo contante y sonante. Ya me entiendes. Polla potente y un polvazo que te deja con las piernas como flanes durante una semana.

—¡Francesca! —se horrorizó Michela.

La aludida explotó en una carcajada.

Michela agachó la cabeza, avergonzada. Era uno de los mejores amigos de Lukas. ¡Tenía que parar todo esto! No se reconocía a sí misma desde que ese hombre había entrado en su vida. No soportaba el caos en el que la había sumido. LO ODIABA.

La joven disparó la cabeza hacia arriba y clavó una mirada angustiada sobre los ojos rasgados y oscuros de Francesca Biliardi.

—¿Crees que Lukas se habrá dando cuenta? —le preguntó compungida.

Francesca alzó una ceja y apretó los labios meditando su respuesta.

—¿De que te mueres por su amigo? —espetó tras una pausa—. No lo he visto particularmente afectado las veces que Roberto y tú habéis coincidido. De todas formas, tendría que estar ciego y ser idiota para no darse cuenta de cómo os miráis.

Michela la fulminó con la mirada.

—No me muero por él —farfulló entre dientes. Negar que siempre lo miraba era una mentira tan flagrante que se abstuvo de hacer ningún comentario al respecto.

Francesca inclinó la cabeza a un lado y esbozó una sonrisa lobuna.

—Como dicen en inglés, *whatever*.

Michela fingió estudiar las rugosidades de la mesa y meneó la copa haciendo bailar al vino. Cerró los ojos cuando imaginó el rostro de Roberto hundiéndose en su cuello, arrastrándole los labios por la piel tan delicada bajo su oreja. Apretó los párpados, buscando deshacerse de las «espantosas» imágenes.

—Angelito mío, no te tortures, lo raro sería que no te fijaras en él —la consoló Francesca con suavidad. Se dedicaba a estudiarla con atención—.

Eres heterosexual, hasta donde sabemos, y él es Roberto Pastriani: *the hottest thing in this bloody city, baby* — clamó impostando una voz seductora—. Es inevitable sentirse atraída por él. Me mojo solo de imaginarlo desnudo.

Toma, bebe un poco de vino.

—No me fijo en él —masculló Michela evasiva. Sorbió un poco de vino.

Carraspeó para aclararse la garganta y añadió—: ni lo quiero para mí.

Francesca se echó a reír, engulló un trozo de queso y lo masticó al tiempo

que hablaba.

—Sí, ¡cómo no! Yo voy y me lo creo. De todas formas, sí que tenemos un problema — haciendo una pausa dramática, suspiró—: Lukas Sabonis.

—Fra... Esto que te voy a contar debe quedar entre nosotras, ¿de acuerdo?

Casi pudo sentir la tensión que se apoderó del ambiente tras soltar esas palabras. Flotaba entre las cacerolas y las espátulas. Francesca abrió grandes los ojos y juntó las palmas de sus manos sobre su pecho.

—Por favor, dime que te has follado a ese espécimen y te sientes fatal.

Todo ese rollo de cuernos es espantoso, lo sé. Te perdono incluso que tardaras tanto tiempo en contármelo. —Hizo el gesto dramático de llevarse el dorso de la mano a la frente—. Pero dime, por favor, que tu gran secreto es que te has acostado con ese hombre. Necesito detalles, me muero por los detalles, ¿la tiene grande? Es que se la imagino enorme...

—¡Por favor, Francesca Biliardi, contrólate!

La joven cerró la boca de golpe y asintió seria, sin decir ni mu.

Michela no pudo evitar echarse a reír. En parte para sofocar los nervios que le apretaban el estómago y en parte porque necesitaba insuflarse ánimos.

Bebió otro sorbo de vino. Lo tragó con lentitud. Se aclaró la voz y se preparó para enfrentarse a algo que la asustaba como nada. Se rascó con las uñas la frente y resopló varias veces.

—Eres una perra por hacerme esperar así, me va a dar un infarto. ¿Qué demonios hiciste con ese hombre? Necesito los detalles. ¡A la mierda con tu intimidad!

Michela dejó escapar una carcajada corta y sus labios se curvaron en una sonrisa triste.

—En este momento Roberto Pastriani debe odiarme. Oh, señor, no sé ni por dónde empezar. —Volvió a rascarse la frente con nerviosismo—. Pero necesito soltar todo esto o me va a dar algo.

—Cállate, Michi, a mí me va a dar algo. ¿Odiarte? ¿Por qué?

—No me interrumpas porque no sé cómo contarlo todo y, por favor, mantén la mente abierta, ¿vale?

Francesca hizo el gesto universal de mantener la boca cerrada y se aferró a su copa de vino con las dos manos.

—Verás... —Michela se mojó los labios y suspiró—. Joder, estoy intentando organizar las ideas. Es muy difícil. Todo está en mi cabeza, embarullado, y no sé cómo expresarlo.

Francesca dejó escapar un gritito y la apuntó con su dedo índice.

—Habla ya, joder.

—En primer lugar, supongo que debo empezar por las pesadillas. Llevo años sufriendo extraños sueños. Ya sé que nunca te lo he contado, ni a ti, ni a

nadie y ya no puedo soportar llevar esta carga dentro de mí.

Francesca abrió los ojos negros de par en par, y tomó otro trago de vino.

—Antes tengo que aclararte que no son sueños en el sentido estricto de la palabra. Se trata de pesadillas o terrores nocturnos. No sé muy bien la diferencia. Aunque del tipo aterradores y espeluznantes. No tengo idea de por qué tengo estos sueños tan horribles y lo más patético de todo es que tampoco sé con qué o con quién demonios sueño cada noche. Lo que sé es que me despierto destrozada, física y mentalmente destrozada. Es como si mi subconsciente estuviera enviándome alguna señal o advertencia acerca de algo. No se trata del típico sueño de la caída o de correr detrás de algo o de alguien sin alcanzarlo jamás. Creo que es algo muy importante para mí. Vital. Lo que ocurre es que yo les tengo mucho miedo a esos sueños o al hecho de enfrentarme a ellos. Y no quiero darle demasiadas vueltas a esto porque en el fondo solo son sueños. Qué podría pasarme, ¿no? Además, es que dicho en voz alta... Por Dios, es tan absurdo. Todo suena mejor mientras lo hablas contigo misma en la cabeza.

Francesca agitó la mano frente a ella, instándola a continuar, pero sin abrir la boca. La joven se tragó otro trozo de queso.

—La cuestión es que desde que conocí a Roberto la cosa se ha descontrolado. La otra noche incluso tuve una especie de visión o algo

similar mientras estaba despierta. Muy despierta, en realidad. No sé si me estoy explicando bien porque ni yo misma lo entiendo. La verdad es que no sé cómo encaja ese hombre en todo esto de las pesadillas. Jamás me había ocurrido algo así con nadie. Conocerlo fue... Es algo muy fuerte. ¿Entiendes? Tengo miedo de ese hombre. Más que eso, siento pánico de él. Sufro ataques de ansiedad. Es horrible, Fra. El corazón me late deprisa, completamente descontrolado. Es la misma sensación que tengo al despertar de esas horribles pesadillas. No entiendo por qué me pasa eso con él. Un día me dará un puto infarto y tendrás que mandar a los bomberos a echar la puerta de mi casa abajo para rescatarme. Eso, o terminaré ingresada en una unidad de reposo. Francesca asintió con seriedad.

—Siento que mi vida corre peligro a su lado —continuó Michela y gesticulaba con nerviosismo—. No me preguntes por qué lo sé, es lo que siento y voy a peor. Lo he visto asesinando a alguien con un puñal. Esa es la visión que te comenté. —Llegados a este punto, a Francesca se le descolgó la mandíbula. Sus ojos parecían abarcar la totalidad de la cara. Más que asombrada se veía conmocionada. La romana tomó otro trago de vino y movió las manos para que su amiga continuara hablando. Michela, nerviosa y confundida, al poner en palabras todo lo que le aturullaba la mente, siguió el relato—. Es extraño y muy difícil de explicar. De la nada esa imagen se

formó en mi mente y era él, era su mano, pero al mismo tiempo no lo era. Quiero decir, yo sabía que era su mano aun cuando no era su mano, ¿lo entiendes? ¡Ah! Te estoy liando todo. En fin. Estoy tan confundida que lo expreso todo mal. Y bueno, para terminar... —Tomó aire y se humedeció los labios—. Prepárate, amiga, porque aquí viene la parte más surrealista del asunto. A ver, aclaremos, todo es surrealista y absurdo, sin embargo, esto ya supera mi propio límite de cosas raras. Ese hombre también me gusta. No, no me estoy explicando. A ti te gusta Roberto. Lo mío es diferente. Me atrae tanto, de una manera tan primitiva y visceral. Es algo más que piel y deseo. No se trata de ver a alguien y decirte: «Oh, está muy bueno, lo quiero para mí». Es... es MÁS. Más intenso. Más profundo... Viene del alma, Francesca. —Al verbalizar ese último pensamiento, la joven se llevó las manos al corazón y las apretó contra su pecho. Un gesto del que no fue consciente—. Siento que yo lo conozco de una forma acabada, que conozco sus secretos ocultos, pero es absurdo porque en realidad no sé nada de él. Además, no puedo sacármelo de la cabeza. Oh, santo Dios, estoy divagando. «Siento que ese hombre es mío, que solo yo tengo derecho a poseerlo, y lo deseo tanto que casi no puedo contener las ganas de tocarlo, acariciarlo, donde sea... A veces, me resulta doloroso contenerme tanto con él». Esa última confesión se la tragó y la almacenó en la parte más recóndita de sus oscuros pensamientos,

porque le daba tal vergüenza confesarlo que antes prefería morir se que pronunciar eso en voz alta.

Francesca alzó la mano, pidiendo turno de palabra.

Michela exhaló, larga y hondamente, relajó los hombros que no era consciente de tener en semejante tensión. Tomó una profunda bocanada de aire, hinchando el pecho, y dejó que el oxígeno se alojara en su estómago para luego soltarlo poco a poco a través de la boca, como había aprendido en un taller al que había asistido unos meses atrás sobre visualización guiada. Se había apuntado al taller con la esperanza de conectar con su yo más íntimo, en un vano intento para poder entender de dónde venían sus pesadillas. No obstante, lo único que consiguió fue aprender a respirar para aflojar el tórax cuando se veía muy agobiada por las taquicardias.

Las manos le temblaban tanto que se agarró sus propios muslos para frenar sus sacudidas. Francesca, siempre considerada, sujetó sus manos con delicadeza y las masajeó.

—Antes que nada, bebe un poco de vino, te hace falta.

Michela alargó una mano temblorosa y bebió. Al paso que iba, terminarían las dos borrachas como cubas en cuestión de minutos.

Se tomaron un tiempo de descanso. Francesca la observaba con dulzura.

Michela, consciente de todo lo que le había soltado por la boca, disparate tras

disparate y de cómo había expuesto su alma ante su amiga, notó cómo el sonrojo le alcanzaba el rostro y le hacía arder los cachetes. Ya estaba hecho. Lo había vomitado todo. Se sentía como un globo pinchado y desinflado, vacía y no aliviada: rota. Todo el asunto la hacía parecer una lunática desequilibrada. Dios, tal vez se estaba volviendo loca de verdad.

—Por curiosidad tengo que preguntar. Eso de ver su mano apuñalando a alguien, ¿también lo soñaste? No me quedó claro.

—No. Eso fue una visión. Ayer vi a Roberto en el cumpleaños de Bárbara Cottini. Por cierto, el restaurante es lo más. Tienes que ir. Es precioso, como de cuento de hadas; y la comida, exquisita, de rollo naturista y ecológico... y me centro que me voy. Luego te cuento todo lo que me pasó con Roberto, que también tiene tela. La cuestión es que Roberto me estaba hablando y, entonces, pum —exclamó y golpeó una mano con la otra, lo que hizo sobresaltar a Francesca—, esa imagen apareció en mi mente de la nada. No sé cómo ocurrió. Comenzó con una jaqueca, sentí un pinchazo en la nuca y vi su mano empuñando una daga o una espada, no sé muy bien. Parecía muy antigua. Se la clavó a un tipo en mitad del pecho.

Francesca asintió. El gesto serio en el que cayó su amiga la impresionó, pues no era usual en ella. La observaba con los ojos achinados y retraídos. El ceño fruncido, en señal de concentración.

—Sí, luego me cuentas todo lo que pasó en la cena de ayer. Ahora, déjame explicarte algo —empezó Francesca como si nada—. Sabemos y asumimos que eres doña pragmática que en nada cree y todo ese rollito sobre la importancia de la razón y del sentido común. Tu ascendencia alemana te ha hecho mucho daño. Por suerte, tu madre, que es una tipa lista a la par que encantadora, a pesar de ser española, te trajo hasta el sur. Prudente decisión. Michela arqueó una ceja y estiró los labios en actitud reprobadora.

Francesca la pinchó con una sonrisa autosuficiente.

—Bien, seguimos, y aquí me veo en la obligación de preguntar: ¿por alguna extraña confluencia de planetas te has planteado que, quizás, sí conozcas a Roberto de antes... digamos, de una vida anterior? —Un segundo antes de que Michela pudiera replicar, porque pensaba replicar, Francesca le colocó un dedo sobre la boca sellando sus labios—. Ahora me toca a mí.

Michela ahogó una queja y se repantingó en su taburete.

—¿Sabes algo sobre la astrología kármica? ¿Sobre la transmigración del alma de un ser a otro? —Michela mantuvo la expresión facial en blanco—.

No, claro que no, tú pasas tres pueblos de esas cosas. Pues deberías estar algo informada. Tanto que estudias sobre Historia antigua. Está claro que no sabemos la verdad sobre lo que sucede una vez la palmamos. Una falta de respeto que nadie haya vuelto del inframundo para informar al resto. El

budismo considera que el cuerpo no es más que una vasija y es el alma eterna lo que prevalece. ¿Has oído hablar del Samsarí? —Michela negó con la cabeza—. Según la noción budista, el Samsarí es el ciclo de la vida y la muerte. Lo denominan «rueda de la vida». No es únicamente el término sánscrito para la reencarnación. Trata de un círculo completo de vida, muerte y reencarnación, y entiendo que para ellos sería lo opuesto al Nirvana en el que alcanzas el culmen espiritual. Equivale, en realidad, a una particular visión del Infierno, pues se trata de esta vida terrenal a la que estamos atados en cuanto que no evolucionamos. Es algo fascinante. Una vez leí, no recuerdo dónde, acerca de no sé qué familia hindú, que la madre murió y su hijo descubrió que la hija de una pareja amiga que vivía en Inglaterra podía ser la reencarnación de su madre muerta. La niña recordaba cosas de la otra mujer... y voy al grano que me enrolló. Todo ese proceso de vida, muerte y reencarnación te lleva a alcanzar el culmen espiritual, es decir, que las sucesivas vidas te ayudan a ser un puto santo y todo ese rollo del karma: tener que vivir en esta vida las cosas que dejaste atrás en otra, solucionar tus asuntos pendientes, bla, bla, bla. De eso trata la astrología kármica. Verás, en tu carta natal, tu sol, es decir, tu signo solar (en tu caso particular, capricornio) y sobre todo el ascendente en la casa uno y las posiciones que los planetas y los demás signos ocupan en cada casa de tu carta, vienen

determinados por tus karmas pasados y te indican qué es lo que necesitas aprender en esta vida para proseguir tu viaje. Aquellas energías que debes resolver en esta vida. También sería interesante observar tus nodos lunares que nos informan de aquello que fuiste en tu vida pasada.

—Quiero que sepas que no estoy entiendo una sola palabra del rollo que me estás metiendo. ¿Samsarí? ¿Rueda de la vida? ¿Signo solar? ¿Ascendente? ¿Qué casas? ¡Y qué diablos son los nodos lunares! Parece que hablas en otro idioma.

—Es que hablo en otro idioma, cariño. Eres tan ignorante de estas cuestiones. Te juro que no sé cómo lo soportas. Por cierto, no conozco tu ascendente y eso es fundamental si queremos sacar algo en claro de todo eso. ¿Sabes la hora a la que naciste? — Michela negó con la cabeza y deslizó un trozo de queso entre sus labios—. Ah, ¡qué frustración hablar contigo! Ponte a pensar y esto lo digo en serio. ¿Qué sucedería si tu alma enamorada, profundamente enamorada, deseara reencontrarse con el ser amado? ¿Y si a esa otra alma le pasara lo mismo? Os buscáis con desesperación a través de océanos de tiempo, porque no podéis vivir el uno sin el otro. Los sueños que tienes no serían más que una manifestación de ese anhelo, de esa vida pasada que intenta resurgir para resolver aquello que quedó pendiente. Por favor, ¡qué romántico! —Se llevó las manos al pecho y soltó un suspiro—. Me

derrito. Es como en *Drácula*, la de Bram Stoker, aunque sin tanta sangre ni vampiresas putonas. Habría que preguntarle a él si le sucede lo mismo que a ti y sufre con horribles pesadillas de sangre y mutilación.

Michela le destinó una mirada alarmada e hizo un gesto de la mano para negar cualquier implicación del hombre en ese dislate kármico.

Francesca la ignoró. Se levantó del taburete sin decir palabra y abandonó la cocina.

Michela la escuchó revolver varios trastos en el salón situado al otro lado del pasillo. Al cabo de unos momentos, reapareció con un portátil pequeño.

Un HP de color rojo forrado de pegatinas de colorines con diferentes formas: estrellitas, círculos y un poni coloreado como el de los dibujos animados.

Francesca acababa de encenderlo. Se escuchaba el pitido típico del encendido. Sentándose otra vez en el taburete, tecleó algo en Google.

—Acércate y lee.

Francesca había buscado información en la Wikipedia sobre la astrología kármica, la transmigración de las almas y la reencarnación. Lo que las llevó a una web sobre astrología.

—Genial —se mofó Michela—, información cien por cien fiable.

La pantalla se iluminó con una preciosa imagen de un mar, azul y cristalino, la cara sobrepuesta de un buda rechoncho y un tipo acucillado en la arena

haciendo meditación Zen. En la orilla de la playa se veían varios *links* superpuestos sobre chorradas de los signos solares.

Por favor, esto era ridículo. ¿Su yo pasado estaba buscando a alguien en su yo presente?

—Te falla algo en tu hipótesis, *Whoopy*, ¿si mi yo pasado, ahora presente, estuviera buscando a alguien de su yo pasado, no tendría que sentirme atraída por él? ¿O, como mínimo, sentirme cómoda en su presencia? Estaríamos hablando de mi gran amor, mi jodida alma gemela. ¿No deberíamos haber caído uno en brazos del otro en una orgía de pura lujuria carnal? Te recuerdo el detallito de que YO siento pavor de Roberto. Todos mis instintos me gritan que me mantenga alejada de él.

«Que necesito mantenerme alejada de él para sobrevivir».

—Orgía-de-lujuria-carnal —recitó muy despacio mientras se golpeaba los labios con su dedo índice—. Entiendes que eso es tu subconsciente hablando en voz alta, ¿verdad?

Sí. Michela lo comprendía con claridad meridiana, pero no pensaba reconocerlo. Punto.

—También te escuché decir palabras tales como atracción visceral, algo profundo como del alma y me limito a citarte textualmente. Además, tú misma has dicho que desde que lo conociste las pesadillas van a más.

Mención aparte merece el espeluznante tema de la visión sangrienta que tú misma me aclaraste: «Era la mano de Roberto». ¿No merece la pena indagar un poquito más?

«Nop».

—¿Y para qué? —replicó en cambio—. Esto no nos va a llevar a ninguna parte y es absurdo. ¡Por el amor de Dios! Somos dos mujeres adultas, racionales, no un par de brujas en pleno aquelarre. Solo existe el aquí y el ahora.

—Eso dices tú, yo no creo eso. Reconozco que lo que me tiene de verdad intrigada es el episodio sangriento. Estaríamos ante un campo fascinante: las visiones del pasado. Una vez más reforzaría mi teoría de las almas reencarnadas. Creo que deberíamos consultarlo con un psiquiatra que esté especializado en hipnosis y regresiones. Podría ayudarte a sacar a la luz todas esas visiones. ¿Quién sabe?, tal vez Roberto fuera un sicario en su vida pasada —se echó a reír—. Imagínatelo con antifaz. Me caliento solo de imaginármelo en plan *Zorro* a lomos de un corcel negro.

—Estás como una puta regadera. Pensar que estoy abriendo mi alma a una mujer que se excita sexualmente ante la imagen de un jinete enmascarado. Francesca le dedicó un mohín nada femenino y le sacó la lengua.

—Aclara, por favor, que el jinete enmascarado es Roberto Pastriani.

Antonio Banderas no me pone tanto. Roberto PASTRIANI me pondría cachonda incluso calvo y vestido de monje tibetano. —Michela estalló en carcajadas—.

Ay, amiga, ¿y si Roberto fuera tu alma gemela? ¿Tu gran amor del pasado?

Te odio. Muchísimo. ¿No podías limitarte a tener un alma gemela ordinaria y vulgar? Nooooo, a ti se te presenta en forma de dios griego caído del cielo.

Ciento por ciento follable. ¡Qué asco, Michi!

Las carcajadas dieron paso a una calma que se extendió por la superficie de aquella cocina y logró equilibrar el nudo de nervios que su confesión le había originado. Ellas se dedicaron a ojear la web de astrología. Francesca pronto desconectó y se perdió en el análisis de sus casas planetarias. Michela recordó la siniestra advertencia de Roberto la noche anterior. ¡Qué alma gemela ni santo pimiento! Depositó con brusquedad la copa de vino sobre la mesa, apartó las manos de su amiga del portátil y le encerró la cara con ambas manos.

—¡Por Dios! Aún no te he contado el encontronazo que tuve con Roberto.

Francisca abrió grandes los ojos y vació de un trago lo que le quedaba del vino. Moviéndose frenética las manos, casi gritó.

—¡iii *Oh my God!!!* Es verdad. Suelta. ¿Qué paso con tu alma gemela?

—Corta ya con eso.

—No, venga di...

—Me siguió hasta los baños de mujeres la otra noche en el restaurante. — Francesca se llevó las manos a la garganta. Michela alzo la mano pidiendo silencio—. Salgo de los baños del restaurante y allí estaba él, con su asquerosa ropa impecable y esa sonrisa de macho autosuficiente: «yo no necesito nada de nadie», e hice el papel de mi vida, ¡qué ridículo! Tropecé con un escalón y salí disparada. Él me agarró y luego se burló de mi torpeza. Al menos, gracias a su intervención, no me estampé contra el suelo. En fin, que estaba allí porque andaba mosqueado por mi actitud hacia él. Quería hablar conmigo y que yo le explicara por qué lo trataba como un paria.

—¡Ajá! —Otra vez chasquéo los dedos—. Así que se ha fijado en ti lo suficiente para notar que lo ignoras. ¿Ves lo que te digo? Te persigue y te acecha. ¡Por Dios, qué romántico es todo esto! Te odio. Eres idiota, en serio, tonta del culo. Yo le estaría haciendo las mil posturas del *Kamasutra* en este mismo momento.

—Déjate de kamasutras. Roberto me decía no sé qué de que teníamos que aclarar las cosas y que no entendía por qué yo huía de él como de la peste bubónica y, de pronto, a mí se me fue la olla, en serio, me descontrolé, fue justo después de la visión y comencé a gritarle que estaba loco, que era un animal, ¡ay, no sé! Le dije tantas chorradas y él se cabreó. Tenías que haberle visto la cara. Ni *Zorro* ni la madre que lo parió. Me asusté tanto. Me agarró

fuerte de los brazos. —Y escenificó el modo en que Roberto la había tomado de los brazos—. Fue horrible, me estremezco solo de recordarlo. Me dijo que me mantuviera alejada de él y de Lukas, que no era buena para su amigo y que estaba loca. Solo para que conste, yo también opino que estoy loca. Así que aquí termina tu fantástica teoría de las almas reencarnadas.

Francesca tenía pintado un rictus de horror en su cara.

—¡ *Cacchio*, qué miedo! No puedo creerme que te agarrara de los brazos y te dijera esas babosadas. Me importa una mierda las cosas que le gritaras o cómo se te pudo ir la cabeza. Él no debió agarrarte ni lastimarte. Eso es violencia de género. ¿Y ese hombre es policía? Ya estamos hablando de otra cosa. No me gusta ese tipo de hombre. Sí, casi mejor vamos a olvidarnos de esas historias para no dormir. Te mantienes alejada de ese tipo. Ay, Michi, ¡qué mal trago! Olvídalo, *please*. Y no me hagas caso con mis chorradas kármicas. Además, ¿no dices que te lo imaginaste apuñalando a alguien? Ese es tu subconsciente advirtiéndote sobre él. Que eso nos sirva de escarmiento. Mejor lejos. Bien lejos.

Con eso, cerró el portátil y se abrazó con fuerza a su amiga.

4

Licina se dejó arrastrar hasta el poblado de sus enemigos sin oponer resistencia. Su cuerpo no era más que un objeto inanimado que se movía por

la simple inercia, carente de voluntad y dominio. Vencido. Sin esperanza.

Ella y un grupo de unas diez mujeres era todo lo que quedaba del fuerte militar del cerro de Metellina.

Sintió un tirón en la espalda y se instó a mantener el paso. Los indígenas lusitanos las hacían avanzar con determinación día tras día. Apenas les concedían unos minutos para hacer sus necesidades o comer lo que tuvieran a bien proporcionarles: un poco de agua varias veces al día y, si tenían suerte, una especie de rebanada de trigo reseca y correosa que sabía a hiel y le hacía picar la lengua. Licinia, cuando comprobaba que nadie la vigilaba, arrancaba algunas bayas y grosellas —según lo que encontrara entre los arbustos que había en el camino— y las engullía con avidez y desesperación. Tal era el hambre que sentía.

Inspeccionó los alrededores con ojos derrotados. Millas y millas de bosque verde y frondosos matorrales que se extendían sin fin en el horizonte. Bajo cualquier otra circunstancia hubiera podido disfrutar con la inmensidad de ese paraje. Ahora lo detestaba. La joven romana había perdido la noción del tiempo y la capacidad para orientarse en el entorno.

No veía el fin de ese trayecto. ¿Hacia dónde se dirigían? ¿Qué harían con ellas una vez llegaran a destino? ¿Pedirían rescate? ¿Sabría alguien que ella se encontraba cautiva o la habrían dado por muerta? En el fuerte militar nadie

quedaba para reclamarlas. Tampoco la huida contaba como posibilidad, y no es que alguna de ellas se lo hubiera planteado siquiera, ellos eran demasiados e iban armados hasta los dientes, además, se comportaban como bestias que no conocían el honor ni la compasión. Las empujaban o golpeaban con brutalidad si alguna osaba detenerse. Podrían acabar con su vida en cuestión de segundos. Nadie alzaría una voz en protesta. Nada los detendría. Ni su origen patricio, mucho menos, el cargo que su esposo ostentaba en la provincia, porque esa manada de salvajes no reconocía su autoridad. Menos les preocupaba que fuera mujer. Lo más probable es que celebraran su muerte y se dedicaran a danzar sobre su cadáver. Ese pensamiento la hizo estremecer hasta los huesos.

Después de semanas de andar sin descanso —con una soga gruesa alrededor de su cuello, amarrada así al resto de sus compañeras— y de encontrarse a las puertas de morir de hambre y sed, comenzaba a sentirse ausente, como ligera. Su cuerpo se hallaba desconectado de todo cuanto sucedía a su alrededor. Era su mente la que le jugaba malas pasadas, se burlaba de ella y se había convertido en su peor enemiga, en un hervidero de macabras escenas que la asediaban sin piedad, y le impedían el descanso. ¿Cuántos días hacía que no conciliaba el sueño? Empezaba a sufrir alucinaciones. A veces, experimentaba una dicha sin parangón cuando creía

haber vuelto a Itálica , durante los meses previos a la celebración de sus esponsales. Galba no formaba parte de sus ensoñaciones. No podría hacerlo. Él se había convertido en otra pesadilla más en su vida. Su querida Brisia sí que volvía a estar a su lado. Juntas esperaban el retorno de su padre y reían y charlaban sin cesar, como habían hecho siempre. Hasta que se tropezaba con alguna piedra, o con sus propios pies, o bien alguien gritaba en esa lengua extraña que ella no comprendía y su maravilloso ensueño se resquebrajaba en mil pedazos. Volvía de golpe a la siniestra realidad y al asfixiante calor que se le pegaba a la piel, le impedía respirar, y le embotaba el cerebro.

Al menos, se decía esperanzada, contaba con un consuelo dentro de la tragedia. El jefe de los guerreros, ese tal Durato, se mantenía alejado de las prisioneras. La caravana humana que componían avanzaba en perfecta y sincronizada formación. Ellas cerraban la marcha mientras que los guerreros iban a la cabecera de tal macabra procesión. Alguna vez lo había visto cabalgar a través de la dehesa por delante de sus hombres. De tanto en tanto, se detenía para darles instrucciones o alguna orden que estos acataban sin dudar un instante.

No existía ningún cuestionamiento sobre quién ostentaba el liderazgo en ese grupo. Su sola presencia avivaba los ánimos y soliviantaba el espíritu de todos, ya fueran hombres o mujeres. Los hombres se mostraban respetuosos y

cautos en su presencia. Lo escuchaban con deferencia. Las mujeres de su tribu, en cambio, lo celaban, lo codiciaban y alimentaban su soberbia con sonrisas insinuantes, lánguidas miradas y demás artimañas femeninas. A Licinia, en los poquísimos momentos de lucidez que experimentaba, le daba por pensar que Durato, más que en su jefe, se estaba convirtiendo en un héroe para esos bárbaros.

A ella misma, y sin que pudiera hacer nada por evitarlo, se le cortaba el respiro y el corazón le saltaba dentro de su pecho cada vez que veía su soberbia figura recortada en el horizonte. Aún no tenía del todo claro qué extraña amalgama de sentimientos encontrados y miedos profundos la conminaba a vigilarlo, a seguirlo de cerca. Contemplaba pasmada la fuerza hercúlea de sus brazos y de sus piernas moviéndose al unísono sobre su caballo de guerra. Una perfecta dicotomía entre dos fuerzas: la del hombre sobre el animal. Entablaba con él un baile ancestral sagrado, armónico y sincronizado. Durato poseía una presencia dominante sobre el equino y, a la vez, relajada, como si hubiera nacido para dominarlo. Lo dirigía sin apenas realizar ningún esfuerzo. El caballo era capaz de percibir la sutil señal de los movimientos de su dueño y actuaba conforme a ellos. Más tarde, y cuando recobraba la razón, se recriminaba su embeleso con dureza. Había presenciado los actos aberrantes de los que esa bestia era capaz y la

horrorizaba saberse bajo su dominio.

Un día, Durato o cualquiera de esos animales sanguinarios se cansarían de cargar con ellas y las degollarían sin piedad, como los había visto hacer con los hermosos caballos de guerra romanos. Era, en esos momentos cruciales, cuando notaba que las fuerzas la abandonaban del todo y se sumergía en un pozo negro de desesperanza. No conseguía reunir el coraje, tampoco la determinación necesaria para superar todo lo que había visto y oído en aquel fuerte. No lograba hallar en su interior el empuje que siempre la había impulsado a mirar hacia delante, por muy adversas que hubieran sido las circunstancias en su vida. No se trataba de que su cuerpo se sintiera desfallecido y débil, al borde del colapso, puesto que el dolor provenía de su interior. Su espíritu, antes resistente y vital, agonizaba herido de muerte.

En aquellos primeros instantes, al ser descubierta sollozando y abrazada al cuerpo sin vida de Brisia, había atravesado el peor momento del que guardaba memoria. Habían tenido que golpearla para separarla de Brisia y luego la habían atado a las otras mujeres. El miedo y la angustia que experimentó entonces no se comparaban a nada de todo lo que creía que eran los peores tormentos que pudiera sufrir un ser humano. Ni todas las perversiones a las que Galba la había sometido —la ansiedad con la que esperaba la llegada de la noche, porque debía recibirlo en sus dependencias,

de pie a un lado del lecho, desnuda y dispuesta para todo lo que a él se le antojara hacerle o las crueldades a las que sometía a sus sirvientes favoritos cuando la secundaban en algún capricho—, nada de lo que había padecido con ese monstruo se asemejaba al terror de lo desconocido durante esas primeras horas de pesadilla en manos de los guerreros lusitanos, pues sabía de lo que eran capaces esos hombres. Ella había presenciado lo que habían hecho con Brisia.

Su cuerpo se estremeció y una arcada la hizo detenerse. Se llevó las manos a la boca, presionando fuerte contra sus labios, y se obligó a tragar lo que sea que le hubiera subido por la garganta. Las monstruosas imágenes de lo que había presenciado la asediaban a todas horas, alimentando su tormento.

Sacudió la cabeza horrorizada. No, no pensaba recorrer ese camino ahora. No se podía permitir recordar. Se instó a mirar al frente y concentrarse en los movimientos de sus pies. Un paso , canturreaba para sí misma , luego otro, un paso, luego otro...

Licinia alzó con lentitud la cabeza. Debía mover el cuello con suavidad.

Desde hacía días, cualquier pequeño movimiento en sus articulaciones, bien fuera brazos, hombros, rodillas, el cuello le suponía un verdadero suplicio.

Todo le dolía y lo único que deseaba era echarse a dormir. Miró hacia arriba con ojos entrecerrados. Sus pupilas se dilataron tratando de captar la luz entre

las copas de los árboles. Distinguió un brillo anaranjado. Anochecía. Por fin.

Elevó una oración a los dioses, agradecida. Necesitaba tanto descansar...

Ahogó un gemido cuando su pie, descalzo y malherido, tropezó con una piedrecilla. La punzada de dolor la dejó sin resuello y se extendió por toda su pierna que quedó paralizada durante unos segundos. Volvió la cabeza a un lado y a otro, aterrada. Si la veían detenerse, la golpearían, y ella no creía que tuviera las fuerzas suficientes para soportar otra paliza. Se conminó a dejar de lado todos esos pensamientos y mantener el paso.

En ese momento, los hombres comenzaron a acercarse a ellas hablando y gesticulando con las manos. Las mujeres, inquietas y asustadas, se movieron presas del terror sin saber qué hacer, a dónde dirigirse. Licinia sintió que un cuerpo de mujer chocaba con ella, golpeándole la espalda. Dejó escapar un gemido de dolor, se llevó las manos al cuello y aflojó la presión de la cuerda que le oprimía la garganta. Giró la cabeza a un lado y miró de reojo. Era una de las esclavas del campamento, unas de las prefectas de su padre, Ovidia.

No la había reconocido en todo ese tiempo. Habría sido imposible hacerlo. La impresión al ver el estado en el que se encontraba esa mujer le provocó un quebranto y las lágrimas resbalaron por sus mejillas. La esclava se veía demacrada, al borde de la extenuación. Sus ojos, que habían sido chispeantes y enérgicos, no eran más que un par de cuencas vacías que le devolvían una

mirada sin vida. La piel, antes lustrosa, bronceada, ahora se veía macilenta y le colgaba del cuerpo como los cueros al sol. Licinia pensó que así debían verse las ánimas a las puertas del inframundo.

Ovidia había sido una fuerza de la naturaleza. Su padre, impresionado por su poderío y la firmeza de su carácter, había depositado en ella el cuidado de su casa y de los otros esclavos. Esa pobre mujer había quedado reducida a no más que un despojo humano.

Se preguntó si ella se vería en ese estado de trágica decrepitud.

Ambas se sostuvieron la mirada durante varios segundos. Los ojos reflejaban idénticos sentimientos: miedo, desesperanza y la profunda desolación de no saber qué ocurrirá con ellas, qué más atrocidades les quedaban por vivir y aquello en lo que no deseaban ni pensar, si ambas serían capaces de soportarlo.

Se dieron ánimos sin palabras y esperaron. No podían hacer otra cosa.

Les ordenaban detenerse. Uno de los hombres se aproximó con paso enérgico y la tomó por los hombros. El cuerpo de Licinia se tambaleaba. Las piernas cedieron sin oponer demasiada resistencia ante la presión de las manos del hombre que la obligaba a arrodillarse.

Los bárbaros las manoseaban todo el tiempo, palmeándolas con manos rudas y sucias, sin ningún tipo de reparo al decoro. Las evaluaban como si no

fueran más que mercancía lista para el comercio. Tironeaban su cabello, les sobaban los pechos y entre los muslos, y les hacían abrir la boca para estudiar sus dientes. Incluso las olisqueaban. Licinia cerraba los ojos y desconectaba de su propio cuerpo durante esas humillantes inspecciones, aunque no podía evitar los violentos espasmos que la acometían. De cierta manera, la experiencia de su matrimonio y todo lo que Galba le había hecho la ayudaba a superar esos momentos. Había sido una experta a la hora de dejar volar su mente libre hacia otros lugares plácidos que le reportaban cierta paz y sosiego.

Una paz que el resto del tiempo le resultaba esquiva. Cada vez era más difícil desentenderse de todo y abstraerse en otros mundos. Hasta eso le habían robado estos hombres... Su capacidad para soñar.

El jadeo de otra de las mujeres, al caer a su lado como un peso muerto, la abstraigo de sus propios pensamientos. Los hombres les decían algo, sin embargo, ella no entendía nada de toda esa palabrería. Hablaban una lengua muy gutural. Al parecer, iban a quedarse en ese sitio a pasar la noche, pues estaban llevando los caballos a pastar y sus mujeres se veían muy atareadas preparando los enseres para cocinar.

Después de haber caminado lo que se le antojaba una eternidad y tener los pies en carne viva y con heridas abiertas que supuraban un líquido

sanguinolento y transparente, cualquier alto en el camino era bien recibido. No comprendía siquiera cómo había logrado mantenerse en pie tanto tiempo. Al caer la noche, la temperatura descendió en picado. Las mujeres procuraban hacerse con un poco de calor, así que se acurrucaron unas contra otras. Licinia se ovilló, cubriendo sus piernas con la tela de su *stola* destrozada, arrimándose con desesperación al cuerpo de sus compañeras. Cerró los ojos y se obligó a dejar la mente en blanco. Necesitaba tanto descansar...

Se despertó de golpe cuando sintió la mano de alguien que la zarandeaba. Se quedó petrificada. Uno de esos salvajes tomó su cabello con violencia, la alzó en vilo, le sacó la cuerda del cuello —con unos movimientos crueles que la lastimaron— y comenzó a arrastrarla... Con ojos desorbitados, arrasados en lágrimas, sumida aún en el letargo del sueño, Licinia intentaba hacerse una idea de lo que ocurría. ¿A dónde la llevaban? Todavía era de noche. El miedo le trepaba por la garganta hasta paralizarla.

Las aterradoras imágenes de la violación de Brisia, y todo lo que sucedió después, inundaron su cerebro y arrasaron con la poca cordura que le quedaba.

Varios hombres se habían abalanzado como animales hambrientos sobre el cuerpo de su pobre Brisia. Cuchillos hundidos en la piel suave y mórbida de

sus muslos; sangre espesa manaba de ella como un río; sus partes íntimas y delicadas expuestas ante la lascivia impía de esos animales; aullidos de rabia y de dolor; aquellas manos grandes y peludas le apretaban sus pechos y se clavaban como garras filosas en su carne; los gruñidos y gemidos de esas bestias se entreveraron en una macabra cacofonía con los alaridos de Brisia. La habían silenciado a base de puñetazos y luego la habían usado de una manera deleznable, forzándola a recibir sus miembros en la boca, por el ano. Aunque lo peor estaba aún por llegar. Una vez que se cansaron de tomar su cuerpo de cuantas maneras se les antojaron, elevaron un cuchillo salmodiando en su lengua extraña, lo dejaron caer sobre su pecho y la rajaron de arriba abajo. La pobre había perecido sin emitir un solo quejido. Habían dejado expuestas sus tripas y vísceras y le habían cortado sus manos por las muñecas. Se las habían llevado. Quizás como un macabro trofeo de toda esa siniestra felonía.

Licinia sabía que no podría resistir esa violencia, no contaba con fuerzas ya.

Rezó para que la muerte llegara pronto y no sufrir demasiado.

El guerrero la condujo sin miramientos hasta un árbol próximo, un escondrijo aislado del resto. ¿Qué pensaba hacerle? Las piernas no le respondían. Temió que eso enfureciera al hombre y la golpeará.

Pareció volver en sí cuando el guerrero tironeó de sus muñecas. La estaba

atando al árbol. Aquello le despejó del todo la mente.

El hombre ejecutaba la acción con suma eficacia y una sonrisa babosa, como si raptar mujeres y atarlas contra su voluntad le proporcionara un perverso placer. Le pasó una cuerda alrededor de la cintura, para inmovilizarle, al mismo tiempo, los brazos. Lycinia escudriñó el entorno con nerviosismo. Poco podía ver. La oscuridad era casi total, a excepción del resplandor de una hoguera que le permitía distinguir las figuras de unos cuantos hombres sentados alrededor del fuego. Las otras mujeres y el resto de ellos habían quedado en lo alto de un promontorio, al otro lado de una pequeña hondonada que dividía el terreno. Escuchó el rítmico gorgoteo que hacía el agua al caer. Se hallaban cerca de un río o de alguna cascada.

La joven emitió un jadeo involuntario cuando las gruesas cerdas de las cuerdas laceraron la piel de sus muñecas, se humedeció los labios reseco y agrietados. El hombre perfiló una sonrisa perversa, dejando a la vista sus dientes afilados. La joven se sobresaltó al notar que le frotaba un dedo sucio y áspero por el labio inferior, lo que le causaba dolor por lo lastimado que lo tenía. Él abrió los ojos con malicia un momento antes de llevarse el dedo a la boca, lamerlo y dejarlo impregnado de su propia saliva. Lo llevó de nuevo a su boca y arrastró la punta húmeda sobre sus labios, por su barbilla, el cuello y siguió bajando, hasta que con toda la mano le oprimió un pecho,

sobándosele con insistencia.

Licina, haciendo alarde de una orgullosa resistencia que en absoluto sentía, no emitió una sola queja. No pensaba darle ese gusto. Los ojillos saltones del hombre brillaban con lascivia y no dejaban de contemplarla con codicia. Se pegó a su cuerpo y se frotó contra ella. Jadeaba como un perro rabioso.

Cansado de ese juego siniestro o de su falta de respuesta, la soltó y se alejó carcajeándose. Sin dejar de mirarla, le hacía gestos obscenos y se apretaba el pene en un puño, hasta que dio media vuelta y desapareció de su vista.

Aliviada por la tregua que el hombre le había dado y sintiéndose mortalmente agotada, terminó sentada sobre sus tobillos. Su cuerpo extenuado se desplomó. Permaneció con la cabeza gacha. Cerró los ojos, asaltada de pronto por un sentimiento de inquietante desesperación. Ese hombre volvería y terminaría lo que había empezado.

—¿Qué haremos con la mujer? —preguntó Indortes a nadie en particular.

Los hombres, reunidos en torno a la fogata, sabían que se refería a Licinia. La esposa de Galba e hija de Lucio Licinio Lúculo, el pretor enviado por Roma para invadir sus tierras. Ella era la prisionera más valiosa que tenían en su botín. Varios de sus compañeros miraron en dirección a la mujer, encogiéndose de hombros mientras daban cuenta de la cena.

Se sentían eufóricos y con los ánimos enaltecidos. Durato los había dirigido

hacia la victoria. Habían derrotado a sus enemigos. El lugar, en una explanada elevada sobre el río Anas, unas millas más al oeste —donde se había desarrollado la escaramuza— estaba sembrado de cadáveres romanos. Toda una legión había perecido bajo sus lanzas, piedras y falcatas. Los buitres se harían con un espléndido banquete por la mañana. Los dioses les sonreían.

Como depredadores que olfatean una presa débil, habían tenido que esperar antes de entrar en acción. Durato los mantuvo ocultos en el bosque entre los arbustos y el follaje, camuflados con el paisaje. Se habían aproximado una vez que cayó la noche. Sus rostros pintados para la guerra. La excitación por la inminente lucha impresa en sus facciones. Avanzaron con lentitud, ya que cargaban con el importante arsenal del que se habían hecho para asediar el campamento romano. Los estandartes del águila bicéfala ondeaban bajo el viento y parecían sobrevolar el cielo oscuro.

Los guerreros se habían movido sigilosos. Un solo cuerpo vigilante ante los movimientos de su próxima víctima. Esperaron minutos y horas, ultimando los detalles del asalto: los garfios y escalas para derribar la empalizada, un enrejado de tablones, unidos entre sí con cueros para atravesar el foso, las jabalinas cuyas lengüetas prenderían fuego.

Al imponerse la ronda de la noche en el campamento, con la mayoría de los

hombres descansando en el interior de sus tiendas, se habían alzado como espectros en la noche. El filo plateado de sus armas centelleaba en el cielo negro. Las antorchas llameaban el fuego de su furia. Los hombres gritaron su cólera, hambrientos de sangre y exudando rabia y dolor por las muertes de los suyos. Habían arrasado con todo a su paso.

—Que decida Durato. Entregádsela a él —sugirió una de las mujeres.

Ultinos —segundo al mando del caudillo Durato— se limpió las manos pringadas de la grasa de su comida, restregándolas en sus ropas, y se incorporó. Sus compañeros, adivinando sus intenciones, silbaron y lanzaron algunos comentarios soeces. Touto quiso detenerlo, pero Ultinos lo empujó a un lado. No aguantaba las impertinencias de ese crío idiota e impulsivo. Ignorando sus insultos, agarró una manzana y un odre con agua y se dirigió, bajando el terraplén, hasta el árbol donde la mujer permanecía maniatada. Mordisqueaba con parsimonia la manzana y le destinó a la prisionera una mirada de arriba abajo. Sopesaba qué debía hacer con esa mujer.

¡Por los cuernos del toro bravo que era bonita! Ataecina la había honrado y le había entregado parte de su belleza al crearla en el vientre de su madre.

Una belleza que era palpable a pesar del rostro ajado y cubierto de arañazos y de la lastimosa desesperanza que reflejaba la posición abatida de su cuerpo.

La muchacha presentaba terribles heridas en las plantas de sus pies desnudos.

Pensó que podría alcanzarle algún unguento de los que usaban sus mujeres y así procurarle algo de alivio.

El soldado advirtió el estremecimiento que recorrió el cuerpo de Licinia cuando se alzó sobre ella. Con un movimiento lento para no asustarla más aún, se agachó frente a la joven y le colocó delante el odre con agua fresca.

La prisionera había fijado sus ojos en él. Ultinos se quedó paralizado, con el odre a medio camino de la boca de ella. ¡Qué ojos! De un color único, casi amarillo, cautivadores y brillantes con lágrimas no derramadas. Un hombre podría perderse en ellos, en la belleza de ese color insólito, en la pureza que reflejaba su mirada. No podía entender por qué esa pureza límpida y luminosa exacerbaba en él un oscuro deseo de dominación. La observó con descaro, secretamente complacido con su temor, bajó la vista y la demoró en su boca. Una boca perfecta de labios llenos y en forma de corazón. Una boca hecha para besar, para el placer de un hombre.

Había estado acechando el intercambio de la joven con Touto. Licinia no había gritado, tampoco había intentado defenderse o rechazar de alguna manera los avances del hombre. Esa serena mansedumbre lo había excitado. Ultinos no pensaba permitir que Touto la tuviera. Esa mujer sería suya. La deseaba como nunca había deseado a ninguna otra. Touto era una bestia y estaba lleno de odio. La lastimaría hasta dejarla irreconocible. Hablaría con

Durato. Sabía que su cacique quería interrogarla, pero luego sería suya.

Ultinos había tenido hijas y una esposa. La joven romana era su enemiga y prisionera, pero no se merecía una violación cruenta que la dejara lastimada.

Él, cuando la tomara, lo haría con delicadeza.

Durato, en la otra punta del campamento que habían levantado escasas horas atrás y ajeno a los deseos de su lugarteniente, rumiaba sus próximos movimientos mientras engullía sin saborear la comida que un grupo de mujeres habían preparado para él y sus hombres. Sí, sus hombres. Los sabía suyos, aunque no con el sentido de propiedad y cariño que te ata a tu familia. Los valoraba, por supuesto, sin embargo, no eran más que un medio para lograr su fin: la venganza contra Roma, contra Galba y Lúculo: los asesinos de sus hijos, de su esposa...

Dejó a un lado la escudilla con los restos de su comida y se incorporó de un salto. Caminó unos pasos, procurando deshacerse de las terribles memorias. Apoyó las palmas de sus manos sobre una pequeña mesa que había colocado para depositar sus pocos enseres y un mapa de la zona.

Cerró los ojos horrorizado ante la avalancha de imágenes que lo atravesaron.

Se sintió desfallecer y dejó caer su cuerpo hacia adelante, la cabeza hundida entre los hombros. Los brazos temblaban soportando todo el peso de su

cuerpo.

Nada lo había preparado para lo que aconteció una vez que llegaron a esa maldita explanada.

Durante los días que duró la marcha hasta Carmone, el sol había sido inclemente. Los niños eran los que habían sufrido con mayor crudeza el rigor del tiempo. Su pobre Anuún había caído desmayada por el intenso calor. Ni los paños embebidos en agua fresca ni las tisanas que le habían dado a beber las mujeres habían podido recomponerla. Él la había cargado a sus espaldas durante el día para no frenar la marcha de los demás.

Habían tenido que recorrer millas y millas de bosque espeso, montes escarpados, profundos barrancos y áridos terruños, hasta llegar a Carmone. Los ánimos, no obstante, se habían mantenido exultantes. Los hombres, las mujeres y los niños cantaban y festejaban el acuerdo al que habían llegado con Galba.

La alegría casi los había desbordado cuando llegaron a las afueras de la ciudad.

Y los romanos, astutos como los depredadores que eran, los habían cercado como animales. Habían esperado hasta tenerlos a todos congregados sobre lo alto de un cerro, dividiéndolos en grupos, para así anular cualquier posible maniobra de defensa.

Él, ajeno a todo, había estado al lado del jefe de su clan y los hombres del Consejo.

En un instante, se desató un pandemónium de sangre, alaridos y matanza sin fin, cuando una legión al completo cayó sobre ellos.

Durato apretó la mandíbula hasta causarse dolor. Los músculos de sus brazos en tal estado de rigidez que le provocaba un molesto tirón en el cuello. Su cuerpo se sacudía, tenso más allá de la violencia. Enterró la cabeza en su pecho y dejó que la pena arrasara con él: estalló en un llanto amargo. Las gruesas lágrimas desbordaban sus ojos. Las sentía sobre su camisa, empapándole el pecho. Le sobrevinieron las arcadas. Se enderezó en el acto y solo le dio tiempo de agacharse entre unos matorrales para vomitar toda la cena sobre unos helechos. Minutos después, cuando consiguió mantenerse erguido, avanzó con pasos temblorosos hasta agarrar una jarra de cerveza de la mesa, la apuró de un buche y la escupió segundos después ante las nuevas arcadas que le revolvieron el estómago. Con la boca tirante, la lengua pastosa y la garganta desgarrada por la fuerza que había hecho al vaciar todo el contenido de su estómago vociferó pidiendo más bebida. Alguien se la acercó sin hacer preguntas. Él lo agradeció con un gesto seco de su cabeza y bebió despacio, forzando a su cuerpo a aceptar la bebida mientras procuraba respirar con calma.

Dejó a un lado la jarra y de su garganta maltratada brotó un gemido de dolor y cayó de rodillas al suelo. Cubriéndose la cara con las manos, lloró a moco tendido ante el recuerdo del rostro de su hijo, segundos antes de morir. *Tautalus se había interpuesto entre su hermana pequeña y la espada de un soldado que se dirigía implacable hacia su minúsculo cuerpecito, sin que él hubiera tenido tiempo de alcanzarlo para detenerlo. Atravesando el gentío a la carrera, desesperado por llegar a ellos, había gritado hasta perder la voz y escupir sangre, ordenándole que echara a correr. Lanzó patadas y puñetazos para llegar hasta sus hijos, sin preocuparse por quién las recibía, romanos o hermanos. Lo mismo le daba.*

Había observado, espantado y paralizado por el horror, el fatal desenlace como si todo a su alrededor se hubiera ralentizado...

Su Tautalus, con un rostro serio que no le conocía, concentrado en proteger la vida de su Anuún, solo había tenido tiempo de empujar a su hermana que cayó despatarrada tras él. El arma lo atravesó y lo dejó empalado y cara a cara con su asesino que se deshizo de él con una mueca de fastidio. Durato había dejado escapar un alarido tal que disgregó a las personas que se amontonaban a su alrededor. Jamás olvidaría la mueca aterrorizada que deformó el rostro de su pequeño una vez que el arma se incrustó en su tórax. Cuando logró llegar hasta ellos, ya era demasiado

tarde para su pequeño, pero también para su hermosa Anuún, que había muerto de un tajo en la garganta.

Le quedaba la satisfacción de haber dado muerte al asesino de sus hijos.

Impulsado por una rabia salvaje, como no había sentido jamás, y que le quemaba la sangre en las venas, había ido tras el soldado. Las lágrimas que le anegaban los ojos le impedían ver con claridad. Su mano empuñaba con furiosa firmeza el arma, que había escondido entre los pliegues de sus ropas,

y atravesó la garganta de uno de los soldados que se interpuso en su camino.

Arrojando a un lado el tosco puñal que portaba, arrebató la espalda de manos del soldado antes de que su cuerpo inerte hubiera tocado tierra. Su mente y sus instintos asesinos concentrados por completo en aquel otro soldado. Con un rugido que había brotado de sus mismas entrañas, se lanzó a una carrera desesperada tras el romano y lo había derribado de un empujón, lanzando en el impulso su propia arma. Giraron sobre la tierra húmeda, en un revoltijo de piernas y manos. Sin embargo, Durato, acicateado por la ira y un lacerante deseo de venganza, se había impuesto sin esfuerzo. Sentado a horcajadas sobre el asesino de su hijo, había descargado a través de sus puños toda su impotencia y el profundo dolor que

horadaba su alma. Sus manos desnudas fueron las únicas armas que precisó, y golpeaban, con toda la violencia de la que era capaz, el rostro del hombre, rompiéndole los huesos, convirtiéndolo en nada más que una masa sanguinolenta, dejándolo irreconocible. El tiempo pareció detenerse a su alrededor. Durato resollaba y descargaba golpe tras golpe sobre la piel de su adversario con una meticulosidad precisa. Centrado en acabar con él a como fuera lugar.

Necesitaba arrancar de su pecho todo ese dolor. Lo estaba matando.

Un dolor como no había sentido antes, purgante, agónico... Las imágenes de los cuerpos sin vida de sus pequeños lo atravesaron, cortándole la respiración, y se quedó paralizado con el puño en alto...

¿Qué le diría a Nuín? Sus hijitos adorados estaban muertos. Él no había sabido protegerlos, no había podido salvarlos. ¿Cómo podría presentarse ante ella?

Aullando de impotencia cuando la pena se hizo insoportable dentro de su cuerpo, gritó y gritó. Buscaba dar salida a todo ese odio que le carcomía las entrañas, a la abrumadora amargura que lo consumía, y continuó gritando, alimentando su tormento. La bestia que anidaba en su interior le exigía más. Se sabía ido. Resoplando, agarró su puñal, tirado unos pasos más allá, y apuñaló la garganta de su adversario. Lo rajó de arriba abajo. Realizó

profundas incisiones en la piel y los músculos, abriéndose paso entre los huesos y tendones con la maestría que le daban sus años de cazador. Llegó hasta la caja torácica y hurgó hasta que dio con su corazón. Lo sacó de un tirón, gruñendo de satisfacción cuando lo sostuvo entre sus manos. La sangre

espesa y caliente que manaba a borbotones se extendía por sus brazos como un manto rojo goteando sobre su pecho.

Con el rostro desencajado y la furia ciega que dominaba sus acciones hasta que nada quedó de él salvo un monstruo sediento de venganza, clavó los dientes en los músculos sangrantes del corazón y lo arrancó a pedazos, que luego escupió sobre la tierra. Tenía que despedazarlo trozo a trozo. Ese bastardo no alcanzaría la paz eterna, así los dioses lo condenaran por siempre.

No había tenido piedad de ese hombre, tampoco de los demás que habían perecido bajo sus manos después que él.

Había mantenido la esperanza de que esposa, su tierna Nuún, hubiera sobrevivido a la masacre. También a ella le había fallado. La habían encontrado días más tarde sepultada entre varios cadáveres.

Les había fallado a todos, sin embargo, juró frente a la pila funeraria de su familia que arrasaría y expulsaría de su territorio a todos los romanos responsables de sus muertes.

Un metálico e infecto olor a sangre reseca y comida podrida asaltó sus fosas nasales. Se olisqueó y arrugó la nariz asqueado de su propia pestilencia. No se había lavado el cuerpo en semanas. Llevaba pegado a sus ropas los restos de vísceras y sangre seca de sus víctimas. Ya no se veía capaz de distinguir la suya de aquella que pertenecía a sus enemigos. Su esposa se hubiera horrorizado del hombre en el que se había convertido. No le hubiera permitido tocarla sin antes darse una buena refriega. Con la dulce mirada de su mujer impresa en su memoria, se incorporó del suelo y caminó unos pasos hasta recoger un cuenco con agua fresca, sacándose la camisa de un tirón procedió a lavarse la peste de su cuerpo.

La de su alma no iba a poder limpiarla nunca.

Sacudió la cabeza ante esa idea y respiró hondo buscando calmarse. Debía concentrarse y mantener bajo control sus emociones. No se podía permitir la absurda debilidad en la que lo sumían sus recuerdos y que lo acometía como una enfermedad horadándole la voluntad y las energías. Le hacía daño y le restaba fuerza a su odio, que era lo único que lo mantenía en pie por esos días.

Con la piel húmeda y algo más fresca, se dirigió hacia la improvisada mesa en la que tenía desplegado un mapa requisado de los romanos y se dispuso a estudiar sus próximos movimientos.

Había asentamientos romanos disgregados por toda la zona y un número aún mayor de clanes hermanos dispersos entre las montañas. Él los haría salir. Los convencería para unirse a su lucha. Si querían librarse, de una vez y para siempre de los romanos, debían unir sus ejércitos. No tendrían otra oportunidad como esa.

Arrancó el mapa de la mesa, una vez que comprendió hacia donde debían dirigirse y enfiló hasta el sector donde sus hombres descansaban. Recibió, incómodo y algo avergonzado, los saludos respetuosos de sus hombres y las mujeres. Lo adoraban como a un dios. Malditos idiotas. Sin prestarles atención, refunfuñando órdenes para que lo dejaran solo, extendió el mapa sobre el tronco de un árbol caído y mandó llamar a Ultinos.

El hombre, que permanecía al otro lado de una pequeña hondonada, mantenía una conversación con una de las prisioneras.

Sus ojos negros se clavaron en ella.

Licina.

Durato perforó a la mujer con una mirada de ojos entrecerrados. Todo su odio concentrado en la coronilla de su enemiga. La mujer de Galba.

Sin meditar lo que hacía, guiado por el fuego de la rabia que ardía como una llama constante en mitad de su pecho, se dirigió a zancadas hacia el lugar donde se encontraban.

—¿Qué tanto hablas con ella? ¿Acaso no dejé en claro que sería yo el que la interrogaría?

Y hazla callar.

Ultinos, en cuclillas frente a la mujer, giró la cabeza en su dirección y lo miró de reojo. Acto seguido, y siguiendo sus órdenes, la golpeó en la cabeza con un puño. Licinia, gimiendo de dolor, cesó en su cántico y se ovilló, apretándose contra la corteza del árbol a sus espaldas.

Su lugarteniente se incorporó y se dio la vuelta para quedar frente a él.

—No lo he olvidado —expresó Ultinos con calma—, tan solo le daba un poco de agua fresca. No queremos que muera antes de tiempo, ¿verdad? ¿Y qué quieres que hagamos con ella? —Rascándose la espesa barba entrecana pensó en voz alta—. Podemos usarla como un señuelo para atrapar a los hombres de su esposo. ¿Has pensado en eso? O quizás ofrecerla en sacrificio por la victoria en la batalla. A la gente le gustará. Serviremos un buen banquete, una gran fiesta.

—Ni hablar —sentenció el cacique—. Nada de fiestas. Nada de banquetes. No hemos logrado nada y aún estamos lejos de conseguirlo. Os quiero concentrados, no borrachos como putas en una taberna. Quiero que ella sirva de escarmiento a los *romani*.

Al escuchar la primera palabra que comprendía en su propio idioma, Licinia

elevó la cabeza y miró al hombre que había hablado.

El aire se le quedó estancado en los pulmones. Durante varios segundos no pudo ni respirar, tampoco pestañear.

Ese hombre... La bestia negra, como habían empezado a denominarlo después del asalto a Carmone, estaba allí, frente a ella.

Un terror helado se instaló en su pecho y se extendió con rapidez por todo su torrente sanguíneo, enfriándola de golpe. Ante ella se alzaba un ser que destilaba crueldad y maledicencia por cada poro de su piel. Sus ojos hablaban de perversión y sed de sangre, de mutilaciones y violaciones. Odio crudo y sin fisuras que la examinaba como si no fuera más que un insecto. Sin valor. Sin utilidad.

Tragó saliva. Estaba convencida de que las madres usarían su nombre y su figura de pesadilla para asustar a sus hijos y que obedecieran sus órdenes sin chistar. Sentía cómo el pánico tomaba el control de su cuerpo. Con los brazos inmovilizados, cerró los ojos, agachó la cabeza y retomó con renovados bríos sus oraciones.

Durato, conmocionado con la cruda y sensual belleza de la joven, se limitaba a observarla. Le dedicó a Ultinos una mirada de perplejidad cuando la observó encogerse sobre sí misma y sacudirse de forma extraña.

—Y ahora, ¿qué diantres está haciendo?

—Creo que está rezando, mi general.

—En busca de la salvación, supongo. Hace bien.

Acercándose unos pasos, dejó que sus botas de pelo rozaran las ropas femeninas, se agachó delante de ella y le ordenó:

—Tú, levántate. Rezar no te servirá de nada, no creo en tus dioses.

Y para el caso tampoco en los suyos. El hombre nacía del cuerpo de una mujer. Vivía, luchaba y moría. Fin de la historia. No existía ninguna magia sobrenatural en ello. Lo demás eran cuentos, inventos para débiles y plañideras.

A Durato le importaba muy poco lo que ella estuviera salmodiando, ansiaba volver a echarle un vistazo a ese rostro perfecto. ¿Acaso esa mujer tenía ojos dorados? ¿O tal vez lo había imaginado?

Licina abrió los ojos un instante cuando advirtió que una sombra se cernía amenazadora sobre ella. Les echó un vistazo y enseguida apartó la vista. Eran los pies de ese monstruo. Por instinto, se encogió protegiendo su propio cuerpo. Las botas de ese hombre rozaron sus ropajes, tocándole la piel desnuda de sus piernas. Lo sentía tan cerca ahora que comprendió que lo tenía prácticamente encima. Giró el cuello. No pudo evitar fijar los ojos en el rostro de ese hombre, del mismo modo que no hubiera podido evitar el azote de una tormenta sobre la tierra.

Algo poderoso la encadenó a su mirada.

Contemplaba, extasiada y aterrada a partes iguales, los ojos de él. Ojos oscuros casi negros, insondables como pozos profundos y que prometían toda clase de tormentos para aquel que osara enfrentarse a él. Se sentía absurdamente hipnotizada por ellos.

El bárbaro que le había llevado un poco de agua se agachó, la desató y la tomó del brazo, obligándola a ponerse en pie. Durato también se incorporó y se dedicó a mirarla. En el mismo movimiento, Ultinos le pasó la cuerda otra vez alrededor de sus muñecas, para inmovilizarlas. Con un fuerte apretón de los brazos, la conminó a estarse quieta. Ella, con la mente aturullada por tantas cuestiones, agradecía la brusquedad con que la sujetaba. Si no hubiera estado sosteniéndola, habría caído de bruces frente al general lusitano.

Durato se hizo cargo entonces de la situación. La tomó por el codo y la arrastró hasta el otro lado. Ella le echó un vistazo a Ultinos, suplicándole silenciosa ayuda. El hombre los siguió de cerca.

Licina hizo su mayor esfuerzo por seguir el paso de Durato e ignoró las puntadas y pinchazos en todos los músculos de sus piernas. Las tenía entumecidas, lo cual le dificultaba a la hora de andar. Era tal el dolor en las plantas de los pies que a cada paso que daba sentía como si le estuvieran clavando pequeños cristales filosos. Esa bestia no se hacía cargo de su

padecimiento y continuó tirando de ella.

Atravesaron el terreno, subieron una pendiente y no se detuvieron hasta llegar a un claro un poco más allá. Licinia observó los alrededores y se sorprendió al caer en la cuenta de que amanecía. Una cantidad inimaginable de ópalos iridiscentes se colaban a través de los resquicios de luz de las copas

de los árboles e iluminaban el claro en una ligera neblina plateada. Rodeados de espesos y enormes sauces negros y otros matorrales que formaban un capullo herbáceo, la zona los mantenía aislados de todo lo demás. Durato avanzó con decisión para detenerse delante del tronco de un árbol derribado que parecía haber echado raíces alrededor y presidía, con la inalterable dignidad de un feudo caído en desgracia, el claro en el que se hallaban. Extendido sobre él, Licinia vio un mapa algo descolorido y estropeado, marcado con los símbolos que usaban los tribunos para establecer sus campamentos y demás detalles de la orografía de la zona.

Ultinos se hizo cargo de ella y la sostuvo por los codos cuando el cacique se acuclilló frente al árbol y pareció concentrarse estudiando ese viejo mapa, rumiando algo en esa lengua fea y ajena. Durato, sin moverse de su posición ni levantar la cabeza, le hacía señales con la mano para que se acercara. Una vez que la sintió a su lado, comenzó a hablar y gesticular, señalando el mapa. Licinia alternaba vistazos nerviosos entre el cogote del hombre y los

símbolos que le señalaba en el mapa, sin comprender una sola palabra de todo cuanto le decía.

¿Qué quería ese hombre? ¿Acaso creía que ella podría interpretar algo de ese mapa? Y entonces, en un momento de su discurso, él había pronunciado el nombre de su esposo. La palabra *Galba* fue lo único que ella comprendió de toda su disertación.

—¿Sabes dónde está tu esposo? No saldrás con vida de aquí si no colaboras con nosotros. Uno de los espías que teníamos junto a tu padre en el fuerte delató tu presencia. Así que no creas por un momento que puedes salir con bien de esta. —Su cabeza se disparó hacia atrás y su mirada malhumorada se centró en Ultinos—. Teniendo en cuenta el cerco que hemos hecho sobre toda la zona, habrá huido al sur. Es lo que yo haría. Galba no es idiota, sabe que tenemos dominado el valle y toda la ribera.

El soldado, que se había mantenido tras la mujer, mostraba un talante divertido.

—Mira el mapa, mujer tonta, señálame la zona donde se encuentra ese bastardo ¡Dime dónde está Galba!

Ultinos carraspeó.

—Durato.

El caudillo, concentrado en la joven, elevó la cabeza y fijó una mirada

rabiosa en su lugarteniente.

—¿¡Qué!?

—Ella no entiende una palabra de lo que estás hablando. No comprende nuestra lengua.

—¿Te crees que soy idiota? —Durato se incorporó—. Ya sé que no habla nuestra lengua. Mujer ignorante. Vienen a nuestra tierra, viven de nuestros pastos y nuestro trabajo, arrasan con todo y ni se molestan en aprender nuestro idioma.

Ignoró la mueca burlona de Ultinos y volvió a enfocar su atención en la mujer. Parpadeó varias veces y se restregó los labios. Maldición, tenía que concentrarse cada vez que la miraba. Esos ojos dorados tan inusuales — jamás había visto esa extraña tonalidad ambarina en otro ser vivo— lo dejaban vacío de todo pensamiento.

—Galba, entiendes eso, ¿no es cierto? —preguntó Durato mortificado y señaló el mapa. Se agachó y apuntó con un dedo el destruido campamento militar del río Anas—. Aquí, Lúculo, tu padre —expresó en la lengua de ella. Los ojos de ambos se habían encontrado entonces y los de ella brillaron en reconocimiento ante las pocas palabras que comprendió. Durato tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para evitar estirar la mano y tocarla.

Experimentaba escalofríos y otras cosas extrañas al lado de esa mujer. Desvió

la mirada, apretó el ceño. Centró su atención en una zona segura, las manos de ella. Le temblaban. Se la veía aterrorizada. La mandíbula le castañeaba y las rodillas se sacudían aun estando quieta. Durato meditó que la joven se mantenía en pie porque Ultinos la sostenía por los codos. Desechó, al instante, el sentimiento de lástima que le inspiró la muchacha. ¿Y qué le importaba a él el sufrimiento de esa niña mimada?

Volvió a ponerse en pie y esta vez le habló en un tono más conciliador.

—Dime, ¿dónde está Galba? Eres su esposa. Tienes que saber dónde está.

Licinia entreabrió los labios, perpleja, una vez que comprendió lo que Durato necesitaba de ella. Le ordenaba que le comunicara la localización de su esposo. La joven frunció el ceño. ¿Y qué sabía ella dónde estaba Galba? No quería volver a verlo en lo que le quedaba de vida.

Durato, molesto y enfurecido por el pertinaz silencio de la muchacha, arrancó el mapa del tronco de un manotazo y lo lanzó furioso. El cuero sobrevoló durante unos segundos la zona para luego caer con suavidad y delicadeza unos pasos más allá. El hombre clavó su incisiva mirada en Ultinos. De nada les serviría esa mujer si no lograba sacarle alguna información.

—Ultinos, desátala, y déjame solo con ella.

Pastriani llegó antes de la hora acordada a la vieja fábrica de lana de la *via di Pietralata*, donde Lukas lo había citado. Se dirigió a los servicios de caballeros y se lavó a conciencia las manos. Acto seguido revisó su aspecto y se ajustó los puños de la chaqueta. Abandonó los lavabos y escudriñó el local. Lanificio era un antiguo complejo industrial abierto al público desde hacía pocos menos de cinco años. Un viejo inmueble remodelado, en el norte suburbano de la ciudad, y convertido en un restaurante de cocina creativa que ofrecía también actividades artísticas, música en directo y se había puesto de moda entre los jóvenes de la ciudad. El local tenía una marcada decoración industrial, con paredes de acabados desiguales, los toques retro de sus sillones de cuero envejecidos, sillas de diferentes estilos y formas, y las mesas de ruedas metálicas sin ornamentos ni disfraces, elaborados en su mayoría por tabloneros de madera recuperada.

Tras unos segundos, decidió dónde ubicarse y tomó asiento en un desgastado sillón orejero de piel que hacía juego con otros dos, en una esquina apartada. Al fondo, la barra y las cocinas donde entraban y salían los camareros con bandejas rebosantes de platos y cafeteras humeantes. Frente a él, las puertas de acceso al restaurante y unas escaleras metálicas lacadas en blanco que se abrían a una galería de planta rectangular en el segundo piso. Detrás de él, un enorme ventanal acristalado con vistas al río. Sobre su

cabeza bailaban un par de lámparas metálicas a juego con el resto de las que habían diseminadas por todo el local.

Roberto nunca dejaba las cosas al azar. Su ubicación respondía a la necesidad de controlar el lugar y a la gente que entraba y salía. Su obsesión por el control abarcaba todo tipo de situaciones, incluidas las de su vida cotidiana. Quizás un defecto derivado de sus días de servir para la SAS, o una costumbre arraigada desde la infancia por las palizas que se llevaba cuando lo pillaban desprevenido. Un zapato con los cordones desatados, la cuchara que no estaba en el ángulo exacto al sorber la sopa. Cualquier gesto, por más nimio que fuera, podría hacer estallar la ira de don Gennaro Pastriani. Una vez que el joven Roberto comprendió que, si mantenía todos esos detalles bajo control, su padre ya no disponía de excusas para golpearlo, llevó a cabo el cumplimiento de sus tareas con la actitud de un fanático religioso. No obstante, las palizas continuaron. Siempre había alguna buena excusa.

Hasta el día en que Roberto, con once años —entrenado por su tío Tullio en las artes del Aikido y del Judo—, se impuso al agresor y devolvió el golpe. Ese día había noqueado a su padre, derribándolo al suelo, después de practicarle una patada lateral directa al plexo solar. Una técnica que había practicado con su tío semanas antes.

Tullio Pastriani no lo había felicitado. Lo había perforado con una mirada

severa y le había echado en cara esa demostración de brutalidad. «El practicante de Aikido no busca hacer daño», le había reprochado en esa ocasión. «Busca agotar al contrario, desequilibrarlo. Repeler más que intentar aplastar al oponente. Yo soy el centro de la gravedad y tú debes girar en torno a mí». Esa era una de las frases favoritas de Tullio. Roberto nunca entendió esos conceptos. Para el joven Pastriani, el fuerte, prevalecía, y el débil, sucumbía. Y, ante todo, él siempre quería ganar. Algo sí le debía a su padre. Gracias a la pesadilla que fue su infancia era un puto genio en su trabajo. La meticulosidad por los detalles, la obsesión por el orden, el control de las situaciones y las personas lo convertían en un jodido as de su profesión. Nunca se le escapaba un detalle, un rostro ni un puto papel.

Comprobó la hora en su reloj Jaeger Lecoultre Master control . Sabonis se retrasaba y eso era raro en él. Su amigo odiaba la impuntualidad. Era un cabrón puntilloso y machaconamente educado. Jamás lo había pillado en un arranque de ira o maldiciendo en alta voz. Más allá de la sobriedad genética heredada de sus ancestros lituanos, parecía un ciudadano inglés. Uno de clase alta, además. Todos esos detalles y su afición común por el Chievo los había mantenido unidos todos esos años. Resoplando, comprobó su móvil. Ningún mensaje. Alzó la mano cuando divisó a un camarero y le pidió un expreso. Michela entró corriendo en el Lanificio. Derrapó al traspasar la puerta, pero

controló la situación. Se quitó la chaqueta de punto y se abanicó con las manos, sofocada por la carrera que se había pegado desde la salida del metro. Lukas siempre le recriminaba que era incapaz de ser puntual. Esa frasecita con la que la reprendía: «El tiempo de los demás también vale oro, topino», la sacaba de quicio. Por una vez deseaba dejarlo con la boca cerrada. Comprobó la hora en su móvil y sonrió con suficiencia. ¡Sí, señor! Justo la hora de quedada. ¡Chúpate esa, don perfecto! La carrerita había merecido la pena. La única pega era el sudor que se la adhería a la piel y formaba desagradables gotitas que caían desde su espalda hasta la cinturilla de sus vaqueros. Se le correría el maquillaje de la cara. A la mierda con eso, iría al servicio y se lavaría el rostro. El aire caliente del secador de manos haría el resto del trabajo. De todas formas, ella odiaba ponerse maquillaje, ni siquiera comprendía el extraño impulso que la había llevado a liarse con los potingues de Francesca. Alzó la vista en busca de su novio para quedarse congelada en el sitio.

«Oh. Dios. Mío».

Esto no podía estar ocurriendo.

Roberto PASTRIANI, apoltronado en un viejo butacón orejero en la esquina más alejada y con una humeante taza de café en la mano, la perforaba con sus ojos verdes.

El muy cabrón alzó la taza en señal de saludo y le hizo una pequeña reverencia con la cabeza. ¡Sonreía! Michela movió la cabeza a su vez, más por una inercia derivada de años y años de arraigado urbanismo que por un verdadero interés en saludar al tipo.

Sin saber muy bien qué hacer a continuación, su tranquilidad extinta y el pánico que se abría paso de forma inexorable por todo su ser, intentó meter la chaqueta entre las asas de su bolso y guardar el móvil. Todo a la vez. El resultado fue que el móvil se cayó al suelo.

El ruido, al golpear contra el piso de cemento, se escuchó como una detonación en su cabeza. Michela se encendió roja de vergüenza sabiendo que ese hombre la estaría observando y se estaría riendo de ella. ¿Qué le había dicho la otra noche? Ah, sí, que era un desastre. ¡La madre que lo parió! Se agachó sin mucha ceremonia, recogió el infernal aparatito y lo guardó en el bolsillo trasero de los vaqueros.

Al incorporarse, se lo topó de frente.

—Si me permites.

Sin esperar una respuesta por su parte, Roberto se hizo cargo de la situación y le quitó con cuidado el bolso de las manos. Michela lo observaba atónita con una mueca de espanto impresa en el rostro. Su chaqueta embutida a la fuerza en su bolso. El bolso que él le había arrancado de las manos. Las

manos de un asesino, si daba crédito a su propia visión o sueño o lo que fuera. Sin dirigirle ningún otro comentario, la tomó por la muñeca y la dirigió sin pausa, pero a buen paso, entre las mesas. Todos sus movimientos perfectamente coordinados. Cabrón pedante. Oh, Dios, ¡cómo lo detestaba! ¡Y cómo la enardecía tenerlo ahí para ella sola! Debía de reconocer, aunque solo fuera para no engañarse a sí misma, que cada vez que lo tenía cerca se sentía renacer.

Se zafó de su mano con un movimiento brusco y tomó asiento frente a él.

Roberto dejó el bolso en una de las cuatro butacas libres que rodeaban la mesa y se sentó. Sus comisuras despuntaban en una sonrisa socarrona.

Michela irradiaba animosidad por todos los poros de su piel. No pensaba decirle nada al tipo. La rabia era buena, ya no sentía miedo. Solo unas terribles ganas de estrangular, a ser posible, el cuello de Roberto. Este, ajeno a la sed de sangre que corría por las venas de la joven, la obsequió con una amistosa mirada, tomó un sorbo de su café y se aclaró la garganta.

—Antes que nada, me gustaría disculparme contigo. —La taza otra vez sobre el platillo—. No tienes idea de lo mal que me siento por cómo te traté la otra noche. Por favor, admite mi más sincero *mea culpa*.

Michela tragó saliva. Lo miraba y admiraba sin decir palabra: penosamente embobada. La sangre le rugía en los oídos y notaba el incómodo latido de su

arteria carótida contra la pared interna de su cuello. Pum, pum, pum. Una bola pesada de nervios le aplastaba el estómago y en su mente se sucedían pensamientos de lo más erráticos. Por momentos la cabreaba la indolencia con que Roberto sorbía su café y la sensualidad con la que se acariciaba su barbilla, la naturalidad con la que se dirigía a ella. ¿Por qué diantres no podía ella desenvolverse con esa soltura delante de él? ¿Y por qué siempre se veía como recién salido de un jodido anuncio de revista? Lo odiaba por ello. Comprendía que resultaba demasiado pueril pillarle ojeriza a alguien por esas cuestiones, pero le importaba un bledo. Una vez más, recordó su patética entrada en la cafetería, las pintas que traía y se avergonzó de su aspecto zafio y corriente.

¿Dónde demonios se había metido su novio? Lo necesitaba ahí con ella.

Lukas compensaba la magnificencia de Roberto, la devolvía a su querida y transitable realidad, le impedía divagar entre deseos imposibles e ideas impropias, y por encima de todo lo demás, Lukas evitaba que ella hiciera el ridículo, como le ocurría en ese instante, mientras contemplaba a ese hombre con la boca entreabierta, sin decir palabra. Sabía que se había puesto roja. Era la segunda vez que se comportaba como una completa retrasada delante de él en el intervalo de veinticuatro horas.

—Mi reacción fue desproporcionada —le dijo él con esa voz subyugante y

gruesa que a ella se le clavaba en un punto en mitad del plexo solar y le impedía respirar con normalidad—. Jamás me comporto así con nadie, salvo con los criminales —y se echó a reír, ella también, aunque no de forma consciente, era más una reacción automática, pues su cerebro había dejado de realizar las funciones normales—. Me pillaste desprevenido, algo que, confía en mí, no suele sucederme, y reaccioné de forma brusca. Extralimitada. La sola idea de haberte causado daño físico o haberte asustado me está matando. Por favor, perdóname.

«La sola idea de haberte causado daño me está matando». Una emoción cálida se abrió paso a través del cuerpo de Michela y logró suavizar, como por ensalmo, la animosidad que él le inspiraba. Le enternecía la preocupación que destilaban sus palabras. Se veía tan molesto y afectado, que ella tuvo que contenerse para no soltar una risilla nerviosa por miedo a que él la malinterpretara.

Con un gesto de la mano, Roberto llamó a un camarero que se personó ante ellos al instante. PASTRIANI no perdió un segundo con el hombre, sino que fijó esa impertinente mirada verde suya sobre ella.

—¿Qué deseas tomar, Michela?

A ti.

El deseo se disparó en ella con la misma rotundidad que hubiera

experimentado si él se hubiera agachado frente a ella, le hubiera abierto las piernas y suspirado las palabras sobre su vagina. Michela apretó los muslos y sus ojos se llenaron de lágrimas.

La joven desvió la mirada y sus ojos buscaron al camarero, que aguardaba inmóvil como una estatua y aferraba con nerviosismo una pequeña libretita cuadrada, se humedeció los labios y dibujó una sonrisa tranquilizadora.

—Cappuccino, *grazie*.

El camarero asintió y desapareció igual que había llegado. Evaporado en el aire.

El silencio entre ambos era incómodo y la ponía de los nervios. Michela no sabía qué hacer con sus manos. Para evitar que estas hicieran de las suyas sobre la mesa, las colocó en su regazo y las cerró en un puño.

—Por favor, Michela, relájate. Estás muy tensa y no hay ningún motivo.

Supongo que no me has perdonado y sigues muy cabreada conmigo.

—No me digas cómo tengo que sentirme y acepto tus disculpas, gracias. —

Por fin le salía la voz—. No estoy cabreada. Yo también me porté como una imbécil. No sé qué me pasó.

Le había mentado, pero le importaba un bledo. No iba a hablar de esto con él. Fin de la historia.

—Entiendo que Lukas nos ha citado aquí a los dos. ¿Sabes con qué

propósito o por qué llega tarde? —Volvió a sorber su café.

—Ahora comprendo por qué sois amigos —comentó Michela pensativa.

—¿Disculpa?

—Hablas igual que él, utilizando frases rimbombantes. Eres consciente de que nadie habla así hoy día, ¿verdad?

Roberto soltó una risotada. Dejó la taza sobre la mesa y se echó hacia atrás en su asiento al tiempo que cruzaba los brazos en torno a su pecho, dispuesto a seguirle el juego y, ¿por qué no?, a disfrutar ese rato a solas con ella.

—Así que estoy *chapado a la antigua*.

—Esa frase es tuya, no mía.

—Eres tú la que me acusa de hablar *raro*.

—No he empleado esa palabra. Solo he dicho que no usas las frases habituales, propias de tu edad.

—Soy poli, somos raros. El palabrerío estrambótico y rimbombante viene en el primer capítulo del manual de entrenamiento.

—He conocido a algunos policías a lo largo de mi vida y ninguno habla como salido de una novela de Jane Austen.

—Esto se pone interesante. Además de hablar raro, ahora me acusas de ser un *Mr. Darcy*, común y corriente.

Michela alzó una ceja.

—No le llegas ni a la suela de los zapatos.

Roberto se sentía frustrado y jodidamente exasperado. En todo ese intercambio de insultos solapados no había conseguido arrancarle una mísera sonrisa. ¿Por qué no conseguía hacerla reír? Una pequeña sonrisa insignificante, ¿tanto le costaba? ¿Por qué le tenía esa ojeriza? No conseguía entenderla. La franca hostilidad de esa mujer lo desarmaba. No estaba habituado a que las mujeres lo trataran con semejante desdén. Más bien sucedía lo contrario. Solían mostrarse complacientes y encantadoras a la primera de cambio. ¿Por qué era incapaz de llegar a ella? ¿Qué la hacía diferente al resto? De nada le había servido disculparse. El instante más sincero del que tenía memoria en años y no había surtido el efecto deseado. Tampoco esperaba que ella fuera a caer redonda a sus pies, aunque sí había buscado mitigar un poco la animadversión que le tenía. Se había abierto en canal y ella ni se había inmutado. Se dedicó a escucharlo con indiferencia, envuelta en ese jodido halo de ensordecedor silencio y luego... nada.

Además, no había pronunciado su nombre una sola vez. Jamás lo había oído llamarlo Roberto desde que los habían presentado y ese hecho, más que cualquier otra cosa, lo cabreaba. No entendía muy bien por qué. Solo sabía que se moría de ganas por oírsele decir. A ser posible le hubiera gustado que lo hiciera en la intimidad y mientras la tuviera muy ocupada con su cuerpo

desnudo. Apretó ligeramente la mandíbula . Insufrible mujer.

—Eres muy dura conmigo —le espetó molesto y contrariado—. Te he visto tratando a camareros gilipollas con más tacto. Te lo vuelvo a preguntar, Michela: ¿he hecho algo que te haya ofendido? Obviamente no lo de la otra noche, pero antes. Tal vez dije o hice algo que te sentó mal. Por más que le doy vueltas no entiendo tu actitud. Eres muy amable con todos menos conmigo.

Roberto quería darse de golpes contra la pared. *¡Merda!* Parecía un puto crío con pataleta.

Solo le faltaba echarse a llorar. *¡Stronzo!* Estaba haciendo el papel de su vida. Esa mujer lo sacaba de quicio. No había otra explicación. ¿Y a santo de qué demonios necesitaba tanto él de su aprobación? ¡A la mierda con ella!

—No entiendo por qué lo dices. Procuro tratar a todo el mundo con educación. Si he sido malcriada contigo, lo lamento.

—No me refiero a eso y lo sabes. —Sus palabras se convirtieron en látigos—. No te hagas la tonta. Está bien. No quieres hablar. Lo pillo.

Ella, como mujer inteligente que era, no trató de negar lo evidente.

Bebiendo otro sorbo de su café, tuvo que ahogar una risilla tras la taza mientras se dedicaba a estudiarla. El cabreo se fue diluyendo de su cuerpo.

¡Qué mujer tan peculiar! Ahí sentada frente a él, tiesa como un palo de

escoba, se la veía tan nerviosa y amedrentaba que parecía una mártir frente a la hoguera. Con las manitas apretadas bajo la mesa, en puños de nudillos blancos a juzgar por el tirón que le estaba dando a su camisa, la encontraba exquisita y le despertaba la ternura. Un sentimiento que sentía ajeno. Las mujeres lo excitaban, le divertían, o le eran indiferentes. Sin embargo, ella acicateaba un lado sensible del que no había tenido constancia hasta que la había conocido. Quería mostrarse suave y paciente con ella.

De cuando en cuando, Michela lanzaba nerviosos vistazos hacia la puerta. Esperaba a Lukas. A Roberto le molestó comprender que necesitaba de su amigo para sentirse segura en su presencia. Sus dedos se cerraron en torno a su taza de café. Aunque no debía obviar que la gatita tenía uñas también. Le miró las manos y esbozó una sonrisa socarrona. Unas uñas, eso sí, recortadas y sin rastro de esmalte. Suponía él una costumbre derivada de su profesión de enfermera.

Alzó la vista. La camisa verde de Michela estaba arrugada, no por el uso del día, más bien como si jamás la hubieran presentado ante una plancha; sus cabellos despeinados se alborotaban en un caos alrededor de su cabeza y el rímel negro se le había corrido por los ojos como si hubiera estado llorando o debido a la carrera para llegar a tiempo a la cita. Michela no estaba acostumbrada a maquillarse. Al contrario que en cualquier otra, a ella ese

look descuidado le iba bien. Se la veía desaliñada, pero adorable. Roberto no podía pensar en otra mujer que le inspirara ese despropósito de sensaciones: ternura, hilaridad, deseo... Unas irrefrenables ganas de zarandearla para que se comunicara con él.

Sin ser consciente de lo que hacía, le tendió una servilleta de papel. Ella parpadeó sorprendida.

—El rímel —explicó él en voz baja.

La muchacha sufrió una mutación instantánea. Se volvió a sonrojar. Sin embargo, esta vez, él pudo presenciar cómo la mancha roja se extendía por su cuello y el escote de su blusa. Era increíble. Ella se incorporó de su asiento de forma precipitada. Él también se levantó.

Sus ojos se encontraron con los de ella. La luz efervescente del atardecer romano que se filtraba por las cristaleras a sus espaldas incidió sobre su rostro e iluminó sus ojos. El habitual tono grisáceo de su mirada dio paso a un dorado resplandeciente que lo estremeció de pies a cabeza.

«Oh, Dios mío...».

«Dios santo de mi vida...».

«Eres tú».

Y el mundo de Roberto, tal y como lo conocía hasta ese momento, desapareció entre un parpadeo y el siguiente. Se sintió desconectado de todo.

De todo lo que lo rodeada y de todo cuanto sabía de la vida y sus misterios. Una llamarada de puro fuego lo recorrió de arriba abajo y se alojó en su pecho, enfriando de forma simultánea sus extremidades. Sentía los pulmones aprisionados, como si estos hubieran aumentando varias veces su tamaño y no encontraran hacia dónde expandirse. Le estaba costando respirar. El corazón, por el contrario, le taladraba en el pecho desbocado haciendo que su sangre saliera disparada en todas direcciones. Los oídos le pitaban por el furioso zumbido de su propia sangre. Fue algo extraño, imposible de explicar. La necesidad de apartar la mesa de una patada para llegar hasta ella y envolverla entre sus brazos se hizo sofocante, apremiante.

Tuvo que sujetarse a la mesa para evitar lanzarse a por ella, tomarla entre sus brazos y llevársela de allí. A su guarida, para protegerla y cuidarla.

Así nadie volvería a robarle a su *deiba paugenda*.

¿De dónde había salido ese pensamiento? ¿*Deiba...* qué?

Se sentía mareado, igual que si su cabeza hubiera permanecido sumergida en agua demasiado tiempo. Una extraña presión sobre su cráneo le estaba tirando desde el cuello y lo anclaba a ese espacio. El cerebro le iba a estallar, anegado con miles de pensamientos que no comprendía y en un idioma que no había escuchado jamás. Él estaba allí y al mismo tiempo no lo estaba. La veía a ella, aun cuando sabía que no era ella. Estaba perdiendo el juicio.

¡O mio dio! ¡Cómo la deseó en ese momento! Con una necesidad animal, apenas podía contenerse. Su cuerpo se estremecía de deseo. Quizás consecuencia del exceso de adrenalina que él mismo estaba generando o por la urgencia que lo conminaba a lanzarse sobre ella. Quería verla sonrojarse y esta vez por la acción de sus manos sobre su cuerpo desnudo. ¿El sonrojo le abarcaría también los pechos y el vientre? Sus testículos lo machacaban, tensos y pesados, suplicándole por una liberación y tenía la maldita polla rígida, a un segundo de explotarle dentro de los calzoncillos. ¡Jooooder!

No supo de dónde sacó la voluntad para frenarse y decirle:

—Tenemos que hablar. Esto no puede seguir así.

Y esto lo decía en más de un sentido.

—Voy al servicio. Si me disculpas...

Salió disparada a los lavabos. Roberto cerró los ojos, maldijo entre dientes y se pellizco el puente de la nariz, implorando contar con la paciencia necesaria para tratar con esa mujer. Volvió a tomar asiento. Se recolocó la polla. Centró sus pensamientos en el entrenamiento que tenía programado esa tarde, para ver si así lograba bajar algo de esa incómoda erección. Era imposible, la capacidad de concentrarse lo había abandonado. La inmensidad de lo que estaba viviendo superaba cualquier técnica mental que hubiera puesto en marcha. No podía dejar de pensar en ella, en todo lo que esa mujer

le provocaba en el cuerpo y en la mente. No lograba hallar una posición cómoda. Se removía inquieto. Si no iba en su busca en ese mismo momento iba a ponerse a aullar allí mismo. En mitad de la jodida cafetería. ¡Qué cojones le estaba ocurriendo con esa mujer! Se levantó de súbito con la idea de seguirla a los lavabos. Se estaba comportando como un acosador. Alzó la cabeza y elevó la vista con la idea de echar a andar tras ella. ¡Mierda y más mierda!

Lukas entraba por el local y los había localizado.

6

Licinia entró en pánico cuando Ultinos volvió a sujetarla por las muñecas. Durato, que los observaba con una expresión tétrica que ensombrecía sus facciones, se veía molesto. Había comentado algo con el otro guerrero, que también fruncía el ceño en señal de disgusto.

Los potentes latidos del corazón de Licinia ensordecían, incluso, sus propios y erráticos pensamientos. Los hombres habían comprendido que ella nada sabía. Iban a violentarla y luego la matarían. O creerían que les había mentado y buscarían sacarle a golpes la ubicación de su esposo y ella no sabía nada. La golpearían por nada. Deseaba que la muerte se la llevara pronto. Las rodillas se le habían aflojado y se tambaleaba de un lado a otro como un títere. La humillaba esa falta de control sobre sí misma, sin embargo, era

incapaz de serenarse.

Ultinos le estaba desatando las muñecas. Una vez que terminó la operación, dio media vuelta, desapareció entre los árboles y la dejó frente a Durato, a su merced.

Al verse liberada de lo único que la había mantenido sobre sus propios pies, perdió apoyo. Se sabía al borde del agotamiento. Era cuestión de horas el que terminara sucumbiendo.

Durato, al verla trastabillar y temiendo que cayera como un peso muerto contra el suelo, la tomó entre sus brazos justo a tiempo de evitarle un buen porrazo. La alzó, soportando todo su peso, y la apretó a su cuerpo. Licinia se vio de pronto absorbida por él. Su cuerpo despedía un espantoso hedor y ella no pudo evitar arrugar la nariz y apartar el rostro. El general se echó a reír. Una risa siniestra que a ella le provocó un vuelco en el estómago.

—¿Así que la reina romana no soporta la pestilencia de los bárbaros lusitanos? —Su voz no fue más que un siseo despreciativo—. Eso está bien, me complace. Tampoco yo aguanto el repugnante olor a niña privilegiada que desprende tu piel.

La joven había vuelto la cabeza, enfrentándolo. Parpadeó confundida. Se dedicó a observarlo en silencio. Él también la contemplaba enmudecido. La insistencia con que la admiraba la debilitaba. Al contrario de lo que había

sucedido en cada ocasión en que uno de esos bárbaros le había puesto sus manazas encima, ella, en ese preciso instante, experimentaba una inquietante sensación de tranquilidad. La manera que tenía de acurrucarla contra su cuerpo, con una sujeción que era suave y firme a la vez, la confortaba. ¿Qué le estaba ocurriendo? ¿Dónde había dejado sus instintos de supervivencia? No lograba asimilar las ganas que sentía por dejarse arrastrar ante ese infame deseo y descansar entre los brazos de Durato. Aislarse de ese mundo tenebroso dentro del sólido refugio que formaban sus brazos alrededor de su cuerpo. Había perdido por completo la razón. No había otra explicación. Su mente había sucumbido y la dejaba perdida a la deriva.

Durato, como si se hallara bajo alguna clase de sortilegio, no conseguía despegar la vista de su rostro. La contemplaba absorto, con la misma insistencia y embeleso con el que se admiran las cosas bellas. Con fijación obsesiva. Porque a pesar de las trágicas circunstancias en que se hallaba, Licinia era hermosa hasta el delirio. Lo maravillaba la delicadeza y la armonía de sus rasgos. Lo turbaba que existiera tanta perfección en el rostro de un simple mortal.

Tragó saliva cuando sus ojos se enfocaron en los labios de ella, succulentos, llenos y tentadores como fresas maduras. ¿Quién sería capaz de resistirse a esa mujer? ¿Y esos ojos? Lo hipnotizaban. Tenían un color ambarino,

ribeteados de un verde muy sutil que le hacía recordar el tono peculiar que adquirirían las hojas de los castaños antes del invierno. Alargados en los bordes y enmarcados por unas pestañas negras y muy largas de la misma tonalidad endrina que su cabello, lo que realzaba ese inusual dorado de su mirada y la blancura de su piel.

El hombre apretó la mandíbula, asqueado consigo mismo y su patética debilidad ante algo tan banal como la belleza de una mujer. Aborreció tal magnífica perfección con el mismo ardor que había empleado momentos antes en admirarla.

Ella representaba todo cuanto él detestaba en este mundo. Esa sociedad decadente, déspota y avasalladora de Roma. Con sus cónsules y sus legiones, los odiosos emblemas y sus estúpidos privilegios que llegaban a su tierra alardeando de poderío militar, arrogándose el derecho y la potestad de tomar cuanta tierra, bienes y personas se les antojara. Lo dominaron unos celos negros. Quiso ser el hombre que destruyera esa belleza impía. Deseaba verla implorar por su vida postrada a sus pies, suplicando su clemencia.

¿Cómo sería poner las manos en torno a su cuello y contemplar cómo la vida se apagaba lentamente de esos ojos hechiceros? La soltó y dio dos pasos atrás. Asustado por la disposición de esos funestos pensamientos. Por la oscuridad que anidaba en su alma.

La joven trastabilló, no obstante, por alguna gracia divina, logró mantenerse erguida.

Él no hacía la lucha contra las mujeres indefensas. No se iba a servir de esa mujer para lograr su venganza. El esposo y el padre pagarían con su propia sangre. La muerte de los suyos acaecería tarde o temprano, mientras tanto, no debía importarle la suerte que ella corriera.

No entendía por qué sus hombres habían traído consigo a ese grupo de mujeres indefensas y zarrapastrosas. Debía haber ordenado su muerte u ofrecerlas en sacrificio para el favor de los dioses. En vez de eso, se habían dedicado a pasearlas de un lado a otro, como si la visión de sus cuerpos exhaustos y maltratados fuera una recompensa por el sufrimiento que había padecido su propio pueblo. La prefería muerta.

El hombre la estudió de arriba abajo. Jamás podría ocultar su verdadero origen. A pesar de los rasgones y la cochambre que la cubría, se veía que las prendas que vestía eran esas telas ricas en bordados y detalles que usaban las nobles patricias. No las burdas ropas que usaban las mujeres de su pueblo. Su esposa nunca había llevado ropas tan elegantes. Su pobre Nuún había tenido que trabajar con ahínco y sin descanso cada día de su vida, sin preocuparse por telas ni joyas.

Pensar en su esposa en esa instancia fue un error.

Cegado por el rencor y una rabia inmisericorde que se abrió paso a través de sus venas hasta infectarle la sangre, odió a esa mujer con renovado ímpetu. Recorrió en dos zancadas la distancia que los separaba y la acogió con violencia.

La mujer chilló y se llevó las manos al cuello colocándolas sobre las del hombre, clavándole las uñas. No hizo ningún intento por pararlo. Tampoco hubiera podido.

Durato hubiera dado su vida a cambio de que Galba pudiera estar allí y la viera morir, justo en ese instante, por la acción de su propia mano.

—Qué fácil sería acabar con tu miserable vida...

Su alma atormentada clamaba venganza por su familia muerta. Vida por vida, dolor por dolor, mujer por mujer.

No podía comprender qué clase de espíritu perverso se había apoderado de él. No se reconocía en ese ser tan abyecto de odio y sed de venganza.

Ejerciendo presión sobre su cuello, la acercó. Ella se sostenía sobre las puntas

de sus pies. Lo miraba con ojos bien abiertos, brillantes y aterrados, muy parecidos a los de un cervatillo que comprende que su fin está próximo.

—Una pena que Galba no pueda vernos ahora. ¿Crees que lo disfrutaría?

El brazo de Durato se elevó antes de que tuviera tiempo de meditar lo que hacía y con su mano cubrió uno de sus pechos.

Licina, con la boca entreabierta, jadeaba muerta de miedo. Las lágrimas desbordaron los ojos dorados de su cautiva.

—¿Cuál es tu peor temor, Licinia? Temes que te esté tocando con estas manos sucias, manchadas con la sangre de los tuyos. —Le amasó el pecho y sus dedos se estiraron buscando dar con el pezón—. ¿Es eso lo que temes? Los nobles romanos no perdonan el adulterio. ¿Volver vejada ante tu esposo resultaría muy humillante para él?

Ideas extrañas y contradictorias lo acosaban compeliendo a actuar, a cobrarse en ella todo su sufrimiento. Quería humillarla. Tomar su cuerpo sería el golpe de gracia para el orgullo del general Galba. Se sentía todopoderoso solo por tenerla ahí frente a él, a su merced. Podría partirle el cuello y nadie le pediría cuentas. Ninguno de sus hombres le reclamaría. Él era su amo y señor, su dueño absoluto.

Estaba perdiendo el juicio.

Se inclinó hasta sentir el aliento húmedo y la respiración errática de la mujer. Sin hacer caso a la voz que le conminaba a mantener la calma, apretó entre sus dedos índice y pulgar el pezón, acto seguido bajó la cabeza y posó su boca con fuerza sobre la de ella. Lo hizo por la sencilla razón de que ella era suya para hacer su voluntad.

Lo hizo para castigarla... aunque lo sintió correcto.

En el mismo impulso, la alzó y la pegó a su cuerpo. La joven jadeó ante el primer contacto de sus labios y se revolvió contra él como poseída. Estaba acorralada, él lo sabía y ella también. No había escapatoria. Pasó la lengua por sus labios, haciendo realidad una fantasía. Comprendió que aquello se le estaba escapando de las manos cuando su pene se endureció ante la imagen de su propia saliva brillando en esos labios perfectos. Alejó el rostro y la observó con descaro. Una sonrisa torva despuntaba de sus comisuras. Sus ojos centelleaban en cruel regocijo y la retaba sin palabras a rebelarse contra el maltrato. Lo enardeció que ella no hiciera nada por limpiarse la saliva. Maldita fuera esa mujer que le devolvía una mirada sin pestaños, provocadora. Permanecía incólume frente a la oleada de violento deseo que a él le recorría el torrente sanguíneo.

Enrollando su cabello en torno a su muñeca, tiró de él hacia atrás con brutalidad. Licinia apretó los ojos y gimió de dolor. Su boca volvió a caer sobre la de ella, mostrándole en ese asalto la desazón que lo consumía.

Ella gruñía, se retorció entre sus brazos y presentaba batalla. La inútil batalla del cervatillo entre las garras de su depredador. La apretó un poco más contra su cuerpo y profundizó en el beso, moviendo la cabeza de un lado a otro, restregándole la boca por la cara, arañándole con la barba la delicada piel de sus mejillas.

En un instante, todo se transformó.

Ese beso, que había empezado siendo un castigo —la humillación definitiva sobre la mujer de Galba—, terminó convirtiéndose en algo tan poderoso que ninguno de los dos se hubiera visto capacitado de hallarle una explicación lógica.

Ella se aferró a él y le devolvió el beso con una pasión que lo desestabilizó y le hizo separar las piernas para afianzar los pies sobre la hierba.

Comenzaron a besarse con desesperación y ansias enfebrecidas. Todo lo demás languidecía en comparación. Incluso el bosque parecía haber caído presa de ese extraño hechizo que los envolvía, y guardaba reverente silencio.

No hubo nada delicado en ese encuentro. Sus cuerpos se habían desmadrado y sus lenguas se enzarzaron en un duelo fratricida. Se comportaban como animales: acicateados por una furiosa lujuria que ninguno de los dos entendía ni había experimentado jamás, y se dejaron arrastrar por esa necesidad, visceral e inexplicable, que acababan de descubrir y que poseía también de una cualidad onírica, absurda e irreal. ¿Qué hacían ellos dos, enemigos acérrimos, robando a los dioses ese instante de perfecta comunión carnal?

Durato había perdido toda perspectiva. Posó una de sus manos en la espalda de la mujer y la empujó contra él, apretándola a su erección, refregándosela por cualquier parte que alcanzara. Se dedicó a recorrer con manos

desmadradas cada pulgada de su cuerpo. Le incordiaba la ropa que ambos llevaban encima y que le impedía disfrutarla como deseaba. Con un gemido ronco se apartó de sus labios y separó sus cuerpos. Le dedicó una mirada ardiente y salvaje. Con la boca entreabierta respiraba con dificultad, no conseguía hacerse del aire suficiente. Sentía un hambre por esa mujer como no había experimentado jamás por ninguna otra. La sensación era tan intensa que lo dejaba temblando. Tomó el cuello de la túnica de ella entre las manos y le dio un jalón a la tela, rasgando la prenda, dejándola desnuda y expuesta frente a él.

Ella había sofocado un jadeo cuando las manos de él se habían cerrado en puños alrededor de sus ropas. Después de eso, nada. No emitió sonido alguno. Tampoco intentó cubrirse. Se limitó a devolverle una mirada perpleja que lejos de conmovirlo, lo condujo a un paroxismo de lujuria desenfrenada. Sus ojos sedientos devoraron las líneas sinuosas de su silueta femenina: las piernas torneadas, sus muslos rotundos, las anchas caderas, el vientre suave, algo abultado, y ese delicioso ombligo que sobresalía en su estómago.

Demoró su atención en el vértice entre sus piernas y en el vello pubiano de una sutil tonalidad cobriza. Se le secó la boca. Su mirada ascendió por su cuerpo y tuvo que restregarse los labios con el dorso de la mano ante la visión de sus pechos. Ardía en deseos de enterrar la cara entre esas tetas succulentas

y pesadas, mordisquear sus puntas rígidas, tan rosadas que asemejaban el capullo de una flor a punto de abrirse a la vida. Incapaz de contenerse por más tiempo, con el pene latiéndole feroz contra sus pantalones, se lanzó como un desquiciado a por ella. Dejó escapar un gruñido de profunda satisfacción y alivio cuando sus cuerpos volvieron a unirse y se entreveraron como hiedras salvajes. Ella se aferró a su cuello y le clavó las uñas en la piel. Él le calzó las manos bajo los cachetes del culo y le hurgó con los dedos entre las nalgas. Ella gritó cuando uno de sus dedos se hundió entre los pliegues de su ano. La alzó en vilo y la mantuvo contra él con la fuerza de su brazo mientras manejaba sus pantalones para sacarse el pene.

La situación tomaba un cariz depravado que lo trastornaba y le impedía la concentración. No sabía hasta dónde se dejaría arrastrar por ese sentimiento o si reuniría las fuerzas necesarias para ponerle freno. No comprendía qué era lo que buscaba de ella. Solo era consciente de que la necesitaba con una desesperación que le comprometía hasta el entendimiento. Dejó que sus dedos arañaran la cara interna de uno de sus muslos hasta que dio con su vagina. Estiró los dedos y separó la frondosidad de su vello púbico, palpando con la yema de sus dedos la delicada carne. Tanteándola, dio con el pequeño bulto que sobresalía. Los jadeos de ella, bruscos y tormentosos cuando comenzó a acariciárselo, lo enardecían instándolo a desmadrarse con su

cuerpo. Dejó escapar un gruñido ronco ante el pringue que le empapó la mano y se sintió desfallecer cuando ella pegó un grito, sufrió un espasmo involuntario que la hizo convulsionar entre sus brazos. Después de eso, Licinia cerró los ojos muy lentamente, transida por el placer. El cuerpo de ella se desmadejó contra el suyo y su cabeza cayó hacia atrás. Su rostro, tenso en el alivio, se le antojó el espectáculo más hermoso que habría de presenciar en su vida.

Volvió a tomar posesión de su boca con voracidad. Los labios de la mujer desaparecieron engullidos por los suyos, y él no pudo pensar en otra cosa más que estar dentro de ella. De cualquiera de las maneras en que eso fuera posible. Que ella no se le resistiera, que lo dejara hacer a su antojo, alimentaba a la bestia inmisericorde que habitaba en su interior.

Ella gimió lastimosamente y arqueó la espalda. Él afianzó la sujeción en torno a su cintura y tomó una de las manos de ella para guiarla hasta su erección. Reventaría de un momento a otro. Ella aferró la cabeza de su pene en un puño y comenzó a mover la mano, arriba y abajo. La mujer sabía lo que se hacía, su apretón era firme y decidido. Durato dejó escapar un gemido doliente y enterró la cabeza en su cuello.

Sus manos se soltaron de su cintura y subieron hasta rodear los brazos de ella con fuerza. El apretón debía dolerle, aunque Licinia no se quejaba. Hasta

eso lo excitaba, la mansedumbre con que le hacía el gusto. Estaba experimentando el placer más agudo y devastador de su vida. Nada se le comparaba. Hundió los dedos en la carne blanda y pálida de los brazos de la mujer. Le dejaría impresas en la piel las marcas de las yemas de sus dedos. Ese pensamiento azuzó a la bestia que dejó aflorar una sonrisa macabra al imaginarla marcada y amoratada por él.

Suspiró sobre la piel de su cuello, aceptando que así era con ella: descarnado, desmedido y violento. Licinia seguía sobándolo y él, al ritmo de los movimientos enérgicos de su mano, bombeaba con sus caderas hacia adelante. Volvió a buscarle sus labios y los mordió, también se los lamió hasta presionarla para que lo dejara entrar.

Sin venir a cuento, recordó la primera vez que le había hecho el amor a su esposa. Los dos habían pasado un momento de apuro y luego se habían reído de su inexperiencia.

Tan diferente era todo en esa instancia, tan distinto era él. ¿Qué sentido tenía todo eso? ¿Qué le estaba ocurriendo? No se reconocía convertido en ese hombre cruel y lujurioso que clamaba venganza sobre el cuerpo de una mujer inocente.

¿Traicionaba la memoria de su esposa con esa mujer? ¿Con la mujer de Galba? ¿El asesino de su familia?

Nuún se sentiría asqueada y terriblemente avergonzada al verlo actuar así.

Con un grito doliente y salvaje arrancó a Licinia de sus brazos, de su pene y de su boca y se apartó de ella, frustrado y enfurecido. Sacudió la cabeza como un perro rabioso y caminó hacia atrás buscando serenarse.

Ella cayó al suelo espatarrada. Durato no hizo ningún intento por socorrerla. Si volvía a acercarse a esa mujer, la tomaría y le importaba un ardite las consecuencias.

Su pene latía implacable sin darle una sola tregua contra la tela de los pantalones. Solo el roce lo estaba matando. Su cuerpo imploraba por el alivio que no hallaría entre las piernas de esa mujer. Iba a perder el poco juicio que le quedaba.

Ella no se había movido, permanecía echada en la misma postura en la que había caído, desnuda, observándolo con esos maravillosos ojos dorados, bien abiertos y expectantes. Su mirada sobre él era intensa y ardiente. Parecía ver más de lo que él jamás se hubiera permitido mostrar a cualquiera. Su esclava romana que no había suplicado clemencia en ningún momento. Una diosa mancillada que le hacía frente con una magnífica serenidad y que se mantenía digna e incorruptible, a pesar de lo que él pudiera hacerle. Admiró esa muestra coraje. La admiró a ella.

Cuando sus caderas, que parecían tener vida propia, lo impulsaron hacia

delante en busca de aquello que le había negado tan cruelmente, recordó que ella seguía desnuda a sus pies y que él se había negado el placer de tenerla.

Clavó una mirada salvaje en la mujer.

—¡Fuera!

Ella se incorporó de golpe, sus pechos se bambolearon con el movimiento.

Se maravilló de su propia contención al no abalanzarse sobre ella como un perro rabioso.

Licina le devolvió una mirada azorada y confundida, pero, al parecer, captó el mensaje porque comenzó a buscar de forma frenética las prendas que él le había arrancado. Con manos temblorosas agarró los jirones de tela que había sido su túnica, se cubrió como pudo y salió corriendo como si la persiguieran los demonios.

Durato giró sobre sus pies y caminó como ciego. Se derrumbó contra un árbol cercano, se jaló los pantalones hasta los muslos y liberó su erección. Con manos ansiosas aferró la cabeza enrojecida y comenzó a sacudírsela con rabia y movimientos bruscos rememorando el momento en que ella se había aliviado sobre su mano. Se alivió rápido y muy fuerte. Dejó escapar un rugido tal que hizo chillar a los pájaros, que escaparon en desbandada.

—Perdona la tardanza, Roberto —le explicó Lukas Sabonis mientras tomaba asiento a la mesa—. No tienes ni idea del calvario que acabo de pasar.

Sabonis miró con atención el bolso que estaba en el sillón, a su lado.

Arrugó el entrecejo contrariado. Pues sí que se le había hecho tarde. Michela era incapaz de ser puntual a ninguna cita, y él había conseguido batir su propia marca.

Roberto, con un gesto típico en él, desestimó el comentario.

—No te preocupes, tienes una buena embajadora. Michela es encantadora.

Eso le hizo arquear una ceja y ocultar una trémula sonrisa. Michela debía estar poniendo en práctica sus limitadas dotes diplomáticas. Por lo que él sabía, su novia no soportaba a Roberto. El porqué de esta absurda animadversión escapaba a su entendimiento.

Las mujeres adoraban a Roberto. Lukas había aprendido a convivir con la inevitable atracción que irradiaba su amigo. Le envolvía un aura de poder que amedrentaba sin proponérselo. «Lo que sea que pienses hacer —parecía advertirte sin pestañear—, lo he hecho antes que tú y no merece la pena el esfuerzo». Lukas, más desgarrado y zafio en sus formas de relacionarse con el sexo opuesto, se había sentido en desventaja frente a su amigo. Las mujeres no se paraban a mirar en su dirección si aparecía en compañía de Roberto PASTRIANI, que, con su altura de metro noventa, una risa en ocasiones despiadada, ese cuerpo trabajado de gimnasio y una mirada verde, agresiva y sagaz las tenía rendidas a sus pies antes de que tuviera tiempo de abrir la

boca.

Jamás lo reconocería ante nadie, menos aún ante Michela, no obstante, se sentía exultante porque ella no se dignara ni a admirarlo con aprecio. Fuera por el motivo que fuera. De esa manera, ella era algo solo suyo. Su tesoro más precioso. En un primer momento, se había resistido a presentarlos temiendo que también ella cayera presa de su inevitable carisma. Su sorpresa había sido mayúscula al descubrir la inquina que la joven le tenía.

Roberto carraspeó para llamar la atención de Lukas y volvió a preguntarle qué deseaba tomar. Sin esperar contestación, llamó a un camarero. El hombre trajo consigo una bandeja con una taza de humeante *cappuccino*. La depositó con una floritura sobre la mesa. Al lado colocó un pequeño cuenco de porcelana blanca, repleto de sobres de azúcar y una fuente de cristal labrado con un surtido de pastas.

«El *cappuccino* es para Michela», pensó Lukas. Esa mujer se volvía loca por un café bien espumoso. Él se pidió una infusión de hierbas. Aún tenía el estómago revuelto y el corazón bastante acelerado. Se acomodó en el sillón y dejó su maletín en el suelo, oculto tras una de las ruedas metálicas de esa extraña mesa industrial, junto a sus piernas.

—¿Dónde está Michela? —preguntó Sabonis extrañado y estudiaba el entorno, buscándola.

—Fue un momento al servicio. ¿Quieres que pida que le traigan otro *c appuccino*? ¿Alguna vez le has explicado que el *cappuccino* solo se pide en el desayuno? ¿Cuántos años lleva esa mujer viviendo aquí?

Lukas observó la taza humeante, sofocó la risa y negó con la cabeza. Fijó la mirada en su amigo.

—Acabo de sufrir un accidente con mi coche —le comunicó sin mayores preámbulos.

Alzó las manos, en señal de calma, ante la postura que adoptó Roberto.

Parecía listo para inspeccionarlo de arriba abajo y asegurarse de que no tenía ningún hueso roto.

—Tranquilo, nada grave. Me dieron por detrás. Un tipo que venía despistado. Yo estoy bien, como puedes observar. Un poco contrariado por todo el papeleo que tuve que hacer y por mi vehículo. Me quedé sin parachoques trasero, así que ahora lo tengo que llevar a reparar. Me darán uno de reemplazo en el concesionario en un par de días, pero, en fin, un jaleo.

—Joder, tío. El tacto definitivamente no es tu fuerte. Un día me provocarás un puto infarto.

Lukas se echó a reír por la broma. Se le antojaba muy difícil de creer que algo afectara a Roberto Pastriani hasta el punto de provocarle algo más allá de una conveniente y estudiada alteración. Sabonis había podido averiguar —

gracias a uno de los clientes del bufete que trabajaba con Roberto y se había ido de la lengua una tarde— que su amigo formaba parte del *ROS*, una unidad de intervención especial de los *carabinieri*, con sede en la propia capital italiana. La policía militar de la élite. Algo así como los *SWAT* italianos de la mafia y la lucha antiterrorista. No en vano habían arrestado a principios de los noventa al jefe de la mafia siciliana: Totó Riina, apodado U Curtu, y seis años atrás a Bernardo Provenzano, otro de los grandes *boss* de la Cosa Nostra. Además, habían logrado dismantelar en diferentes operaciones, a lo largo de los últimos años, grandes redes del narcotráfico internacional. Sabonis nunca había prestado demasiada atención a este tipo de unidades especiales de la policía militar ni a los documentales que pasaban por la televisión sobre las investigaciones y arrestos que llevaban a cabo. Más bien le espantaba ese tipo de escenas y la violencia implícita de sus misiones. En cambio, ahora se ufanaba cada vez que recordaba que contaba con una información de la que su amigo carecía. También había indagado acerca de las investigaciones a la que se enfrentaban altos cargos dentro del *ROS* por presunta asociación con la Cosa Nostra en la reciente operación Trattativa. Desde que había descubierto la verdad sobre la profesión de Roberto, cualquier noticia en relación con las operaciones que ejecutaba el comando cobraba un especial interés para él.

Siempre le había ocurrido así con él. Desde que eran niños y asistía, asombrado y perplejo, a las acciones casi suicidas del pequeño Pastriani. Como la vez que Roberto, con trece años recién cumplidos y alertado por un vecino, se había colado en el interior de una vivienda para socorrer a un anciano.

Acababan de entregarles las evaluaciones de fin de curso. Como los dos amigos habían aprobado todo, Lukas no cabía en sí de felicidad. Quería saltar, brincar y chillar por todo Verona. Su padre le había prometido un viaje sorpresa «si ese año las sacabas todas con nota». El pequeño Sabonis, que idolatraba a su amigo, deseaba que Roberto se uniera a ellos. Recordaba que había hablado sin parar, comentándole sus planes y su ilusión por el inminente viaje. No había olvidado la frustración y el sentimiento de impotencia cuando Roberto no se había tomado la molestia de prestarle un poco de atención. Andaba distraído y más meditabundo que de costumbre.

—Planeta Tierra llamando a Robbie. ¿Hola? ¿Me escuchas? ¿Crees que tu padre te dejará viajar con nosotros? ¿Te imaginas? ¿Los dos juntos de viaje? Nunca he viajado en avión. Estoy deseándolo...

Roberto, que fumaba un pitillo sisado de las cajetillas que su padre guardaba en el segundo cajón de la mesa de su despacho, lanzó el tabaco a la acera con rabia y fulminó a su amigo con la mirada.

—Joder, te tengo dicho que no me llames Robbie. Lo haces sonar como si fuera un nombre de marica.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado? Estás muy raro. ¿Todo va bien en casa?

Roberto chasqueó la lengua y se dejó caer contra la pared de ladrillos con los brazos detrás de la cabeza. Los dos amigos estaban sentados en las escalinatas que daban acceso a las galerías de la Loggia dei Consiglieri, en la célebre Piazza dei Signori o Piazza Dante, como la llamaban algunos. Se resguardaban del inclemente sol de junio bajo la arcada del edificio medieval. Solían ubicarse allí cuando hacía buen tiempo. A Roberto le gustaba fumar y observar a la gente paseando. Sobre todo, le llamaban la atención los turistas, a los que juzgaba ridículos con esas enormes cámaras de vídeo que les colgaban del cuello. «Hubiera sido preferible —se mofaba siempre Roberto— que se plantaran en la frente un cartel que dijera: “Por favor, róbase que soy un tarado”». A los dos les divertía imitar a los extranjeros en sus ademanes mientras intentaban hacerse entender en italiano. Ninguno de los dos comprendía la razón detrás de esos gestos desmedidos con las manos cuando les pedían alguna dirección.

Pastriani no había abierto la boca, empecinado en su silencio. Ambos se habían quedado allí sentados, observando a la gente deambular y tomar,

instantánea tras instantánea, de cada rincón de la emblemática *piazza*.

Lukas le echaba vistazos a su amigo y meditaba sobre su extraña actitud.

Sabía que, al padre de Roberto, don Gennaro, a veces se le iba la mano con su hijo. Quizá lo había golpeado ese día y Roberto andaba de mal humor.

En una ocasión, su padre Audrius Sabonis y él mismo habían tenido que llevarlo de urgencias al *ospedale* de la ciudad. Roberto, que había huido de la casa que la familia Pastriani tenía a las afueras de la ciudad, logró llegar a pie hasta la vivienda de Lukas, en el centro mismo de Verona. No entendían cómo lo había logrado tras ver el estado en el que se encontraba. Se había desplomado frente a la puerta una vez que llamó al timbre, y no habían conseguido hacerlo volver en sí.

Lukas miró de reojo a Roberto. Habían pasado ya unos cuantos años de ese suceso. Hacía muchos meses que Roberto no aparecía por clase con algún morado.

—Lukas, ¿alguna vez te ha tocado una chica?

La voz de Roberto, a su lado, lo sacó de sus pensamientos.

—Pues claro que me han tocado las chicas. Mis primas, cuando vienen de Vilna. Mi madre... Mis tías. Las mujeres son unas sobonas. Todo el tiempo te quieren abrazar y besar. ¡Qué asco!

—No, gilipollas, me refiero si alguna chica te ha sobado el pene y eso.

Lukas se quedó paralizado y abrió mucho los ojos. Observó el rostro de su amigo, como si de pronto a Roberto le hubieran aparecido cuatro cabezas alrededor del cuello.

—¿A ti, sí?

—Puede ser.

— *Cacchio*, ¿quién? ¿Te gustó? ¿Es como sale en las películas?

Roberto no le contestó, cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. En un gesto muy típico en él, se limitó a encogerse de hombros.

El hijo más pequeño de los Grazianni había irrumpido en la plaza, atravesando el arco della Costa, con el rostro desencajado. Miraba desesperado en todas direcciones, en busca de alguien. Roberto, que conocía al joven porque él y sus hermanos trabajaban durante la vendimia para la finca de su familia, pegó un salto, bajó de tres en tres las escaleras y corrió hasta donde estaba el chico. Lukas lo siguió, más por la costumbre que por querer saber qué diantres le ocurría al muchacho. Al joven Lukas Sabonis no le gustaban los Grazianni. Eran soeces y camorristas, de lo peorcito de la ciudad. Se temía que se iban a meter en otro lío. Sus sospechas se confirmaron cuando Giorgio, así se llamaba el chico, les explicó que su abuelo se había liado en una bronca de narices con su padre porque había estado bebiendo más de la cuenta y este, harto ya de los gritos y desplantes

del puto viejo loco, así le había gritado enfurecido, lo había encerrado en la buhardilla de la vivienda familiar. Giorgio temía que a su abuelo le diera un infarto. Lo oían vociferar insultos y lanzar muebles, y lo que encontraba a su paso, contra la puerta. Roberto, con el rostro serio y esa expresión concentrada en la que caía cuando tramaba algún plan: los ojos entrecerrados y las gruesas cejas negras fruncidas, pronunciándole la severidad del ceño, no dudó un instante en seguir al joven para rescatar al anciano. Lukas intentó convencerlo de avisar a la policía y no meterse en ese embrollo. Qué le importaba a él los asuntos de esa familia. Pero Roberto, ofuscado y con los ojos verdes brillantes por la inminente aventura, se había zafado con un manotazo y había salido corriendo tras el pequeño de los Grazianni. El incidente había terminado como Lukas había imaginado, de la peor manera posible. Habían conseguido rescatar al hombre que, borracho y ofuscado como estaba, los había golpeado y lanzado por las escaleras de la casa, cuando consiguió poner un pie fuera de la habitación donde lo habían encerrado. Roberto se había fracturado el cúbito del brazo izquierdo y Giorgio, más grave, el fémur de la pierna derecha, al caer los dos por el estrecho hueco de las escaleras. Tuvieron que estar de reposo en el hospital durante semanas debido a las terribles fracturas y contusiones que ambos presentaban por todo el cuerpo.

A Lukas le horrorizaba y le fascinaba a la vez el espíritu audaz e impulsivo de su amigo que, al parecer, se veía incapaz de prestar atención a las consecuencias antes de lanzarse de cabeza a lo desconocido. Parecía que su propia integridad física careciera de importancia para él. Roberto, al contrario que Lukas, rara vez había utilizado la diplomacia para resolver sus conflictos. Era de ese grupo de gente que afirmaba que una buena defensa siempre viene precedida de un ataque sorpresivo.

—¿Y dónde tuviste el accidente? —preguntó Roberto.

La voz de su amigo lo trajo a la realidad. Sabonis parpadeó y tomó un sorbo de la infusión que habían depositado en la mesa, momentos antes.

—Viniendo hacia aquí, dos calles un poco más allá. Aún me tiemblan las manos. Jamás había sufrido un accidente de tráfico y mira que esta ciudad sería el sueño de cualquier piloto del París-Dakar. Doy gracias porque no haya vidas humanas que lamentar. Ni siquiera tengo que pagar yo, pero estas cosas me contrarían.

Roberto curvó los labios en una sonrisa ladeada y asintió. Sí, lo sabía bien.

La vida de Lukas Sabonis era el paradigma de la rigidez y de una exhaustiva planificación. A Roberto le recordaba a un Alfred Pennyworth joven, rubio y algo pálido, aunque sin la flema y el gesto reconcentrado que caracterizaba las facciones de Michael Caine . Lukas vivía inmerso en un rígido y funcional

esquema de vida. Siempre vestía el mismo tipo de ropa, oscura y formal.

Sentía seguridad en la rutina de su día a día, en el confort del empapelado de su oficina y en el amplio sofá de piel en tonos marfileños de la firma Provasi que presidía la sala de estar de su apartamento. No había color en la vida de su amigo.

«Mentira», se dijo frustrado.

Existía todo un arsenal tecnicolor esperándolo con los brazos abiertos para insuflarle de las risas, la locura y el caos del que Lukas carecía...Y justo ese vendaval multicolor venía caminando desde el servicio de señoras. Roberto tuvo que ahogar una carcajada al verla trastabillar con sus propios pies para luego mirar alrededor con disimulo para percatarse de que nadie la había pillado, *in fraganti*, en su tropiezo. Dios, se moría de las ganas por besarla.

Michela Hauffman.

«¿Por qué están juntos estos dos?», se preguntó Roberto, molesto y celoso.

Michela no tenía ningún sentido en la vida de Lukas, tampoco encajaba en ese perfecto y pulcro esquema que había ideado su amigo. Ella estaba tan fuera de lugar en su mundo como el caviar iraní lo haría en un McDonald's.

La muchacha le dedicó una sonrisa nerviosa mientras se aproximaba a la mesa. Se restregó las manos en los vaqueros y arremetió contra un mechón de su cabello, que se empecinaba en salirse de su confinamiento. Había peinado

su melena hacia atrás en una coleta, pero, al parecer, era igual de rebelde que la dueña y se negaba dejarse domar.

Los dos hombres se levantaron una vez que la joven se paró delante de ellos. Roberto miró hacia otro lado cuando ella se alzó sobre las puntas de sus pies para dar un beso en la boca a su novio. No podía soportar verlos en esa actitud íntima. Algo siniestro se rebelaba en su interior ante la imagen de Michela en brazos de otro y le exigía que entrara en acción, que la apartara de ese tipo. De cualquier hombre que la codiciara. Y que rugiera, mordiera y matara por ella, porque ella le pertenecía. Arrugó el entrecejo, confundido. Se ordenó mantener la calma y dejar de pensar tonterías sin fundamento.

Durante la siguiente media hora, los hombres mantuvieron una intrascendente conversación sobre la crisis económica europea, así como del papel que Italia y su inestable gobierno estaban desempeñando en el asunto internacional. Roberto se abstuvo de comentar que en pocos días la corte de Palermo dictaría sentencia contra Marcello Dell'utri, cofundador de Forza Italia y exsenador del Gobierno del país, por el delito de concurso externo en asociación mafiosa en sus probadas relaciones con la cúpula de la Cosa Nostra.

Lo curioso de esta sentencia, de la que estaba al tanto gracias a su amigo el fiscal del Estado Nicola Forgioni, es que por primera vez en la historia del

país se asestaba un golpe de gracia a la cúpula del Estado. Sentaba el precedente de un cambio de aires para la nación, o eso le decía Forgioni, cuyo único defecto a ojos de Pastriani era su inoculable optimismo. Roberto no creía que eso fuera posible. En Italia, y en palabras de Luca Rinaldi, las raíces de la sociedad se habían engendrado por un cáncer: la mafia. A estas alturas ya había derivado en metástasis, se lamentaba Roberto, extendiendo su radio de acción a todas las esferas de la sociedad y de la nación. No obstante, el infatigable Nicola jamás se daría por vencido. Para el fiscal antimafia y citando las palabras de Falcone: «La mafia no era otra cosa que un fenómeno humano y como tal, tenía un principio y también un fin». Tras la coraza reflexiva y circunspecta, en ocasiones sarcástica de Forgioni, se hallaba el corazón de un guerrero romántico y perseverante que aún creía que los buenos al final ganarían la partida.

Pastriani no se consideraba un hombre cínico, tampoco un derrotista.

Simple y llanamente vivía en el mundo real y en el mundo real, tal y como estaban las cosas y la política, aún quedaba muchísimo camino por andar.

Roberto volvió al presente y dejó escapar un suspiro. Tomando un sorbo del segundo *espresso* que había pedido esa tarde, permitió que su vista y su atención se embotaran un ratito en el objeto de su interés: Michela. La joven parecía, a su vez, abstraída en sus propios pensamientos. «¿Piensas en mí la

mitad de lo que yo pienso en ti?».

Lukas no paraba de hablar sin cesar. No le había mencionado a Michela su accidente de tráfico. Roberto no pensaba sacar el tema a relucir. Imaginarla toda solícita atención con el bastardo era más de lo que podría soportar.

La joven simulaba que él no estaba presente y apenas le dirigía una mirada.

Sonreía ante cualquier imbecilidad que soltaba su novio, o se limitaba a

asentir y revisar su móvil. Y Roberto se moría de ganas por volver a tenerla

solo para él, averiguar si ese momento que los dos habían compartido antes

de la llegada de Lukas era real también para ella. Ese instante lo había

cambiado todo entre ellos para siempre. «¿Por eso rehúyes mi mirada,

Michela? ¿Por eso me tienes tanto miedo?».

«¿Por qué te resulta tan fácil ignorarme?». Él, por el contrario, no

conseguía despegar los ojos de esa mujer... Las cosas que le hacía sentir esa

muchacha tan pequeña, ¿qué cualidad habitaba en ella para despertarle tales

sentimientos? El ansia, los celos, el afán por poseerla, la ternura. Jamás se

había sentido así por nadie. Lo acojonaba el poder que estaba empezando a

ostentar sobre él.

Michela, Michela, Michela. Sentía que a cada segundo que pasaba necesita

más de ella. Todo de ella. Se estaba convirtiendo en una obsesión para él.

¿Hasta dónde lo dejaría llegar? ¿Podría controlarlo?

—Creo que ya es hora de que comunique la buena nueva —anunció Lukas alternando alegres miradas entre uno y otro.

Michela disparó la vista hacia arriba. Hasta ese momento había permanecido centrada en la galletita que acompañaba su café. La joven miró a su novio con actitud interrogante. Roberto, cabreado, fijó su penetrante mirada verde en la coronilla de Michela, cruzó los brazos en torno a su pecho y se echó hacia atrás en su asiento. Esperó. Como el tipo se atreviera a anunciar su maldito compromiso, no sabía de lo que sería capaz.

—Esta mañana me lo han confirmado. Bárbara Cottini se traslada a Milán. Me quieren a mí como nuevo director de operaciones del bufete. He aceptado.

La expresión de Michela sufrió una mutación instantánea. Abrió los ojos de par en par, que se iluminaron como bombillas de Navidad, y una sonrisa de oreja a oreja la hizo resplandecer. Roberto se quedó sin aliento. Se levantó como un autómatas para felicitar a su amigo, al que palmeó en la espalda, sin poder arrancar la mirada del rostro luminoso de Michela. Quería apartar al tipo de un trompazo y quedarse a solas con ella. A poder elegir, comiéndosela a besos.

Unos celos negros dominaron su ánimo cuando los vio fundirse en un abrazo. Si la rabia hubiera podido tomar forma, hubiera espesado el aire en

torno a ellos extendiéndose como un manto fúnebre por la cafetería y por toda la jodida ciudad. Quería ser él y solo él y nadie más que él quien la hiciera resplandecer de ese modo. Ser el único que tuviera derecho a tocarla. Con las manos cerradas en puños y los dientes apretados se contentó con fulminarlos con la mirada. Tenía que largarse de allí, necesitaba despejarse la mente. Iba a terminar haciendo algo de lo que se arrepentiría más tarde. No se sentía él mismo y les temía a sus impulsos.

Cuando consiguió tranquilizarse, volvió a felicitar a su amigo, recitó las clásicas frases de compromiso y se excusó por temas de trabajo. Salió huyendo de la maldita cafetería.

¿Qué cojones iba a hacer con esa mujer?

—Te ves distraído, hombre, ¿todo va bien?

Girolamo Mori era brigadier de los *carabinieri* con más de diez años en el Arma. Trabajaba en la unidad Palidoro para la sección antimafia del ROS desde hacía poco menos de tres años y, en ese preciso momento, revisaba los informes que habían recibido hacía escasas horas sobre los últimos movimientos de Salvatore Barreta, el Carnicero, *boss* de uno de los clanes más peligrosos de la *'ndrangheta*.

Un mes atrás, Totò Barreta había sido visto y fotografiado por dos agentes de la DIA — las siglas con las que se conocía la Direzione Investigativa

Antimafia—, charlando con varios políticos del partido demócrata de la capital romana en Pellaró, porque así había sido desde siempre y a todos les gustaba pillar su cacho de pastel en la tarta del narcotráfico.

Giro, sentado en una desvencijada silla de cuero que chirriaba como las articulaciones de una vieja con reuma cada vez que hacía el más leve movimiento, miraba de reojo a su *tenente*, que parecía abstraído en la contemplación del mapa geo-delictivo que habían elaborado con los movimientos y los rostros que componían las *cosche* en la provincia del Reggio.

El hombre se rascó la barbilla y giró apenas la cabeza.

—¿Algo interesante? —preguntó Roberto y contempló divertido la tonga de informes que inundaban la mesa del brigadier—. Francamente, macho, estoy cansado de pasarme la tarde encerrado aquí, buceando entre papeles. Necesito algo de acción.

Girolamo se echó a reír y tomó un sorbo de su café de máquina. Sabía asqueroso, pero no sabía por qué extraño motivo le sentaba bien a su estómago.

—Joder, tío, Barreta debe tener un ángel negro...

—Un amigo muy poderoso que aún no ha dado la cara —retrucó Roberto sin mirarlo.

—Lo que sea. Escucha esto —le indicó, y Mori, con un tocho de papeles entre las manos, comenzó la lectura—: Acusado de haber ordenado el asesinato de Tomasso, retiraron los cargos en fase de instrucción. Absuelto cinco años después por el Tribunal Penal de Melfi, por las sospechas de haber organizado el asesinato de un estudiante, hijo de un viejo rival. A principios de los setenta, el Tribunal de Locri retira la imputación de que era uno de los capos de la mafia reunidos en Montalto y, finalmente, el Tribunal Penal de Lecce lo declara inocente de la acusación de ser uno de los que ordenaron la matanza de Locri, que costó la vida a tres de los capos mafiosos, que sí se demostró que estuvieron en la reunión a finales de los sesenta de Montalto. Con razón este hijoputa tiene la fama de *mammasantissima* intocable. No me jodas, y eso que no dispongo de informes sobre las guerras entre los clanes y de los intentos por acabar con su vida de los que se habrá librado.

Roberto ahogó una carcajada, aunque siguió con la vista al frente.

La mirada de Girolamo recayó en la nuca de su jefe, que se había reclinado en su silla con los brazos cruzados detrás de la cabeza. Parecía abstraído en alguna meditación personal. Le dio por pensar, a propósito del silencio del hombre, que este jamás le había confiado lo que le rondaba la cabeza. A pesar de que pasaban juntos unas ocho horas cada día, en ocasiones muchas más, no conocía a Roberto PASTRIANI. No creía que nadie lo hiciera en realidad. Uno

solo podía limitarse a elucubrar qué demonios se le pasaría a ese tipo por la mente.

El teniente Bracconiere, como lo llamaban en la Unidad, era uno de los hombres más enigmáticos con los que se había topado en su vida y él conocía a un granado grupúsculo de sujetos muy raros. Girolamo lo admiraba, también le temía. Era una leyenda en el Arma. A pesar de contar solo con treinta y cinco años y unos ocho de servicio activo para el ROS, comandaba una unidad especial de quince hombres dedicados a investigar entre las sombras las ramificaciones de las *'ndrine* calabresas en la capital italiana. Así

se lo había explicado Roberto la tarde en que lo había mandado llamar a su despacho. «Seremos sombras en la noche, sigilosas y evasivas, Mori». Más adelante, y ya reunido todo el equipo en el sótano de entrenamiento, les había aclarado: «La única manera de pillar a estos hijos de puta es que nadie sepa lo que hacemos, cuándo lo hacemos o con quién. No lo olvidéis jamás, en esto estamos solos».

Sabía que su familia poseía viñedos al norte del país y que dirigía un prestigioso restaurante en Bardolino, ciudad costera cerca del famosísimo Lago di Garda. Girolamo, que se había criado en un barrio obrero en el sureste italiano, jamás hubiera imaginado que un hombre como Roberto Pastriani procedía de ese ambiente de sofisticación, lujo y dinero a manos

llenas. Era un cabrón frío y calculador. Un puto *crack* en lo que hacía y de naturaleza más bien espartana. Solo había que ver el orden, la limpieza y la estricta disciplina que exigía de sus hombres y de su lugar de trabajo. Aunque esa actitud meticulosa y rígida que imponía en la oficina chocaba con su manera de comportarse a pie de calle. Según el humor en el que se lo pillara, Bracconiere podía conducirse con las maneras de un caballero, haciendo gala de un carácter amable y dispuesto y se dedicaba a entablar temas de conversación absurdos con los detenidos: alguna juerga memorable, libros favoritos, la última película que habían visto en el cine, sonsacando, insinuando de manera inocente con la paciencia sibilina de una serpiente y, entonces, sin venir a cuento, en el tiempo que dura un pestañeo, era capaz de transformarse en un animal sin escrúpulos. Interpretaba el papel del poli bueno y del poli malo con una versatilidad pasmosa. Hacía unos meses había destrozado el brazo de un *associati* de la familia Castagna en el transcurso de uno de sus particulares interrogatorios. En el hospital no creían que el desgraciado se hubiera fracturado el cúbito por tres sitios distintos tras recibir el puñetazo de otro hombre. Él tampoco lo hubiera creído posible de no haberlo presenciado. Aquello había trascendido a la prensa por un chivatazo del propio hospital y le había acarreado una sanción del alto mando. Roberto, con la indolencia ceremoniosa que lo caracterizaba, lo había aceptado con

buen talante. Dos semanas fuera y cuando regresó a la oficina volvió a ser todo eficiencia resolutiva.

Girolamo tampoco comprendía cómo el mamón sabía moverse como pez en el agua en zonas como el Aspromonte —la *mamma* y cuna de la mismísima *'ndrangheta*—, infectado de capos, cabras y mierda. Sin embargo, Pastriani conseguía lo imposible. Se hacía con los nombres de las familias y sus aliados, los datos y fechas de los golpes que los habían llevado en los últimos años a hacerse con jugosos fardos de droga y dinero y las correspondientes detenciones de los cabecillas de las familias mafiosas. Era un jodido misterio para todos en la unidad cómo Pastriani había logrado colarse en la casona que uno de los jefes del clan Moratì poseía en la localidad de San Lorenzo, donde había colocado un micrófono del cual estaba obteniendo valiosísima información sobre los extraños rituales y el funcionamiento interno de la secretísima red criminal. La gran frustración del teniente era que todo el trabajo que realizaban y el empeño que le ponían «no valía de una puta mierda», solía decir cabreado cuando le denegaban permisos para sus investigaciones. «Tenemos un puñetero cáncer y lo combatimos con aspirinas».

Girolamo meneó la cabeza y dejó escapar un suspiro por el enigma que entrañaba su jefe. Centrándose en lo que tenía delante, volvió a revisar los

papeles al tiempo que hablaba:

—Según el Mago —Mori se refería a Marco Stamile, uno de los pocos informantes que la unidad había logrado infiltrar dentro de la cerrada organización calabresa—, el Carnicero ha volado del mapa. Tendremos confirmación oficial en breve. Ese cabronazo sabe que lo tenemos pillado por los huevos. Estará cruzando el planeta en este momento. Me apuesto mi sueldo del mes a que aterriza en Colombia para pedir asilo a los Vargas. — Finalizó su discurso lanzando el vaso de plástico a la papelería que tenía a cuatro pasos. Hizo un gesto de triunfo con las manos cuando el recipiente hizo canasta.

—O puede que aún esté aquí —lo contravino Pastriani—, escondido en alguna granja inmunda, esperando y alerta. Recuerda, Girolamo, que el gato necesita estar cerca de la ratonera. De lo contrario, las ratitas pasean por su cuenta. Tarde o temprano hará algún movimiento, de eso no tengas ninguna duda y, esta vez, ese cabrón será mío.

Girolamo casi compadecía al tipo. *Casi.*

Incorporándose de pronto de su silla, Roberto se dirigió a zancadas hasta la puerta, arrancó su chaqueta del perchero y saliendo, le dijo a su brigadier:

—Giro, venga, vamos a quemar un poco de energía. Esta tarde no sacaremos nada en claro aquí.

Licinia se cobijó detrás de un árbol. Con la respiración acelerada, volvió la cabeza y contempló el camino por el que había huido hasta asegurarse de que él no la fuera a seguir. Apoyó una mano en su pecho. Su corazón tronaba desaforado. Tomó una honda inspiración. Aferró con manos temblorosas los restos destrozados de su túnica y procuró cubrir su piel desnuda. ¿Qué era lo que acababa de suceder? Parpadeó varias veces seguidas mientras contemplaba la hierba con insistencia. El suelo y sus propios pies comenzaron a desdibujarse después de un tiempo debido a las lágrimas. No entendía nada. En un instante, él había estado a punto de matarla asfixiándola con esas enormes manazas y al siguiente, había querido violentarla. Y lo cierto era que desde que la habían atrapado en el campamento de su padre y arrastrado por media provincia, había esperado ambas cosas. Sacudió la cabeza, desorientada, terriblemente humillada. Lo que no había previsto, ni en un millón de años, fue su propia reacción a los avances de ese hombre. La manera en que le había devuelto el beso entregada, extasiada. Incitándolo. Le turbaba enfrentarse al violento frenesí que había silenciado a su propia conciencia y anulado su capacidad para razonar. Ella había claudicado. Apenas le había ofrecido un mínimo de resistencia. Se restregó los ojos. No podía entenderlo y no deseaba pensar en eso. ¿Qué estaba mal en ella? ¿Qué

se suponía que debía sentir al respecto?

Escuchó pasos de alguien que se aproximaba. Lycinia abrió los ojos de golpe y escudriñó el entorno y entre los árboles, aterrorizada.

El lugarteniente de Durato caminaba hacia ella. La joven se envaró, limpiándose las lágrimas a las apuradas con el dorso de la mano, mientras procuraba cubrirse lo mejor que podía con los jirones de lo que había sido una delicada *stola*. Ser consciente del estado de semidesnudez en que se encontraba la alteraba, como si al perder su ropa también se hubiera deshecho de la última coraza de dignidad que erigía frente a todos.

Cuando estuvo a pocos pasos de distancia, el hombre le hizo señas con la mano para que acudiera a su encuentro. Lycinia dudó, pero ¿qué otro remedio le quedaba? Ella no era más que una cautiva entre esas gentes. Se tendría que acostumbrar a ser tratada como nada más que un animal. Se armó de valor y se cuadró de hombros. Abrazándose por la cintura al tiempo que sostenía su ropa, avanzó con precaución y la cabeza en alto al encuentro con ese hombre. Ultinos la miró largo tiempo. ¿Qué buscaba ese hombre? ¿Amedrentarla?

En ese momento algo en su interior explotó y dejó caer los brazos. Con ellos también cayeron al suelo los jirones de su ropa. Que hiciera lo que deseara.

Ella se hallaba en el límite de su propia cordura, más allá del temor, de la vergüenza y del pudor. En el punto exacto en que todo ya le importaba nada.

El hombre se deshizo de la prenda oscura que lo cubría desde los hombros hasta los tobillos. Licinia tragó saliva aguardando lo peor. Su sorpresa fue mayúscula cuando el guerrero se limitó a rodearle el cuerpo con esa tela gruesa. Acto seguido y sin dirigirle una palabra, la tomó por el codo y la arrastró hasta el poblado, donde la dejó con las demás esclavas.

Ovidia le dedicó una mirada apesadumbrada y se apresuró a tomarla entre sus brazos escuálidos. Ella se derrumbó a su lado. Licinia le permitió que la arropara y musitó unas pocas palabras de agradecimiento. Las únicas que se veía capaz de expresar. El cuerpo le temblaba de arriba abajo. Aturdida por tantas cosas a las que no se atrevía a poner nombre, se empeñó en mantener los ojos cerrados. Bien apretados. Prefería no hacer contacto visual con nadie. Les temía a las miradas, a la compasión que hallaría entre las demás mujeres. Se amargaba, y también la enfurecía, porque no lograba soslayar ese ingrato sentimiento de vanidad sobrealimentado desde su más tierna infancia por su propia familia y el sistema de castas que regía la sociedad de Roma. Ella, en definitiva, era la esposa del ilustre general Galba e hija de Licinio Lúculo, magistrado del Senado de Roma. ¿Cómo había terminado a merced de un pueblo atrasado, salvaje y bárbaro? Con la misma velocidad con que esas ideas irrumpieron en su mente, deseó echarse a reír, revolcarse por el suelo de la risa. Mujer tonta, eso es y lo había sido. Esposa de nadie e hija de nadie,

eso es en lo que se había convertido. Esclava, eso es lo que era.

Dentro del frondoso paraje de la Villa Ada se encontraba ubicada la *caserma* de los *carabinieri* en Ponte Salario. La comandancia militar cruzaba su camino por la machacada vía Salaria. Custodiada quinientos años antes de Cristo por los soldados romanos que recibían en pago la misma sal que protegían, es donde tiene hoy su sede el Raggrupamento Operativo Speciale, conocido por su acrónimo ROS, y la división de unidades móviles y especializadas Palidoro.

Las instalaciones deportivas de la comandancia estaban situadas en un edificio adyacente al de los dos inmuebles que formaban las oficinas principales, alejados de los edificios de viviendas de agentes y oficiales. Se podía acceder a ellas, bien desde el exterior, cruzando el patio y una zona arbolada, que dividía las diferentes dependencias, o bien a través de una red subterránea que unía los edificios.

En la planta superior y al aire libre se encontraban, entre otras, las zonas de recreo y esparcimiento, varios campos de tiro y otros circuitos de entrenamientos. En la comandancia se hacían las operaciones rutinarias; para aquellas más precisas contaban con las instalaciones especializadas de Livorno, en el noreste del país.

Desde el otro lado de la doble puerta de cristal, que separaba el gimnasio

del resto de las dependencias deportivas, se escuchaban los gritos y gemidos de los hombres cuando golpeaban con fuerza el saco de boxeo o se ejercitaban por grupos en las diferentes disciplinas marciales.

—Vamos, Giro, muévete, da vueltas en torno a él, no te quedes quieto repartiendo mamporros. Así pierdes efectividad en un combate real. Tu adversario no se va a quedar ahí quietecito mientras tú lo vapuleas. Céntrate y armoniza tus movimientos con la mente. Busca tu propio equilibrio. Eso es el Aikido, Mori.

Roberto observaba los movimientos algo torpes del brigadier. Ahogó una risa cuando recordó sus primeras lecciones con Tullio.

La palabra ‘Aikido’, según le había explicado su tío las tardes que destinaban a la teoría, quería decir: «El camino de la energía y la armonía».

El arte marcial había sido desarrollado por el maestro del *budo*, o *’sensei* Morihei Ueshiba. Roberto, con sus diez años recién cumplidos, no estaba muy interesado en todo ese palabrerío extraño y no le prestaba demasiada atención, mientras hacía girar el *bokken* de un lado a otro cortando el aire.

—Roberto, ¿me estás escuchando? —le había hablado su tío desde el centro del Dojo, que era el nombre que le daba Tullio al lugar donde entrenaban.

El Dojo no era más que una sala rectangular en el ático de la villa familiar que su tío había mandado vaciar de muebles y cuadros. Disponía de una

excelente luz natural gracias a una hilera de amplios ventanales acristalados en su pared norte y también contaba con las mejores vistas de la casa: la de las montañas escarpadas de los Alpes y el cristalino y enigmático lago di Garda, que reposaba con mansedumbre a sus pies.

Su tío, para facilitar los ejercicios, había mandado recubrir el suelo de piedra de la estancia y las dos columnas que se erigían en mitad de la sala con tatamis. Que por mucho palabrerío raro que usara el hombre, no dejaban de ser unas colchonetas de colorines.

—Tu madre se pasaba la vida aquí arriba, Roberto —le había comentado para llamar la atención del niño.

Roberto se había encogido de hombros con aire indiferente. No obstante, la mención de su madre le había descompuesto las tripas. Para él, cualquier alusión a esa mujer, Deborah Weade, le provocaba una mezcla de sentimientos difíciles de digerir. Su recuerdo adquiría dimensiones sacras en su cabeza, como la de una virgen o una santa. Él la imaginaba hermosa, pura e infinitamente bondadosa, pero también la sentía lejana, dispersa e irreal, envuelta en un halo misterioso. Imposible de alcanzar.

—Allí recibía a sus amigas, tomaba el té, leía sus novelas favoritas —había señalado un punto cerca de los ventanales—, y justo aquí había mandado colocar una elegante *chaise longue* de un espantoso color gris que aún sigue

en el trastero. Se dedicaba a bosquejarte a carboncillo y a jugar contigo. Te tumbaba a sus pies sobre una manta y te cantaba nanas inglesas, te pintaba y te hablaba todo el tiempo. Tú siempre la escuchabas con suma deferencia.

—¿Cómo podía ser eso si no era más que un bebé?

—Oh, pero eras un bebé muy inteligente y entendías todo lo que decía tu *mommy*.

Deborah Weade había mantenido esa rutina, la de perderse en el ático de la mansión con su hijo, hasta el mismo día de su fallecimiento, cuando Roberto apenas contaba con año y medio de edad.

—Roberto, ahora, por favor, ¿querrás prestar atención a lo que te estoy diciendo?

El joven PASTRIANI había sacudido la cabeza para deshacerse del recuerdo opaco de su madre y asintió con firmeza sin saber qué demonios le había preguntado TULLIO.

Los dos, hombre y niño, vestían la ropa especial que se usaba para practicar ese deporte. El *keikogi*. Un pantalón ancho de color blanco llamado *dogi* y una chaqueta muy amplia de manga larga, también de color blanco, el *uwagi*, que se ataba con un cinturón de tela : *obi*. La vestimenta de Roberto por ser su *uchi deshi* —discípulo que vivía con su *sensei*— era de color blanco. Aunque en sus orígenes todos los jóvenes *deshi* debían vestir la *hakama*, Tullio no lo

obligaba a usarla. Dado el carácter díscolo de su sobrino había preferido esperar a que Roberto estuviera más preparado y mucho más centrado.

A Roberto le resultaba ridículo tener que ponerse ese uniforme. Le avergonzaba pasearse por ahí con esas pintas, sin embargo, su tío había sido inflexible. Como él adoraba repartir mamporros con la *bokken* y aprender con los dedos a paralizar a un hombre el doble de grande que él, acataba sus órdenes sin chistar.

Su tío Tullio, por el contrario, como era un *renshi* —un maestro—, encima de su *dogi* vestía una especie de falda negra con pliegues: la *hakama*, que era igual a la que usaban los samuráis en las películas americanas de *Kung fu*.

Cada uno de los siete pliegues de la prenda simbolizaba los siete principios sagrados del *budo*, de donde precedía el Aikido . Su tío no cesaba de recitárselos cada vez que le enseñaba algún golpe; « *Jin*, caridad, *Gi*, honor, *Rei*, cortesía, *Chi*, sabiduría, *Shin*, sinceridad, *Chu*, lealtad y *Koh*, devoción».

También le recordaba cada tarde antes de empezar a practicar que «hallaban esas virtudes en los más distinguidos samuráis del pasado. La *hakama* nos lleva a reflexionar sobre la naturaleza del verdadero Bushido. Vestirla simboliza tradiciones que fueron legadas de generación en generación. El Aikido nace del Bushido: espíritu del Japón, y en nuestra práctica debemos esforzarnos en pulir las siete virtudes tradicionales».

—Sí, tío —había replicado con aire impaciente ante la mirada inquisitiva de

su tío. No obstante, centraba su atención en el brazo que sujetaba el *bokken* y recreaba la *kata*, que representa una secuencia de movimientos sobre los que empezar a practicar, o bien, un *maai* particular, o bien, un *kamae*: un patrón de ataque, y que su maestro, como su compañero *shidaki*, le había enseñado el día anterior.

—No, no afirmes con tanta vehemencia, jovencito. Deja tu arma y repite lo que acabo de decirte.

Roberto, haciendo un mohín, apoyó el arma en la columna a su lado y recitó:

—Que la diferencia fundamental de este arte marcial es que buscamos disuadir y neutralizar a nuestro adversario, más que derrotarlo. Aunque eso, perdona que te lo diga, es una soberana estupidez. Si lo neutralizas puede volver a levantarse y atacarte cuando estés distraído. Lo mejor es dejarlo bien *muertecito*.

— *Bien muertecito*, dice, y tú te crees un chico muy listo, ¿no es cierto?

Roberto se había cruzado de brazos y le había dedicado una sonrisita suficiente, encogiéndose de hombros.

—Ven aquí, mocoso insolente. A partir de ahora vas a tener que concentrarte en serio. Se acabaron las tonterías para ti.

Lo condujo fuera de la sala y recorrieron el pasillo del ala oeste de la casa

hasta llegar a la galería que comunicaba toda la vivienda a través de una enorme escalera de piedra que databa del siglo dieciséis y conducía a las habitaciones de la familia.

Una vez allí, Tullio entró en una pequeña salita que comunicaba con su dormitorio. Le hizo señas a Roberto para que entrara y tomara asiento en el sofá Chester de cuero marrón que había dispuesto en el centro de la estancia. Roberto, incómodo por adentrarse en las habitaciones privadas de su tío — nunca le habían permitido entrar allí—, se removía inquieto y sacudía los pies. Se rascó la punta de la nariz y se recolocó su *uwagi*, apretando el nudo del *obi*. Tras un carraspeo de su tío, se acercó al sofá y se sentó como le había ordenado. Rio cuando el sofá crujió bajo su peso. Estudió con interés la estancia, muy diferente a la decoración rústica y sencilla del resto de la casa. La habitación de Tullio se veía oscura y pintoresca, atestada con pesados muebles de color caoba y sillas tapizadas en terciopelo azul. Las estanterías, muy resistentes y sólidas, apenas dejaban ver un trozo de pared. Estaban inundadas de libros, pequeñas estatuas y hasta un globo terráqueo. Roberto nunca había visto uno de cerca. Quiso acercarse para inspeccionarlo, pero se abstuvo. No quería enfadar a su tío. Le llamó la atención el diseño que presentaba la pared. En vez de estar pintada, como era lo normal en cualquier casa, había sido revestida con papel. Un papel de una fea tonalidad amarilla

que formaba pequeños dibujos. El niño se inclinó en el sofá, que volvió a crujir bajo su peso, y achinó los ojos para intentar adivinar lo que formaban esos extraños dibujos amarillos. Parecían pequeños insectos. Eran mariposas, descubrió asombrado. Se carcajeó ante la imagen que formó en su mente de su tío en una tienda eligiendo ese extraño empapelado con mariposas amarillas que decoraba su habitación. Tullio Pastriani era un hombre muy excéntrico. Sin poder contener las ganas, se quitó las sandalias que calzaba y plantó los pies descalzos sobre la aterciopelada alfombra que cubría el suelo de baldosas. Él había oído que se llamaba abusón u obisón o algo parecido. Recordó de pronto a su tío, se echó a un lado y escudriñó lo que hacía el hombre. Tullio, agachado frente a un baúl ubicado a los pies de gran cama de matrimonio, revisaba su contenido. A su lado había una tonga de libros. Los libros se veían descoloridos y muy viejos. Roberto se horrorizó. No se veía capaz de leerse todo eso.

Tullio caminó hasta él y colocó uno de esos libros mohosos justo bajo las narices. Un fuerte olor a vainilla le inundó las fosas nasales y le hizo cosquillar la nariz. El hombre se había echado a reír de la expresión aterrada en el rostro de su sobrino.

—¿Por qué huelen a vainilla estos libros, tío Tullio?

—No es vainilla, Roberto. Lo que genera ese olor tan peculiar es la lignina,

presente en la madera de los árboles, en su celulosa. Cuando el papel se descompone por el paso del tiempo, se vuelve ácido. La lignina se rompe y se vuelve volátil. De ahí que pueda llegar hasta tu nariz, evocando ese aroma a libro viejo o vainilla, como dices tú. Venga, déjate de perder el tiempo. Lee en voz alta. Vamos, página siete.

—¿Esto es en serio? —se lamentó el niño y se sintió muy desanimado mientras tomaba con manos desgastadas el libro—. ¿Vamos a leer? Yo quiero pelear.

—Antes de aprender a pelear con tus manos tienes que aprender a pelear con tu mente.

Eso se consigue leyendo. Así que vamos, lee.

Roberto hojeó las páginas y dio con la número siete.

—«Prefacio» —leyó Roberto en alta voz—. «*Bu* viene de Dios, propio en sustancia y en mente y es el más importante componente espiritual de la verdad, bondad y belleza implicadas en la formación de nuestra nación». Por favor, tío, ¿esto es necesario? No entiendo una palabra.

Tullio, que había estado concentrado en la voz del niño, y se paseaba por la sala, se detuvo y lo fulminó con la mirada.

—No serás bueno en nada de lo que emprendas si eres incapaz de seguir unas simples directrices de tu *sensei*, Roberto. Te he dicho que leas, así que

lee.

Roberto se enfurruñó.

—Como ordene, *sensei*. «El objetivo del Buyutso es la construcción del hombre sincero, poseyendo la unidad espiritual, unidad que no permite una fina apertura entre cuerpo y mente. Tan pronto como el hombre nace, encuentra momentos inoportunos». ¿Qué es el Bu... —volvió a leer—

Buyutso, tío Tullio?

—Te saltaste un párrafo, vuelve atrás.

Roberto lo revisó con detenimiento y empezó a leer.

—«Buyutso surge a lo largo del camino de la nación imperial, fundamentándose sus leyes sobre la sinceridad del Kotodama, expresión que viene del Aiki, de la relación entre el hombre y los *kamis* (dioses)». Tío, con todo respeto. No entiendo una sola palabra.

—Y por eso leerás este libro y otros. Un día lo entenderás, recapacitarás y aprenderás. Ese día serás un *sensei* como yo y tantos otros antes que yo.

Ahora vete a tu habitación y continúa la lectura. Mañana, después de desayunar, comentaremos el libro.

Las tardes leyendo todos esos libros viejos con olor a vainilla, las noches que habían pasado practicando el Aikido y las largas conversaciones con su tío Tullio mientras paseaban entre los viñedos representaban para Roberto los

mejores recuerdos de su infancia.

Girolamo descargó el puño contra el saco gruñendo, se abrazó a él y recibió sobre su cuerpo la fuerza del impacto. Con la cabeza dándole vueltas y el cuerpo bañado en sudor, permanecía pegado contra la lona plástica. Tras varias horas de entrenamiento *machacacuerpos*, cortesía del teniente Bracconiere, estaba al límite de su resistencia.

—Joder, macho, dame un respiro. Tú eres una puta máquina que no tiene frenos. Yo soy un simple mortal.

Roberto, riendo entre dientes, golpeó un puño con otro y rotó el cuello, de un lado a otro, mientras le hablaba:

—Está bien, sube, relájate un poco, luego date una buena ducha. Yo me quedaré aquí un rato más.

—Eres un puto animal, *pirla*.

Para Roberto PASTRIANI, que había recibido un entrenamiento militar considerado por los profesionales como de los más duros y exigentes del mundo, estos ejercicios no eran más que un juego de niños.

—Largo, me desconcentras, y Mori —lo llamó sin volver la vista, concentrado en los movimientos de *hapkido* que iba a practicar con uno de los jóvenes cadetes. El suboficial, que ya atravesaba las puertas, se dio vuelta al escuchar que lo llamaba—, buen trabajo.

Girolamo caminó por el pasillo hasta el ascensor, sintiendo que sus pies pesaban ocho toneladas en vez de unos pocos kilogramos. Apretó el botón y se apoyó en la pared para evitar caer redondo al piso. El pitido del ascensor lo

trajo de vuelta a la tierra. Se había quedado dormido mientras esperaba.

Anduvo arrastrando los pies hasta la puerta de la sauna. La ola de calor lo recibió con una bofetada y meditó con cierta sensación de temor que no llegaría hasta los bancos de madera separados por una distancia temeraria de diez centímetros. No supo cómo logró tumbarse sobre ellos, sano y salvo.

Agradecido, cerró los ojos y dejó su mente en blanco. Después de lo que se le antojó un batir de alas de mariposa, uno de sus compañeros lo tocó en el hombro y le avisó para salir. Agotado, volvió a colocar su cuerpo en posición vertical y lo arrastró hasta las duchas. Llevaba consigo un exceso de calor corporal que no le hacía ningún bien a su tensión arterial, ya de por sí algo baja. Recibió el chorro de agua fría como si más que de agua se tratara de una nevada que te pilla en bolas. Al menos se espabiló de golpe.

Una vez que abandonó las duchas y enfiló hacia los vestuarios, volvió a sentirse un poco como él mismo. Alzó la vista y miró el reloj de pared mientras abría su taquilla y se vestía con su ropa de paisano: vaqueros azules y camiseta verde con el logo de su banda de rock favorita. «Las diecinueve treinta y ese hijoputa todavía está entrenando. Jodido capullo estirado», pensó

con fastidio. Era imposible que un ser humano aguantara todas esas horas realizando el tipo de ejercicios extremos al que sometía a su cuerpo. Ese tío tenía que meterse alguna mierda. Meneó la cabeza. Si Pastriani le daba a la falopa, eso era problema de él, no suyo. Agarró la bolsa con su ropa sucia y pensó en darse una vuelta por el centro antes de volver al cuartel.

Cuando bajó a las oficinas le sorprendió el jaleo que se traían los más jóvenes. Correteaban, de un lado a otro, pendientes de uno de los teléfonos y consultaban como locos datos en los ordenadores. Uno de ellos, el *carabiniere* Giovanni Lugarà, al descubrirlo quieto y expectante en el umbral de la puerta, paró en seco su frenética actividad y le dedicó una sonrisa luminosa. Todo, dientes blancos y entusiasmo juvenil, enmarcado en unos rebeldes rizos castaños. Se lo veía deslumbrado, como si frente a él se hubiera materializado el puto Papá Noel cargado con un saco de regalos. El hombre lo saludó con la mano en la frente.

—Brigadier Mori, ¡qué suerte que todavía esté aquí!

El ímpetu de los más jóvenes siempre le producía un acceso de risa.

Parecían cachorrillos ansiosos meneando la cola ante cualquier novedad. Con total seguridad, la pista que acabaran de descubrir no los conducirá a nada.

Era lo que solía suceder.

—Acabamos de interceptar —explicó extasiado el *carabiniere*— una

conversación telefónica de un chico. Por el tono de voz es un adolescente. Procede de una de las viviendas que tenemos vigilada cerca de Termini y todo gracias a los pinchazos que hizo con los móviles, el teniente Pastriani. Girolamo frunció los labios y entrecerró los ojos.

—¿Y qué dice?

—Se ha puesto en contacto con De Moro. —Giovanni hacía alusión a Giuseppe De Moro, el capo *locale* del clan de los Barreta en la capital, cuya investigación los traía de cabeza por la relación del mafioso con todo tipo de gentuza. Desde los altos cargos del ayuntamiento hasta el traperero más cutre de la ciudad, pasando, cómo no, por la *jet set* romana. Toda una suerte de cantantes, futbolistas y presentadores de televisión. El tipo se la pasaba haciendo favores a mucha gente, así pues, todos le debían algo. Un negocio redondo. Desde hacía unas semanas, y por orden del fiscal antimafia Nicola Forgioni, tenían pinchado varios de sus teléfonos—. Le pide ayuda porque al parecer hay una chica herida en el piso. No hemos podido averiguar qué le ocurre a la mujer o el estado en el que se encuentra. Tenemos todo aquí apuntado, señor. Entre las cosas que le ha dicho De Moro... —Se volvió para rebuscar unos papeles en la mesa hasta que dio con un folio lleno de tachones de bolígrafo, y comenzó a leer en voz alta—. Quiere que llame... —¿Qué llame a quién? —se impacientó Girolamo ante la exasperante

parsimonia del tipo al hablar.

—A un médico

—¿A un médico para que vaya a ver a la chica?

—Sí, señor.

—¿Se sabe si la mujer presenta alguna herida del tipo que requiere intervención policial, o se trata de un puto dolor premenstrual?

Lugarà, molesto por la burla gratuita de su superior, carraspeó y adoptó una posición firme.

—No, señor, pero por el tono desesperado en el que hablaba no creo que fuera algo de poca importancia.

—¿Y todo este revuelo?

El despacho cesó toda su frenética actividad. Los rostros se volvieron hacia la voz que se alzaba tras la figura de Girolamo y se cuadraron al mismo tiempo, repitiendo el saludo oficial. El mismo Mori se dio la vuelta y saludó a su superior para después apoyarse en el marco de la puerta. Le dedicó a su teniente una sonrisa socarrona.

Roberto PASTRIANI, fresco como una rosa, recién duchado y precedido por una estela de *vete tú a saber* qué marca de perfume carísimo, lo interrogó con la mirada.

—Una filtración que acaba de llegar, mi teniente —explicó Mori—. Mujer

herida. No se sabe muy bien qué le ha ocurrido. Han llamado al de siempre, De Moro, que aparece metido en todos los fregaos en esta maldita ciudad. La llamada procede de unos de los edificios que tenemos bajo vigilancia.

—¿Y no han llamado a emergencias de la policía? —inquirió Pastriani con tono irónico mientras caminaba en dirección a la mesa y le echaba un vistazo a los papeles que le mostraba Giovanni.

Girolamo, riendo por lo bajo, negó con la cabeza. Lugarà tomó entonces la palabra, espurreando con ansiedad todos los datos de los que disponían.

—Aquí tenemos la conversación íntegra, por si quiere oírla, señor. Al chico se le escucha bastante nervioso y preocupado. Le supone un esfuerzo incluso seguir las sencillas directrices que le da De Moro por teléfono.

Roberto escuchaba con atención y asentía. De reojo, observaba la actitud apática del suboficial. Le resultaba extraño que Girolamo no se mostrara muy interesado en los movimientos del capo. Se trataba del pez gordo por el cual giraba todo lo demás en esa condenada ciudad.

—Ha mencionado que la muchacha estaba sangrando y que no sabía cómo proceder —continuó el joven *carabiniere*.

—Dame la dirección de la casa —le pidió Roberto.

El *carabiniere* se dio la vuelta y caminó hasta la mesa. Anotó en un *post-it* la dirección y se la pasó, sin más demora, a su teniente. El brigadier Mori

abandonó la postura relajada, elevó la mano con los dedos índice y pulgar elevados, en un clásico gesto de incredulidad. Observaba la ancha espalda de Roberto con el ceño fruncido.

—¿Qué piensas hacer, Pastriani?

Roberto disparó la cabeza hacia arriba y lo taladró con una mirada gélida que lo dejó paralizado.

—No lo escuché bien, suboficial. ¿Dijo algo?

Girolamo perdió todo rastro de color en la cara y se incorporó de golpe. Se puso firme y elevó la mirada.

—Disculpe, mi *tenente*. No creo que sea pertinente —dudó— aparecerse por la vivienda. A esta gente le gusta resolver ese tipo de cosas a su modo, señor.

—Me importa una mierda lo que consideres o no pertinente. —Se cabreó Pastriani y pasó por su lado como una exhalación. Se encaminaba a la salida del edificio y le habló sin volverse—. Vamos, que me acompañarás.

Mori lo contempló atónito con los ojos marrones muy abiertos. Cerró el puño y se mordió la lengua. «Puto loco. Jodido puto loco», se decía una y otra vez, mientras enfilaba tras el hombre.

Bajaron las escaleras del edificio y se dirigieron hasta la zona de aparcamiento. Roberto saludó con una inclinación de cabeza al *carabiniere*

de servicio en la torreta y giró apenas la cabeza para ver cómo avanzaba tras él el suboficial: con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos del pantalón. Mascullaba algo en voz baja. Con toda seguridad una ringlera de insultos hacia su persona. Se echó a reír. Le vendría bien un poco de acción al brigadier Mori. Esa noche iban a tener algo de marcha y él la necesitaba. ¡Solo Dios sabía cuánto la necesitaba!

No había conseguido desfogar la frustración que lo consumía y que sentía como un fuego, quemándole las tripas. Estaba a un paso pequeño, muy pequeñito, de explotar. No conseguía sacarse de encima las ganas que le tenía a esa maldita mujer. Desde que la había conocido no encontraba la paz. Tampoco podía echar mano de los ejercicios de relajación mental que siempre lo habían ayudado a sobrellevar las peores crisis de su vida, porque tras lo ocurrido esa tarde en la cafetería, su obsesión por ella había adquirido proporciones épicas y ya nada lo ayudaba, ni la técnica ni tampoco la mecánica. Michela Hauffman había arrasado con la imperturbable serenidad de la que siempre había presumido. Lo dejaba con el corazón expuesto y abierto en canal. Con la mente bulléndole con las imágenes, los gestos y las palabras de esa mujer había logrado que un jovencito de veinticinco lo derribara hasta en dos ocasiones.

Maldita y condenada mujer.

Roberto se paró delante de unos de los vehículos que utilizaban por la ciudad. Cualquiera podría confundirlo con el clásico coche de la policía. Un sencillo y utilitario Fiat Bravo.

—Sabrán que somos polis —manifestó Girolamo.

—No pretendo ocultarlo, brigadier.

—¿Y qué pretende con todo esto? ¿Impresionar a esa panda de niños de la oficina para que lo idolatren?

Roberto apoyó los codos en el techo del vehículo. Habló en voz baja, con la mirada fija en los ojos del otro hombre.

—Cuidado. Es la segunda vez esta noche. A la tercera te daré una patada en el culo. ¿Me he expresado con claridad?

Girolamo, incapaz de soportar la intensidad de esos ojos verdes, bajó la vista.

—Meridiana, mi *tenente*.

Pastriani se agachó para tomar las llaves del vehículo, que siempre dejaban sobre una de las ruedas traseras.

—Lo que pretendo, pedazo de alcorcho sin cerebro, es socorrer a una pobre chica que tal vez estuviera en el lugar incorrecto y en el peor momento posible. Porque *ese* es nuestro trabajo y, si tenemos algo de suerte, nos podemos hacer con algunas caras y nombres —dijo mientras se daba toques

en la frente con su dedo índice. Dio la vuelta al vehículo hasta quedar frente a su compañero, al que le sacaba una cabeza—. ¿Qué ocurre, Giro? ¿Te acojona entrar en un piso lleno de narcos? No deberías dedicarte a esto entonces. Quizá serías más feliz haciéndonos el papeleo en las oficinas del centro. Te puedo regalar una coqueta taza para el café. Una de esas con mensajes de autoayuda. Así no te estropearías el esmalte de uñas.

—No me toques los huevos. No soy una puta marica, pero esta gente no se anda con mierdas, Pastriani. Si nos ven llegar, tirarán a matar.

Roberto caminó hasta la parte trasera del coche y abrió el maletero. Le lanzó por encima del capó del coche un uniforme de la *polizia* junto con un chaleco TC-10 que Girolamo alcanzó al vuelo. Pastriani se había hecho con otro uniforme y se vestía a toda prisa.

—Para cubrir tus modestias. Anda, pónelo y sube, marica.

Girolamo se quedó mirando las prendas en su mano con cara de pasmo.

—¿Se puede saber de dónde has sacado esto? ¿Es siquiera legal?

—No.

Roberto ahogó una risilla ante la mueca que hizo Mori y se vistió con el polo azul marino reglamentario de la *polizia di stato*.

La vivienda que tenían bajo vigilancia y de la que habían recibido el aviso estaba en el rione dell' Esquilino, cerca de la estación Termini. Roberto, con

la mano derecha en el volante, se sacó del bolsillo delantero del pantalón el papel con la dirección, le echó un vistazo, lo arrugó y lo lanzó por la ventanilla entreabierta. Acto seguido, giró en una intersección.

El edificio de piedra roja de la vía Giusti se veía tranquilo a esas horas de la noche. Una luz procedente de alguna lámpara de una de las viviendas de la segunda planta parpadeaba dos, tres veces, y luego se apagaba, como si alguien estuviera enviando alguna señal. Aparcaron el coche en doble fila y descendieron del vehículo. Roberto hizo una comprobación mecánica de su arma reglamentaria, una Beretta 92, y se la calzó en la funda que colgaba de su cinturón. Después, se acuclilló para comprobar que tenía a mano su navaja. Siempre procuraba llevar una escondida en una funda en el interior de su bota derecha. Girolamo hacía lo propio, al otro lado del vehículo.

—Sigo pensando que estás como una puta cabra.

Roberto perfiló una sonrisa lobuna, se enderezó y volvió la cabeza a un lado y otro de la calle para estudiar la zona. Ni un alma a esas horas. Las farolas arrojaban charcos de luz cada pocos pasos. Un gato cruzó la carretera corriendo y se internó en un callejón. A lo lejos se escuchaba el rugido de un camión recorrer las calles aledañas. Cada tanto, el vehículo se paraba y oían la vocinglería de unos hombres, el chirrido del ruido cuando arrastraban un contenedor y el pitido del vehículo. Debían estar recogiendo la basura de las

calles. Eso sí que sería algo insólito en la ciudad.

—¿No es aquí donde los *digos* detuvieron hace unas semanas a un grupo de neofascistas de la Forzanova que ocupaban ilegalmente una vivienda? —

Roberto tecleó en su móvil la página del periódico local en busca de la noticia.

—Algo de eso me suena, ¿y qué tiene que ver?

—Giro, Giro... no subestimes las alianzas entre la mafia y la masonería neofascista. Nunca subestimes una alianza por poder. Creo recordar que fue por aquí. Si la memoria no me falla, un poco más allá, en la vía Ferruccio.

Mañana lo comprobaré.

—Si eso te hace feliz...

Roberto apagó el móvil y lo guardó en el bolsillo trasero de su pantalón.

—Tu entusiasmo me abruma, pero resulta curioso que De Moro se mueva por aquí y también lo haga el grupo de Nero Carbone. Habida cuenta de los antecedentes del Guercio —se refirió al apodo de Carbone de sus días como sicario de la banda la Magliana—, que ha estado metido en cuanto asunto turbio hay en esta jodida ciudad.

Pastriani aludía a la cabeza visible del Grupo Forzanova, una organización fascista dedicada a proveer viviendas a familias italianas sin techo y que, quizás, pudiera haber entablado una relación de negocios con los calabreses a

través de De Moro.

Girolamo se frotó las manos y echó hacia atrás los rizos negros que le caían por la frente.

—Vamos —le urgió incómodo—. Cuanto antes empecemos con esta mierda, antes saldremos de aquí.

Roberto se carcajeó.

—Yo saldré de aquí. Lo tuyo no lo tengo tan claro.

Los dos hombres cruzaron la carretera y se pararon frente al edificio.

Roberto sacó una pequeña ganzúa del bolsillo trasero del pantalón y forzó la cerradura.

—¿Siempre guardas uno de esos en los uniformes? ¿De dónde demonios has sacado eso?

Jodido *MacGyver*.

—Nunca se sabe cuándo lo puedes necesitar. Ya sabes, a veces me olvido las llaves por ahí.

Le dedicó al suboficial una sonrisita sardónica.

Pastriani vivía para esos momentos, la emoción que le producía enfrentarse a lo desconocido, el peligro subyacente de su profesión. Amaba el subidón de adrenalina que experimentaba en esas situaciones. En su estado de ánimo actual, no solo le entusiasmaba, sino que además lo necesitaba. Aislarse de

toda esa intensidad emocional que lo abrumaba y a la que temía, concentrar sus energías en algo que sabía hacer. Necesitaba conectar con el aspecto racional de su cerebro, aquel que le exigía concentración absoluta y agilidad mental, que lo estabilizaba y le daba un sentido.

Una vez que entraron, Roberto le dio al interruptor de la luz. Cuando los ojos de los dos hombres se habituaron al resplandor amarillento del fluorescente del techo, estudiaron el entorno. Necesitaban memorizar la ubicación de las salidas y escaleras por si debían escapar a toda leche de allí. Roberto se dirigió a las escaleras con Girolamo a la zaga, subió de tres en tres los escalones hasta la segunda planta, siguiendo una corazonada. Enfiló por un angosto y lóbrego pasillo alumbrado cada pocos pasos por unos plafones alargados que habían visto días mejores. Se paró delante de la vivienda que calculó, correspondía a la única ventana de todo el inmueble que arrojaba luz desde la calle.

Los hombres se posicionaron a los lados de la puerta. Las yemas de los dedos rozaban con suavidad las fundas de sus armas. Roberto llamó. El timbrazo resonó por toda la vivienda. Esperaron. Nada se oía desde el interior. Al cabo de unos minutos, el sonido de pisadas se fue acercando, hasta pararse delante de ellos, al otro lado de la puerta. Abrieron. El chorro de

luz iluminó sus semblantes y los circundó como un halo, resaltando sus

figuras en la semioscuridad del pasillo.

Roberto se topó con el rostro de un crío de no más de quince años.

—Hola, chico, mi nombre es Ricardo Petrosino —se presentó al tiempo que le mostraba una placa falsa de la policía. El chico ni se molestó en echarle un vistazo, se lo veía inquieto. Los ojos castaños del joven miraban asustados en todas direcciones, sin prestar atención a nada en concreto—. Hemos recibido hace una media hora una llamada anónima. Escucharon un jaleo que venía de esta vivienda. Mi compañero, Giulio, y yo somos de la comisaria de la vía Petrarca. Venimos a comprobar que todo esté en orden.

—Aquí nadie ha llamado a los *polizzotto*.

—Imagino. Dime, chico, ¿todo va bien ahí dentro? ¿Necesitas ayuda?

¿Alguno de tus padres está en casa? ¿Podríamos hablar con alguno?

—No me llamo chico, mi nombre es Fonso.

—Hola, Fonso, encantado. ¿Está tu padre, Fonso, o tal vez tu madre?

¿Podrías avisarles para hablar con ellos un momento?

—El médico aún no ha llegado. Yo estoy solo con ella.

—¿Y ella necesita asistencia médica? ¿Está muy malherida, Fonso? ¿Nos permites entrar? Podríamos ayudarte si está herida o llevarla a un hospital.

—No sé, antes gemía y se quejaba, ahora ya no.

—Fonso, has hecho lo que debías y has mantenido la calma en toda esta

horrible situación. Tienes las pelotas bien puestas. Ahora déjanos ocuparnos de esto. Vamos, agente.

Le hizo señas a Mori para que lo siguiera.

El chico se mantuvo firme frente a la entrada de su casa. Roberto no podía poco menos que admirar el temple del muchacho. Aún había un resquicio de duda en el joven, que le devolvía una mirada recelosa. Quería dejarlos entrar y así quitarse de encima el problemón, pero temía la reacción de aquel que se encontraba en un escalafón superior.

—No estoy seguro de dejarlo entrar.

—¿Quieres avisar a tu padre? ¿La chica es tu hermana?

—No... no es mi hermana.

—No importa, pero si hay alguien herido, nos haremos cargo.

Un movimiento al otro lado del pasillo, al pie de las escaleras, detuvo la conversación, crispó los ánimos y enrareció el ambiente. El chico, con el semblante serio, tomó con firmeza el pomo de la puerta y comenzó a cerrarla, pero Roberto colocó el pie e impidió que les cerrara en las narices.

Pastriani buscó la mirada del chico. Dejando a un lado la cortesía, usó su voz de mando.

—Fonso, si la chica presenta alguna herida por arma blanca, tenemos que entrar y socorrerla. En caso contrario, estás encubriendo un delito,

¿comprendes dónde te estás metiendo?

—Largo de aquí.

Empujó la puerta con todas sus fuerzas. Roberto no se movió de su sitio. Su pie impedía que esta se cerrara.

Varias voces masculinas avanzaban desde el otro lado del corredor.

Girolamo sacó su arma y la mantuvo oculta tras la espalda. Roberto, con la mano en la culata de su Beretta, seguía intentando convencer al chico.

—Nada te va a pasar, Fonso, me ocuparé de ello personalmente. Hazte a un lado y olvídate de este asunto.

—¡¡¡Fuera!!! ¡Maldito *sbirro* de mierda!

Los hombres, al otro lado del pasillo, cesaron toda conversación y echaron a caminar apresurados en dirección a la vivienda. Girolamo los apuntó con el arma. Roberto entró en acción. Dejó que el chico le cerrara la puerta en las narices y se lanzó a arrancar el arma de las manos a su compañero. Era una suerte que la luz de la casa no alumbrara el lugar en donde estaba parado Mori.

—¿Qué pensabas hacer, tarado? ¿Abrir fuego aquí? —siseó furioso.

Girolamo lanzaba vistazos nerviosos hacia los tipos que avanzaban hacia ellos—. No abras la puta boca y déjame a mí.

—¿Qué ocurre aquí, caballeros? —habló uno de los hombres cuando los

tuvieron encima. Roberto había conseguido enfundar el arma de Mori en los pantalones del suboficial. Lo mismo había hecho con la suya.

—Ricardo Petrosino, agente en servicio de la Petrarca. Mi compañero, Giulio Sangiorgi.

Les mostró su identificación falsa. Los hombres no prestaron atención a la placa y echaron vistazos incómodos a la puerta cerrada de la vivienda.

¡«Bingo!».

—Hemos recibido un aviso —continuó Roberto, más decidido que nunca a entrar en esa vivienda—. Venimos a comprobar que todo va bien. Su identificación, caballeros, si son tan amables. —Extendió la mano con una sonrisa de labios estirados para recibir los documentos.

Los hombres se miraron unos a otros y extrajeron sus carteras de las chaquetas y bolsillos traseros de sus pantalones. Fueron entregando sus carnets. Roberto los ojeó detenidamente. Procuraba memorizar nombres y apellidos. La posibilidad de que fueran falsos era elevada.

—¿Acaso tiene una orden para registrarnos la casa, agente? —preguntó el más alto que parecía el gemelo cutre de Vincent Vega. Tenía grandes patillas y una mirada inexpresiva e irritante. Se veía ridículo con esa pinta de mafioso de tres al cuarto.

—Cuando recibimos algún aviso tenemos que venir y comprobar que todo

está en orden, caballero.

—Bien, ya han venido y hablado con el chico. Ahora se pueden largar —
señaló otro, el más grandote y abigarrado de los cuatro tras recoger el carnet
de manos de Roberto.

Un estruendo desde el otro lado los puso en guardia. La puerta se abrió de
golpe y rebotó contra la pared. Frente a ellos, el chico con las manos en alto,
cubiertas de sangre fresca y el rostro desencajado por la conmoción,
temblaba.

Roberto, sin esperar ninguna explicación, se abrió paso entre todos e
irrumpió en la vivienda. Las luces estaban encendidas desde el pasillo, así
que disponía de claridad suficiente para ver el entorno. Miró a su alrededor,
escudriñando la estancia. Todo parecía en orden, no había nada sucio ni
tirado por ahí. Le echó un ojo a un portátil encendido sobre una mesa baja.
Ninguna señal evidente de pelea. La típica vivienda con sus muebles
prefabricados y sofás de importación sueca. Se adentró por un pequeño
pasillo y atravesó una sala de estar. Como allí tampoco vio nada fuera de
lugar, se dirigió a mano derecha. Desde allí escuchó los gemidos ahogados de
una mujer. Avanzó hasta detenerse frente a una puerta entornada. Apoyó la
palma de la mano abierta sobre la madera, empujó y la abrió de par en par. Lo
que vio, lo dejó petrificado.

Michela se retorció entre las sábanas y gemía presa de la angustia. Tenía que buscarlo, debía volver a por él, ¿por qué no podía ese hombre entenderlo? ¿Acaso no veía que él podía estar necesitándola? Señor, cómo deseó contar con la fuerza necesaria para quitarse de encima a ese estúpido. Abrió los ojos y tardó un tiempo en adaptarse al entorno, a esa atmósfera apacible y acogedora tan apuesta a la de su sueño. Se llevó una mano al cuello y se asqueó del sudor que la cubría. Miró con ojos cansados el reloj de la mesilla de noche del dormitorio de Lukas. Solo eran las diez de la noche y tenía que levantarse a las seis para incorporarse a su turno en el hospital.

«¡JODER!».

—¿Todo bien, cariño?

La voz ronca de Lukas a su lado la sobresaltó.

—Sí, me voy a pegar una ducha, hace un calor infernal.

—¿Ahora? —Lukas se incorporó sobre los codos y le dedicó una mirada extrañada— ¿Calor? ¡Qué dices! Yo estoy helado. ¿No tendrás fiebre?

Michela río por lo bajo, negó con la cabeza e ignoró el comentario.

Girolamo se paró junto a PASTRIANI y se llevó la mano a la boca, frotándose la barbilla, ante la escena que Roberto contemplaba atónito. El brigadier MORI había visto cosas desagradables en su vida, pero esto le revolvió las tripas.

Bajó la vista y con los ojos cerrados musitó una oración.

El cuerpo desmadejado de una chica, una niña casi, pues no creía que la joven tuviera más de quince años, permanecía desnudo y expuesto. Atado con gruesas cuerdas por los tobillos y muñecas a los postes de una vieja cama de estructura metálica. Una pequeña luz amarillenta que arrojaba una lámpara, de esas de plástico blancuzco, colocado en el suelo, a la altura de la cabecera de la cama, permitía vislumbrar el entorno y a la muchacha. No hacía falta ser especialista para comprender que el estado de la joven era crítico. Una hilera de sangre espesa se escurría de entre sus piernas y había formado un charco sobre el colchón. La sangre había comenzado a filtrarse y goteaba sobre las baldosas estropeadas del piso. La escena parecía salida de una película gore. Alguien había intentado limpiar el estropicio. «El chico», pensó Mori. Varias toallas y compresas completamente empapadas en sangre se hallaban esparcidas entre la cama, el suelo y una destartada mecedora, situada en la esquina opuesta a la de la cama. ¿Cuánta sangre habría perdido la joven? Fijó la vista en la muchacha. Resultaba imposible distinguir desde esa distancia y con claridad sus facciones, debido a las múltiples contusiones y arañazos que deformaban su rostro. Fijó sus ojos en ella. La joven, con la frente perlada en sudor, estaba despierta y los contemplaba atemorizada.

—¿Quién cojones es el responsable de esto? —La voz de Roberto se había

convertido en un gruñido amenazador. Girolamo, extrañado por el tono áspero de su voz, giró el cuello y se quedó mirando a su superior. La expresión siniestra e inquietante en la cara de su teniente lo impresionó. El brigadier, haciendo a un lado a su teniente, que seguía congelado en la misma posición y parecía incapaz de apartar la mirada de la chica, tomó el mando de la situación.

En primer lugar, llamó a Urgencias para solicitar una ambulancia. Relató la situación al personal del hospital. Acto seguido, se aproximó a la joven. Recogió del suelo una manta deshilachada que alguien habría dejado abandonada. Era la única cosa que no estaba pringada de sangre. Ella lo miraba con ojos desorbitados por el horror y apenas podía balbucear una sola palabra coherente. Se encogió aterrada cuando el hombre se acercó. La estructura metálica crujió. La muchacha había comenzado a agitarse desesperada sobre el colchón. A Girolamo se le encogió el corazón en el pecho. A pesar del lamentable estado en el que se hallaba, presentaba batalla. «Bravo por ti». Mori se agachó a su lado y le explicó en voz baja y cerca del oído que eran policías y que la sacarían pronto de allí. No se atrevía a tocarla. Con todo el cuidado que pudo reunir y la delicadeza que emplearía en tratar a un recién nacido, desanudó las correas que ataban sus muñecas y tobillos y cubrió su cuerpo maltratado con la manta. La joven algo más calmada

balbuceó un suave «Gracias». Lloraba sin emitir un solo lamento. Mori disparó la cabeza al escuchar los pasos y voces de los hombres aproximándose hasta ellos.

Roberto vio por el rabillo del ojo a los cuatro hombres. Avanzaban decididos desde la sala de estar. Aquello lo devolvió de golpe a la realidad. Giró el cuerpo y los enfrentó.

Sin mediar palabra, se lanzó a por ellos.

Agarró al primero por el cuello con un movimiento veloz de su mano. Era el tipo extraño de las patillas. Lo estampó contra la pared de enfrente.

Acogotándolo, se colocó frente y le habló en voz baja:

—Bastardo hijo de puta, pederasta de mierda. ¿Tú y tus amiguitos le hicisteis eso? No es más que una niña, maldito pedazo de mierda.

—No sé de qué me hablas, tío —barbotó el hombre con la voz congestionada y el rostro azulado por la presión que los dedos de Pastriani ejercían sobre la tráquea. Roberto, sin soltarlo del cuello, le agarró la muñeca y la alzó. Expuso ante su vista unos dedos grasientos y uñas llenas de raña.

—Y seguro que el forense no hallará restos epiteliales de ella aquí, ¿verdad?

Los otros dos no se quedaron parados observando el espectáculo y desenfundaron sus armas, dispuestos a agujerear a los polis como latitas de

conservas.

Girolamo se incorporó de un salto y se llevó la mano a la funda para extraer su arma reglamentaria...

Y en ese momento, el brigadier Mori comprendió por qué Roberto Pastriani había logrado hacerse instructor de una fuerza de élite con tal nivel de exigencia física como el GIS y por qué gozaba de ese trato de favor y deferencia entre los altos mandos del Arma.

Las manos de Roberto volaron en todas direcciones. Se quitó de encima a uno que se lanzó por él con una espectacular rotación de su cuerpo, que lo colocó detrás del tipo. Lo agarró por la muñeca y se la dobló hasta alcanzar una posición antinatural. El grito agudo del hombre alertó de una posible fractura. Lo lanzó por encima de su cabeza hasta el otro lado del pasillo. El quejido del tipo al caer contra el suelo se escuchó como una detonación por todo el apartamento. Al segundo le sacó la pistola de un puntapié, lo tomó del cuello y lo hizo volar hasta estamparlo contra el marco de la puerta, para luego aferrarlo por la cabeza y retorcerle el cuello, con un movimiento rápido y preciso de sus manos. El hombre cayó desplomado al suelo como un peso muerto. Se enfrentó al último, que titubeó ante la serena expresión en el rostro del teniente.

—Vamos, ven aquí, pedazo de mierda —pronunció en un tono perentorio

mientras hacía crujir sus nudillos.

La postura de Roberto, relajada y con las piernas separadas después de toda esa acción, el brillo siniestro de sus ojos verdes y la media sonrisa que asomaba a sus labios acojonarían al más gallito, meditó Girolamo, que casi rompió a reír al ver dudar al enorme matón. Roberto parecía haber perdido la cordura. Disfrutaba con toda esa violencia.

—Los tipos como tú me revuelven las tripas —le dijo Roberto—. Vamos, cabrón, enfréntate a mí. Tan gallito que te pones con una niña. ¿Te la pone dura, jodido bastardo? ¿Una niña te la pone dura, enfermo de mierda?

El tipo, con el rostro rojo, las alas de la nariz dilatadas y la mandíbula apretada, alzó su arma y apuntó directo al rostro de Roberto. Se escuchó una risita suave y el clic de una pistola, segundos antes de la detonación de la Beretta del teniente que dio de lleno en el muslo interior del tipo, muy cerca de sus testículos. El hombre se llevó las manos a la pierna herida y cayó al suelo entre funestos gritos y gemidos lacerantes.

Roberto, con la pistola humeante en su mano, se agachó al lado del hombre y le habló al oído.

—¿Sabes lo que le hacen en la cárcel a los pederastas hijos de puta como tú? Prepara el culo, *amico*, creo que vas a tener para ti solito una reluciente porra negra, muy grande y muy dura.

Michela cubrió la distancia desde el enrejado que circundaba el complejo hospitalario Umberto I hasta las escaleras de acceso al área de ginecología, con *Rob Zombie* y su *Living with dead girl* perforándole los tímpanos, cabreada consigo misma, con Lukas (porque no iba a ser ella la única que cargara con las culpas en ese desastre de relación) y, ¿por qué no? también con el planeta Tierra. Ya había perdido la cuenta de los rechazos de los últimos meses, de las excusas cada vez más patéticas con las que intentaba justificarse y de esos inútiles «mañana irá mejor».

Soltó una imprecación en voz alta y golpeó con la palma de la mano la pared a su izquierda cuando el rostro de Roberto y sus ojos verdes cruzaron como una exhalación la nube de furia y de ideas disparatadas que la acosaban.

¡No, no y no! Se acabó el ponerlo de excusa para todos los males de su vida. Se negaba en redondo a que ese hombre, casi un desconocido, tuviera nada que ver en cualquier aspecto o decisión que afectara a su vida.

Resollando por el esfuerzo de recorrer a zancadas todo el camino que separaba la entrada al área de ginecología, con el añadido de su enfado y la tensión acumulados, amén de la falta de sueño que ya empezaba a cobrarse estragos en su cerebro, abrió las puertas dobles de seguridad empujando con rabia de la barra antipánico. La impetuosidad de su gesto sobresaltó a varios

enfermeros que le dedicaron miradas extrañadas. Ella farfulló una disculpa y se dirigió como una exhalación hacia el acceso para el personal sanitario. Saludó con un gesto de cabeza a varios de sus compañeros que descansaban entre turno y turno, tomando café o charlando en una pequeña sala anexa. Se encaminó hasta los baños. Se cambió de ropa con movimientos bruscos y nerviosos. Lanzó todo en el interior de su bolso y dejó escapar un grito cuando la cremallera de su chaqueta le golpeó la mejilla. Su móvil pitó en ese instante. Furiosa, se puso a rebuscar el dichoso aparatito, mascullando insultos en todos los idiomas que conocía: español, alemán e italiano. El pitidito no hacía sino enfurecerla todavía más. Quería agarrar el móvil y lanzarlo contra la pared de enfrente. Cuando lo sostuvo entre las manos, lo apretó en un puño y cerró de golpe la puerta de la taquilla. Resoplando, apoyó la frente en ella. Respiró varias veces. ¡Por el amor de Dios! No podía perder la calma de esa manera. Parecía una lunática desequilibrada. Abrió los ojos asegurándose de estar preparada para ello. Sin despegar la frente de las rejillas metálicas de su taquilla, acercó la pantalla a su rostro para ver de quién era la llamada. Desbloqueó el móvil. La perdida era de su madre. Tecleó el botón de rellamada y esperó varios segundos. Su madre respondió al tercer timbrado.

—¿Cariño? Hola. Ay, hija, me tenías preocupada. ¿Dónde estás? Llevo

intentando localizarte todo el santo día.

—Hola, mamá —le respondió Michela en español—. Día muuuuy complicado. Acabo de llegar al Umberto. Tengo guardia. La verdad es que no le he hecho mucho caso al móvil.

—Angel mío, ¿va todo bien? Te noto la voz apagadilla, ¿todo bien con Lukas?

Michela tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse a llorar y tragó saliva para bajar el nudo que se le había formado en la garganta. ¿Qué clase de misteriosa energía poseían las madres? ¿Cómo podía intuir lo que le ocurría?

—La verdad es que no, mamá —expresó con la voz tomada—, pero me pillas en un mal momento para hablar. Además, no tengo fuerzas para psicoanalizar nada sobre mi vida. Todo se ha complicado.

Michela se rascó la frente con las uñas y tomó asiento en la hilera de banquillos situados frente a las taquillas. Cruzó las piernas y se puso a jugar distraída con el cordón de las zapatillas de deporte que usaba para trabajar.

—¿Complicado en qué sentido? ¿Quieres que nos veamos? Me puedo pasar por tu casa cuando acabes o te vienes a casa y nos hacemos una maratón de cine clásico. Eso siempre anima.

Michela se echó a reír sin ganas. Su madre era una cinéfila empedernida.

Carmen Ruano consideraba que todas las crisis existenciales se podían curar

tumbadas en un sofá, atiborrándose de palomitas con Coca-Cola y viendo alguna película de los años treinta. En casos más graves siempre se podía recurrir a una tarde de compras compulsivas o a un buen corte de pelo. Michela aún no había conseguido superar la vez que su madre le hizo ver, recién cumplidos los quince, la película de cine indie , *Kids*. Le había explicado los problemas del sexo sin protección y lo sinvergüenzas y depravados que podían ser los chicos mientras su hija adolescente observaba atónica como el amigo sádico del protagonista empapaba en Coca-Cola los tampones de una señora —que hacía el papel de su madre— y se los llevaba a la boca, chupándolos como si se tratara de calipos.

Carmen Ruano nunca había sido demasiado ortodoxa en eso de la educación que impartía a su hija. Michela soltó los cordones que se le habían enredado entre los dedos.

—¿Y cuál sería tu elección para esta ocasión?

—Depende del tipo de problema por el que estés atravesando —le contestó con naturalidad—. A mí, durante la separación de Frederick, me vino muy bien ver *Sliding Doors*. Esa de Gwyneth Paltrow que descubre al marido acostándose con otra. Muy gratificante. Una pena que yo nunca llegué a tiempo de pillarlo *in situ*. Una verdadera pena.

—Mamá, ¿y de qué hubiera servido? Nada hubiera cambiado.

—Hubiera podido gritarle a gusto. A los dos.

—Te recuerdo que lo hiciste. Delante de mí y en varias ocasiones.

—No conlleva la misma carga moral hacerlo una vez que los dos han tomado una decisión que te comunican, que pillarlos *in fraganti* y desnudos en tu cama.

—Estás mal, en serio.

—Hablando de Frederick, ¿lo has llamado? Mañana es el cumple de los gemelos.

—No estábamos hablando de papá y no, no me había acordado. Le mandaré un *mail*.

—Hija, dejando de lado lo que ocurrió entre nosotros, que comprendo que fue muy duro para ti, esos niños no tienen culpa de nada. Deberías llamarlos y hablar un rato con ellos. Te adoran. Frederick siempre me lo comenta. Quizás te convendría darte una escapadita y visitarlos. Te serviría para desconectar de todo lo que te agobia en estos momentos.

—¿Irme a Alemania? Ni de coña, mamá. Más que desconectar, desearía hacer desaparecer del mapa a cierta persona.

—Ujum, la cosa se pone interesante. Eso podríamos solucionarlo. Conozco a alguien que conoce a alguien...

—Ay, mamá, déjate de tonterías.

—Estás sonriendo, ¿a que sí?

—Sí.

—Objetivo conseguido. Cariño, no dejes que una cuestión sentimental te robe la sonrisa. Ten presente eso que dicen los chinos. Todo tiene solución y si no lo tiene, ¿para qué te preocupas?

—No lo dicen los chinos, es un proverbio hindú.

—Es lo mismo.

—En realidad, no lo es. Mamá, tengo que dejarte, entro a trabajar. Te quiero y gracias. Siempre sabes subirme el ánimo.

—Te amo con locura, mi amor y ningún chico merece que mi niña esté triste. ¡Que les den a los hombres! Son unos idiotas.

—No puedo estar más de acuerdo. Idiotas e insufribles.

Para su eterna consternación no fue el rostro de Lukas el que dibujó en su mente justo cuando pronunciaba esas palabras.

Colgó el teléfono, lo guardó en el bolsillo de su camisa y cerró la taquilla.

Armándose de valor, respiró hondo y, por primera vez en mucho tiempo, dio la bienvenida al caos de los servicios de ginecología del Umberto I.

—¿Qué hubo? —le preguntó Susana en castellano y asomó la cabecita por un lateral de la puerta. Michela se dio la vuelta, se mordió los labios para no llorar y saludó con un efusivo abrazo a Susana Vásquez, una de sus mejores

amigas. La joven había estado de vacaciones fuera de Italia y a Michela, que se había olvidado por completo de la reincorporación de su amiga, le emocionó encontrársela precisamente ese día que estaba siendo tan difícil para ella.

Susana era oriunda de Lima, la capital de su país, como a ella le gustaba recalcar cada vez que le presentaban a alguien. Cuatro años atrás, Susana había emigrado a Europa en una constante búsqueda por mejorar las condiciones laborales de los profesionales de la salud, tan precarias en su país. El inconveniente fue el tiempo elegido para ello. Coincidió con el *crack* mundial de los bancos, que luego mutó en esa feroz crisis económica y había dejado a Europa temblando y de la cual, según los expertos, tardarían una década o más en salir. Tras varias reformas de las leyes laborales, que solo habían conseguido empeorar la situación, el personal sanitario italiano luchaba por mejorar las condiciones económicas con un sueldo que apenas les llegaba para pagar el alquiler y no podría equiparar la cantidad de horas que hacían en los servicios sanitarios.

—Mal día. —Michela rodeó los hombros flacos de Susana y echaron a andar hacia los ascensores.

Las dos hablaban español cuando estaban solas. A Michela le servía para practicar, pues desde que no vivía con su madre ya no solía hablar mucho el

idioma, y a Susana de desahogo porque, además de la comida, extrañaba horrores pronunciar su lengua patria.

—Mala racha querrás decir, pe. De un tiempo a esta parte siempre te veo mustia.

Michela bufó.

—Mejor vamos al lío. No me apetece hablar.

Entraron en el ascensor para dirigirse a su planta.

—Cuando tengas un hueco —le comentó Susana y la codeó para llamar su atención— tengo que contarte algo que me pasó anoche. Conocí al papacito de la vida. Te vas a morir cuando sepas.

—Como dicen en tu país, «Al toque». Luego me cuentas.

Las dos mujeres caminaron en silencio por el área de pacientes hasta el control de enfermería que quedaba a mano derecha en el primer tramo del pasillo, dejando a la izquierda la sala de curas, la farmacia, los nidos para recién nacidos y la secretaría, donde saludaron a Manuela Flores —la auxiliar administrativa que atendía el teléfono y les hizo un gesto con la cabeza mientras tecleaba a toda velocidad en el ordenador—. Una vez en el control de enfermería, Michela se dirigió a su compañera del turno anterior para que la pusiera al tanto de la evolución de sus pacientes y sus historiales clínicos.

—Chicas, acaba de entrar por centralita una llamada de la policía.

Michela, Susana y dos de las auxiliares de enfermería que tenían turno esa noche se volvieron hacia la voz de María Cossiga, supervisora de la unidad que, reclinada sobre el mostrador, se ajustaba sus gafas de pasta negra.

—Hoy vamos a tener jaleo. Adri, me avisó que hace unas horas trajeron a una chica muy malherida directa al quirófano —María Cossiga se refería a Adriana Belli que trabajaba en urgencias ginecológicas—. Me la crucé hace un momento y poco más me ha dicho. Se trata de una joven de unos dieciséis años. La han violado salvajemente varios hombres. ¡Es de pesadilla! Imagino que ya habrán avisado a sus familiares, así que estad preparadas para la que se avecina y para las cámaras de televisión en las puertas del hospital.

Las mujeres se habían quedado congeladas en sus posiciones.

—Voy a revisar la tensión y el goteo de mis pacientes. Gracias por el aviso, María —logró farfullar Michela, una vez consiguió que sus piernas le respondieran y echaran a andar.

Michela se apresuraba por el pasillo de la planta de ginecología arrastrando un carrito para efectuar las curas y revisiones de sus pacientes. Tenía la vista fija en los pequeños dibujos que formaban las baldosas azules del piso, pero no los veía. Tampoco los rostros de las mujeres que avanzaban arrastrando los pies, aferradas a sus atriles portasueros. Su mente no estaba allí. Hacía unos minutos le habían comunicado desde secretaría que la joven Inés Soto

—así le habían informado que se llamaba la chica— ya había salido de quirófano. El cirujano Andrea Modini no veía necesario pasarla a reanimación, así que la iban a subir directamente a planta. Le habían adjudicado una de sus camas.

Con una sensación de entumecimiento que la mantenía ausente, saludó y se presentó a las últimas pacientes ingresadas ese día. Aconsejó a una de las jóvenes con cesárea, tras observarle los puntos, cambiar los apósitos de las vías y comprobar que cicatrizaba correctamente, que caminara un ratito por la habitación. A otra con la zona vaginal congestionada por hemorroides tras el parto, que tomara baños de asiento y no pasara demasiado tiempo sentada. También revisó a una mujer que había dado a luz la noche anterior y aún no había logrado miccionar; tomó nota mental para hablarlo con la ginecóloga y apuntarlo en el historial clínico. Charló de algunas tonterías mientras hacía carantoñas y revisaba los reflejos y constantes de los recién nacidos. Recordó que durante la noche había pensado que llevaban una semana muy apacible. Ese día sería de todo, menos apacible. No conseguía apartar a esa joven desconocida de su pensamiento. De un momento a otro la subirían y tendría que enfrentarse a ella, a su mirada desolada. La habían afectado sobremanera las palabras de María Cossiga, «violada salvajemente». Su cabeza no cesaba de elucubrar los peores escenarios: gritos desgarradores, sangre, dolor,

mucho terror. Hombres sudorosos abalanzándose sobre un cuerpo pequeño.

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal y cerró los ojos aterrada. El corazón se le había disparado dentro del pecho y tuvo que sostenerse de una mesa cuando le sobrevino un repentino mareo. Imponiendo una sonrisa para una de las mamás, tiró del carrito y abandonó la habitación. Cerró la puerta tras ella y se apoyó en la pared. Tomó profundas bocanadas de aire.

«Por favor, Michela, céntrate, sé profesional».

Atraída por un movimiento al final del pasillo, Michela volvió la cabeza y miró más allá. Tuvo que agarrarse del marco de la puerta al descubrir a Roberto PASTRIANI conversando con Susana. Abrió mucho los ojos y literalmente se le descolgó la mandíbula. Se ocultó tras una columna, acobardaba ante la idea de que la descubriera.

De todos los... ¿por qué? ¿Por qué siempre él? Esto era demasiado. Se asomó y los espío. Para rematar la jugada, Susana le sonreía con cara de idiota, embelesaba con él y asentía a cuanto decía y tomaba notas en el historial clínico de su paciente mientras se dedicaba a devorar con ojos soñadores la impresionante estampa de Roberto, cuando creía que él no la veía. Michela los vigilaba y se dedicaba a odiar a PASTRIANI y admirarlo con idéntica intensidad. El hombre presentaba un aspecto de total desaliño que, lejos de afearlo, lo volvía aún más irresistible. Sudado, con los pelos

revueltos y una mirada tormentosa que se le antojaba más severa que nunca acentuada por ese impenitente entrecejo fruncido. Era la primera vez que lo veía enfundado en su uniforme de policía. Una vestimenta que destacaba todos y cada uno de los músculos de su anatomía. Le quitaba el aliento. Lo deseaba tanto. Ese hecho la cabreaba de tal manera que hubiera deseado abofetearlo.

«Maldito Roberto Pastriani. Maldito hombre».

Se volvió furiosa y le dio la espalda a la imagen de Roberto y Susana conversando. La punzada de celos que había sentido como una mordida en mitad del corazón le quemaba en el pecho. Sacudió la cabeza y casi voló por el pasillo en dirección contraria hasta el control de enfermería. Una vez allí centró su atención en las carpetas con los historiales clínicos de sus pacientes. Revisó la medicación suministrada durante el turno anterior y anotó la posterior evolución. Se instó a obrar con sensatez, olvidarse de Roberto y concentrarse en lo que debía hacer a continuación. Varios minutos después, Susana, con una expresión relajada y una sonrisita de bobalicona impresa en el rostro, apareció por allí.

—Creo que ya puedo morir en paz. En serio, no necesito de nada más en esta vida.

Michela la ignoró y hacía como que no la escuchaba mientras se dedicaba a

recolocar varios trastos. Experimentaba los celos, la frustración, la ira. Le pidió la carpeta, casi se la arrancó de las manos antes de que Susana tuviera tiempo de entregársela, y se puso a leer con atención todo lo que Roberto le había dicho a su amiga.

No pudieron hablar porque en ese momento se presentaron los padres de la joven Inés, clamando a gritos por el estado de su hija. Michela tomó una honda inspiración, dejó a un lado el papeleo y olvidó por completo sus cuestiones personales. Se acercó a los padres y se presentó. Tomó las manos de la madre y los condujo hasta la habitación que le habían asignado, donde les explicó que aún no la habían subido a planta. Les aseguró que estaba en manos de excelentes profesionales, que en unos minutos la verían y podrían hablar con ella. Les aseguró que la joven se recuperaría y estaba convencida de que lo haría en el plano físico. El psicológico sería un proceso mucho más lento y mil veces más doloroso.

El corazón se le encogió dentro del pecho y tuvo que controlar las ganas de echarse a llorar media hora después, cuando por fin subieron a la chica a planta.

La traían en camilla desde la sala de recuperación tras la intervención quirúrgica. Conectada a la máquina que controlaba sus constantes vitales a través del esfigmomanómetro y del oxímetro de dedo, se la veía agotada,

pero no hundida. Atendía con suma atención y deferencia a las explicaciones del cirujano de urgencias, Andrea Modini. De cuando en cuando lo interrumpía para hacerle algunas preguntas sobre su recuperación. Michela se conmovió ante la actitud de la joven y asomaron a sus ojos lágrimas de emoción. Esa chica le insufló de una energía vital que le hizo erguir los hombros. Inés Soto no era una víctima, sino toda una guerrera. Había esperado encontrarse con una joven destrozada e irrecuperable y, por el contrario, halló a una joven herida, sí, pero que presentaba feroz batalla. Su sentido de la admiración creció cuando la chica se echó a llorar sin armar grandes aspavientos cuando sus padres irrumpieron en la habitación y corrieron a su encuentro entre exclamaciones, llantos y lamentos. Por un instante, Michela dudó quién era el que consolaba a quién. El doctor Modini se acercó a hablar con la familia para asegurarles la pronta recuperación de su hija.

Un nudo de rabia y frustración se alojó en la garganta de Michela porque, a pesar de estar acostumbrada por su profesión a tratar día tras día con situaciones desagradables, pacientes desquiciantes y sangre por doquier, este suceso debido a la violencia explícita de lo que le habían hecho, le ponía los pelos de punta y la enfrentaba con una realidad de la vida de la que no tenía constancia en primera persona. Michela había vivido siempre protegida,

valorada y cuidada por su familia y amigos. La vileza del ser humano expuesta, sin velos ni tapujos, a través de esta clase de maltrato aberrante la dejaba sin argumentos y le hacía preguntarse: «¿Quién podía ser capaz de ensañarse de esta manera con una criatura? ¿Qué clase de bestia podía hacerle eso al cuerpo de otra persona?». Este tipo de crímenes la enfermaban y la enfrentaban de golpe y porrazo —con la contundencia de un bofetón en el rostro— a un lado oscuro de la vida, brutal y primitivo que convivía con ella y entre las calles que transitaba cada día.

Andrea Modini se acercó por su espalda y le colocó una mano en el hombro para llamar su atención. La arrastró fuera de la habitación. Ya en el pasillo le explicó de forma sucinta y profesional lo que le habían hecho a Inés y la medicación que había prescrito y debían comenzar a suministrarle. También le comentó, a modo de información extraoficial, que un médico forense había tomado muestras de todo, confiscado la ropa y todos los enseres personales que traía la joven. Se despidió y la dejó al cuidado de la paciente. La visitaría en unas horas para estudiar su evolución.

Una vez que las cosas se tranquilizaron y el doctor abandonó la habitación, Michela tomó el mando de la situación. Se acercó a la cama y habló en un tono amable a su paciente.

—Hola, Inés, mi nombre es Michela y soy la enfermera que se va a

encargar de que todo vaya en orden por aquí. Si te apetece, puedes beber un poco de agua y sería una buena idea mover un poquito las piernas. Así, perfecto, flexionando las rodillas. ¿Sientes que las puedes mover bien?

—Sí, puedo moverlas y me gustaría beber agua, gracias —solicitó la joven con una voz firme que sorprendió a Michela por lo inesperado. Curvó los labios en una sonrisa ancha. Esa joven era una cajita de sorpresas.

—En la mesilla encontrarás botellines de agua mineral y vasos de plástico —le explicó Michela mientras extraía uno de ellos y servía un poco de agua que entregó en las manos de la joven—. Cuando se estén acabando me avisas a mí o a alguna de mis compañeras para que te repongan el agua. Ahora te voy a traer la medicación que el doctor Modini ha prescrito para ti y luego te traeremos algo de comer. ¿Te apetece?

—La verdad es que no tengo mucha hambre, ¿podría ser más tarde?

—Por supuesto, cuando lo prefieras.

Después de haberle suministrado la medicación y haberse asegurado de revisar una vez más sus constantes vitales y que los puntos de la operación evolucionaran favorablemente, la dejó en manos de la psicóloga que la familia había solicitado.

Experimentó un vuelco en el estómago e incluso un ligero vahído la hizo detenerse cuando al atravesar la puerta descubrió a un *carabiniere* apostado a

un lado del pasillo, cerca de la habitación de su joven paciente. El hombre, con su llamativo y brillante uniforme reglamentario, la saludó serio con un gesto de la cabeza. Ella le respondió con recelo. Se dio la vuelta y avanzó por el pasillo. Tragó saliva y estudió con disimulo los alrededores. ¿Todavía andaría Roberto por el hospital? Miró al frente, irritada consigo misma. «Basta, Michela».

Se dirigió a los ascensores y torció a la derecha rumbo a la sala de descanso. Se tomó un rápido tentempié a base de café y bollos, e intentó relajarse escuchando algunas canciones en su Ipod mini. Ni siquiera la voz sedante e hipnótica de Lana del Rey consiguió apaciguar sus nervios. *West Coast* no había sido una buena idea. Quitó la música, enrolló los cables de los auriculares y los guardó en el bolsillo de su uniforme, se reclinó en su silla y se puso a leer las tonterías que sus amigos publicaban en sus muros de Facebook. Volvió a entrar a la habitación de su paciente, minutos después.

—¿A quién le toca cubrir mi turno? —le preguntó Martina, la enfermera en prácticas que ya estaba de salida.

—No estoy segura. Mira los horarios. ¿Cómo te ha ido el día?

Martina, que leía el parte de la joven, esbozó una sonrisa triste y negó con la cabeza.

—Es horrible lo que le han hecho a esta pobre chica. ¿Se sabe algo de lo

que le ha ocurrido?

Michela sujetó a la joven por la muñeca y la sacó de la habitación echando miradas furtivas a la cama en la que Inés dormía. Luego miró de reojo en dirección a las sillas, donde los padres de la chica la contemplaban con semblantes serios y entristecidos. Habló entre susurros con Martina.

—Por favor, no hagas ese tipo de comentarios cerca de ella o de sus padres.

La joven bajó los ojos, arrepentida, y asintió cohibida.

—Tienes razón —habló en un hilillo de voz—. Disculpa, es que estoy muy afectada. ¿Se sabe quién le ha hecho esto?

—La policía sabrá...

Martina elevó los ojos y le dedicó una sonrisita torcida.

—Señor mío y qué policía, ¿te comentó Susana? ¿Has visto ya al poli *buenorro*? Parece un modelo de revista. ¡My God!

En menos tiempo del que dura un pestañeo, el rostro de Martina pasó de la tristeza más absoluta al embeleso más folletinesco. Incluso le brillaban los ojos.

Michela apretó los dientes y se preparó mentalmente.

—¡Qué pedazo de espécimen masculino! —susurró excitada la joven—. Te juro que me estoy planteando dejar esta profesión desagradecida y entrar en el cuerpo de la policía. Solo verlo cada mañana ya haría que todo valiera la

pena. —Juntó las manos en el pecho—. Imagínate trabajar al lado de ese hombre cada día de tu vida. No entiendo cómo lo dejan suelto por ahí, haciendo estragos entre el personal femenino. Deberían prohibirle pisar la calle por alteración del orden público.

La joven se echó a reír bajito, al parecer muy divertida con su broma.

Michela se la quedó mirando resignada e hizo una mueca que se esforzó porque asemejara una sonrisa, pero que le quedó demasiado forzada. A ella no se lo ocurría tortura más cruel que trabajar cerca de Roberto Pastriani. Se despidió de la joven y caminó hasta la farmacia.

Así que ese hombre aún pululaba por su hospital. Inquieta con la posibilidad de tropezárselo, estudiaba los pasillos antes de aventurarse por ellos. No había ni rastro de Pastriani. Solo estaba allí el dichoso *carabiniere* que hacía guardia al lado de la habitación de Inés. Se recostó contra la pared y cerró los ojos. Se regañó mentalmente su cobardía. Este era su lugar de trabajo. Aquí mandaba ella. Si se lo topaba de frente, lo saludaría con educación y se preocuparía por saber el paradero de los delincuentes.

Esperaba que se pudrieran en una prisión el resto de su vida y punto final.

Tomó una honda inspiración para armarse de valor y decidió seguir con la segunda ronda a sus pacientes para repartir la medicación. Cuarenta y cinco minutos después, según la hora que marcaba su reloj de muñeca, y a pesar de

andar distraída con su trabajo, comprendió que no había logrado sacarse a ese hombre de la cabeza. Residía ahí en alguno de los cientos de compartimentos en que ella seccionaba su cabeza. Y cuando menos lo esperaba, ¡zas!, su rostro, su mirada e incluso ese timbre ronco de su voz se colaban por algún resquicio y la desestabilizaba por completo. Se hizo con un *caffé latte* de máquina con el único propósito de mantener las manos ocupadas en algo. Ya llevaba tres desde que había visto a Roberto hablando con Susana. Tomó asiento en una de las sillas de la sala de descanso.

Terminó el café, depositó el vaso de plástico en el contenedor correspondiente de reciclado. Un jadeo en la sala anexa atrajo su atención. Se aproximó con la intención de distraerse con alguna cháchara absurda, pero cuando las palabras macizorro y ropa interior le llegaron entre ecos de carcajadas nerviosas puso pies en polvorosa.

Se detuvo al lado de Manuela Flores, una de las recepcionistas más veteranas del hospital.

—Menudo *jaleíto* el de hoy, ¿eh? —comentó la mujer cuando Michela tomó asiento a su lado.

Michela asintió, sin muchas ganas de darle conversación.

—¡Qué tristeza tener que presenciar este tipo de cosas! Pensar que ocurren aquí, en tu misma ciudad, tan cerca. Le pone a una los pelos de punta. —Se

persignó musitando una oración—. Tengo una hija de la edad de esa joven.

Esto me deja mal, con el estómago revuelto.

—Espantoso, cierto, a mí también me pone mala.

Sin hacer una pausa, para no dar pie a la mujer a seguir la conversación, tomó los informes de esa mañana y se dispuso a estudiarlos y chequear en el ordenador la actividad del día.

Un desconcertante jadeo de la recepcionista le hizo levantar la cabeza de los papeles que estaba leyendo.

Ahí estaba él.

¡The man of the day!

El hombre que había revolucionado las hormonas del personal femenino del área de ginecología del Umberto I. El mismísimo Roberto PASTRIANI que solo tenía ojos para ella, porque la estudiaba como si quisiera desvelar todos los secretos que guardaba su alma. Era imposible mantenerse indiferente bajo el imperio de esa mirada verde, incisiva y avasalladora. Los cafés que había consumido en las últimas horas comenzaron a revolverse en el interior del estómago. Tragó saliva.

Ay, señor, iba a vomitar. No, no frente a él. Esa etapa ya estaba superada.

Roberto no iba a hacerle nada. «Mantén la calma y la tranquilidad, Michi.

Roberto es policía», se recordó.

Uno de los buenos, además. Había salvado a esa pobre chica.

Sin entender muy bien por qué, la imagen de Roberto, tan fuerte y todopoderoso, irrumpiendo en el lugar donde mantenían retenida a la joven, repartiendo mamporros a los malos y sacándola de allí entre sus brazos fuertes y musculosos, la embargó de un fiero sentimiento de orgullo, la enterneció y le hizo devolverle una mirada conciliadora.

Roberto se sobrepuso antes que ella a la impresión de volver a verse ese día. Sus labios se ensancharon en una de esas sonrisas brillantes que le alegraban a una la mañana, la tarde y el resto de la vida. Manuela, sentada a su lado, gimoteó.

—Michela, ¡qué sorpresa encontrarte aquí! Tal vez puedas ayudarme.

Ella volvió a tragar saliva, dejó la carpeta sobre el escritorio y le habló adoptando una voz seria, muy profesional.

—Buenas noches, dime, ¿en qué puedo ayudarte?

Roberto dibujó una sonrisa socarrona y meneó la cabeza. Dio la vuelta al mostrador para situarse del otro lado de la recepción y frente a ella. Manuela ahogó un jadeo. Las sorprendió a ambas cuando se acuclilló delante de Michela e hizo girar la silla en la que ella estaba sentada. Así la tenía a su alcance. Había apoyado los brazos en los laterales de su asiento y con sus manos le rozaba los muslos. A Michela se le secó la boca, las pulsaciones se

le dispararon y su cuerpo se enfrió de golpe. Todo a la vez. Cruzó las manos en torno al pecho. Lo último que deseaba era que Roberto se percatara de cómo le temblaban.

Sin ser muy consciente de lo que hacía, aprovechó que lo tenía cerca para analizar sus rasgos en busca de algún defecto ostensible que lo hiciera desmerecer ante sus ojos. «Sus cejas», se dijo triunfante tras una inspección rápida. Muy gruesas y negras. No eran en absoluto hermosas. Se desanimó al comprender que lejos de resultar desagradable, a él le iban bien porque acentuaba la fuerza de su mirada gatuna, enmarcada por un abanico de pestañas tupidas, magníficas. Se las envidió.

La joven meditó, desalentada, que Martina y su cara de bobalicona tenían razón, ese hombre parecía un modelo de revista.

El único defecto visible, que despuntaba entre tanta asquerosa perfección y llamaba la atención, era su nariz. Muy larga, aguileña, algo abultada sobre el puente. Probablemente se la había roto en algún momento de su vida. No le resultaría nada extraño habida cuenta de su profesión, pero, incluso ese detalle, el haberse roto la nariz peleando por su país y defendiendo a los más débiles, lo hacía más hermoso a sus ojos. Añadía un plus de gallardía a ese costado pendenciero que parecía un rasgo intrínseco de la personalidad de ese hombre.

—Tú siempre tan formalita, ¿no? —le dijo en voz baja. Cada palabra envió una descarga de corriente eléctrica que debió conectar directamente con algún punto de su útero, porque la hizo sentir unos molestos e inoportunos pinchazos en el interior de su vagina.

También le revolvió el estómago.

Teniendo en cuenta cómo afectaba Roberto a su aparato digestivo, reflexionó Michela de forma absurda, nunca podría ir a comer con este hombre. Ese pensamiento y la imagen de ella vomitándole encima, casi la hizo prorrumpir en carcajadas histéricas.

Pastriani, que seguía acucillado frente a ella, echó el torso a un lado y miró de reojo a la recepcionista que, con toda probabilidad, se dijo Michela resignada, estaría convulsionando.

—Ven un momento, no tengo ganas de tener oyentes.

Sin esperar su respuesta, la tomó de la mano y la levantó de su asiento.

Pasaron por delante del mostrador y la situó cerca del acceso que llevaba a las

habitaciones de las pacientes. Estas quedaron a sus espaldas. Él apoyó una mano en la pared, a la altura de su cabeza. Michela fue consciente de tres cosas al mismo tiempo: que la había dejado encerrada en el semicírculo que formó su brazo con la pared, que la sombra de su barba ya comenzaba a clarear en su barbilla, y que Manuela, sin dejar de espiarlos por el rabillo del

ojo, había agarrado el teléfono y estaba hablando con alguien.

En cuestión de minutos, todo el hospital estaría al tanto de que ella conocía al poli *buenorro*.

—Quiero ver a la chica —soltó Roberto sin dejar de mirarla.

—¿Qué chica?

—No te hagas la tonta, ya te he dicho que no te queda bien. Quiero ver a Inés Soto. Necesito hacerle unas preguntas.

—Ni hablar.

Roberto, frustrado, se frotó la cara con la mano.

—Escúchame, comprendo tus posibles recelos. No seré brusco con ella, pero es necesario que le...

—Y te tienes que largar de aquí —le interrumpió ella—. No estoy al tanto de que tengas autorización para deambular por los pasillos. Menos aún para visitarla.

Roberto se inclinó y la miró con ojos entrecerrados.

—¿Autorización? ¿Me tomas el pelo? —replicó molesto.

Michela se humedeció los labios y tragó saliva. No le pasó por alto la mirada hambrienta que le había dedicado Roberto a sus labios.

—Vete o me veré obligada a llamar a seguridad.

—Michela, para que nos entendamos, yo soy la puta seguridad,

¿comprendes? Y me estoy cansando de estos juegucitos que te traes.

—Yo no me traigo... ningún «juegucito», como tú dices —manifestó alterada y enfadada—. Además, la chica acaba de salir de una intervención quirúrgica. El médico forense ya tomó los datos y muestras que precisaba. Todo está en manos del juez —le dedicó una sonrisa de labios estirados—, y tú no tienes nada que hacer allí a menos que seas un familiar directo. Cosa que sospecho, no eres.

Roberto perdió todo rastro de buen humor y el subidón de adrenalina que había experimentado al descubrirla detrás del mostrador. Cansado con esa situación absurda, dolido también por la actitud déspota e injusta de Michela, dejó de lado la diplomacia y la tomó por el codo.

—Vamos a hablar tú y yo. Ahora —le siseó cabreado en el oído.

Comenzó a tirar de ella por el pasillo en dirección a los ascensores.

Michela, que no tuvo tiempo de reaccionar, lanzó nerviosos vistazos a su alrededor. Sabiéndose objeto de las miradas extrañadas del personal y de varios pacientes que transitaban la recepción y los pasillos, se dejó arrastrar.

—¿Te has vuelto, loco? Suéltame —le ordenó ella entre dientes.

Roberto siguió de largo y se detuvo frente a la puerta de la sala de curas.

Echó una rápida ojeada, para percatarse de que nadie los interrumpiría, y los metió a los dos en el interior. Nada más trasponer la puerta, la soltó y cerró

tras ellos bloqueándole la salida con su cuerpo. El clásico olor antiséptico de la habitación les inundó las fosas nasales.

Michela se alejó varios pasos, mascullando insultos en español y se frotó con nerviosismo el brazo que él había tocado. Pastriani se cruzó de brazos. Su imponente estampa de metro noventa quedó enmarcada por el tenue charco de luz que arrojaba el ventanuco de la puerta y le velaba los rasgos. Como una figura de pesadilla que se alzaba amenazadora, amedrentándola, ella apenas podía distinguir sus facciones a esa distancia.

—¿Qué cojones te pasa conmigo? —le preguntó Roberto a bocajarro.

Michela, algo asustada, le copió la postura de brazos cruzados.

—Abre la puerta.

—No, hasta que hablemos.

—No tenemos nada de qué hablar.

—Una mierda que no.

—Eres un grosero y un malcriado. Apártate de la puerta y déjame salir.

—Disculpa mis toscos modales. Provocas eso en mí, Michela. Es verte y empezar a soltar tacos sin tino.

—Roberto, déjame salir. Creo que tanto anabolizante te ha afectado el cerebro.

Pastriani había soltado una risotada.

—No tomo anabolizantes, cariño, todo lo que ves es natural y lo que no ves, también — matizó con el propósito de sacarla de quicio.

Michela se encontraba a un paso muy pequeño de romper a vociferar, rabiosa con él. Más que eso, furiosa contra él como nunca lo había estado con nadie en toda su vida. Ese hombre no era más que un abusador. Se quería morir de la vergüenza que sentía frente a sus compañeros. Qué terrible espectáculo acababa de ofrecer, siendo arrastrada por los pasillos como una niña en falta. ¡En su jodido lugar de trabajo!

Agobiada de ese miedo absurdo que él le inspiraba y le impedía explotar con la contundencia que deseaba, también de que la tratara como si ella fuera retrasada, de que le estuviera destrozando la relación con su novio y de todas las miles de cosas disparatadas que sentía por él, mandó todo al infierno. La ira, revolviéndose entre sus tripas, llegó a ebullición y explotó. Por primera vez dio vía libre a toda la frustración, la impotencia, el miedo y a ese oscuro y abominable deseo que experimentaba por él. Se enfrentó por primera vez a ese hombre.

—¡Quién demonios te crees que eres! —Echó al cuerpo hacia adelante, la cabeza apuntando alto—. Vienes aquí, ¡a mi lugar de trabajo!, con todo tu descaro y tus malas formas y esa actitud despótica de quien no le debe nada a nadie. ¿Acaso hay que hacer lo que a ti se te antoja? ¿Justo cuando se te

antoja? Pero ¡de qué vas! Y para colmo me arrastras frente a todos mis compañeros. ¡Me encierras aquí! ¡En una maldita sala de curas! Estás mal de la cabeza, ¿lo sabes? —Se golpeó con el dedo la sien—. ¡Estás verdaderamente mal de la cabeza! ¡Estás loco! Tienes un problema muy serio con...

—¡¡¡Pues claro que tengo un problema!!! —rugió él colérico y violento.

Sus ojos verdes centelleaban destacando en la oscuridad de la habitación la mueca siniestra en que se transformó su rostro.

La reacción brusca y desproporcionada de Roberto la pilló desprevenida y la hizo retroceder asustada. Se llevó una mano a la boca entreabierta y chocó contra la camilla metálica que estaba ubicada a sus espaldas. Toda su furia extinta, igual que si le hubiera caído encima un cubo de agua helada.

Roberto dejó caer la cabeza y soltó un suspiro acongojado que, sin entender muy bien por qué, a ella le rompió el corazón.

—Pues claro que tengo un problema —volvió a repetir. La pena y la resignación que trasuntaron esas palabras expresadas en voz baja la asustaron mil veces más que el hecho de que furioso hubiera empezado a gritarle y lanzar cosas por doquier.

Pastriani alzó la cabeza y le buscó los ojos hasta encontrarle la mirada. Se observaron fijamente con la respiración contenida desde la distancia de varios

pasos que los separaba.

—¿Quieres saber cuál es mi problema, Michela?

Los brazos de él colgaban ahora flojos a los costados de su cuerpo, pero ella no se tragó por un instante su fingida mansedumbre. Confirmó sus sospechas un momento después cuando él se echó a andar en su dirección. No apartaba esos fieros ojos verdes de ella. Igual que un depredador que estuviera acechando a su presa.

—Mi problema, Michela, es que hace cinco malditos minutos que has pronunciado mi nombre...

La respiración de Michela se volvió errática. El corazón había sufrido una desaceleración y parecía retumbarle en el interior del pecho al ritmo de los golpes de sus botas militares sobre las baldosas de cerámica. La figura de Roberto avanzando implacable hacia ella se le desdibujaba por momentos.

—Mi problema, Michela, es que soy jodidamente consciente de que jamás lo habías hecho hasta el día de hoy.

Y seguía acercándose.

—Pero tengo problemas más graves, Michela. —Antes de que su boca terminara de pronunciar su nombre, ya lo tenía encima.

La apretó contra la estructura metálica que crujió por el peso de ambos. La dejó encerrada en el capullo que formaron sus manos abiertas, apoyadas

sobre la camilla, a los lados de sus caderas. Michela parpadeó confundida, abrumada por el peso del cuerpo de él presionando contra el suyo. La escasa luz procedente del pasillo parecía haber sido absorbida por el cuerpo de Roberto y la sumía a ella en una oscuridad total. No distinguía con claridad sus facciones ni teniéndolo a dos palmos de narices y, quizás debido a eso, el resto de sus sentidos parecieron cobrar preponderancia. Michela, que vivía toda esa absurda situación con un extraño sentimiento de ajenidad, dilató sus fosas nasales para hacerse con la esencia de él. Roberto olía a sudor, a pólvora y también a una esencia de perfume, algo rancia ya por el paso de las horas. Atraída por ese olor, se inclinó ligeramente hacia adelante y aspiró con avidez las débiles notas cítricas de la bergamota, del sándalo y del cedro. Esa esencia tan íntima de él la embriagó y la hizo entrecerrar los ojos.

—¿No quieres saber cuál es mi verdadero problema, Michela? —susurró él junto a su oído al tiempo que le deslizaba una mano por la cara interna de su muslo.

Michela se estremeció y contuvo el aliento. Ignorando las advertencias de su cabeza, se limitó a apretar los muslos en un vano intento por contener la oleada de furioso calor que le inundó el sexo.

La calidez de su mano sobre ella penetraba entre las capas de ropa y le quemaba la piel. No se hubiera sentido tan expuesta de hallarse desnuda ante

él. Michela cerró los ojos con aletargada lentitud.

Se envaró segundos después cuando notó cómo sus dedos se cerraron en torno a su nuca, enredándose entre los rizos negros de su cabello negro, muy cortos en esa parte. Su aliento le cosquilleaba en la nariz.

—El verdadero problema que tengo, Michela —le dijo Roberto en un jadeo torturado que le envió escalofríos por todo el cuerpo—, es que desde que te conocí no he podido tocar a ninguna otra mujer.

Ella abrió los ojos de golpe y lo contempló sin pestañear, estupefacta e inmóvil, violentamente excitada, aprisionada entre la camilla y su cuerpo. No debía dejarlo hablar. Lo sabía. Ese hombre la liaba, le aturullaba el cerebro con esa lengua de serpiente sibilina que tenía, sin embargo, no contaba con las energías necesarias para frenar todo eso.

—Eso no es... yo no... no —balbuceó ella sin comprender qué debía decir o qué podía replicar a eso.

—¿Estás contenta, ahora? ¿Satisfecha?

Michela, con los ojos velados de lágrimas, negó con la cabeza. El movimiento que hizo pronunció la sensación de los dedos de Roberto sobre su nuca y le provocó un estremecimiento.

¿Por qué no lo detenía? ¿Por qué no lo apartaba de un empujón?

—Yo... no estoy...no sé, lo siento.

—¿Qué es lo que sientes, Michela?

Su mano tan cálida se internó en la cinturilla elástica de su pantalón y sus dedos apretaron con impetuosidad la carne tierna y fría de su cintura. Ella encogió el estómago y dejó escapar un gemido involuntario. Sentía mojarse la fina tela de sus braguitas con su propia excitación.

Michela se humedeció los labios. Se veía incapaz de hilvanar una sola frase coherente. No podría hacerlo mientras la mano de Roberto estuviera en contacto con la piel desnuda de alguna parte de su cuerpo. Cerró los ojos y arqueó la espalda, transida por un placer indescriptible cuando los dientes de él se clavaron suavemente en el lóbulo de su oreja. PASTRIANI dejó que sus labios húmedos descendieran perfilando la línea suave de su mandíbula para terminar lamiendo con una pasada lenta y lánguida la esponjosidad de su labio inferior. Tan extraño y surrealista se le antojó ese momento con él, que Michela pensaría mucho después, ya en la confortable oscuridad de su dormitorio mientras recreara la escena, que todo había sido producto de un sueño.

—¿Sientes esto, Michela?

Si no hubiera estado atrapada entre la camilla y el cuerpo de él, se hubiera desplomado contra el suelo. Jamás había sentido nada parecido con nada, con nadie, nunca, en toda su vida...

Le torturaba comprender la facilidad con que accedía a sus demandas, la pasmosa impunidad con que ella le dejaba hacer lo que le viniera en gana con su cuerpo y más que cualquier otra cosa, le avergonzaba esa necesidad visceral y agónica con la que vivía toda esa situación.

—Por favor —murmuró ella desesperada, aterrada. Se retorció y contrajo la vagina, asombrada con la reacción desproporcionada de su cuerpo.

Roberto apoyó la frente en la de ella.

—Por favor, ¿qué, Michela? —suspiró él. Sus dedos le presionaban la carne, hundiéndose en las depresiones de sus caderas, una de sus rodillas se había internado entre sus piernas y la apretaba contra su sexo.

A Michela se le aflojaron sus propias rodillas.

—No me hagas esto.

Le humilló la súplica. La desesperación que filtraba el timbre agudo de su voz.

—¿Que no haga... qué? ¿Esto?

Y siendo incapaz de contenerse por más tiempo, la besó.

9

Y todo a su alrededor se detuvo y estalló al mismo tiempo. El aire en la habitación pareció comprimirse en torno a sus cuerpos para luego expandirse como una tormenta de pequeñas partículas hasta límites infinitos. Los

amantes se vieron envueltos en una cálida atmósfera que era densa y ligera a la vez, que enfriaba sus cuerpos y calentaba sus almas.

Tan anómalo se había vuelto todo, tan singular y único que ninguno podía entenderlo, menos aún explicarlo. Solo eran capaces de sentirlo.

Roberto afianzó la mano en torno a la nuca de ella, hundiendo los dedos en su cuero cabelludo, apresándola como si temiera que ella pudiera escapar en cualquier momento. Le buscó los labios con ansias, hambriento y necesitado.

Toda la precaución de la que había hecho gala momentos atrás desapareció entre un parpadeo y el siguiente. Se sintió desbordado. Quería volcar sobre los labios de esa mujer la frustración que sentía. También la incertidumbre por todos los ingobernables sentimientos que ella le despertaba, por el sentido de posesión que le inspiraba. Era un beso, este, donde había un poco de venganza, algo de rabia y una pizca de súplica. Una receta infalible para perder la cabeza. Roberto no podía llegar a entender qué demonios le ocurría con ella, tampoco comprendía por qué precisamente tenía que ser con ella.

¿De qué parte remota de su cerebro provenía esa urgente necesidad por llevársela y esconderla? Sin pararse a meditar todas estas cuestiones, restregaba con avaricia los labios contra los suyos. El sabor de su boca, suave y algo ácido, lo estaba intoxicando, lo debilitaba y lo volvía loco de deseo. La deseaba tanto, la necesitaba tanto. Jamás se había sentido así: ansioso,

excitado, muy nervioso. Aprovechó un instante que ella entreabrió los labios sofocando un jadeo para introducirle la lengua en el interior de su boca.

Gruñó, completamente descontrolado, cuando la lengua de Michela le salió al encuentro y lo succionó con avidez. No hubo en ella timidez, recato o dudas.

Una violenta excitación lo recorrió de arriba abajo. La polla rígida y pesada bajo sus pantalones dejó escapar una gota de semen y él tuvo que ahogar un quejido. Sus caderas lo impulsaron hacia adelante, implorándole que se enterrara en el interior de esa mujer. «La única para ti», le susurraba alguna parte remota de su cerebro. Dejó que los dedos se internaran en la entrepierna femenina y jugaran con la tira de sus braguitas hasta que, abrumado por tantas sensaciones, apartó la tela y con su dedo mayor la penetró. «¡Oh, joder!». Ella estaba a cien, suave y deliciosamente resbaladiza. El puto paraíso. La vio abrir los ojos y apretar los labios con fuerza. El labio inferior desapareció entre los dientes y él pensó que necesitaba tener ese labio entre sus propios dientes. Y lo tendría en el próximo segundo y medio.

—Oh, cariño, estás tan caliente, me vuelves loco —musitó él arrastrando las palabras. La besó con avidez y succionó sus labios con frenesí, mordisqueándola. Su jodida erección latía hasta machacarlo, exigiéndole su dosis de mimos y atención.

Separó la boca de la ella y se alejó para poder contemplar su rostro.

Necesitaba verla en ese momento, mientras la masturbaba.

Michela tenía los ojos cerrados, los párpados tan fuertemente apretados que casi no podía distinguir sus pestañas. La piel satinada de su frente brillaba por el sudor. Le enterneció descubrir la presión que sus manitas ejercían sobre la camilla, asiéndola con todas sus fuerzas como si estuviera soportando un dolor agónico. Temblaba de arriba abajo.

La joven pareció volver en sí en ese instante y abrió los ojos con pesadez. Las pestañas le revoloteaban temblorosas. Le costó enfocar la vista. Cuando lo hizo, le devolvió una mirada brillante, muy caliente. Ese gris de sus ojos casi fulguraba. Roberto hubiera podido caer de rodillas ante esa mirada, rendido como un vasallo. Unos segundos después, ella pareció recordar lo que estaba haciendo y con quien. Su cuerpo se tensó. La espalda entre sus brazos se volvió rígida igual que si alguien le hubiera colocado un palo de escoba en lugar de su columna vertebral.

Sin perder un segundo, antes de que ella se espabilara del todo y reaccionara gritándole enfurecida, se lanzó a devorar sus labios con soberbia, con el afán de volverla loca y hacerle olvidar todo lo que no fuera él. Frotó con la palma de su mano su clítoris y hundió su dedo haciéndolo girar en su interior, deseando que fuera su polla y no su mano, lo que se la estuviera trabajando. Un jadeo largo y agonizante escapó de los labios femeninos. Él

gruñó en respuesta por el tirón que experimentó en sus propias pelotas.

¡Merda! Volvió a buscarle los labios, penetrándola con la lengua, siguiendo el mismo ritmo implacable con el que su mano la masturbaba. Dejó que su otra mano descendiera por su espalda, tanteándole los músculos, arañando su espina dorsal, presionando e internándose entre la delgada tela de sus pantalones hasta agarrarle el trasero. Cuando su mano se alojó bajo sus nalgas, se lo apretó sin misericordia. El grito de ella hizo que aflorara a los labios de Roberto una sonrisa torcida de triunfo.

—¿Te gusta así?

Comenzó a masajearle los glúteos. Tenía un culo perfecto, mullido, muy suave. Se le secó la boca al imaginarlo entre sus dientes. Quería mordérselo. Quería follárselo. Rugió contra su boca cuando sintió los dedos de Michela avanzando por sus brazos, enterrándose en las depresiones que formaban sus bíceps, para luego trepar por su cuello y asirse con fuerza a los gruesos mechones de su cabello, tironeándolos. Él aprovechó la coyuntura para apretarla contra su erección. «¡Joooooder!». La polla ardía. «Hija de puta». Necesitaba darle un desahogo a la pobre o las cosas se podrían muy feas ahí abajo.

—Oh, *merda*, Michela, *per càrita, toccami...*

Tras oírle pronunciar esa súplica velada, Michela parpadeó. ¿Tocarlo?

Abrió los ojos de golpe.

¡Santo Dios! ¡Qué demonios estaba haciéndole ese hombre! ¡Qué habían hecho? ¿Cómo había podido dejar que las cosas llegaran hasta ese punto?

Apoyó las palmas de sus manos sobre el pecho de él y lo empujó con todas las fuerzas que pudo reunir.

—¡¡¡Noooooo!!! —El grito doliente de ella podría haberse escuchado en la ciudad vecina.

Roberto, que apenas percibió el empujón inmerso en esa bruma tóxica de violenta espiral sexual, se apartó de ella jadeando al escuchar su grito lastimoso. Los ojos de ambos se encontraron en el espacio que los separaba.

Ella también resollaba excitada, decepcionada y muy asustada. Él le devolvió una mirada tan hambrienta y salvaje que Michela tuvo que recitar varias veces el nombre de su novio y afianzar las piernas en el suelo para evitar salir a su encuentro y suplicarle que la aliviara entre las piernas.

Necesitaba recuperar algo del dominio sobre sí misma.

Lukas Sabonis era su novio, un hombre maravilloso que confiaba en ella y en su integridad. Ella acababa de traicionarlo de la manera más vil y asquerosa.

Cuando Roberto hizo el intento de volver a por ella, Michela alzó unas manos temblorosas al frente y negó con la cabeza.

—¡No te atrevas a acercarte! —vociferó con el rostro desencajado.

Roberto se detuvo en seco. Sin saber qué hacer a continuación, se la quedó mirando como un idiota.

—¿Qué pasa?

—¡No tienes principios ni honor!

Las palabras de ella lo desarmaron y se enfrió de golpe.

—¿Qué?

—¡Eres un cerdo!

—¡Basta de insultos! ¿Qué carajo estás diciendo? ¿Qué sabes tú de mi honor, de mis principios? ¿Quién demonios habla hoy en día de honor? Luego soy yo el que habla raro.

—Cállate. Lárgate. No quiero oírte, no quiero verte. No quiero nada contigo. Nada, jamás. ¡Te prohíbo que vuelvas a acercarte a mí!

Roberto avanzó. Ella retrocedió, y él, haciendo caso omiso de las súplicas y órdenes, la ciñó por los brazos.

—¿Estás cabreada conmigo o contigo misma, Michela? —le espetó en voz baja—. ¿De qué honor hablas? ¿Del mío o del tuyo?

—¡Cállate! —gritó ella furibunda, aterrada mientras forcejeaba para soltarse de él—. ¡Me das asco! ¡Esto me da asco!

Roberto afianzó la presión sobre los brazos de ella y la alzó. Inclino la

cabeza y la zarandeó, furioso con ella. Los ojos de Michela restallaban.

¿Podía ser cierto que hacía unos segundos la había tenido entre sus brazos, blanda y excitada, fundidos en el beso más puñeteramente espectacular que había recibido en toda su maldita existencia?

—¿Asco? —retrucó él con incredulidad. El fuego de la ira asomaba a sus ojos verdes—. No creo que sintieras mucho «asco» mientras gemías como una loca cuando te masturbaba.

Michela se congeló. Se lo quedó mirando con los ojos abiertos de par de par, conmocionados, inundados de lágrimas. Los labios comenzaron a temblarle y sacudió la cabeza de un lado a otro, aturdida.

Roberto se sintió como el habitante más miserable del planeta Tierra al contemplar la desolación que le ensombreció drásticamente el semblante.

—No, no, Michela, joder, no, por favor.

Ella estalló en un llanto amargo que le comprometió el cuerpo entero. No se contuvo, no hubiera podido de todas formas. La situación la desbordó por completo y comprendió que no podría frenarse.

—Lo siento, lo siento, por favor...

Maldito y jodido animal. Eso es lo que era. La asió por la cintura y la acercó a su pecho, rodeándola con sus brazos que se cerraron en torno a ella.

La apretó fuerte contra su cuerpo. Sus manos buscaban consolarla

acariciándole el cuello, la nuca, el cabello ondulado, ¡qué suave lo tenía! Le dio ternura verla cobijada contra él llorando como una Magdalena. Descubrió que tocarla había sido un error, porque lejos de calmarla, aquello pareció afectarla especialmente y el llanto recrudeció.

—Lo siento, cariño, lo siento tanto. Por favor, Michela, por favor, no llores. Me está matando verte llorar. No lo soporto.

Sin embargo, ella continuó llorando, desahogando todo el tumulto de pesares y remordimientos que llevaba por dentro.

—Eres un cerdo, un cerdo —sollozó de forma casi ininteligible y se restregaba las lágrimas con el dorso de las manos y sorbía los mocos como una niña. El llanto pareció remitir.

—Sí, lo soy. Eso y mucho más.

Roberto extrajo del bolsillo trasero de sus vaqueros un paquete de pañuelos de papel y sacó uno. Con cuidado procedió a limpiarle los ojos y la nariz.

—Todos los insultos que tú quieras, pero, por favor, deja de llorar. Mírame, Michela, mírame, por favor.

Aquello pareció devolverle la calma.

Ella alzó la vista y lo contempló con una rabia apenas contenida. Tenía los ojos hinchados, enrojecidos, con las pestañas aglutinadas de lágrimas. El cuerpo aún se le estremecía con los últimos accesos de llanto y la nariz le

moqueaba. Era la criatura más adorable, tierna y maravillosa que él había conocido en su vida.

—Eres un idiota —musitó ella, que le arrebató el pañuelo de las manos y se sonó la nariz.

Y así, contemplándola mientras ella se sonaba los mocos, lo insultaba y le devolvía una mirada recelosa, Roberto Pastroiani comprendió que se había enamorado de Michela Hauffman y que ese amor era lo más fuerte y sagrado que había sentido jamás por otro ser humano. Tanto amor sentía por ella que no pudo contenerse, estremecido y emocionado por esa revelación se agachó y besó con reverencia sus labios hinchados, tan blandos y suaves después del llanto.

Ella se sobresaltó y echó la cabeza hacia atrás.

—¿Qué estás haciendo! ¿Es que a ti nada te importa?

—Me importas tú —le contestó muy serio.

—Pero Lukas, tu mejor amigo, te importa una mierda.

¿Cómo podía desear comérsela a besos en un segundo y sacarlo por completo de sus casillas al siguiente! Para noquearlo ella solo necesitaba pronunciar unas pocas palabras directas y concisas que apuntaban con asquerosa puntería. Roberto, cabreado, la sujetó por la nuca y la acercó a él.

—En este momento, ¡sí! —le habló con fiereza—. Lukas me importa una

mierda. Es más, si te soy sincero, lo detesto. Detesto que pueda besarte cuando le venga en gana, mientras que de mí te apartas aterrorizada. Detesto que me digas que lo que acabamos de vivir te da asco, ¡que yo te doy asco! Detesto que me tengas miedo. No lo soporto, Michela. ¿Por qué me tienes miedo? ¿Acaso no sabes que yo jamás te haría daño?

«¿Cómo podría, mujer tonta? Si estoy loco por ti».

Michela colocó su mano sobre la de él y la apartó de su cuello. Retrocedió y le hizo una señal con la cabeza para impedirle que volviera a acercarse.

—¡Basta, ya! Basta, Roberto. No hay ningún nosotros aquí, ¿no te das cuenta? Entre nosotros no hay ni habrá nada, jamás. Lukas es mi pareja, no tú. Acabo de traicionarlo y no puedo perdonármelo. Tú también lo has traicionado porque es tu amigo. Lo que hemos hecho aquí es asqueroso, sucio y está mal.

Cada palabra de ella lo perforaba un poquito más. Temía mirar hacia abajo y ver un agujero en el lugar en el que debía estar su corazón. ¿Así que esto era lo que se sentía cuando alguien te rompía el corazón? La miraba y la miraba buscando el sentido o la lógica a toda la sarta de chorradas que le estaba diciendo y no podía entenderla. Ella lo contemplaba con una frialdad que lo dejaba vacío. ¿Acaso no había sentido lo mismo que él? ¿Qué mierda importaba todo cuando uno sentía de esa manera? ¿Sería capaz de volver con

Lukas? ¿Le permitiría que la tocara? ¿Después de lo que ellos habían vivido?

Si hubiera tenido delante al desgraciado, lo mataba.

—No vuelvas a decir que es asqueroso. No lo hagas.

Michela ignoró las palabras de Roberto y continuó su arenga.

—Y no se volverá a repetir. Nunca hablaremos de esto. Además, no tiene sentido hablar de nada, porque eres un completo desconocido para mí. No eres nada para mí.

En ese preciso momento, tras escuchar esa última frase, el dolor que sentía Roberto mutó en furia, la furia en odio. Cruzó los brazos en torno al pecho y se echó a reír, detestándola. La ira le bullía al rojo vivo en las tripas. Deseaba destrozarla del mismo modo en que ella lo estaba destrozando a él.

—¿Y a cuántos desconocidos les dejas que te hurguen con los dedos en la vagina, Michela? ¿A cuántos te has ventilado en los despachos del hospital? Quizás es que Lukas no sabe cómo hacértelo bien. Puedo enseñarle a que te dé placer, si ese es el problema que tienes con él. Le puedo decir qué es lo que tiene que hacer para que te pongas a ronronear como un gatito. Hay que apretarte en el coñ...

Michela abrió mucho los ojos y se encendió de vergüenza y de odio, también de rabia. Tal era la rabia que sentía, tal el aturdimiento que se quedó paralizada y no pudo pronunciar una sola palabra. Sin dejarlo terminar —la

humillación de que la tachara de puta se la ahorraría—, se dio la vuelta y se echó a andar hasta la puerta. Tenía que largarse de allí, no soportaba esa situación ni un minuto más.

Roberto la siguió y la tomó por el codo, la giró y la colocó frente a él en un solo movimiento. La apoyó contra la pared, apartando de una patada un carrito, que le estorbaba en el camino. Michela no escuchó siquiera el golpe del mueble al chocar con la camilla frente a ellos. Roberto la sujetó por el mentón y la encaró.

— No, preciosa, de aquí no te vas, y ya que estamos con los insultos añades dos más a tu propia lista: hipócrita y cobarde.

Michela se revolvió como una posesa. Elevó el brazo con la intención de abofetearlo, de arrancarle los ojos si podía. Él fue más rápido. Le paró la mano en el aire y volvió a aprisionarla contra la pared sujetándola por las muñecas para impedirle que volviera a intentar golpearlo y también evitar que se hiciera daño a sí misma.

—¡Suéltame! ¿Con qué derecho me impides salir de aquí? Eres un bastardo, te odio.

—¿Sabes qué es lo que te pasa, Michela? Que te has acomodado y no soportas que nadie venga a joder ese mundo fácil y resultón que has creado a tu alrededor y no luchas por aquello que te hace feliz. Eliges la comodidad, la

falsa ilusión de seguridad, antes de ser capaz de abrazar la incertidumbre de aquello que te ha hecho sentir viva por primera vez en toda tu puta y ordenada existencia. Por eso estás con alguien como Lukas, tan insípido, tan puñeteramente sereno. Dime, o no me lo digas, pero sé sincera contigo misma al menos. Júrame que no te has sentido viva entre mis brazos como nunca antes te habías sentido. No me vengas con chorradas sobre la moral o la ética. Pecado e infierno. Bobadas. No soy ningún puto santo y no creo en Dios, sin embargo, no me engaño, no me escudo en una moralidad hipócrita, no finjo lo que no siento. Doy la cara.

—Y no piensas en las terribles consecuencias que tus acciones tienen para los demás. Eres egoísta y un irresponsable.

—Bien, como veo que no enteras, te lo voy a resumir. ¿Amas a Lukas?

—Eso no es algo...

—¡Respóndeme, maldita seas!

—Sí, lo amo.

Roberto se apartó de golpe, como si de pronto la piel de sus muñecas lo hubiera quemado y no la miró cuando le dijo:

—Entonces no tenemos nada más que hablar. Que seas muy feliz, Michela.

Tampoco lo hizo después cuando salió de la habitación y abandonó al amor de su vida.

Lucianna Petra estaba cansada de todo. De haberle hecho durante meses la pelota a la estirada de Bárbara Cottini, para que ahora la muy perra se hubiera largado a Milán. ¡Sin ella! Se había llevado a Sandro Muglio. Sandro, que era incapaz de distinguir la diferencia entre el *habeas corpus* y el *Corpus Christi*. De tener que aguantar a su nuevo jefe, Lukas Sabonis. Deambulaba por los pasillos con una sonrisa de bobalicón estampada en la cara, saludando a todos. «Idiota tarado». Desde que lo habían ascendido a director de operaciones no había quién le tosiera. Se había hecho con el despacho de la Cottini y lo había transformado de arriba abajo. Mobiliario minimalista, nueva pintura en la pared y había mandado instalar persianas del tipo venecianas.

Lucianna tiró a la papelera la cucharita de plástico con la que había removido su café. También estaba cansada de ese asqueroso café de máquina. Con la pasta gansa que generaba cada uno ya podrían invertir en comprar una puñetera Nespresso.

Sabonis, que permanecía de pie parapetado tras su nueva mesa de reuniones de una madera noble y sólida, exponía frente a ella y los demás miembros de su despacho las nuevas directrices que se iban a implantar en el bufete.

«Hay que dotarlo de nuevos aires. Aires emprendedores, aires que nos diferencien. Y empezaremos por un trato más personalizado y empático hacia

nuestros clientes —explicaba Sabonis». Pretendía que sus nuevas medidas, «con la colaboración de todos» se implantaran en las próximas semanas.

Petra, sentada en una silla de cuero y con las piernas cruzadas, mostraba orgullosa sus estilizados tobillos enfundados en unos carísimos Blahnik y sus muslos torneados, gracias a las tres horas de *crossfit* con las que se torturaba cuatro veces por semana. Saboreaba el café con fruición y asentía con el gesto serio, mientras atendía a la mayor retahíla de *mamonadas* que había escuchado en los últimos meses. El hombre insistía en que se reunirían cada viernes (todo el puñetero equipo) para poner en común cada caso. Quería hacer una mesa redonda en la nueva sala de reuniones —creada a tal efecto— y que cada uno expusiera los casos y peculiaridades de sus clientes, respetando en todo momento el secreto profesional. Allí estudiarían los procedimientos que pensaban llevar a cabo. Debían actuar como un equipo.

«Sí, el equipo A. ¡No te jode!».

Este hombre era un completo retrasado. ¿Dónde se creía que trabajaban? ¿En Alcohólicos Anónimos? «Hola, soy Lucianna y tengo un doble crimen en Petrarca. Gilipollas». Ella no estaba interesada en ayudar a nadie a hacer su trabajo. La esencia en su profesión consistía en sobresalir de entre tanto abogaducho de tres al cuarto. Hacerse con un nombre. El prestigio, y si tenían mucha suerte, montárselo por su cuenta.

Tres horas después, con la mandíbula tensa de refrenar las ganas de bostezar, Sabonis dio por finalizada esa estúpida reunión. Varios de sus compañeros decidieron salir a tomar unas copas al Ritz que en cuestión de unos meses se había puesto de moda entre los treintañeros de la ciudad.

Sabonis no los acompañaría. Como no tenía ninguna salida a la vista y la idea de volver a su piso para echarse en el sofá a ver algún capítulo de *Anatomía de Grey* se le antojaba un plan muy patético para un viernes por la noche, decidió acompañarlos.

Se retocó en el baño. Peinó y atusó su vaporosa melena rubia. Su gran orgullo. Perfiló la línea negra de sus ojos y se dio un toque de brillo con su barra de labios rosa, *extra gloss*.

Antes de abandonar los baños, se perfumó. Dos gotitas de *Channel número cinco* en cada lóbulo de la oreja. Perfecto. Cuando estuvo satisfecha con su aspecto, se unió a sus compañeros. Se repartieron los vehículos. Ella se libró de tener que llevar a nadie. De este modo tendría libertad para volver a la hora que le diera la gana.

Roberto no supo cómo llegó a la zona de aparcamientos del hospital, tampoco fue consciente de pararse delante de su vehículo, abrir la puerta del coche y colocar la llave en el contacto. Pero tuvo que hacerlo. Todas y cada una de esas acciones, porque cuando volvió en sí, estaba sentado delante del volante

y el motor rugía. Se rascó en el pecho y comprobó que ahí seguía, haciendo parte del trabajo que tenía asignado, mantenerlo sobre sus pies, su machacado corazón. Ahí seguía el cabrón, latiendo a pesar de que él estaba vacío. Completa y absolutamente vacío. Hueco. Ese coche tenía más vida en su interior que él, que había quedado reducido a un patético saco de piel y huesos.

«Sí, lo amo».

—¡Maldita seas!

Golpeó con furia el volante y dejó escapar una sonora maldición. Sí, maldita fuera esa mujer por sumirlo en ese estado de patética necrosis sentimental.

El móvil vibró en el bolsillo delantero de su uniforme. Inclinandose a un lado, lo sacó del bolsillo y comprobó la llamada. Arrugó el entrecejo, contrariado. Comprobó la hora en su reloj. Pasados cinco minutos de las ocho de la tarde. Pulsó el botón para aceptar la llamada.

—¿Alguna novedad?

La voz al otro lado de la línea estalló en una corta carcajada. Hablaba con el comandante del ROS, el coronel condecorado del Arma, Lorenzo Pavianti.

—Tú siempre directo al grano. Te llamo por otra cuestión, Bracconiere.

—Dígame, mi comandante.

—Te necesitamos en España. El Mago se ha hecho con un soplo. —

Pavianti hacía alusión al nombre en clave de Marco Stamile—. Partirás con un equipo de operaciones especiales hasta La Rioja. Los chicos van a uno de esos encuentros de la Policía europea que organiza la Guardia Civil española. Una vez que llegues a la península ibérica recibirás instrucciones. Trabajarás por tu cuenta. No queremos que intervengas. Te limitarás a recabar información. Los vamos a dejar actuar. Tenemos que averiguar hacia dónde van y con quién más trabajan. Se están moviendo cosas que nos interesan por España.

Roberto desconcertado y con la cabeza aún caliente por todo lo que acababa de vivir con Michela, se llevó una mano a la cara y se restregó los ojos.

Siempre se habían movido cosas por España. Por toda la maldita Europa, en realidad, pero no dijo nada. El coronel ya lo sabía, igual que él. Hubiera preferido quedarse en Roma y continuar la nueva línea de investigación que se había abierto tras la desgraciada aparición de Inés Soto en medio de la operación que llevaban contra De Moro y los Barreta.

—¿Trabajaré solo?

—Afirmativo. No descarto que tengas que irte desplazando. Disponlo.

Acabo de enterarme de lo de la chica esa. Puede ser un golpe de suerte.

—Dejé a la científica en el piso. Encontré poca cosa en una primera

revisión. No era un centro de operaciones. Imagino que eligieron el piso para facilitar el secuestro de la joven, cuyo colegio está en las inmediaciones. Lo más jugoso con lo que nos hemos hecho es un portátil, que ya ordené entregar en los laboratorios.

—Quiero los informes sobre mi mesa.

—Sí, mi coronel.

—De acuerdo, entonces. Te llamaré mañana a unas horas más decentes.

—También quiero interrogar a esos hijos de puta y hablar con la chica cuando esté recuperada.

—Ablándalos como plastilina, muchacho. Coordínate con Forgioni, que esté al tanto de todo el proceso.

—Le haré una visita.

—No está en su casa.

—¿De viaje?

—No, sigue en Roma, se ha ido al Ritz.

—Mamón.

—Coordínalo con él y hablamos mañana. Buenas noches, teniente.

—Buenas noches, mi comandante.

Cuando colgó el móvil, meditó que escapar de Italia y de Michela supondría una bienvenida válvula de escape. Necesitaba aislarse de toda la

jodida intensidad y de esa mujer que lo desestabilizaba. Después, pensando en su viejo amigo, esbozó una sonrisa torcida. Jodido Forgioni, en el Ritz, ni más ni menos.

10

La tediosa rutina diaria comenzaba antes de que saliera el sol. Tras la angustiosa incertidumbre de los primeros días, la vida en el poblado bárbaro se había desarrollado en unos parámetros que podrían juzgarse civilizados. Las habían dividido en tres grupos. A cada uno le habían adjudicado unas tareas específicas. El de Licinia se encargaba de la colada y en ocasiones ayudaban a las mujeres con los cultivos, principalmente de trigo y cebada con la que elaboraban bebidas. Disponían de buena tierra fértil y agradecida para las labores de agricultura. Se trataba de un pueblo que se abastecía de aquello en lo que trabajaba, sus cultivos, su ganadería y la recolección de frutos silvestres: piñones, moras, avellanas, zanahorias, bellotas, muy abundantes en la zona. Parecían no necesitar nada de nadie. Incluso le había sorprendido descubrir que fabricaban sus propias armas. Enterraban en la tierra piezas de hierros y ahí los dejaban oxidar por meses. Cuando los descubrían obtenían armas en nueva forja, filosas y extremadamente resistentes.

Licinia y Ovidia se encargaron esa mañana de hacer acopio de la ropa y partieron hacia el río. La fatigosa jornada se extendía a lo largo del día y

hasta que se ocultaba el sol en el horizonte. Era extenuante y terminaba acalambrada y desfallecida hasta el punto de costarle conciliar el sueño, pero no podía quejarse y no lo haría. Nadie las golpeaba, salvo que incurrieran en alguna falta, y ningún hombre se había acercado a ellas desde la noche en que Durato y ella...

Licinia, con las rodillas hundidas en el fango de la orilla del río, golpeó con un puño la prenda enjabonada y alejó de sus pensamientos a ese hombre. Se había prohibido pensar en él. Había cerrado su mente a todo lo que había ocurrido esa noche. Se negaba a sucumbir ante sus recuerdos.

Vivía en relativa calma cuando él y sus hombres partían del poblado para realizar alguna incursión; con toda seguridad, seguir diezmado las cohortes romanas. Sabía que los lusitanos, con Durato a la cabeza, se habían especializado en pequeñas escaramuzas estratégicas. Buscaban objetivos especialmente vulnerables: los carruajes de abastecimiento y forrajeadores. Escogían el lugar propicio en sitios angostos y desfiladeros. Había escuchado que los precedía el aullido de un lobo y un canto estridente. Eso aterraba a los romanos que huían en desbandada. De esta manera, Durato y sus hombres cargaban feroces contra el enemigo. No solían hacer prisioneros y nada dejaban a su paso.

Arrasaban con todo. Así nadie podría volver para vengarse.

Durante semanas, y tal vez debido a la imprudencia de esos ataques, habían estado moviéndose sin parar en un periplo interminable, atravesando cordilleras, montes, enormes dehesas y sinuosos barrancos. Hasta que una tarde, Durato les había ordenado al fin detenerse. Se habían asentado en lo alto de una gran ladera, encerrada por un imponente meandro que formaba en ese paraje el caudaloso río Tagos. Era un sitio hermoso y pintoresco. Una tierra verde y amarilla, salpicada de profundas charcas, enormes encinas y extraños montículos de piedra en forma de agujas. Los hombres habían elevado una *oppidum* de tres pies de altura sobre zócalos de piedras y comenzado a construir las primeras viviendas para las familias más importantes, delimitando, a su vez, los terrenos para el pasto de animales y las cosechas. Gracias a los suculentos botines con los que se estaban haciendo, y que Durato se encargaba de repartir con generosidad y a partes iguales entre todos, Licinia veía a las mujeres vistiendo lujosas joyas y empleando vajilla de oro y plata, que de otra manera jamás hubieran poseído. Incluso había visto enclavado entre las piedras y ondeando bajo el caprichoso viento del sur, el estandarte del *Aquila* romana de la legión. Sin lugar a dudas, la afrenta más grave y vergonzosa para el poder de Roma, que daba más valor a ese Águila de plata y al imperio y el honor que representaban, que a muchos de sus generales.

Se sumía en una angustia fatal cuando veía llegar a los hombres y observaba la expresión triunfante que iluminaba sus semblantes, arrastrando en sacos todo lo que robaban a los romanos. Se preguntaba si su padre habría perecido bajo la implacable *falcata* del cacique o si, acaso, lo habría hecho su esposo. Se agobiaba buscando entre sus sentimientos el horror de saberlos muertos por la mano de ese hombre temible. Debía sentir odio y repugnancia de él. No era más que un vil asesino de su pueblo.

¿Qué estaba mal con ella? ¿Por qué no podía odiarlo?

¿Cómo podía haber olvidado el horror vivido aquella fatídica noche en el campamento romano? ¿Acaso podría olvidar la violenta muerte que había sufrido su querida Brisia a manos de esos hombres? ¿Era amiga ahora de esos salvajes asesinos?

Su nueva vida con los lusitanos no debía distar mucho de la que había llevado su querida Brisia o de la misma Ovidia en el campamento de su padre. Y en cierta manera, consideraba justo su castigo.

Comprendía ahora que se había mostrado como una chiquilla estúpida e impulsiva. Impelida por el miedo visceral que había sentido por su esposo y la necesidad apremiante de escapar de su maledicencia, no se había parado a meditar en las consecuencias que acarrearían sus disparatadas acciones en los demás, en su pobre y alocada Brisia, una esclava que huía de su dueño; en su

propio padre, al que había posicionado en una situación imposible — cobijando a una mujer que pertenecía a otro hombre—, o al pobre y leal Sila Sertorio, que había luchado por defenderla en la barahúnda que se desató en aquel campamento. ¿Por qué había decidido huir precisamente hacia allí? ¿Por qué había arrastrado con ella a su pobre Brisia? Había escuchado a Galba cuando había hablado con sus hombres, explicándoles la delicada situación en cualquiera de sus asentamientos. Les había ordenado redoblar las guardias y realizar incursiones en el terreno. También les había advertido: debían esperar un ataque sorpresivo. Los lusitanos, después de la masacre de Carmone y bajo el mando de esa bestia inhumana que era su líder, se habían alzado en pie de guerra y estaban arrasando con todo lo que se cruzaba en su camino.

¿Y qué había decidido hacer ella cuando el mundo entero parecía estarse hundiendo en las profundidades del averno? Salir corriendo en pos de su padre a meterse de lleno en la guarida del lobo. Tenía nada más y nada menos que aquello que se merecía.

— *Domina* Licinia, no debe ocuparse de tareas tan pesadas. Si me permite... Ovidia se aproximaba con aire resuelto para encargarse, una vez más, de las tareas que le correspondían a ella. La joven, mortificada con la actitud de la mujer, elevó una mano.

Ovidia se detuvo, agachó la cabeza y aguardó en actitud sumisa.

—Ovidia, por favor, esa mujer que fui ya no existe.

«¿Qué es lo que queda de ella, Ovidia?», deseaba increparle. Se le antojaba que había transcurrido una eternidad desde la noche que las habían apresado. Su vida anterior, los lujos y privilegios se desdibujaban de los bordes de su memoria. Esa muchacha díscola y despreocupada que había sido, ¿dónde estaba ahora? ¿Qué había sido de ella? ¿Había existido alguna vez? A la luz de sus actuales circunstancias aquella chica le parecía irreal, un sueño del pasado.

Se sentía vieja y muy cansada. Con el peso del mundo y de sus actos recayendo sobre sus hombros.

—Soy una esclava, su prisionera —Licina volvió la cabeza y señaló a los guerreros que siempre las vigilaban—, igual que tú.

La mujer negaba con la cabeza y no se decidía a mirarla a los ojos.

—Perdóneme, amita, pero eso no es así. Su señoría puede haber caído prisionera de esta gente, pero es y será siempre mi dueña. No importa lo que le hagan. Yo soy suya, señora mía.

—Es imposible discutir contigo, mujer terca. Soy tu ama, ¿no es cierto? —

Ovidia elevó apenas la cabeza, esbozando una gran sonrisa al tiempo que alargaba los brazos para hacerse con las prendas—. Entonces, te prohíbo que

vuelvas a llamarme *domina*. También te ordeno que me dejes realizar las tareas que me vengan en gana. Y ahora ponte a trabajar, antes de que te descubran holgazaneando y te golpeen con una vara.

Ovidia se acuclilló a su lado con gesto enfurruñado y asintió por toda respuesta. Tomó una prenda y comenzó la tarea de enjuagar y enjabonar la tela. Licinia aguantó las ganas de reír y comenzó a tararear una tonada que sabía que era del gusto de la mujer.

—Si me permite hablar...

—Por supuesto, di lo que quieras.

—Debe mantenerse alejada de ese hombre, mi señora. —Licinia dejó de cantar y guardó silencio. No hizo falta que dijera el hombre al que se refería —. En algún momento, su padre o su esposo la encontrarán. No cesarán en su búsqueda y debe guardarse de él. Por supuesto, nosotras nada diremos de lo que ocurrió aquella fatídica noche. Lo he hablado con las otras muchachas y tiene nuestra palabra, amita. Solo les ruego a los dioses que esa terrible experiencia no le traiga consecuencias.

La tensión se apoderó del cuerpo de Licinia, los dedos agarrotados sobre la prenda que restregaba sobre una tablilla de madera. Miró de reojo a Ovidia. Esa mujer estaba convencida de que ella todavía abrigaba esperanzas de volver con su esposo. Alabados dioses, pero qué equivocaba estaba. Durante

un tiempo permaneció como en trance, observando las suaves ondulaciones del agua al chocar contra la orilla.

«Galba. ¿Dónde estás, Galba?». El ilustre *pater* que la había encandilado desde un primer momento, deslumbrándola con su elocuencia, sus modales corteses y sus maneras de gentil soldado y esa aura de poder derivado de su condición de general del Ejército romano, pero que no tardó en revelar su verdadero rostro. Su esposo era un artífice del engaño. Jamás le había alzado la voz. Ni a ella, ni a nadie. Nunca perdía la calma ante ningún contratiempo. Pero esas no eran cualidades reseñables en un hombre, en contra de lo que ella había supuesto, en su esposo no eran sino producto de la frialdad y el desamor. Descubrió de la peor manera posible la verdadera maldad tras una sonrisa amable. Galba era un monstruo paciente y metódico, temible.

«¿Aún me buscas, Servio? —Golpeó con rabia la ropa—. No creo que me encuentres. Durato me tiene prisionera y soy libre, ¡me oyes! ¡Libre de ti! Maldito bastardo. ¡Vivo libre de ti!».

Se llevó una mano a la boca y sofocó un sollozo. Vivía bajo servidumbre, cautiva de ese pueblo bárbaro, denigrada a realizar las tareas más pesadas y humillantes y jamás había experimentado mayor sensación de libertad y de dicha. El profundo temor que le había agarrotado el alma desde el día que había contraído matrimonio con Galba, manteniéndola paralizada por tanto

tiempo, se había diluido de su cuerpo con el transcurrir diario y los quehaceres impuestos por sus captores. Del mismo modo que el agua de un arroyo erosiona la roca más dura transformándola en suave y delicada arcilla. Así se sentía ella, renovada, más que eso. Renacida.

Una parte muy oscura y siniestra que habitaba en el interior de Licinia deseaba que llegara el día en que Durato le comunicara que había dado caza y asesinado a su esposo. Los dioses la perdonaran, pero había rogado por que ese día llegara cuanto antes. Galba era un ser débil, tan inseguro de sí mismo que necesitaba aplastar con su poder para sentirse válido. Cuanto más humillaba y degradaba a aquellos que tenía cerca, tanto más envanecido se sentía él. Durato, en cambio...

El rostro fiero y demandante del general lusitano en el momento en que se había lanzado a devorar sus labios anegó su cerebro y barrió con la máscara de tranquilidad que se había obligado a llevar desde esa noche. «Oh, Durato». Su nombre había ido adquiriendo una preponderancia desmesurada en su cabeza conforme avanzaban los días.

A pesar de sus propios cuestionamientos, de las dudas y de su empeño en echar tierra encima de lo que había vivido junto a ese hombre, todo quedaba olvidado, descartado y anulado cuando él aparecía en el poblado. Su pecho saltaba de alborozo, su estómago se contraía y le causaba dolor por la

impresión de tenerlo cerca. Y sabiéndolo cerca, se pasaba el día entero buscándolo, espiándolo... anhelándolo.

Llevada por la fascinación que el cacique había despertado en ella desde el mismo instante que lo conoció, lo había observado de cerca. En un principio, y casi sin ser consciente de lo que hacía, actuaba movida por un arraigado instinto de supervivencia. «Vigila a tus enemigos», era lo que siempre había escuchado decir a su padre. El antiguo terror que él le había inspirado había dado paso a una poderosa atracción. Atracción que, invariablemente, aumentaba día tras día.

Aún la aterrorizaba, pero por cuestiones totalmente diferentes. Durato no era el demonio que ella había esperado, que él se empeñaba en mostrarle. No podía negar lo que sentía. Carecía de la voluntad necesaria para luchar contra ello. Lo que experimentaba era una fuerza vital que nacía de su interior y era superior a sí misma. Anhelaba conocerlo todo acerca de él. Vivía obsesionada con ese hombre, con sus detalles, con sus porqués. Se deleitaba ante las cosas más absurdas: viéndolo hablar con los demás y cómo escuchaba con paciencia infinita y la cabeza ligeramente inclinada hacia su interlocutor. No importaba quién lo interrumpiera de sus quehaceres con sus quejas y dudas. Atendía con la misma tierna deferencia a un anciano, mujer o niño. El detalle más nimio de su persona la emocionaba. La forma de

gesticular con las manos y esos dedos largos y capaces que se movían con firmeza para comunicar alguna decisión. Su agilidad felina al caminar. La ondulación de los músculos de su espalda al inclinarse para dar un golpe certero a su contrincante. La fuerza hercúlea de sus brazos cuando hacía girar su lanza en el aire. Se había quedado extasiada una tarde observando la maestría con la que se desenvolvía durante los ejercicios y las competencias con sus hombres. Se le formaba un nudo en el estómago ante esa mirada de ojos negros, endurecida y salvaje. Le había sorprendido el sentido de orgullo y propiedad que él le inspiraba. Qué extraño se le antojaba que pudiera sentir orgullo por un hombre como el caudillo lusitano, que nada poseía. Un hombre imposible que nada parecía necesitar de nadie. Él, que no era nada para ella excepto su captor. Ella, que no era más que una prisionera, su sirvienta.

El cacique siempre hacía alarde de una actitud huraña y difícil; pero, cuando nadie le prestaba atención, mostraba un lado tierno y juguetón que la encandilaba. No poseía una sonrisa amable, tampoco ofrecía palabras de consuelo. Era brusco en sus maneras y tiránico en su furia. No obstante, en lo más hondo de su ser, Licinia sabía que él nunca le haría daño. Sencillamente, no había maldad en él. No podía entender de dónde provenía tal certeza, de cualquier forma, así lo sentía ella en su corazón.

Que se mantuviera alejada de él, le había aconsejado Ovidia con ese talante práctico y humilde que caracterizaba a la esclava. Licinia elevó la cabeza e inclinó el cuello apenas lo suficiente para observarla. La asaltaban las dudas. ¿Sería capaz de sincerarse con su antigua esclava? ¿Confesarle todo lo que la torturaba? Aún hoy, tantas lunas después de aquella noche, pensar en aquel encuentro furtivo entre ella y Durato le robaba la paz, la turbaba y le provocaba tal enjambre de sentimientos y sensaciones encontradas que la desestabilizaba, sumiéndola en la más negra de las incertidumbres. No sabía qué nombre darle a aquello y tampoco estaba segura de lo que debía sentir al respecto. ¿La había besado por un arrebatado de deseo o solo había buscado castigarla? ¿Se podría calificar aquel asalto como un beso? ¿Había sido la pasión lo que había impulsado ese momento o le había demostrado que podía hacer con ella lo que quisiera? ¿La había tomado para burlarse de ella? Y la pregunta que más temía enfrentar: ¿por qué ella se había entregado a él? ¿Había sentido él lo mismo que ella? ¿Había sucedido o, también, había sido un sueño?

Michela temblaba, todo su cuerpo convulsionaba. Apoyada en la pared de la sala de curas, seguía en la misma posición en la que él la había dejado. No sabía cuánto tiempo llevaba allí. En esa misma postura. Mirando a la nada con insistencia. Veía puntitos negros deambulando en la periferia del iris de

sus ojos, había comenzado a seguirlos...

«Sí, lo amo».

No podía entender por qué había mentido de esa manera tan flagrante.

De cualquier forma, había conseguido su propósito. Roberto se había ido.

Esfumado. Desaparecido. Había salido de su vida para siempre. Todo había terminado. Por fin. Y eso estaba bien, ¿no? Era lo correcto, ¿verdad?

¿Y por qué se sentía morir?

Se dejó caer sobre su trasero. Flexionó las rodillas, hundió la cabeza sobre ellas y se echó a llorar desconsolada.

No escuchó los primeros golpes en la puerta, así que pegó un respingo y su cabeza chocó contra la pared, cuando la sombra del cuerpo de Susana se filtró desde la puerta entornada de la habitación.

—Hola, cariño. Solo soy yo, no te asustes... Todos están preguntando por ti, te he ido cubriendo como he podido.

Michela se frotó en la cabeza, la parte que se había golpeado.

—¿Cuánto tiempo llevó aquí tirada?

—Vi salir al policía hace una hora. He esperado un tiempo prudencial...

¡Una hora! Llevaba allí llorando como una imbécil una maldita hora. Por el amor de... Hizo el esfuerzo de reptar por la pared para ponerse en pie, pero no contaba con las fuerzas suficientes. Se volvió a dejar caer y masculló un

insulto entre dientes.

—Tranquila, tranquila. No te muevas. Mira lo que traigo. —Alargó una mano—. Un poco de agua y paracetamol. He dicho que te encontrabas indispuesta y me he estado encargando de tus cosas.

Se podía morir. Ahora, por favor...

—¿Cuánta gente sabe que estoy aquí, llorando?

—Nadie, nadie, solo yo. Te seguí. Bueno, vale, lo seguí a él una vez que Manuela nos avisó que estabais discutiendo. Lo vi cuando os encerró aquí, ¿lo conoces, verdad? De antes, quiero decir. No hace falta que me cuentes, tranquila.

—¿Qué más viste?

Susana tragó saliva y bajó la vista, avergonzada.

—Más o menos todo... hasta que se largó. —Volvió a alzar la cabeza—. Lo siento, de verdad que no quería, pero es que no pude evitarlo. Ay, ya sabes que soy una cotilla incorregible. Perdóname, por favor.

—No está bien espiar a los demás, Susana, te lo he dicho. Era algo muy íntimo... —En ese instante, las fuerzas la abandonaron del todo—. Bah, déjalo, me da igual. Todo ya me da igual.

—Lo siento —murmuró afligida la joven enfermera—, mira, toma. Te hará bien.

Susana caminó hasta donde estaba ella, sumida en las penumbras, se acuclilló y le ofreció la botella de agua y las pastillas.

Michela musitó un «Gracias», abrió la botella, tomó un buen trago y se hizo con una pastilla.

Se la colocó sobre la lengua y la bajó con otro buche de agua.

—No hay de qué.

Susana se sentó frente a ella y cruzó las piernas como los indios. Comenzó a mordisquearse una uña mientras se debatía entre abrir o no la boca. Michela casi podía ver el interior de su cerebro echando humo de las ganas que tenía de hablar. Dejó a un lado el botellín de agua y los comprimidos y alzó las cejas. Susana empezó.

—Sin querer ser una metida y, antes que nada, disculpa que me entrometa en tu vida. No sé qué os dijisteis porque a través del cristal no se oye nada, pero, en fin, se hace evidente.

Sé que fue algo fuerte, a juzgar por las caras y los gestos. Ay, Michi, la forma en que ese hombre te miraba... —Susana se mordió la uña—. ¡Madre mía! No te mira, te codicia. Es como si tú fueras lo único que él necesita para sostenerse en esta vida. Jamás había visto a nadie mirar de esa forma tan...

¿Posesiva? Te has dado cuenta, ¿no?

No, ella no se había dado cuenta, no quería darse cuenta, y lo que era más

importante, no quería saber ni entender nada. ¿Iba a terminarse alguna vez este purgatorio?

—¿Por qué me estás...? —Michela se sorprendió del graznido agudo en el que se había convertido su voz, carraspeó y volvió a empezar—. ¿Por qué me estás diciendo todo esto?

—Porque yo daría media vida, qué digo, la vida entera con tal de que alguien me mirara así, me tratara así.

—¿Te tratara así, Susana? Solo viste a dos personas pegando gritos y teniendo un comportamiento deplorable.

—¡Vi amor, Michela! Amor —dijo mientras le acariciaba con ternura la mejilla—, ese que te hace sentir viva y osada. Capaz de todo.

Ella se echó a reír y se frotó la frente con las uñas.

—¿Amor? —se mofó entre risas—. No seas infantil y no te confundas, Susana. Viste deseo sexual, descarnado y violento, y luego una discusión horrible.

«Viste a dos personas destrozándose mutuamente, hasta quedar irreconocibles».

—Yo sé lo que vi. Está bien pues, trivializa el asunto. Dale el nombre que se te antoje y piensa lo que quieras, pero no te engañes, tú estás igual de loca por él que él por ti. Eso también lo vi. No soy ninguna tarada romántica.

Susana se cruzó de brazos enfurruñada. Michela dejó escapar un suspiro largo. Parecía que hoy cabreaba a todo el mundo. ¡Qué mierda de noche! —Por favor, no te enfades conmigo. —Se inclinó hacia adelante y le suplicó con la mirada—. No puedo con tantos frentes abiertos, no puedo. Necesito paz.

Susana asintió con la cabeza y suavizó su gesto. Se colocó de rodillas y le frotó los brazos con suavidad.

—No estoy enfadada, ¿cómo podría? Si te veo aquí tirada, echadita a morir. No seas cabezota. Sé que estás con Lukas, sabes que lo aprecio. Es muy lindo y todo eso. Comprendo tus dudas y recelos, sin embargo, desde el fondo de mi corazón te digo, Michela Huffman, a mí ese hombre me mira de la forma en la que te miraba a ti y dejo que el mundo se prenda fuego si es necesario, pero nadie me lograría apartar de él. Así me muera.

Michela, aun a su pesar, se echó a reír.

—¿Te ves con fuerzas para volver a la faena? —la tentó con voz suave la enfermera.

Michela, restregándose las lágrimas con el dorso de las manos, se puso en pie con la ayuda de Susana.

—¿Y qué remedio me queda?

Las dos amigas se abrazaron. Michela tuvo que hacer un esfuerzo titánico

para no romper a llorar.

Ya salían por la puerta cuando Susana habló:

—Y, por favor, llama a ese hombre. Hazlo por mí, si no quieres hacerlo por ti. Pero no lo dejes escapar, te vas a arrepentir el resto de tu vida. Ese hombre te ama y no te engañes, tú también lo amas a él. Los ojos, amiga mía, que son el espejo del alma, no mienten.

Roberto entregó las llaves de su vehículo al botones.

Le costó varios minutos decidir bajarse del coche. El ático de Sabonis estaba al otro lado de la calle y durante varios minutos se vio incapaz de hacer otra cosa, salvo escudriñar con fijación obsesiva la vivienda esperando ver luz desde la terraza. ¿Michela estaría allí esa noche durmiendo con él? ¿Le dejaría a ese cabrón tocarle la piel que él mismo había tocado? ¿Le permitiría que la besara y le recorriera con la boca su cuerpo desnudo? Aferró con fuerza las manos en el volante y apretó hasta que el cuero comenzó a crujir. Se acabó. Michela Hauffman había salido de su vida, antes siquiera de entrar completamente en ella. Tenía que aceptarlo. Ella quería a Lukas. Muy bien, que fueran felices los dos idiotas. ¡A la mierda con ella! ¡Con él! ¡Con todo!

Dejó escapar un pesado suspiro y le hizo señas al chico que esperaba paciente al otro lado de la ventanilla. El muchacho le admiraba el coche.

Parecía haber entrado en trance estudiándolo. Tuvo que contener las ganas de reír al ver la expresión embobaba y la sonrisa de oreja a oreja que le dedicó cuando Roberto descendió y extendió la mano con las llaves. Los dedos del jovenzuelo casi temblaban al aproximarlos para hacerse con el mando de su Maserati Ghibli . Todavía no había ninguno circulando por ahí, excepto el suyo. Su amistad con la familia Agnelli y en concreto con el presidente de la Fiat S.p.A., John Jacob Elkman y su esposa Lavinia Borromeo, había hecho posible que pudiera conducir semejante belleza por las calles de Roma, meses antes de que saliera a la venta en el mercado mundial, a principios del próximo año.

Frunciendo el ceño, le dedicó una mirada de advertencia al botones. Le entregó el mando, se ajustó la chaqueta y enfiló hasta la entrada del Grand Hotel Ritz Rome. El portero lo saludó con deferencia y le hizo un gesto con la mano para cederle el paso.

Antes de partir hacia el hotel para encontrarse con Forgioni, había pasado por casa. Había necesitado pegarse una buena ducha e intentar digerir algo de comida, además de ponerse algo más adecuado que unos pantalones manchados de sangre y una camiseta impregnada con la esencia de una mujer. Quitarse el olor de Michela del cuerpo fue algo sencillo. No hubo ningún numerito purgatorio en la ducha. Era un buen comienzo. Sospechaba

que arrancársela del pecho le iba a llevar un poco más de tiempo.

Atravesó con paso decidido el molinillo de entrada al hotel. Enfiló por el *hall* y bajó los tres escalones sin detenerse a contemplar el entorno. No le interesaba lo más mínimo. Ni la enorme lámpara de araña de cristal que colgaba sobre su cabeza o el immaculado suelo de mármol blanco, tampoco la solidez y pureza de líneas de cada rincón del *lobby*, recubierto de sólidos paneles de madera, butacones Chester y lujosas alfombras persas. Pastriani se dirigió a mano derecha hasta la *recezione*. Se detuvo frente al lustroso y encerado mostrador de madera, a juego con el resto del decorado clásico y sofisticado de su reciente remodelación. Le dedicó una sonrisa seca a la mujer que esperaba detrás del mostrador. Sin andarse con mucha ceremonia, le preguntó por Nicola Forgioni, al que previamente había telefoneado desde su coche.

—Sí, buenas noches, señor. Bienvenido al Grand Hotel Ritz, ¿y a quién debo anunciar?

—Me está esperando. Ya sabe quién soy. Solo dígame que estoy aquí y voy subiendo. Habitación treinta y cinco, ¿cierto? Gracias.

—Pero, señor, por favor, espere, debo comunicar...

Roberto, ignorando las súplicas de la recepcionista, se echó a andar hasta la escalinata del hotel. No tenía ánimos para aguantar chorradas de nadie esta

noche.

Tras subir las tres plantas desde el *lobby* y atravesar dos pasillos, saludó a los dos escoltas del fiscal posicionados cerca de la habitación, y tocó en la puerta de Forgioni. Tras varios segundos, la puerta se abrió y saludó con un cálido apretón de manos al fiscal de la Direzione Investigativa Antifamia.

—Por favor, pasa. Un placer tenerte por aquí.

—Nicola, buenas noches. Gracias por recibirme a estas horas. Te hacía en el séptimo sueño.

—No, amigo, no hay sueño para mí esta noche.

—¿Ha pasado algo?

—Temas personales, por favor, no te preocupes. Los hijos, que a veces nos descalabran... Ya me entiendes. —Nicola observó la planta de Roberto, el gesto adusto de su rostro y se echó a reír—. Bueno, en realidad no, no me entiendes. Ya lo harás cuando tengas hijos.

Roberto le dedicó una mueca torcida y entró en la habitación. Forgioni cerró la puerta y lo invitó a la salita adyacente al dormitorio. Roberto tomó asiento en uno de los cómodos sillones herradura tapizados a juego con las cortinas de la ventana de la *suite*. El fiscal se decidió por el sofá de dos plazas

que vestía la misma tela de motivos florales. Frente a ellos, una pequeña mesita estilo colonial y sobre esta, un curioso centro de frutas variadas y dos

copas de Negroni servidas en los clásicos vasos *old fashion*.

—Esta bebida es para maricones, Nicola. Creí que te lo había dejado claro la última vez que nos vimos.

—No me toques las narices esta noche. Calla y bebe.

Roberto tomó un trago y arrugó el entrecejo.

—No entiendo cómo te puede gustar esta bazofia.

—¿Cómo se encuentra la chica, teniente? —preguntó Nicola, ignorando el comentario de Pastriani, mientras cruzaba las piernas.

—No pude verla, me tocó una enfermera tocapelotas, pero ya estoy lidiando con ello.

No lidiaba con ello en absoluto, ni pensaba hacerlo, y tendría que volver a hablar con la chica. A ser posible una vez que hubiera abandonado el hospital. Así no tendría que toparse accidentalmente con Michela. Pensar en ella en esa instancia lo descompuso. Se largó la bebida de un trago y dejó el vaso vacío otra vez sobre la mesa. Nicola alzó las cejas, sorprendido, pero no hizo ningún comentario.

—Te puedo conseguir autorización para visitarla. Hablaré con la madre de la muchacha. La tuve al teléfono hace una hora. Está destrozada. La familia entera está deshecha.

—Malditos bastardos, hijos de puta —masculló Roberto.

Nicola se acarició el labio inferior y lo estudió con atención unos instantes.

—De eso también tenemos que hablar.

Roberto alzó la cabeza y miró al fiscal.

—Defensa propia. Querían agujerearnos como quesitos gruyere y servirnos para el postre.

—Te cargaste a uno, Roberto. ¿Era necesario tal despliegue? ¿Te suena de algo el término: «aplicar la fuerza necesaria»?

—Uno de ellos me apuntó a la cabeza con una nueve milímetros automática

—dijo fastidiado PASTRIANI—. Juzga tú mismo lo que entiendes por fuerza necesaria. No me toques los huevos. Sé hacer mi puto trabajo.

—¿Y qué relación puede tener esa niña en todo este asunto? ¿De veras crees que vale la pena interrogarla?

—Afirmativo.

—¿Qué nos vas a decir esa pobre niña? Dirá lo que sea, con tal de inculpar a los mamones que la sometieron a esa aberración.

—Quiero averiguar si ha visto a De Moro en ese apartamento. La tuvieron ahí encerrada durante días. También me gustaría saber si ha escuchado alguna conversación que implique a más gente, Nicola, y más que cualquier otra cosa, quiero trincar a este puto alcalde por las pelotas. Está metido en toda la mierda, lo sé, solo tengo que demostrar que se ha citado con De Moro, que

tiene negocios con él. Joder, mira a tu alrededor, observa cómo está la puta ciudad. Parece un jodido estercolero. Se huele la mano negra a distancia. El tufo de mierda sube desde las alcantarillas. Están blanqueando en subcontratas basura. AMA es su jodida tapadera. —Roberto se refería a la empresa subcontratada por el ayuntamiento capitalino que se encargaba de la limpieza y tratamiento de la basura.

—Ándate con ojo. No se trata del clan de la Magliana. Es la jodida *'ndrangheta*, y estos no se andan con avisos, *¿mi capisce?* Los molestas y te vuelan, lo sabes. Y todo el globo terráqueo, y Roma en particular, se ha convertido para ellos en una maravillosa tierra media, donde los orcos campan a sus anchas.

—¿Te crees que les tengo miedo?

—Justo eso. No conoces el significado de esa palabra. Por eso eres peligroso, hijo. Medura y paciencia. Investiga, ata cabos. Pregunta, interrógalos si quieres, pero ten presente que la gente miente. Todos mienten, siempre. Así que no saques conclusiones definitivas, ni precipitadas.

Llevamos años detrás de Salvatore Barreta. No lo jodas todo por hacerte el héroe.

—Lo sé, y sin ofender, ¿con quién mierda te crees que estás tratando?

—Con un militar, Roberto. Estoy tratando con un jodido militar de los SAS.

Impulsivo, osado y temerario. Por mucho que ahora estés aquí, sometido a nuestras reglas y a las órdenes de tu comandante, de las mías también. Sé que en tu fuero interno te importa un comino quién te mande. A ti no hay quien te gobierne. Haces lo que te viene en gana y lo respeto. Así funcionas tú y me gusta. Más que eso, admiro tus pelotas. Necesitamos más hombres honrados y entregados como tú en este país, toneladas de tipos como tú, en realidad. Unos ochenta mil serían necesarios solo en el Reggio.

—Sí, y menos políticos «enmierdados» en todo esto. A santo de qué tienes que explicar lo que hablamos al secretario del Ministerio. ¡A santo de qué mierda, Nicola! ¿Lo conoces? ¿Te fías de él? Yo no. ¡Quién nos dice que no lo están untando de verdes o amenazando a su vieja! Que se meta su corbata de mil euros por el culo y se corra de gusto con ella. ¿Sabes cuándo será efectiva la lucha contra la mafia? Cuando no se tenga que gastar la mitad de la jodida financiación en pagar el puto alquiler de las oficinas en el centro para así poder gastar el dinero en lo que hace falta. Gente que investigue, gente que se moje el culo, gente que no tenga miedo.

—Todos tienen miedo. No te engañes. Por eso actúan como actúan. Y es bueno tener miedo, te coloca en la perspectiva necesaria. Te hace ser precavido.

Roberto se carcajeó y se frotó la cara con la mano. Se echó hacia atrás en la

butaca, estirando sus largas piernas.

—No estoy hecho para tratar con los políticos. No se me da bien, Nicola, lo sabes.

—Déjame a mí al secretario. Tú haz lo que sabes hacer y pilla a los malos.

—Los malos, ja... a veces me da por pensar que ya no nos quedan buenos.

—¿Y desde cuándo estás tan pesimista, amigo?

Roberto cerró los ojos y se pasó las manos por el pelo, estirando los brazos detrás de la cabeza.

—Desde esta noche, supongo —manifestó arrastrando las palabras.

Nicola apuró su copa y también se repantingó en el sofá. Cayeron en un cómodo silencio. Roberto inclinó la cabeza y observó el gesto serio, contraído, en el que cayó Forgioni, entonces. No lo había observado con atención, pero el hombre había envejecido desde la última vez que se habían visto, dos meses atrás. La mata de pelo a los lados de su calva era ahora completamente blanca. Varias arrugas se habían instalado en su frente y a los lados de sus ojos de forma definitiva. Los ojos del fiscal, enmarcados en sus sempiternas gafas de pasta negra, antes sagaces y emprendedores, siempre ávidos de información, datos y nombres, estaban apagados. No sosegados, sino melancólicos. Resultaba perturbador verlo tan alicaído. Roberto lo apreciaba sinceramente, le recordaba a su tío Tullio. Los dos eran hombres

sabios y precavidos, justo lo que no era él.

—¿Se trata de alguno de tus chicos? —preguntó Roberto al cabo de un rato.

—Vera, la pequeña.

—¿Puedo ayudar? A veces, un buen susto evita males mayores.

—Ya tengo el mal mayor, condenada muchacha, ahora estoy a ver cómo paliar las consecuencias.

—Entiendo, lo lamento.

Forgioni dejó escapar una risa seca e hizo un movimiento de la mano desestimando el comentario.

Roberto se incorporó y se ajustó los puños de la chaqueta. Nicola se desperezó y lo imitó.

—Y ni te pienses que te voy a dar las gracias por esta mierda que me has dado — explicó Roberto con gesto serio señalando el vaso vacío. Nicola meneó la cabeza y se echó a reír.

Cuando llegaron a la puerta, Roberto se volvió y colocó una mano en el hombro del fiscal.

—Cuídate, hombre, y suerte con lo de tu hija. Seguimos en contacto. Estaré unas semanas fuera del país.

—Lo sé, hablé antes con Pavianti. Disfruta las vacaciones y nos vemos a la vuelta.

—Ten preparado el interrogatorio con esos tres. También con la chica. Te pasaré copias con todo lo que encuentre la RaCis en ese piso.

—Ella necesitará un abogado —comentó Forgioni.

Tras varios segundos debatiéndose entre el deber y la rabia, Roberto, ya bajo el marco de la puerta, tomó una decisión. Extrajo su cartera del bolsillo interior de su chaqueta y tomó una pequeña tarjeta rectangular. Se la tendió al fiscal antimafia.

—Llama a este bufete, son buenos. Pregunta por Lukas Sabonis. Solo habla con él. Dile que llamas de mi parte, que se encargue de la defensa de Inés Soto.

—Perfecto. Nos vemos a tu vuelta.

—Nos vemos.

Los hombres estrecharon las manos y Roberto abandonó la habitación de Forgioni.

Una vez que Roberto se fue, Nicola se frotó la boca y durante varios minutos se limitó a contemplar la puerta. Meneó la cabeza, asqueado consigo mismo, y se dirigió al aparador de las bebidas. Se llenó un vaso de cristal con Lagavulin, se lo llevó a la boca con manos temblorosas y lo tragó sin saborearlo. De golpe. Un pecado, lo sabía. No podía importarle menos. Depositó el vaso sobre la bandeja de cristal y tomó una honda inspiración.

Salió de su habitación, avisó a sus escoltas para que aguardaran allí y se encaminó hasta el fondo del pasillo, la última habitación. Extrajo la tarjeta del bolsillo interior de su chaqueta, la introdujo en la cerradura electrónica y entornó la puerta. Antes de entrar se aseguró de que no había nadie deambulando por los pasillos. La débil luz de las lámparas de noche en las mesillas de la habitación era la única iluminación que precisaba. Su hija, Vera Forgioni, de dieciocho años, permanecía desnuda y despatarrada en la cama, en la misma postura en que la había encontrado horas antes, cuando lo avisaron para venir a recogerla. Permanecía medio inconsciente, drogada y borracha, suponía él. El olor acre y ácido de las frenéticas cópulas compartidas infectaba cada siniestro rincón del habitáculo. La última juerga que se había corrido. Antes de abandonar la habitación, cuando Roberto Pastriani le había telefoneado, la había cubierto con una sábana, pero la joven se había deshecho de ella y volvía a estar como su madre la había traído al mundo. Forgioni hizo un esfuerzo por no mirar en su dirección. Toda la macabra escena le revolvía el estómago y le provocaba arcadas. Unos pasos más allá y cerca del balcón, derrumbado en una butaca, el primer consejero del Ayuntamiento de Roma, Giovanni Strazzo, lo saludó con un gesto de cabeza, mientras volvía a aspirar de una bolilla de vidrio un poco de *crack*. En la mesa, a su lado, los restos de todo ese colocón: un estuche negro, una

cuchara sucia, el polvo de la droga y un mechero.

Otra joven, también desnuda a excepción de unos vertiginosos tacones, yacía recostada a los pies del consejero. Nicola no sabía su identidad y le importaba un ardite conocer su santo y seña. La mujer pareció resucitar y estiró una mano temblorosa, recorriendo con unas uñas largas y pintadas de rojo el muslo desnudo y peludo del político. El hombre no acusó la caricia y seguía a lo suyo, fumando con fruición de la pipa de *crack*.

—Que rule —le dijo ella con voz gangosa, antes de volver a dejarse caer sobre el suelo enmoquetado de la *suite*. En un momento dado, su mirada de ojos inyectados en sangre se enfocó sobre Forgioni y se entrecerraron estudiándolo. Lo había divisado allí de pie. Ronroneó, se apretó una teta y le abrió las piernas. Le dedicó una sonrisa amistosa.

—A ti nunca te había visto. Sírvete tú mismo, ¿con quién te apetece empezar? La cosita de la cama es novata, pero dispuesta a hacerte de todo. — Le había guiñado un ojo y se había mojado los labios con la lengua.

Nicola apretó los dientes en un esfuerzo por soportar la humillación. Ignoró a la mujer, se acercó a la cama y tomó a su hija por los brazos. No pensaba permanecer allí más tiempo del estrictamente necesario, el que le llevaría arrastrar a su hija a su propia habitación, obligarla a tomar una ducha, echarle algo de ropa encima y olvidarse de todo lo que había visto y oído.

Lucianna se había apresurado en despedirse de sus compañeros y escabullirse a los *toilettes*. Necesitaba retocarse el maquillaje, atusar su melena y ajustarse el vestido. Se felicitó mentalmente por el conjunto que había elegido esa mañana de ropa interior con braguita de encaje y sujetador negro *push up* de Victoria's Secret. De vuelta al *hall* unos minutos después, se había sentado a esperar en un cómodo y mullido butacón Chester, sorbiendo distraída su Sex on the beach. Disfrutaba de una posición privilegiada para observar las puertas giratorias de acceso al hotel y también las escaleras. Rezaba en silencio para que apareciera cuanto antes y no se hubiera quedado en alguna de las *suites* a pasar la noche con alguna fulana. Ella se había adelantado y había reservado una habitación doble *deluxe*. El precio le resultó algo excesivo. Ya recortaría en otros gastos ese mes. Se echó a reír y, mientras, jugaba con la pajita de su bebida. También estaba actuando como una fulana cualquiera, pero le importaba un comino. No podía creerse la suerte que había tenido esa noche. Ver a Roberto PASTRIANI, soberbio con unos pantalones chinos de Brooks Brothers en tonos verdes y una americana gris ajustada a cada duro músculo de su torso que dejaba entrever una camiseta blanca en pico y una pequeña porción de ese magnífico cuello, ancho y severo como el caudal del Po, en donde destacaba toda una red de venas y tendones que se moría por morder y saborear, bastaba para hacerle babear sobre el piso de

mármol. Se le había secado la boca y acelerado las pulsaciones cuando lo vio dirigirse con ese paso firme y decidido hasta la recepción. Había decidido poner en marcha su plan al comprobar que no le habían entregado llave y que él no llevaba ninguna bolsa de viaje. Quizás estuviera de visita.

«Por favor, que baje pronto» .

Ese hombre y su imponente entrada al Ritz era lo mejor que le había sucedido en las últimas semanas. Se había sentido viva por primera vez en lo que se le antojaban décadas. No pensaba dejarlo escapar esta vez.

Tuvo que hacer acopio de toda su sangre fría y la serena entereza que empleaba con sus clientes más problemáticos al observarlo descender los últimos escalones y enfilarse hasta la salida, veinte minutos después.

Se puso en pie y con aire distraído se echó a caminar, buscando forzar un encuentro «casual» con ese hombre.

Roberto se paró delante de la mujer para evitar llevársela por delante. Con las manos en los bolsillos de su pantalón, se limitó a observarla. No sabía si hacerse el despistado e ignorar que la había visto pegar un brinco para luego salir tras él en su persecución. Decidió, tras varios segundos de duda, que a esas horas y por el humor que arrastraba esa maldita noche, le apetecía jugar un ratito...

—Oh, por favor, discúlpeme. —Lucianna elevó los ojos y fingió una cara

de sorpresa—. Ah, vaya —dijo tras una pequeña pausa dramática—, usted es el amigo de Sabonis, quiero decir, de Lukas Sabonis. Nos conocimos no hace mucho.

—Discúlpeme usted a mí...

—Señorita Lucianna Petra —se presentó la mujer esbozando una sonrisa amistosa y ofreciéndole la mano.

Roberto se la estrechó.

—Señorita Petra, yo también venía despistado. Sí, su rostro me es familiar.

—Menudo mentiroso de pacotilla estaba hecho—. ¿Nos vimos en...?

—El cumpleaños de Bárbara Cottini, en la Porta del Principe. —La abogada apretó los labios e inclinó la cabeza—. Ha sido un día difícil para mí, así que si le soy sincera agradezco el encontronazo. ¿Le apetece tomar algo? —preguntó con una sonrisa insinuante—. El bar Dei Cesari sirve unos cócteles exquisitos.

Pastriani, mirándola fijamente, negó con la cabeza.

—Ya tomé uno, gracias.

La tal Lucianna se le antojó un bocadito apetecible. Tenía un cuerpo bonito, fibroso, muslos torneados, tetas firmes. A él le iba bien. Un palo de escoba también le hubiera ido bien. Michela se estaría tirando a Lukas. Él también podía follarse a alguien para variar.

—También tengo una habitación arriba —lo tentó ella sin mayores preámbulos.

Ahora sí que estamos jugando en la misma liga, señorita. Sin sacar las manos de los bolsillos, Roberto se aproximó hasta rozarle el pecho y con la nariz le acarició la sien.

—Y, entonces, ¿qué estamos haciendo aquí? —expresó en voz baja. A Lucianna se le endurecieron los pezones y tuvo que tragar la saliva antes de hablar.

—No tengo idea...

Roberto dio dos pasos atrás y sonrió con masculina satisfacción al verla estremecerse. Al menos una condenada mujer con la reacción habitual. Extendió el brazo derecho y le señaló el camino hasta los ascensores.

—Después de ti, Lucianna.

Dejó que la tal Lucianna Petra se cocinara en su propio caldo el tiempo que duró el corto trayecto en el ascensor. La observaba removerse inquieta, cohibida, mientras él, apoyado en la barandilla, la devoraba con los ojos. Cada vez le gustaba más la idea de echarle un polvo a esa mujer. Decidió entrar en acción cuando ambos se pararon delante de su habitación. La dejó abrir la puerta. La tomó del brazo, entonces, le arrancó la tarjeta magnética, la apretó contra su pecho y le buscó la boca mientras los metía a los dos en el

cuarto y cerraba la puerta con el tacón de su zapato. Avanzó sin detenerse ni dejar de besarla. Le bajó la cremallera trasera del vestido y trazó un recorrido con las uñas por su columna vertebral. Con la otra mano la sujetó por la cintura y la refregó contra su erección. El ronroneo de la mujer lo hizo carcajearse. La soltó y se paró delante de ella, mirándola con una sonrisa al tiempo que se deshacía de los zapatos, se quitaba la chaqueta y se desabrochaba el cinturón. Extrajo un condón de su cartera y se lo mostró alzando una ceja. Ella soltó una risilla y aplaudió. Con un movimiento fluido y rápido se bajó los pantalones y los calzoncillos. La escuchó jadear. Se sacó la camiseta por la cabeza y la lanzó al suelo. La mujer se relamía los labios y lo contemplaba con ojos brillantes. Sin darle tiempo a reaccionar, la empujó a la cama. Ella dejó escapar un gritito ahogado y trepó por el colchón. Roberto le sujetó el tobillo, lo alzó y depositó un beso suave en el hueso que sobresalía, luego lo lamió y la arrastró hasta colocarla donde le gustaba. Ella lo observaba desde abajo.

—Vuelve a besarme ahí, ha sido muy excitante.

—Observa...

Se colocó encima de ella y, con un solo movimiento, tomó los bajos del vestido y se lo sacó por la cabeza.

—Oh, vaya, menudo truco —silbó ella entre dientes, y arqueó la espalda,

ofreciéndole los pechos.

—¿Dónde querías que te besara? —musitó mientras sus dedos se internaban en la cinturilla de sus bragas.

—Donde quieras, donde quieras...

La besó y llevó las manos a sus pechos, que, aunque pequeños para su gusto, eran proporcionados. ¿Qué mierda hacía? Dedicarse a analizar el tamaño y la proporción de sus tetas no era una buena señal cuando debería morirse por restregar la cara entre ellas.

Pastriani se inclinó y le mordisqueó los pezones a través del tejido del sujetador. Tomó uno de ellos entre los labios y lo succionó. Cuando la oyó gemir se lo apretó entre los dientes, ella echó la cabeza hacia atrás y se agarró a la cama aferrando las sábanas en sus puños. Aprovechó que ella volvía a arquear la espalda para desabrocharle el sujetador y lanzarlo al suelo, donde formaría montaña con el resto de la ropa. Le metió la mano entre las bragas y le palpó el sexo, perfectamente depilado. Ella dejó escapar un gritito y se las bajó un poco para facilitarle el trabajo. Pastriani comenzó a masajearle el clítoris con un movimiento mecánico de su pulgar... frotó y frotó.

«¿Quién eres, el puto Aladdin? Joder, céntrate, tío».

Al menos, pensó resignado, uno de los dos estaba disfrutándolo de pleno, a juzgar por la forma en que Lucianna se retorció sobre las sábanas y gritaba.

«No tienes el alma puesta en lo que haces, por eso aún la tienes a media asta, mamón».

Ella decidió que también podía jugar en las ligas para mayores y comenzó a frotarse contra su cuerpo. Con las piernas le rodeó la cintura y lo ciñó a él, luego metió las manos entre sus muslos hasta aferrarle la polla. La sujetaba como si fuera una jodida baliza en mitad del océano. Comenzó a meneársela con ímpetu, casi demasiado ímpetu.

—Quiero que me folles.

—A sus órdenes.

Se agachó para besarla al tiempo que seguía masturbándola y ella lo sorprendió al agarrarse a su cuello. Sus labios se pegaron a su nuez de Adán, besándolo, mordiendo y lamiéndole toda la zona. Lucianna dejó escapar un jadeo suplicante y Roberto se quedó paralizado sobre el cuerpo de la mujer. Conmocionado. Durante una milésima de segundo, ese sonido suave y entrecortado le recordó a Michela. *Cazzo*. Dejó caer la cabeza y cerró los ojos, vencido por el recuerdo de su voz y excitado aún a su pesar. Su maldita polla, que quizás también había reconocido la voz de su ama, había saltado hacia adelante. Él aprovechó para colocarse el maldito preservativo, agarró los muslos de Lucianna y con un movimiento enérgico, la penetró.

—Joder, sí, por favor, sí.

Cállate, quiso decirle él, cállate y vuelve a jadear si quieres que esto termine.

Comenzó a moverse en su interior, deslizó la mano entre sus cuerpos y la masturbó hasta que la hizo correrse. Ella meneaba la cabeza de un lado a otro y gritaba.

Roberto bombeaba contra sus caderas con movimientos secos. Separó el torso del de ella. Extendió los brazos y apoyó los puños sobre el colchón para pronunciar la potencia de sus embestidas. Cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y se obligó a disfrutar de ese maldito polvo.

La estaba follando sin saber muy bien qué coño estaba haciendo, pero a ella desde luego no parecía molestarle. O lo estaba disfrutando o fingía de puta madre. No paraba de chillar.

La terraza en sombras del apartamento de Lukas se filtró en medio de toda esa neblina confusa que eran sus pensamientos y recordó la voz de Michela.

«Sí, lo amo».

«Ahora, NO».

—Dios, sí, sí, sigue... no pares...

«Deja de pensar, bastardo hijo de puta. Céntrate y acaba».

La rabia impulsó sus movimientos y pronunció la intensidad de sus embestidas, golpeaba contra sus caderas de forma mecánica. Su mente

traidora dibujó la mirada gris de Michela. Esa hambrienta y necesitada que le había devuelto durante unos pocos segundos mientras le devoraba la boca. Se sintió desfallecer. Imaginando que era su vagina lo que estaba follando su polla, se dejó llevar y bombeó con furia contra la pelvis de esa mujer.

—Joder, sí, fóllame así —suplicó Lucianna—. Sí, así, joder...

Pastriani eyaculó con un rugido en el preservativo. Al finalizar, se echó a un lado. Antes de que ella se decidiera a tocarlo, saltó como un resorte de la cama. Se sacó el condón, lo anudó y lo lanzó a una pequeña papelera que había debajo de un discreto mueble secreter en la otra esquina de la habitación. Dejó escapar un suspiro y miró por la ventana de la habitación que tenía enfrente. La calle estaba desierta. Se frotó la cara con la mano y apoyó el brazo en el cristal.

«Menudo polvo de mierda. Joder. Joder. Joder. Maldita Michela. Maldita seas. ¿Ahora, también vas a castrarme?».

—Tienes la polla y el culo más bonitos que he visto en mi vida.

La voz de Lucianna lo devolvió al interior de esa habitación de hotel.

Cuando giró la cabeza y observó el cuerpo desnudo de la mujer, satisfecho y sonrosado tras el coito, le dedicó una sonrisa que esperaba que fuera convincente.

—¿Y has visto muchos?

—Oh, vaya. ¿Esa es la clásica pregunta trampa? —expresó con una sonrisa divertida.

Roberto dejó escapar una corta carcajada y se vistió en menos tiempo del que empleó ella en estirar todos y cada uno de sus músculos.

Se inclinó sobre el cuerpo desnudo de la mujer, que olía a Channel rancio y sexo barato, y depositó un beso sobre la punta de su nariz.

—No me importa las pollas o los culos que hayas visto. Que duermas muy bien, Lucianna.

Ella lo agarró de la solapa de la chaqueta y tiró a su vez, buscándole la boca, metiéndole la lengua hasta la campanilla. Roberto la dejó hacer.

—¿Y por qué no te quedas un rato más? Podemos pasar la noche juntos —comentó después de morrearlo con la voz entrecortada y los labios pegados a su boca.

«Eso no va a pasar, Lucianna, y lo sabes».

—Tengo cosas que hacer —mintió él.

Ella giró la cabeza y miró el reloj de la mesilla de noche, extrañada.

—¿A la una de la madrugada?

—El mal nunca descansa.

Ese comentario la hizo reír.

—¿Quién eres... *Batman*?

—Shu... *Joker* puede oírte, cielo. Buenas noches.

—Me gustaría volver a verte, podríamos quedar otra noche. Déjame tu número.

No pensaba volver a tirársela, pero qué demonios... Siguiendo un impulso estúpido del cual se arrepintió nada más poner un pie en la calle, le dio el número de su móvil, retozó un poco con ella sobre la cama, le dio algunos besos más para dejarla contenta y se largó.

«¡Qué noche de mierda!».

11

De entre todas las mujeres del poblado, había una a la que Licinia temía por encima incluso de los fieros guerreros. La viuda Aturúm. Una tarde había solicitado permiso para internarse en el bosque. Esa madrugada le había vuelto, por fin, el sangrado mensual y durante todo ese día, atareada con sus quehaceres, no había podido ocuparse de sí misma. Ovidia le había conseguido unos jirones de telas viejas y Licinia se había echado a andar y andar, aliviada con la idea de asearse. Caía una fina nevada y le costó distinguir lo que sucedía a pocos pasos, hasta que descubrió la figura de una mujer a unas pocas yardas de distancia. En mitad de un claro del bosque, cerca de un curioso promontorio formado con piedras rectangulares, se había topado con Aturúm que ejecutaba un siniestro ritual sobre una roca plana.

Agazapada entre varios arbustos había asistido perpleja a la decapitación de un lechón. La viuda, una vez que se aseguró de que el animalillo había muerto, se había desnudado con parsimonia y luego había doblado sus prendas y las había dejado a un lado. Era tal el frío que Licinia no comprendía cómo la mujer aguantaba las bajas temperaturas de ese día invernal. Atraída por cada uno de los gestos de la mujer, la joven se había aproximado un poco más, ocultándose tras el tronco de una enorme encina. Aturúm se dedicaba a drenar al animal. La sangre goteaba en el interior de una vasija de bronce tallada con símbolos paganos. Licinia asistió perpleja a la ceremonia que ejecutó a continuación. La mujer agarró la vasija, la alzó sobre su cabeza y derramó el contenido íntegro sobre su cuerpo desnudo. Posteriormente, se subió a la roca y comenzó a declamar moviendo las manos y la cabeza, adelante y atrás, una y otra vez. Gritaba palabras y se agitaba como si se hallara poseída. Se consagraba a una diosa y le prometía el sacrificio de un toro si le concedía el don de un hijo del hombre amado. La mujer parecía más allá de la razón, presa de algún encantamiento. En un instante, había abierto los ojos. La joven romana se estremeció de arriba abajo y tuvo que contener un grito de espanto. No se distinguía el iris de sus ojos. Estaban en blanco. Temblando y muerta de miedo, trastabilló con su propia ropa en su intento por incorporarse y escapó de allí, corriendo en

dirección contraria, sin ver siquiera hacia donde se dirigía.

Hizo acopio de entereza cuando por fin llegó al poblado y sin demora volvió a sus tareas. A nadie contó lo que había visto. No se atrevía. La viuda se presentó frente a ella horas después. Licinia tendía sobre las ramas más bajas de un árbol la colada limpia. Sin pronunciar palabra, Aturúm arrojó a sus pies las vísceras del animal muerto. Una advertencia.

Días después, Licinia comprendió que se había hecho con una poderosa enemiga.

Una de las mujeres, prisionera igual que ella, se había presentado en la choza que les servía de alojamiento.

—Es terrible, *domina* Licinia. Creo que van a matar a Ovidia.

Licinia, que descansaba echada un rato sobre su pequeño jergón, se incorporó y tomó a la mujer de los hombros.

—¿Qué dices! ¿Por qué?

—Al parecer, ha desobedecido una orden de esa mujer odiosa, la viuda Aturúm. Quieren ajusticiarla para que sirva de escarmiento.

Licinia, sin pararse a meditar que ella no era a ojos de esa gente nadie mejor que la propia Ovidia, salió disparada para impedir que ajusticiasen a la única amiga que le quedaba en la vida. No había socorrido a Brisia, pero los dioses la condenaran, no permitiría que sucediera lo mismo con Ovidia.

Habían clavado un enorme tronco de unos ocho pies de altura en el centro del poblado, en la intersección de las calles principales, y allí descubrió a Ovidia, amarrada a la madera con gruesas cuerdas. A la vista de todos. Varios hombres discutían en voz alta y otras tantas mujeres los increpaban. Aturúm se había mantenido en un segundo plano. La viuda vigilaba la escena con actitud indolente. Sus ojillos afilados brillaban con regocijo. Licinia se abrió paso entre la gente. Entendía palabras sueltas de todo cuanto decían. Castigo, condena, prisionera. Eso fue lo que escuchó. Uno de los hombres alzó de pronto la mano, en la que portaba un enorme bastón de madera y lo agitó con frenesí delante de la muchedumbre con la intención de asestarle un golpe a la esclava. Ovidia aguardaba con actitud estoica, la cabeza erguida y la barbilla desafiante. Licinia actuó sin pensar, impulsaba por el miedo de perder a su única y fiel amiga. Se lanzó a una carrera desesperada por llegar a tiempo y de su garganta brotó un alarido antes de echarse encima de Ovidia, cubriéndola con su propio cuerpo.

No fue consciente del terrible silencio que cayó en la plaza tras su actuación. Apretada contra el cuerpo de la esclava, temblaba de pies a cabeza, esperando el fatal desenlace. Las iban a ajusticiar a las dos. Era el fin.

—Por favor, dioses misericordiosos, que no me duela mucho morir, que sea rápido —oró la muchacha con devoción y los ojos cerrados.

Ultinos detuvo el brazo implacable de Indortes que se disponía a ejecutar la sentencia contra el cuerpo de Licinia.

—Ella no ha hecho nada.

—Se ha rebelado contra nuestra decisión de ajusticiar a la prisionera. Ella, que no es más que una esclava.

—Si no actuamos con la contundencia debida —intervino entonces Aturúm que caminaba hacia ellos—, se pensarán que tienen poder. Se alzarán en rebeldía. No podemos dejar las cosas así. Esto es imperdonable. Acabad con las dos mujeres.

Varias voces se unieron a la petición de la viuda.

—Aturúm tiene razón —replicó alguien más.

—No podemos permitir este tipo de comportamiento de unas prisioneras, ¿¡qué será lo próximo!?

—Debemos darles un castigo ejemplar. Las ajusticiaremos como una ofrenda para la bendición de los dioses.

Ultinos miró a Indortes y negó con la cabeza. Se tranquilizó cuando descubrió a Durato, que había estado observando la escena y avanzaba hacia ellos con cara de pocos amigos. Indortes, empeinado en el castigo, no hizo caso a su advertencia, alzó el brazo y lo lanzó contra el cuerpo menudo de la esclava.

La mano fuerte de Durato paró el golpe sujetando la muñeca de Indortes y empujándolo hacia atrás. El hombre cayó al suelo despatarrado y se quedó mirando a su general con ira contenida, avergonzado también por la humillación.

Ultinos perfiló una pequeña sonrisa sesgada y se cruzó de brazos.

Durato, sin dirigir una palabra a nadie, se acercó hasta Licinia y la arrancó del cuerpo de Ovidia tirando del cabello de la mujer. Licinia se llevó las manos a la cabeza, forcejeando con el hombre para que la soltara.

—Estate quieta, maldición —siseó enfurecido Durato zarandeándola con violencia.

Licinia lo contempló con ojos espantados, sin embargo, obedeció y guardó silencio.

—Seré yo el que decida el destino de estas mujeres —anunció Durato, y su mirada recayó sobre Aturúm.

—Es un asunto doméstico —replicó Aturúm visiblemente turbada—. No podemos dar tantas ínfulas a dos simples esclavas.

Licinia experimentó un escalofrío de temor, pero mantuvo la cabeza gacha.

—Debemos decidirlo en Consejo —se ofuscó Indortes, que se había incorporado del suelo y se había adelantado a los demás.

—Si alguien se atreve —amenazó el caudillo contemplando a Indortes

como si este fuera un mocoso desagradecido— a ponerle una sola mano encima a esta mujer, lo descuartizo, sea hombre o mujer. Llevad a esa hasta su choza. —Señaló a Ovidia con la cabeza—. Yo me encargaré de la esclava Licinia.

Michela encajó la llave en la cerradura y giró la mano con lentitud. Tomó una honda inspiración. Armándose de valor, abrió la puerta y entró en el recibidor del piso de Lukas. La familiaridad de los muebles, de la moderna decoración y el olor a flores frescas que impregnaba siempre la casa fue como un mazazo para su conciencia. Cerró la puerta. Así se quedó. Desmoralizada y sin atreverse a pasar de la puerta.

Lo cierto era que Michela había cambiado desde la última vez que había puesto un pie en ese recibidor, treinta y seis horas atrás. Ahora todo en su vida estaba del revés y ya no sabía qué era lo que quería, por qué habían terminado las cosas así ni mucho menos cómo lo solucionaría.

Con la mirada borrosa por las lágrimas, centró su atención en la figura de una estatua romana: una pareja entrelazada. La mujer ataviada con la clásica toga y sandalias de la época republicana, tenía la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás y los ojos entrecerrados, como si acabara de sufrir un desmayo, mientras que el hombre, al que solo cubría una especie de faldón de esos que usaban los esclavos en la antigua Roma, la sostenía por la cintura y

la espalda, protegiéndola. Había quedado hechizada al verla en una tienda de antigüedades cerca de su casa en el barrio del Trastévere el año anterior. Una vez que la tuvo en su propio apartamento, se había pasado horas analizándola, admirándola, tocándola, con reverencia, preguntándose qué le habría ocurrido a esa joven y de qué tierras remotas vendría él. Una noble romana y un esclavo. No parecía una pareja muy propicia. Esa estatua era la única cosa que se había traído de su piso. Lukas le había concedido el puesto de honor, colocándola en solitario en el centro de la consola de roble del recibidor. Un foco del techo la iluminaba directamente. No entendía por qué no podía separarse de esa estatua. La conmovía. Un repentino mareo la hizo apoyarse en la butaca que había a su lado. Se sentó en el filo del sillón, con el bolso aún colgando de su hombro; las llaves entre las manos y la mirada perdida. ¿Qué debía hacer ahora? ¿Cómo podría explicarle todo a Lukas? ¿Debía explicárselo? Sí, tenía que hacerlo. Ella no era una cobarde. Así la había llamado él. Cobarde e hipócrita.

Él.

Michela cerró los ojos con fuerza, pero no podía huir de sus pensamientos.

Sus palabras la atormentaban.

«¿Sabes qué es lo que te pasa, Michela? Que te has acomodado y no soportas que nadie venga a joder ese mundo fácil y tranquilo que has creado

a tu alrededor».

En el estado en el que se encontraba, se veía incapaz de repetir su nombre y le resultaba paradójico teniendo en cuenta que, desde hacía cuatro meses, su nombre no había hecho otra cosa que deambular a su antojo en su cabeza, volviéndola loca.

«Mi pequeño problema, Michela, es que hace cinco malditos minutos que has pronunciado mi nombre y soy jodidamente consciente de que jamás lo habías hecho hasta el día de hoy».

No cayó en la cuenta de que había comenzado a llorar hasta que sintió unas gotas golpeándole la mano.

—Hey, ¿qué tal ha ido la guardia? ¿Michela? ¿Estás bien? ¿Estás llorando?

La voz de Lukas la devolvió a la realidad. Ella se obligó a alzar la vista y dar la cara. Tragó saliva, se sorbió los mocos y se restregó las manos húmedas en el pantalón. Lukas, parado bajo el dintel de la puerta que daba a la sala de estar, la contemplaba con un gesto de preocupación.

Sin poder mirar a los ojos de su novio, comenzó a hablar fijando la vista en un punto intermedio, entre la barbilla y su cuello.

—No, la verdad es que no estoy bien, yo... Pasó algo horrible —comenzó ella con voz insegura. Con una mano se rascaba la frente con las uñas, con la otra presionaba con la yema de los dedos el llavero.

Lukas se acercó hasta donde estaba ella, se agachó y le tomó con cuidado la barbilla. Michela se echó a llorar.

«No vuelvas a decir que es asqueroso. No lo hagas».

—Lukas, yo... Yo soy... Dios, ¡no sé cómo me soportas!

—Michela, tranquila, no entiendo una palabra de lo que estás balbuceando.

Cariño, estamos en medio de la entrada, ¿por qué no te cambias? Si quieres pégate una ducha. ¿Quieres comer algo? Y así me cuentas eso tan terrible que ha ocurrido.

—Ha sucedido algo horrible, pero no puedo hablar de eso, yo... ahora no puedo. Estoy destrozada. Necesito descansar.

«Y ya que estamos con los insultos, añade dos más a tu propia lista.

Hipócrita y cobarde».

—De acuerdo, está bien. Déjame acompañarte, te preparo el baño y luego vamos a la cama, que después de la jornada que has tenido, necesitas descanso.

—¿Qué hora es?

—Casi las nueve de la noche.

Michela se dejó arrastrar hasta el cuarto de baño del dormitorio que ambos compartían. En el camino, Lukas le había quitado el bolso, que había dejado en un gancho detrás de la puerta de su dormitorio y también le había

presionado la mano, separándole los dedos, para que le diera las llaves. No sabía dónde había puesto él sus llaves. Tampoco le importaba en ese momento.

Lukas se inclinó, extendió la mano por delante de su cuerpo, y le dio al interruptor de la luz. La imagen que reflejó el espejo frente a ellos resultó chocante. Falsa. Una mentira. Otra más.

«Dime, o no me lo digas, pero sé sincera contigo misma al menos, que no te has sentido viva entre mis brazos como nunca antes te habías sentido».

Sabonis la sostenía por la cintura y ella se veía desamparada, tan débil, con la nariz congestionada, las mejillas llenas de manchitas rojas y los ojos hinchados. Estaba espantosa. Aborreció la debilidad que reflejaba su postura encorvada, también el tacto de la mano de su novio sobre ella, aunque solo la estuviera rozando. No lo soportaba.

«Detesto que pueda besarte cuando le venga en gana, mientras que de mí te apartas, aterrorizada».

Michela apretó los labios y cerró los ojos, angustiada. «Por favor, no más. Necesito paz». —A ver, vamos a quitarte la ropa.

Michela se estremeció. Se alejó de él, internándose en el cuarto de baño.

Pisando con sus playeras deportivas la alfombra de nudos, se dio la vuelta y negó con la cabeza.

—No... No es necesario, esto ya lo puede hacer yo sola. Gracias, de verdad, muchas gracias.

Lukas apoyó las manos en sus caderas y dejó escapar un suspiro largo y pesado. La estudió fijamente con la mandíbula apretada.

—Michela, necesito que hablemos.

—Lo sé, lo sé —corroboró ella nerviosa restregándose las manos y mordisqueándose los labios.

Sin entender muy bien el impulso que la dominó, cruzó la distancia que la separaba de Lukas, lo abrazó con fuerza por la cintura hundiendo la cara en su pecho y rompió a llorar desconsolada. Lukas, sorprendido con el gesto y conmocionado por la angustia de ella —expuesta de forma tan cruda por las ansias con las que sus manos se aferraron a su espalda—, le devolvió el abrazo y enterró la cara en su cuello.

—Michela...

—Lo siento, lo siento, sé que te estoy haciendo mucho daño y me está matando. ¡Por favor, perdóname, por favor! —clamó ella ahogada por el llanto.

—No tengo nada que perdonarte, pero necesito saber que estamos bien.

—Perdóname, no quiero hacerte daño. No quiero.

—Sé que no quieres hacerme daño —le dijo separándola de su cuerpo y,

mirándola a los ojos, depositó un beso suave en la frente—. Ahora métete en la ducha. Luego hablamos, cuando estés más calmada.

«¿Estás cabreada conmigo o contigo misma, Michela? ¿De qué honor hablas? ¿Del mío o del tuyo?».

Con el cabello chorreando sobre la alfombra de nudos, desnuda y empapada, se dedicó a contemplarse en el espejo. Lukas la había dejado sola y cerrado la puerta tras él cuando abandonó el baño.

«Mentirosa, hipócrita, cobarde, sucia, rastrera, indigna».

Ella era todo eso y más. Ella era igual a su padre que, sin meditar en las consecuencias, había engañado a su esposa con otra mujer y luego la había abandonado, dejándola sola y desamparada al cuidado de una niña. Su propia hija. Por la que tampoco se había preocupado demasiado todos esos años. Un *e-mail* cada semana. Eso era todo lo que tenía de su padre. Parecía más el trato de un familiar lejano que el que debería recibir un hijo de su padre. Su tía Herminia, sin ir más lejos, la llamaba cada tres días y las visitaban cada Navidad, y dos semanas, todos los veranos, Herminia, su hijo Juan Santiago y una amiga de la familia María José López, Macoco. Su padre, en cambio, no le había exigido a Carmen la custodia compartida, las clásicas visitas en los meses de verano ni tampoco durante las Navidades. Se había deshecho de ambas con una naturalidad pasmosa.

El fruto nunca cae muy lejos del árbol, dice la Biblia y ella pudiendo parecerse a su madre, que fiel a sus sentimientos jamás había amado a ningún otro hombre, era un calco de la maldad de su padre, de su falta de escrúpulos y dignidad. Era una Hauffman de pies a cabeza.

«Y no me vengas con chorradas sobre la moral o la ética. Pecado e infierno. Bobadas. No soy ningún puto santo y no creo en Dios. Pero no me engaño, no me escudo en una moralidad hipócrita».

—No me engaño. Sí que importan, esas cosas importan. No son bobadas como tú dices.

Agachó la cabeza y se cubrió la cara con las manos. Por favor, ahora también hablaba sola. Estaba perdiendo la razón. Se acabó, se acabó todo.

Hablaría con Lukas, le explicaría lo que había pasado con... con *él*, y luego abandonaría esa casa. Ya no tenía sentido seguir fingiendo un minuto más.

Cuando terminó de secarse el cabello y el cuerpo, se lavó los dientes.

Mientras se enjuagaba la boca, miró con desgana sus tarritos de crema facial.

No tenía el ánimo para eso. Buscó a su alrededor hasta caer en la cuenta de que su pijama estaba en el segundo cajón de la cómoda. La que estaba en el dormitorio. Al otro lado de la puerta. Donde Lukas la esperaba. Tendría que salir envuelta en una toalla. Resopló cansada con todo.

Agotada hasta la extenuación. Cabreada también. Con ella, con *ÉL*...

¿Cuándo demonios se había complicado tanto su vida?

Abrió la puerta. Lukas, apoltronado en mitad de la cama, con la cabeza apoyada en el cabecero de cuero acolchado y los pies cruzados por los tobillos, leía un libro. Cuando escuchó el clic de la puerta, alzó la vista y sin decir palabra, le señaló los pies de la cama. Allí estaba su pijama, estirado, esperando por ella. La ternura y la infinita comprensión tras ese gesto la desarmaron por completo y se echó a llorar otra vez.

Lukas saltó de la cama y se paró delante de ella. Dudó si debía o no tocarla para confortarla. En las últimas ocasiones, ella siempre lo había rechazado. No sabía si sería capaz de aguantar otro rechazo más.

—Por el amor de Dios, Michela, ¿qué te ocurre? Me tienes preocupado, ¿le ha ocurrido algo a tu madre... a tu tía, a los gemelos?

—No, no. Todos están bien. Se trata de una chica...

«Hipócrita», increpaba la voz de él en su cabeza.

—Una chica —repitió él.

—La violaron, de forma horrible. Me afectó muchísimo.

«Cobarde».

—Comprendo, verlo frente a tus narices debe ser horrible.

—Lo fue... horrible.

Agarró el pijama con manos nerviosas y escapó a la seguridad del cuarto

del baño.

Lukas se quedó ahí de pie, en medio de su dormitorio, contemplando con cara de pasmo la puerta del baño nuevamente cerrada a cal y canto. La estaba perdiendo. Tal vez ya la había perdido. Desde hacía demasiado tiempo, no hablaban, no reían y no se besaban. Ni tan siquiera se tocaban. Se frotó la boca angustiado. Se preguntó en qué habría fallado con ella, ¿cuándo se habían empezado a torcer las cosas de ese modo? ¿Dónde? ¿Por qué? Una sonrisa triste despuntó de sus labios al recordar la primera vez que la había visto. ¿A qué fecha estaban? Veinte de septiembre. Hacía más de un año de ese día. La había conocido durante un recorrido por el Palacio Altemps, mientras contemplaba la imponente colección de esculturas romanas de Boncompagni Ludovisi. Una debilidad para ambos. Eso habían tenido en común los dos: su pasión por el arte antiguo.

Nada más descubrirla, había detenido su paseo y se había quedado observándola como en trance. Se le había secado la boca y el corazón se había lanzado a batir desesperado. Mientras que ella, ajena por completo a todas las sensaciones que a él le recorrían el cuerpo, se dedicaba a contemplar a través de una vitrina un conjunto de jarrones de barro desconchados que databan del siglo I d. C. Michela tenía esa extraña cualidad. Te desarmaba con el poder hipnótico de su mirada diamantina que jugaba en una línea

difícil de mantener por cualquier otra que no fuera ella, la sutil inocencia de una sensualidad descarnada a la que era imposible resistirse.

Tampoco le había dedicado una sola mirada unos minutos después cuando se toparon en una de las salas de arte egipcio. Para ese entonces, Michela ya no admiraba el arte, sino que había estado agobiada buscando a su amiga Francesca, que se había perdido en uno de los miles de recovecos del palacio. Como, además, la joven romana era un desastre con el móvil y se lo había dejado en casa, localizarla había sido imposible.

Lukas, impostando el papel de galán, se había acercado y con mucha gentileza se había ofrecido a dar con la alocada Biliardi para lo que tuvieron que recorrer todo el museo hasta llegar al mostrador de información y llamarla unas ocho veces por megafonía. La muchacha había asomado esa cabellera de rizos castaños y sus chispeantes ojos negros por una esquina. El abrazo que se dieron las amigas lo había emocionado. Adorarla había sido inevitable. Al menos, así lo veía él.

Lukas parpadeó y volvió a estudiar la puerta cerrada del baño, debatiéndose entre tocar o dejarlo pasar. Finalmente, claudicó. Resignado por tantas cosas que no comprendía, por tantas preguntas sin respuestas y frustrado por la imposibilidad de llegar hasta ella, decidió irse a dormir. Se acercó al lateral de la cama y sacudió la cabeza, entristecido, cuando contempló el lado vacío

de la cama. Apagó la luz de la mesilla de noche, dejando la habitación a oscuras, y se tumbó sobre el colchón.

Se despertó horas después. Notó su cuerpo caliente al otro lado de la cama.

Cegado por la necesidad que tenía de ella, la tanteó con las manos. Dios santo, ¡cómo la deseaba! Hacía tanto tiempo que no sentía su piel tan tersa y suave entre sus dedos y esos pechos suculentos y redondos, que jadeó ante ese primer contacto. Le deslizó una mano por el interior de la blusa de su pijama y la acarició con impaciencia. Sin darle tiempo a reaccionar y que lo rechazara, buscó excitarla con rapidez. Así que se colocó encima de ella y la presionó contra el colchón. Michela ahogó un grito. Intentó decir algo, pero él la silenció fundiendo sus labios con los de ella, hundiéndole la lengua en el interior salado y algo ácido de la boca. Michela se removió bajo su cuerpo y él buscó abrirla las piernas para internarse entre sus caderas.

—Ah, Michela, eres tan hermosa, te deseo... tanto.

—Por favor, Lukas... No puedo, para...

Sabonis no la escuchaba. Estaba más allá de la razón. Sus manos se habían desmadrado y la tocaban, la hurgaban y la codiciaban. Necesitaba obtener de ella una respuesta, la única posible. Su rendición esa noche.

—Lukas, por favor, no puedo respirar... No. Para.

Él murmuró palabras sin sentido en el oído de ella. Sus manos enredaron

por su cuerpo y se prendaron de un pecho que comenzó a masajear. Michela gritó.

—Tranquila, mi amor —le chistó él en voz baja—. Relájate, déjame a mí. Relaja el cuerpo, estás muy tensa.

—Déjame, no quiero esto. Por favor, Lukas, ¿qué estás haciendo!

Lukas presionó con las rodillas para abrirle las piernas, comenzó a mecerse sobre ella y se bajó el pantalón hasta presionarle el sexo con su erección. Le apretó un pezón y le besó un punto del cuello. Michela volvió a gritar. Se quedó quieta durante unos segundos. Lukas creyó que por fin la tenía donde quería, encontró sus labios y la besó enternecido.

Se apartó de golpe con un quejido. Ella le había mordido los labios con saña. Michela rodó y abandonó la cama. Lo dejó helado el aspecto que presentaba. Lloraba y tenía las mejillas encendidas, los labios hinchados y el cabello revuelto, de punta y en todas direcciones. La camisa de su pijama estaba rasgada. ¡Dios santo, rasgada! ¡Qué le había hecho!

—¡Te dije que no! ¡Te dije que no! ¿Te has vuelto loco?

Lukas se arrodilló sobre el colchón, nervioso y asustado.

—Michela, por Dios, lo siento, perdóname, mi amor.

Ella alzó las manos al frente. No quería escucharlo. El estómago de Lukas dio un vuelco, a punto de precipitarse al vacío. ¿Qué demonios le había

hecho?

—No, no te acerques ahora. No puedo... No puedo...

Michela se había abrazado a su propio torso y deambulaba por la habitación nerviosa. De repente, se detuvo y contempló la puerta. En un arranque, agarró su bolso y abrió la puerta del dormitorio. Lukas se incorporó asustado.

—Michela, ¿qué haces?

—Me voy. No me sigas.

Michela ya caminaba por el pasillo, descalza y en pijama, con el bolso aferrado entre las manos. Lukas avanzó detrás de ella, agobiado.

—Por favor, escúchame, por favor.

—¡No! No más escuchar, no más nada.

Agarró el pomo de la puerta que daba a la calle y abrió. Giró su cuerpo, como si de pronto hubiera recordado algo. Los dos se quedaron contemplando la estatua romana. Michela tragó saliva, se colgó el bolso del hombro, se acercó, tomó la figura con cuidado entre las manos y la apretó contra su pecho. Lukas odió esa figura, cuidada y protegida entre los brazos de su amor. Los ojos de ambos se encontraron entonces.

—Por favor —le suplicó con voz rota—, déjame explicarte...

—Otro día tal vez, ahora no.

—Estás descalza.

Ambos bajaron la vista y observaron los pies descalzos de ella. Lukas, sin pronunciar una palabra, se dio la vuelta y desanduvo el camino hasta la habitación. Tomó sus zapatillas de deporte, que ella había dejado en el cuarto de baño, y cuando volvió al recibidor se las entregó. Michela agarró los zapatos y bajó la cabeza.

—Cúrate ese labio. Adiós.

Y la puerta tras ella se cerró.

12

—¿Se puede saber qué pretendías?

Licinia procuraba seguir las enormes zancadas de Durato, aunque sin éxito.

La postura no le facilitaba lo más mínimo esa tarea. El hombre la tenía sujeta por la muñeca y tiraba de ella sin ningún tipo de consideración. Habían dejado atrás la pequeña ladera salpicada de casitas, también la muralla que daba acceso al poblado y caminaban cuesta abajo y entre los árboles.

—Eres una maldita idiota —le habló sin mirarla, sin detenerse y con la cabeza enterrada entre los hombros—, una insensata.

La mujer no creía que en ese momento él fuera consciente de que ella no estaba entendiendo una palabra de cuanto farfullaba. Tampoco hubiera podido. Bastante tenía ella con no tropezar, seguir sus pasos y evitar caer de bruces contra la tierra, como para dedicarse a prestar atención a su perorata.

—Lo mejor sería haber dejado que Indortes te diera tu merecido por tener el mismo sentido común que un gorrión.

A Durato lo llevaban los demonios. No comprendía qué clase de espíritu maligno se había alzado en su interior cuando contempló el brazo implacable de Indortes y su terrible bastón elevándose contra el cuerpo pequeño y tierno de Licinia.

Un nudo de pura rabia concentrada le había carcomido las entrañas, nublándole la vista. Cegado por la furia, no se había parado a meditar en nada más que en detenerlo. Ella le pertenecía a él y solo a él. ¡Es mía!, había deseado gritarle a él. A todos. Era su prisionera. Suya y de nadie más.

Durato se detuvo, se dio la vuelta y la asió por el cuello. Licinia chocó con él debido a la impetuosidad de ese movimiento inesperado. La joven se llevó una mano al cuello sujetando la mano de él. Durato se quedó contemplando absorto su boca de labios entreabiertos. Ella resollaba por el esfuerzo.

—Eres mía, ¿comprendes? Nadie más que yo tiene derecho a tocarte, mirarte o lastimarte.

Sin darle ninguna tregua, la pegó a él y su boca cayó sobre la de ella con violencia. El cerebro de Licinia se vació de todo pensamiento. Una poderosa llamarada de deseo la recorrió de pies a cabeza y se disparó por todo su torrente sanguíneo.

Durato la besaba y la besaba, succionado sus labios, mordiéndolos, perdido en una maraña inexplicable de frustración, temor y ansias.

—¿Tienes alguna remota idea de lo que quiero hacerte? ¿De lo que me provocas? —le susurró él sobre los labios con la voz enronquecida por el deseo—. ¿Qué clase de bruja eres, mujer? Me hechizas...

Sus manos rodearon su cara y separó sus bocas. Licinia abrió los ojos. Él la contemplaba con una furiosa intensidad que a ella le hacía palpar el pecho y un punto entre las piernas que la avergonzaba. Lo tenía tan cerca que podía distinguir las pupilas dilatadas en esos ojos negros como la obsidiana. Se sentía embelesada con el sonido de la voz de ese hombre, con su sólida y aterradora presencia.

—Huyo de ti —le musitó en un hilo de voz—, eso es lo único que hago desde que apareciste en mi vida, huir, escapar, mantenerte lejos. Todo para nada.

¿Qué cualidad poseía esa mujer que lo sumía en ese estado de desasosiego? A pesar de la distancia que había impuesto entre ellos, incluso sin poder comunicarse con ella, pues ni siquiera hablaban la misma lengua, lo desestabilizaba.

Volvió a besarla. Esta vez su boca se dedicó a consolarla. La arrastró con suavidad por la esponjosidad de sus labios, insinuante y cauteloso. Licinia,

que había vuelto a cerrar los ojos abrumada por la ternura que le había transmitido con ese beso y la adorable inseguridad con la que se había expresado, permanecía inmóvil entre sus brazos, temerosa de que cualquier movimiento suyo lo alejara y, al mismo tiempo, inquieta porque esa actitud mansa y complaciente lo atrajera todavía más, pues le temía más a los sentimientos que despertaba en ella que al hombre en sí mismo. Estaba hecha un lío.

«¿Me besas así porque aún te deslumbra mi rostro? —hubiera deseado preguntarle—, ¿o quizás porque piensas en tu esposa muerta? ¿Qué soy para ti? ¿Un desquite temporal? ¿Un mero deseo pendiente de satisfacer?».

Tras esa pose altiva y orgullosa con la que Durato siempre se pavoneaba, habitaba un alma torturada, profundamente herida. Había tal tristeza en él, tanto dolor que a Licinia le partía en dos el corazón. Conocer la trágica historia de su familia por boca de Ovidia había abierto en el interior de Licinia un abismo inagotable de pena, vergüenza y celos enfermizos. Ovidia le había contado todo, la treta de Galba y de su padre para cercarlos, el engaño del que se había valido para arrastrarlos hasta Carmone. No se contuvo en el relato de los detalles escabrosos por consideración a su delicadeza. La perfidia de Galba quedó expuesta de forma cruda, sin ambages. Bien sabía ella de lo que ese monstruo era capaz. Ovidia, en

cambio, sumida en la ignorancia, estaba horrorizada y así se lo hizo saber. Licinia, ese día, lo había padecido todo: la compasión, el orgullo, la rabia, pero sobre todo y más que cualquier otra cosa, ella había experimentado una envidia que la turbaba. Envidia hacia una mujer sin rostro, la esposa inocente que lo había perdido todo, la vida, el amor de su hombre y a sus hijos. Esa clase de sentimiento, mezquino e impropio, le carcomía el alma porque le comprometía cada minúscula parte de su ser. No obstante, nada podía hacer para huir de sí misma. Ansiaba que alguien tuviera el coraje de amarla así, con todo su ser. No, eso no era cierto. Ansiaba que Durato tuviera el coraje de amarla de esa manera, frente a todos y bajo cualquier circunstancia adversa. Que amara no su rostro angelical, sino aquello que nadie se había atrevido a amar jamás. A ella y todo lo que guardaba en su interior y que jamás se había atrevido a exponer frente a nadie.

Durato se separó de Licinia, le pasó los dedos temblorosos por la boca y tragó saliva. Se preguntó aturdido si acaso ella era consciente del poder que ejercía sobre él solo por permanecer así, mansa entre sus brazos. Eso lo sacaba de quicio. Ella aguardaba quieta, expectante, con la mirada baja, las mejillas regadas de manchurroneos de barro y el cabello largo y negro recogido en la nuca por una simple tira de cuero, y él se moría por ella. Por arrastrarse por el suelo, postrarse a sus pies y recorrer con la lengua cada

pulgada de esa deliciosa piel nívea. Besar esos labios succulentos que no hacían otra cosa salvo tentarlo y hundirse tan profundo en su interior que la hiciera olvidar su nombre.

«Licinia, ¿qué hermosa eres? ¿Qué es esto que siento por ti?».

Ni las vastas ropas que ahora vestía, tan diferentes de las elegantes túnicas romanas que habría llevado para regocijo de su esposo, ni el fatigoso trabajo que realizaba cada día conseguían destruir el aura de magnificencia que la rodeaba, que era intrínseco a su persona. Esa mujer seguiría pareciendo una diosa romana, así se restregara por el fango como los cerdos.

Y lo sabía, sabía que no debía permitirse sentir lo que sentía mientras la observaba desde lejos atareada, acarreando baldes de agua y compartiendo confidencias con otras mujeres. La buscaba, la espiaba. Detestaba las sonrisas que dedicaba a su gente, ya fueran hombres, mujeres o niños. Él, como el bastardo egoísta que era, las quería para sí. También la celaba para que ningún otro tomara lo que era suyo. Más que nada, lo frustraba reconocer que todo estaba mal en relación con ella. Esa mujer, su enemiga, no debía ostentar tal influjo sobre él. Tomarla no hubiera sido incorrecto, lo que hacía que todo fuera imperdonable era la necesidad que tenía de ella, de escuchar el sonido de su voz cada mañana cuando despertara entre sus brazos y el de sus risas cuando jugueteara con ella. Porque aun eso lo mortificaba y lo humillaba. El

anhelo de ser el único que la hiciera sonreír.

Abstraído en sus pensamientos, acarició con reverencia sus mejillas heladas, sucias y sonrosadas. Deslizó un pulgar por la red de pequeñas venitas azules. Tenía una piel tierna, casi translúcida. Jamás había tocado nada tan suave y delicado. Tan pequeña se veía frente a su manaza que le provocó ternura descubrir el contraste tan acusado entre ambos. Consumido por el apremio con el que vivía todo en relación con esa mujer, dejó a un lado sus buenas intenciones y le aplastó la boca en un beso devorador ciñéndola a su cuerpo, volcando en la unión de sus labios todo ese caos inmanejable de emociones que le provocaba. El cuerpo de él se estremeció de arriba abajo cuando ella entreabrió los labios para dejarlo entrar. La deseó en ese instante con una fuerza que le hizo temer por su cordura. Ansiaba someterla. Apagar el fuego que le había encendido en su interior y lo estaba ahogando. Lycinia gimió, honda y pesadamente, y se apretó contra él. Y ese gesto selló su destino.

Durato la alzó en vilo y sin dejar de besarla, caminó como ciego hasta un árbol situado a sus espaldas. La depositó en el suelo, separó un instante sus labios y con manos desmadradas agarró los bajos de su túnica y lo subió por sus piernas con movimientos apresurados y bruscos tirones. Lycinia no lo detuvo, sin embargo, se la veía aturullada, quizás amedrentada por su

arrebato. Durato olvidó lo que iba a hacer, emocionado por la inseguridad que descubrió en ella, por las dudas y el nerviosismo con que sus ojos dorados seguían todos y cada uno de sus movimientos. Dejó escapar un suspiro y alargó una mano. Rodeó con cuidado su nuca, sosteniéndola con ternura y le hizo inclinar el cuello. Besó una vena que sobresalía. Ella dejó escapar un tenue gemido de su boca.

—No temas, *kaini*, no quiero lastimarte...

Sin dejar de mirarla, se agachó ligeramente flexionando las rodillas y dejó que su mano se deslizara por los bajos de su vestido y recorriera su muslo desnudo hasta la hendidura entre sus piernas. Se entretuvo jugueteando con su vello pubiano y con la yema de sus dedos tanteó con suavidad su vagina, penetrándola con un dedo. Ella sufrió una sacudida, se apoyó contra el árbol, apretó los labios y sus ojos se entrecerraron cuando comenzó a imitar con su dedo lo que deseaba hacerle con su pene.

Cegado por la lujuria, le hizo darse la vuelta, la tomó por las muñecas y colocó sus manos abiertas sobre la dura corteza del árbol. Le apartó el cabello a un lado y beso y lamió esa zona. Licinia clavó las uñas en la superficie del árbol y curvó la espalda. Él se apretó contra la tibieza de su cuerpo, frotando su erección a su trasero. Tomó los bajos de su túnica y alzó la prenda. Ella elevó las manos para que él pudiera sacarle la ropa por la cabeza. Lanzó el

vestido y no se preocupó por saber dónde caía. Durante un tiempo fue incapaz de hacer otra cosa salvo contemplar su cuerpo desnudo y tragar saliva. «¡Qué criatura tan hermosa eres!».

Aflojándose la tira de sus pantalones con premura, tomó su erección entre las manos y comenzó a masturbarse sin apartar los ojos de sus anchas caderas y ese trasero suculento, tan redondo que sobresalía respingado. Sacudió sus muslos para que los pantalones cayeran al suelo y pateó para quitárselo. Con la boca seca y entreabierta y la mano sobando su pene cada vez con más insistencia, rodeó con su brazo sus caderas y dejó que su mano se perdiera para alcanzar su monte de Venus y luego siguió más abajo hasta que volvió a penetrarla. Ella jadeó bruscamente y Durato aprovechó para refregarle la erección entre los cachetes de su culo, sobre toda esa piel blanca e impoluta que lo enardecía. Unas gotas de su semen se escaparon de su erección y él, separándole las nalgas, las limpió sobre su piel. La imagen de su semen brillando en su trasero lo condujo a un estado próximo a la enajenación, apretó sus dedos en torno a la carne tumefacta de su pene y comenzó a masturbarse en serio. Su liberación lo pilló de improviso y tuvo que apretar los dientes y sofocar un gruñido, al tiempo que estrangulaba la cabeza de su erección, en un patético intento por contener el chorro blancuzco que salió disparado del glande. Con la respiración entrecortada después del orgasmo, se aproximó hasta el oído de

ella y le susurró con voz enronquecida.

—¿Te haces una idea de lo que me provocas? —Internó otro dedo entre los pliegues de su vagina y continuó masturbándola—. Ah, Licinia, mi bella Licinia...

Le besó el lóbulo de la oreja y lamió el camino hasta su cuello. Su piel estaba ligeramente sudada. Hasta ese sabor, algo picante y salado de ella, lo volvía loco de deseo.

Ella se convulsionó ante las arremetidas de sus dedos. La cabeza le cayó hacia delante y las uñas pasaron a un tono rosado conforme la excitación hacía que aumentara la presión contra corteza del árbol.

Durato dejó escapar una risilla de orgullosa satisfacción masculina y siguió haciéndole el amor con sus dedos. La mujer apretó los labios para no romper a gritar. Él aprovechó para abrirle un poco más las piernas, ejerciendo presión con sus rodillas. Tuvo que contener las risas que le burbujearan en la garganta. El cuerpo de ella se sacudía donde sea que él la tocara. Le acunó uno de los pechos y se lo masajeó. Tomó la punta arrugada entre el índice y el pulgar y lo apretó haciéndolo rodar entre sus dedos.

Licinia cerró fuerte los ojos, se le aflojaron las rodillas y gimoteó. Un gemido largo y pesado que buscaba dar salida a todo el barullo de pinchazos y latigazos que estaba experimentando en todos y cada de los puntos

sensibles de su cuerpo. Ese hombre parecía conocerlos a la perfección y tanteaba y acariciaba con el toque exacto en el momento en que ella más lo necesitaba. Las piernas no la sostendrían por mucho más tiempo. Temía el momento en que cayera redonda al suelo. Apretó los muslos en torno a la mano que la masturbaba. Él le chistó una advertencia en el oído y la obligó nuevamente a abrirse a él, sin embargo, a ella le avergonzaba terriblemente el pringue que manaba de su vagina, lo sentía escurrirse por el interior de sus muslos. La cabeza le daba vueltas, todo giraba a su alrededor y no era capaz de discernir con claridad. Todo su mundo giraba en ese preciso momento en torno a las caricias de ese hombre. Encorvó la espalda transida por el placer cuando él le pellizcó un pezón. Como si sus pechos estuvieran mágicamente conectados con su vientre a través de un hilo invisible, el placer se disparó por sus venas, concentrándose en el interior de su vagina. Gritó y se aferró con desesperación al árbol en un intento por mitigar la marea de sensaciones. La erección de Durato cobró vida. Guiado por la necesidad vesánica que experimentaba por esa mujer, le dio la vuelta y ambos se contemplaron con hambre, sin ocultar el deseo que ardía como una llama incandescente en sus ojos. La pasión de ella abiertamente descarnada y exenta de falsedades le hacía volar la cabeza. La sensación para él fue fulminante y apremiante. Sin darle tiempo a reaccionar, la sujetó por la cintura con manos violentas, giró

con ella sobre sus pies y sin mucha ceremonia la tumbó sobre el suelo mullido del bosque. Sin permitirse un momento de tregua, sus labios se buscaron con idénticas ansias y se fundieron en un beso voraz. Se mordían, se chupaban y se lamían sin ningún tipo de reparo. Estaban más allá de la razón. Durato saboreó sangre. No podía haber dicho a quién pertenecía o cual de los dos había infligido el daño, y la urgencia por penetrarla barrió con todo lo demás. Los miedos y recelos, lo correcto y lo incorrecto, las dudas y las pocas verdades que conocían el uno del otro. No había más enemigo, en ese instante, que la lucha que libraban sus pieles, sus dedos y sus lenguas en la única batalla que le interesaba perder. Ella lo rodeó con sus piernas o quizás había sido él con las prisas quien le urgió a colocar sus tobillos en torno a sus caderas. Sin darle tiempo para prepararla, se encajó entre sus muslos, calzó una mano bajo su trasero, lo alzó con un gesto imperioso y se enterró en ella de un sólido empujón.

Ambos dejaron escapar un jadeo violento. Se hallaban tensos, también sobrecogidos. Durato dejó escapar el aire entre sus dientes y comenzó a mover las caderas sobre ella. Licinia entrecerró los ojos y echó hacia atrás la cabeza. Abrió un poco más sus piernas para acomodarlo entre sus muslos, apretando las rodillas contra las caderas masculinas. Extasiada de placer, hundió las manos en la parte más baja de la espalda, estirando sus dedos y

clavando las uñas en los glúteos de él. Deseaba que pronunciara esos empujes que la hacían perder la razón. Lo quería profundamente enterrado en ella, que formaran un solo ser. En ese instante, lo quería todo de él.

Durato dejó escapar un gruñido cuando ella cerró la vagina en torno a su erección, disparando su propio placer, y comenzó un ritmo implacable contra sus caderas. La embestía con fiereza, una, otra y otra vez bombeando sobre su pelvis, ahogándose en esa mujer.

Se alzó sobre ella y la sujetó por el cuello. Rotaba las caderas para alcanzar ese punto en su interior que la hacía chillar y volverla loca de deseo. Quería darle más, quería dárselo todo, ahogarla en un placer tan sublime que la hiciera olvidar a su esposo romano. Imaginar su semilla bañándole las entrañas, casi lo acaba.

Jamás había sentido algo parecido a lo que estaba viviendo con esa mujer.

Se embriagó con la cruda sensualidad de su belleza en ese instante. Los ojos cerrados temblaban imperceptiblemente perdidos en su propio éxtasis y de sus labios entreabiertos brotaban unos jadeos lastimosos que lo enardecían.

Estiró la mano e introdujo un dedo en su boca. Ella sacó la lengua y lamió con delicadeza la yema de su dedo y dejó que sus dientes pequeños y blancos mordieran la carne. Durato apretó la mandíbula ahogando un gruñido de satisfacción. Abrió los ojos un momento después y la contempló

impresionado cuando ella alargó el brazo, le tomó la mano entre las suyas y la guio hasta la unión de sus cuerpos. Durato, decidido como nunca a complacerla, enjuagó un dedo en los fluidos de ella y llevó el dedo hasta sus pechos restregándole el pringue viscoso alrededor de un pezón. Luego se agachó y mamó de él succionando la punta con avidez. Licinia jadeó bruscamente y los músculos de su rostro se tensaron en agonía. Él no supo si había sido su pene, su mano o su boca el que le había provocado tal reacción. Aunque le importaba un ardite, su alivio estaba tan próximo que no conseguía concentrarse lo suficiente. Sentía cómo el calor de su placer se concentraba en torno a sus testículos y recrudesció la fuerza e intensidad de sus embestidas.

El grito doliente que brotó de la garganta de ella, la presión de las uñas lacerando la parte baja de su espalda y la manera en que su interior se cerró alrededor de su pene succionándolo hasta estrangularlo, le dijeron que había culminado. El placer de Licinia lo catapultó a la cima y se alivió en su interior gritando su nombre.

El cuerpo convulso se le aflojó de pronto. Todo el cansancio acumulado de los últimos días y las noches sin dormir hicieron su aparición para reclamar su parte. Cayó desmadejado sobre ella. Cerró los ojos y hundió la cara en el hueco de su cuello, fascinado con la fragancia que desprendía su piel,

extasiado también al descubrir que su propio olor estaba impreso en ella.

Licinia se removió al cabo, probablemente incómoda por el excesivo peso muerto de él. Eso le hizo recordar que ella no era una mujer cualquiera de su clan a la que podía tomar sin mayores consideraciones en mitad del bosque.

Era su prisionera. La hija de Licinio Lúculo. La esposa de Servio Sulpicio Galba. El asesino de su familia. Su mayor enemigo.

En un instante de locura, se cuestionó quién se había convertido en prisionero de quién.

Ella era su cautiva, no obstante, él se sentía preso en ella.

Sin pronunciar palabra, la tomó de los brazos acariciándolos en todo su largo y le alzó las manos por encima de la cabeza. Licinia le dedicó una mirada extrañada inquiriéndolo sin palabras. Sin embargo, Durato no pensaba gastar la poca energía que le quedaba con explicaciones. Su relación siempre se había desarrollado así, de esa extraña manera en la que ninguno hablaba y se comunicaban con pocas palabras, a través de una mirada, de unos pocos gestos.

Echó mano del cordón de sus propios pantalones para encaramarla al tronco del árbol. Ella no emitió sonido alguno de protesta y él apretó el ceño cuando notó el pinchazo de los remordimientos. Se cerró a esos sentimientos y continuó lo que estaba haciendo.

Finalizada la operación, la incorporó delicadamente y la sentó con la espalda apoyada contra el árbol. Ella se encogió, llevando sus rodillas hasta su pecho. Él se hizo a un lado para permitirle algo de espacio. Se levantó, se calzó sus pantalones de lana como pudo y la contempló desde su altura. Tenía el cabello alborotado y le caía en un caos de bucles negros por la espalda y los hombros. Cubierto de hojas y ramitas, asemejaba un nido de pájaros. Durato la encontró adorable.

Licinia se empecinaba en fijar la mirada sobre sus propias rodillas. Se la veía desorientada. Una feroz ternura se abrió paso a través de su corazón, urgiéndolo a desear cosas que no podían ser, ambicionando ser el hombre que ella necesitaba. Aquel capaz de desatarla, tomarla entre sus brazos y acunarla contra su pecho. Anhelaba confesarle que ese momento entre ellos no había sido algo sucio, producto de la venganza. Quería explicarle que lo que había ocurrido allí esa noche había sido una experiencia emotiva y liberadora para él. Por primera vez en mucho tiempo se sentía pletórico y lleno de vida.

Ardía en deseos de correr y brincar por el bosque, de aullarle a la luna y revolcarse por el fango, también quería llorar de alegría y reír a mandíbula batiente. Ella había barrido con el lodazal de odio y amargura que le había consumido el alma y anegado su corazón. Y lo había hecho sin proponérselo si quiera, solo por ser ella, por entregarse a él de esa manera, dulce y

apasionada...

Sin embargo, no habló. Se limitó a contemplarla con un sentimiento de aturdimiento que le era ajeno. El torrente de emociones que ella le inspiraba lo acobardaba como nada lo había hecho en toda su vida. Les temía a esos sentimientos, ¿qué haría con ella? Peor aún, ¿sería capaz de acabar con su vida llegado el caso? Esa respuesta la sabía. Antes se arrancaba el brazo con el que manejaba su falcata, que levantar una mano para lastimarla. Más grave aún era reconocer que tampoco permitiría que nadie le hiciera daño. Mataría a quien lo intentara, fuera quien fuera.

Ella temblaba de frío. Durato escudriñó los alrededores y descubrió el sago de lana que le había quitado durante su arrebató de pasión, olvidado sobre unos arbustos. Ella se dejó mover cuando él acomodó la prenda alrededor de su cuerpo, aislando su cuerpo de la humedad del suelo. La joven observaba todos sus movimientos con los ojos abiertos de par en par, heridos.

Esa mujer, con su inocente pasión, había purgado ese dolor tan profundo de su alma. Y a cambio, ¿él qué le había dado? Solo la humillación de atarla a un árbol como si fuera una mujer cualquiera.

Chasqueó la lengua irritado consigo mismo. Se alejó una vez que se hubo asegurado de dejarla bien cubierta. Se alejó para buscar algo con qué limpiarla. No. Eso no era cierto. Necesitó alejarse porque no aguantaba más

esa situación. Tenerla atada a ese maldito árbol donde la había amado minutos antes. Sí, amado, aunque los dioses y el mundo entero los señalaran y castigaran. Se había alejado de ella porque, en ese momento, descubrir en esos ojos dorados la sombra de una dignidad ultrajada era más de lo que podía soportar.

Licina lo observó partir. Parecía incapaz de hacer otra cosa más que mirarlo. Algo en su interior no funcionaba correctamente. Ahora lo comprendía con perfecta claridad. Cerró los ojos y los apretó muy fuerte, avergonzada, cuando fogonazos de lo que acababa de ocurrir entre ellos anegaron su mente. Durato, empujando con fiereza en el interior de su cuerpo. Ella aferrada a él como si la vida le fuera en ello. Esas mismas imágenes de ellos entregados a la pasión se entremezclaban con lo ocurrido meses atrás en el campamento romano que él y sus hombres habían arrasado. Ella lo había visto aquella noche dando muerte a los soldados de su padre, había contemplado ese rostro transformado en un rictus salvaje, demente. El rostro mismo de la muerte. Se vio a sí misma rodeando esa cara entre las manos, buscando sus labios con un ansia loca, deseándolo, urgiéndolo a que la penetrara y llenara ese vacío que sentía. Lo había deseado con una desesperación que bordeaba la locura. Aún lo deseaba, acababa de abandonar su cuerpo y ya lo sentía frío.

Inerte sin él.

La realidad de lo que había ocurrido entre ellos, de pronto, la golpeó con la crueldad de una bofetada. Se había convertido en la amante del cacique lusitano. Era la concubina de Durato. El enemigo de su gente. Un asesino. Un bárbaro salvaje que la odiaba, que odiaba a su esposo, que perseguía a los suyos dándoles muerte. Una muerte atroz y violenta.

¿Acaso se había vuelto loca? ¿Qué clase de espíritu maligno se había apoderado de ella para desear de esa manera demencial a su más acérrimo enemigo?

¿Durato era su enemigo?

Licinia no lo veía así. Se hallaba incapacitada para considerarlo de esa manera. Durato no era más que un hombre que luchaba por defender su tierra de los invasores. Ella entendía su lucha, que los dioses la perdonaran, incluso la justificaba. No podía odiarlo porque lo admiraba como a ningún hombre antes, ni aun a su padre. Por azares de ese macabro destino que jugaba con ellos a su antojo se encontraban en bandos opuestos de una guerra injusta. Sin embargo, comprendía que, si ella hubiera crecido entre esas gentes, lo adoraría como a nadie y estaría dispuesta a cualquier cosa por él: robar, mentir, matar, morir...

Miró a su alrededor con desesperación en busca de alguna clase de

inspiración que la ayudara a aclarar sus pensamientos, sus confusos sentimientos. Estiró los brazos, pues los sentía entumecidos debido a las ataduras. La piel de las muñecas ardía. Dio la bienvenida a ese dolor y se recreó en él durante un tiempo. Ese dolor le recordó, mejor que cualquier palabra o hecho, la manera cruel y definitiva en que él había desechado su pasión. La había atado una vez que hubo terminado con ella.

Licina no era más que su esclava sometida a servidumbre comunal. Valía menos que cualquier piedra en el camino. Ella no era más que un cuerpo, un desquite temporal. Había gozado entre las piernas de una noble romana. La hija del gobernador de la provincia. La noble esposa de un general romano. ¡Qué mayor triunfo sobre el enemigo! Su cuerpo no había sido violado. Se lo había entregado libremente y había participado durante todo el interludio, besando su piel, buscando sus labios, recreándose en sus caricias, añorándolas, instándolo a tocarla en su intimidad, a tomarla... con crudeza. Sacudió de nuevo la cabeza, humillada y angustiada. En el fondo, se negaba a aceptar que él la hubiera usado de esa manera. No deseaba sucumbir ante esos pensamientos deleznable porque se había enamorado de ese hombre de una manera definitiva, profundamente. Sus sentimientos tan poderosos que la anclaban a él con mayor firmeza que cualquier cadena que pudieran emplear en su cuerpo. Era inútil negarlo o engañarse a sí misma. Su respuesta, cuando

él la había besado de esa manera brusca e imperiosa, hablaba con más claridad de sus sentimientos que cualquier subterfugio con el que intentara justificarse. Él se había convertido en ese todo infinito por el que giraba cada acto, cada ilusión, cada absurda idea que elucubraba su mente. Y ella buscaba lo mismo. Existir para él en toda la extensión de esa palabra. Que amara cada minúscula parte que la conformaba. Convertirse en su principio y en su fin, ser la fuente de su absoluta felicidad y placer, su anhelo más profundo, su única necesidad vital.

No entendía cómo había ocurrido. ¿Por qué había tenido que enamorarse de ese hombre? Las lágrimas desbordaron sus ojos sumiéndola en la desesperanza. ¿Tan dañaba estaba ella que cualquier muestra de afecto la convertía en un títere sin voluntad? Porque él no la había tratado con afecto en ningún momento. Habían compartido una cópula salvaje, nada más...

Debía recordar eso la próxima vez. Pensar en que él volviera a tomarla la hizo estremecer. Tuvo que apretar los muslos para calmar el palpito que comenzó a latir en su entrepierna.

¿Dónde estaba él?, se preguntó al cabo de un tiempo. Hacía mucho frío esa noche. Se rebujó ajustando esa prenda pesada en torno a su cuerpo, aunque ni ese pedazo de tela ni mil más colocadas una encima de otra sobre su piel desnuda lograrían proporcionarle algún tipo de alivio. El frío que

experimentaba no era ocasionado por permanecer a la intemperie, sino que provenía de su propio y lastimado corazón.

¿Volvería él a buscarla, o la dejaría allí atada a ese árbol en medio del bosque toda la noche?

Como si hubiera sintonía con sus más íntimos pensamientos, el hombre se personó frente a ella. Ella, que no lo había escuchado acercarse, se sobresaltó. Sin dedicarle un vistazo, Durato depositó una piel de oso a sus pies y volvió a alejarse.

La joven giró apenas la cabeza y lo observó atareado con varios enseres que traía entre las manos y que colocó después con cuidado sobre el suelo del bosque. Durato se dedicaba a encender una pila de leños de madera. Licinia tragó saliva y removi6 el trasero, asustada. Le temía al fuego desde que era niña y unas ascuas habían saltado a sus ropas y casi le habían quemado las piernas. Las llamas se elevaron con violencia e hicieron descollar la figura de Durato de entre las sombras de la noche. Licinia apartó la cabeza. Una vez que pudo controlar su miedo y se aseguró de que el fuego no la alcanzaría, pues Durato había contenido la hoguera en un círculo de anillo de grandes piedras, se dedicó a recrearse en el cuerpo soberbio de ese hombre.

Contemplaba con el aliento contenido, los músculos flexibles y la piel curtida de su espalda y sus anchos hombros mientras él se movía aquí y allá. Ahora

sabía que existía toda una red de cicatrices de diferentes tamaños y texturas repartidas entre su espalda, pecho y brazos. Ella las había acariciado, besado y saboreado hacía tan poco en realidad. Le resultaba doloroso comprender que después de haber estado todo lo unidos que un hombre y una mujer pudieran estar, se hubiera apartado de ella con indiferencia. Lo sentía distante y ajeno, sumido en sus propias cuestiones que parecían no tener nada que ver con las de ella.

Aguantó la respiración cuando descubrió a Durato mirando de reojo en su dirección. El hombre recogió del suelo un cuenco que contenía lo que parecía agua y avanzó hasta el lugar en el que la había dejado atada. Segundos después, se acuclilló delante de ella y a Licinia le golpeó su aroma como una ráfaga de aire. Dilatando las aletas de su nariz y entrecerrando los ojos, inspiró. Se había lavado en el río. Olía a limpio, a hierba recién cortada y a su propia esencia masculina, única y embriagadora. Esa fragancia íntima se le clavó como un puñal en mitad del pecho. Le dolía tanto que le estaba costando respirar.

No sabía cómo haría para soportar su distancia después de esa noche.

Abrió los ojos, no quería perderse nada de lo que él hiciera. Sus ojos se encontraron y se preguntó si acaso siempre le ocurría así con él. Se miraban y el mundo desaparecía. Como si a su alrededor se elevara una sólida muralla

capaz de aislarlos de todo y de todos, incluso de ellos mismos, de sus dudas y reproches.

Él alargó una mano y la acercó hasta su rostro. Lycinia entreabrió unos labios temblorosos, con una sensación de irrealidad cuando las yemas de sus dedos hicieron contacto con la piel fría de su mejilla. Sus dedos la tocaban con un cuidado y una delicadeza tales que, a ella, sumida en ese mar de pesares y recelos, le provocó un quebranto y sus ojos se inundaron de lágrimas. La ternura de ese momento la dejó sin argumentos.

«¿Aún me odias por lo que os hizo mi esposo?», quiso preguntarle ella.

Dejó que las lágrimas desbordaran sus ojos.

«Yo no puedo odiarte, no te odio nada en absoluto. Te amo, te amo tanto que no eres capaz de empezar a entenderlo, ni yo misma lo hago. Eres un buen hombre, justo y valiente. Quizás haya muchos hombres valientes en esta tierra, pero para mí solo existes tú. Luchas por tu pueblo, por defender la tierra en la que naciste y lo haces con honor. Te admiro tanto. Ojalá pudiera darte las gracias por el regalo que le has hecho a mi cuerpo y a mi alma. Tú no lo sabes y yo no lo diré jamás, sin embargo, mi interior era un paraje yermo y seco hasta que tú lo has devuelto a la vida con tus besos y caricias. Me costó muchas noches e innumerables lágrimas aceptar que no podía rechazarlo y que debía permanecer ajena cuando él me tocaba y hurgaba entre

mis partes íntimas, aunque me lastimara, aunque me compartiera con otros para su deleite. Galba logró que me despreciara a mí misma, que aborreciera cada uno de los rasgos que él consideraba hermosos en mi rostro. Servio usaba mi cuerpo como si se tratara de un objeto inanimado e independiente de mí. Nunca había experimentado el deseo hasta que llegaste tú. Ahora comprendo que solo podías hacerlo tú. Que te esperaba a ti para despertar a la sensualidad, a esta pasión que me supera. La más avasalladora que vivire jamás. Y solo podías hacerlo tú, mi amor, solo tú. Ahora lo sé».

Durato, ajeno por completo a los pensamientos de Licinia, aunque conmocionado por sus lágrimas, depositó el cuenco con agua cerca de su cuerpo y remojó en él un trozo de lino, lo escurrió y procedió a limpiar su rostro con toques suaves, recreándose en su piel tan blanca que parecía brillar bajo la luz de la luna. Hablaba a través de sus gestos de aquello que era incapaz de decir en voz alta. Volvió a repetir la operación de remojar la tela y escurrirla. Hizo a un lado el *sagum* que la cubría y acarició con reverencia sus muslos, limpiándola, adorando cada parte de ella.

Licinia, incapaz de controlar los temblores de su cuerpo, lloraba en silencio, maravillada de todo lo que él hacía por ella. Por una simple esclava.

El hombre trabajó en silencio y con minuciosidad. En la distancia se escuchaba el bullicio del poblado. Algunos niños gritaban. Las mujeres reían

de alguna broma. Los lobos se mantenían lejos de los hombres y aullaban a la luna llena. El ulular de los búhos y el sonido de las ramas meciéndose sobre sus cabezas los abstraigo durante un tiempo de sus propios pensamientos.

Cuando el hombre terminó la tarea, colocó los enseres a un lado, la tomó con cuidado por la cintura y volvió a tumbarla. Obligándose a no rozarla, ni siquiera con la más leve de las caricias porque sabía que no se controlaría. Se colocó su ropa a las apuradas y se recostó a su lado. Los cubrió a ambos con la piel de oso que había traído para ellos. Dejó escapar un suspiro pesado, en parte para calmar los erráticos latidos de su corazón, en parte para esconder el hecho de que deseaba tomarla nuevamente. Con las manos detrás de la cabeza se limitó a observar el hipnótico movimiento de las ramas del árbol sobre sus cabezas, sintiéndose a gusto y en paz con el mundo, solo por estar allí con ella. Por tenerla a su lado.

Al cabo de un rato, cayó en la cuenta de que Licinia no había tomado ningún alimento. Se incorporó de golpe. Alzó la mano y arrancó una manzana del árbol. Frotándola en su propia camisa, la colocó delante de su boca y la instó a morderla.

—Vamos, come la manzana, debes estar hambrienta. Mañana te conseguiré una comida más apropiada. En este momento, solo tengo esto.

Licinia, que lo había observado divertida y emocionada, asintió esbozando

una pequeña sonrisa de agradecimiento. Mordió la fruta. No le diría que había comido un puñado de frutos secos poco antes de que hubiera decidido lanzarse a rescatar a Ovidia. Aunque después de ver la jugosa manzana que estaba a punto de morder, comprendió que estaba hambrienta.

Al primer bocado, su cuerpo respondió y su estómago gruñó. Durato rio.

Licina, avergonzada, bajó la vista. La fruta estaba deliciosa, muy fresca por la humedad de la noche. Un poco de jugo se escapó de entre sus labios.

Durato se adelantó a ella y limpió la gota que ya le resbalaba por la barbilla.

Ella se había quedado boquiabierta observándolo cuando él se llevó el dedo a la boca y lo saboreó.

El deseo volvió a prender en ellos con urgencia. Con mayor intensidad esta vez por el conocimiento que poseían sobre sus propios cuerpos y necesidades.

Con los ojos encendidos por la lujuria y su maldita erección palpitando y descontrolada por ella, Durato se inclinó y volvió a ofrecerle la manzana. Ella comió con lentitud, deleitándose con el sabor ácido de la fruta. De cuando en cuando, él apartaba la manzana de su boca y chupaba de sus labios, lamiendo el jugo y su propia saliva.

Cuando no pudo soportar más la tortura, arrojó los restos de la fruta y se apoderó de la boca femenina. Arrastrándola con él cuando se tumbó. Licinia

abrió la boca y dejó que su lengua la saqueara, dichosa por sentirlo nuevamente sobre su cuerpo. Arqueó la espalda y estiró las manos amarradas a ese árbol buscando atraerlo hacia ella.

Se amaron en silencio, lentamente esta vez, adorando la piel del otro y descubriendo nuevos placeres. Licinia depositó una hilera de suaves besos a lo largo de todo su cuello y lamió el hueco que formaba su nuez de Adán.

Durato, extasiado, recorría con las manos las depresiones de su cadera, hundiendo sus dedos en la tierna carne de su cintura algo abultada en la zona del vientre, y la más tersa y suave bajo sus pechos. La acariciaba venerando cada pulgada que recorría de ella.

—¿Te haces una idea de cómo te deseo? Acabo de tomarte y nada más verte ahí sentada mirándome con esos enormes ojos de cervatillo que tienes, tan dispuesta para mí, tan sosegada, me he puesto duro de nuevo —le explicó en voz baja a sabiendas, y quizás precisamente por ello, que ella no entendería una palabra de lo que él le dijera—. Te necesito, *kaini*. Tanto, tanto. Necesito de tu piel, de ti. Desesperadamente. Nunca he deseado a una mujer como te deseo a ti. Ni siquiera a ella, a mi Nuún. Me haces temblar y quisiera castigarte por ello. Debería odiarte. Sí, debería hacerlo, pero no te odio. Eres un regalo para mí. Lo máspreciado que los dioses han tenido por bien entregarme después de todo lo que me han quitado. Quizás los *deibos*,

los tuyos o los míos, no me odien tanto como yo imaginaba y te enviaron hasta mí, a mi *kaini paugenda*, para aliviar mi alma moribunda con tu dulce pasión.

Hablaba sin meditar en lo que decía, absorto en ese momento con ella y mientras besaba su boca, decía lo primero que se le cruzaba por la cabeza. La acariciaba lánguidamente con las manos y las yemas de sus dedos, palpándola, excitándola, adorándola.

— *Quidem, ita* —exhaló ella entre suspiros.

Durato la contempló embebiéndose de sus formas rotundas. Trazó con un dedo la curva perfecta de sus cejas y siguió por la línea recta que formaba su nariz, alargada y algo respingona en la punta. Continuó por ese pequeño surco encima de sus labios hasta rozarle el labio superior. Presionó con suavidad y ella entreabrió la boca. Él introdujo el dedo entre los dientes y jugueteó con la lengua. Se entretuvo perfilando la esponjosidad de sus labios con la saliva que empapaba su dedo, hasta que ella jadeó.

—¿Quieres que siga? ¿Eso es lo que me estás pidiendo? —le susurró con voz ronca junto a su oído.

Ella, con los ojos cerrados, volvió a asentir esta vez con la cabeza. Las pestañas acariciaban la piel bajo sus ojos y Durato, cegado de amor, se aproximó para besarlas.

Cuando el hombre se hundió en su interior, ambos exhalaban estremecidos, meciéndose el uno contra el otro. En un principio se movían con delicadeza. Incrementaron el ritmo y la intensidad conforme buscaban la liberación, aferrándose el uno al otro, olvidándose durante esos momentos de todo lo que los separaba, océanos de odio y violencia, así como el incierto futuro. Culminaron entre gritos y violentos empujones que lastimaron la piel desnuda de la espalda de Licinia.

—Sé que esto no es correcto —se lamentó Durato con la voz entrecortada cuando ambos volvieron a la realidad después del alivio. Él estaba aún dentro de ella. No quería dejarla. Con los brazos a los lados de su cabeza, sostenía sobre sus codos su propio peso para no agobiarla.

—Te he tomado mientras estabas atada a este árbol, ¿qué clase de hombre depravado soy, Licinia? ¿Por qué no me odias? ¿Por qué te entregas a mí sin reservas, de esta manera que me desarma? ¿Acaso no me temes? —le recriminó agobiado y de forma atropellada. Reconocía la desesperación impresa en su voz y se volvía a excitar sin pretenderlo mientras imploraba en silencio por una respuesta.

—No tengo miedo de ti —habló ella en la lengua de él.

Él la observó pasmado. Ese breve intercambio lo descompuso.

—Ya no —afirmó la joven después de una pausa.

Cuando él asintió, al cabo de un tiempo, se limitó a mover la cabeza arriba y abajo. No fue capaz de pronunciar una sola palabra. Ella estiró la mano para acariciar ese hermoso rostro torturado, pero la cuerda le impidió realizar el movimiento. Arrugó el ceño porque el dolor se extendió por su brazo.

Resignada, volvió a dejar la mano donde estaba.

Durato fijó la mirada en sus muñecas. Sangraba, su piel estaba en carne viva.

Se sintió horrorizado. Ver lo lastimada que estaba, lo quebró. Igual que si alguien le hubiera aporreado con un tronco en la cabeza.

La visión del daño que él mismo le había causado, lo cambió todo.

Salió de su interior y se incorporó de un salto. Desató el nudo que la mantenía atada, las sacó de sus muñecas con cuidado de no lastimarla aún más y las lanzó lo más lejos que pudo con un grito de rabia.

Licinia se sentó con precaución, observaba todo sin saber qué hacer o qué decir, asombrada y expectante. Durato se volvió nuevamente hasta quedar de cara a ella. Su mirada sobre Licinia era dura y decidida. Sin ningún atisbo de duda. Se arrodilló frente a ella y la abrazó con fuerza, soldándola a su pecho.

—Probablemente sea el mayor error que he cometido en mi vida, pero no voy a dejarte partir y ya no puedo mantenerme alejado de ti. Ya no más. Te reclamo como mi mujer.

Una vez que te haya convertido en viuda, no habrá ningún impedimento.

Roberto se retorció sobre las sábanas húmedas de su cama. La piel desnuda le ardía. Apartó a patadas el incómodo tejido que le impedía acercarse más a ella. Giró las caderas para colocarse en el ángulo preciso. Cada centímetro de carne que ella trazaba con sus dedos lo hacía jadear. Ahogó un gruñido cuando ella le clavó las uñas en los glúteos, exigiéndole que la penetrara. Él no pensaba negarse, antes se volaba los sesos.

—Sí, amor, sí —balbuceó con reverencia.

Su polla se enterró hasta el fondo. Mierda, estaba prieta, caliente y mojada, muy mojada para él. Era la maldita y jodida perfección. Él suspiró y tembló ante la explosión del placer más poderoso que había sentido en toda su jodida existencia. Sus caderas golpearon hacia delante y su polla empezó a trabajarla. Iba a correrse. Joder, sí, nada anhelaba con mayor intensidad que correrse en el interior de ella. Mi hermosa *kaini*. Quería bañarle con su semen las entrañas porque ella era suya. Solo suya, pensó furioso. Como si esa idea le hubiera dado fuelle, comenzó a trazar círculos con su pelvis como un poseso clavándola contra la hierba. Buscaba volverla loca. La erección crecía y crecía, y los testículos dolían inflamados por la necesidad tan acuciante de vaciarse.

Ella echó la cabeza hacia atrás, abrió la boca en una «O» perfecta y jadeó...

«Oh, señor, ese jadeo». El sonido más hermoso del mundo para él...

También el que le traía amargas memorias.

En ese momento, abrió los ojos y se espabiló de golpe. Las piernas le colgaban fuera de la cama y tenía la cabeza en un ángulo extraño. Miró hacia abajo. Había una inquietante fiesta privada entre su mano y su tremenda erección. Dejó escapar un rugido cuando el orgasmo amenazó con evadirlo y gruñendo comenzó a meneársela, sacudiéndose la polla con rabia. La cabeza le cayó hacia atrás, tensó el cuello y apretó la mandíbula cuando al fin le vino el orgasmo. Y se corrió a lo bestia. Sus caderas parecían tener vida propia y continuaban tirando de él hacia adelante. Maldición, seguía corriéndose.

Merda, iba a dejar todo hecho un asco. Se dejó caer sobre la almohada, exhausto. Apoyó el antebrazo sobre los ojos, una vez que todo acabó.

Un maldito sueño erótico. La mejor experiencia sexual de su vida no era más que un jodido sueño con un fantasma. Soltó un resoplido. Mierda, mierda y más mierda.

Se arrastró para salir de la cama. Encendió la lámpara de la mesilla de noche y se puso a recoger el estropicio y limpiarse un poco. Formó una bola con el lío que había hecho en su cama. Abandonó su habitación y recorrió el pasillo hasta las escaleras. Golpeó con un toque seco de su puño la bola de bronce de la barandilla y bajó los escalones con prisas. Cuando llegó al

sótano, torció a la izquierda. Se abrió ante él un estrecho pasillo que daba al cuarto de lavado y plancha. Al entornar la puerta del cuarto, apretó el interruptor de la luz. Los fluorescentes prendieron unos segundos después. Se acercó hasta la lavadora, metió todo dentro con un cazo de detergente y apretó los botones para ponerla en marcha. Hizo el camino de vuelta y una vez que estuvo en su dormitorio, enfiló directo al cuarto de baño. De reojo comprobó la hora en el reloj de la repisa. Las cinco de la mañana. Al menos hoy se despertaba a una hora decente. Y la pesadilla de esa noche había sido la más placentera que había tenido en la vida. No se quejaría. No, señor.

Una vez que terminó con todo el asunto del aseo personal: enjuague, lavado y secado, se calzó unos *shorts* deportivos, unas zapatillas de correr y subió al ático. Necesitaba quemar un poco de energía. Estaba desbordado con todo. Y la tal Lucianna no había solucionado nada. Más bien al contrario. Estaba peor que antes. Imaginaba que las ganas y la dolorosa frustración solo se las quitaría de encima con una mujer. La única que no podía tener. Resopló y sacudió la cabeza. No, ahora no.

El ático era un espacio diáfano que abarcaba el ancho de la vivienda. De planta rectangular, estaba dividido en tres secciones. El gimnasio, propiamente dicho, era la zona más amplia. Separado del gimnasio por unas puertas correderas de cristal y a mano izquierda estaban los baños con sauna

turca y *jacuzzi*. Dejando atrás los baños, se hallaba un pequeño Dojo que había montado él mismo siguiendo las instrucciones de su tío Tullio Pastriani.

No fue necesario encender la luz. La neblina anaranjada del amanecer se filtraba por cada rincón de la estancia a través de la hilera de ventanales que ocupaban la pared norte que daba a la calle, desierta aún a esas horas. Sin echar un vistazo a los espejos que quedaban a sus espaldas y a los lados de las puertas de acceso al gimnasio, Pastriani recorrió a zancadas el suelo de madera con la vista puesta en la cinta de correr. Se detuvo un instante en la estantería metálica pegada a la pared frente a los baños. Se hizo con su pequeño Ipod mini, que se colocó en el brazo, y se enchufó los auriculares. Se subió a la cinta y se puso en funcionamiento. La música de Imagine dragons empezó a machacarle las neuronas con su *Radioactive*. A él le iba bien y, si alguien le hubiera apretado el cráneo hasta reventárselo, también le hubiera servido.

Después de hora y media, los muslos le ardían y los pulmones estaban a un segundo de estallarle dentro del pecho. Las elecciones musicales no habían hecho nada por mejorar su estado de ánimo. Había agonizado con *Poets of the fall*, se había desquiciado con *Gorillaz*, y ahora se torturaba con *System of a down* y su *Chop suey*.

Escuchó a alguien aporrear las puertas del gimnasio. No hizo caso. Nora nunca lo molestaba cuando se encerraba allí. Tras varios minutos ignorando los golpes, comprobó que insistían. Gruñendo una maldición, paró la cinta y se arrancó los cascos. Se dirigió al armario donde guardaba ropa de cambio y un surtido de toallas, tomó una sin mirar y tiró de la puerta metálica de la nevera que había al lado del mueble. Agarró un botellín de agua mineral de la nevera y mientras caminaba, lo hacía girar en la mano.

Quitó la cerradura, entornó una de las hojas de la puerta y se quedó a cuadros. Lukas Sabonis lo observaba con el rostro desencajado y los ojos inyectados en sangre. Nora Dini a su lado, meneaba la cabeza.

—Me lo he encontrado sentado en la acera de la calle cuando he llegado hace quince minutos —explicó Nora en su marcado acento *fiorentino*—.

Estaba hablando consigo mismo. No lo iba a dejar allí tirado como un perro. Además, míralo, da lástima —añadió en voz baja con un gesto maternal afectado.

—Tenemos que hablar, Roberto. Necesito de tu consejo —intervino Lukas nervioso pasándose la mano por el cabello rubio—. Gracias, señora Dini, ha sido muy amable.

Roberto le hizo señas a Nora para que los dejara solos. Desenroscó el tapón y bebió de golpe el medio litro de agua estudiando de reojo a Sabonis, que

había atravesado la puerta y se paseaba de un lado a otro como si le hubieran vaciado pica-pica directamente en el culo.

«Hijo de puta».

Roberto se dio la vuelta, dándole la espalda a Lukas. Dejó el botellín de plástico vacío en el suelo y secó el sudor de su cabeza y del rostro.

—Lukas, sea lo que sea, ¿no podías esperar a unas horas más decentes?

—Se me fue la cabeza, Roberto. No entiendo por qué lo hice. Por más que me he torturado analizándolo todo una y otra vez, no la escuché. Te juro que no la escuché.

Roberto se giró con lentitud y arrugó el entrecejo, extrañado, mientras observaba a su amigo de la infancia desgastarle el piso de madera. Se colocó la toalla en el cuello y cruzó los brazos en torno a su pecho desnudo.

Lukas, soltando incoherencias. Esto sí que era bueno. ¿Dónde estaban las palomitas? El hombre deambulaba sumido en sus propias divagaciones personales.

¿En serio tenía que estar aguantando al capullo, justo hoy?

—¿De qué estás hablando, tío?

—No sé si la lastimé. Ella se fue y no me atrevo a llamarla.

Roberto carraspeó, de pronto, se había puesto nervioso. Tragó saliva y cerró las manos en puños apretándolas sobre sus costillas.

—Lukas, ¿a quién no sabes si lastimaste? Lukas. ¡Para! —le ordenó Roberto.

El hombre, como si tuviera enchufado el piloto automático, acató el mandato al momento. Se detuvo con la cabeza gacha. Estudiaba con insistencia los tablones del suelo.

—¿De qué cojones estás hablando? ¿A quién no sabes si hiciste daño? — volvió a preguntarle. Había comenzado a respirar entrecortadamente y la carrera con la que se acababa de machacar, poco tenía que ver con su nula capacidad para hacerse con algo del oxígeno que daba por seguro habría en esa habitación.

—No la escuché, te juro que no la escuché. Me dijo que parara, pero no la escuché.

Roberto dio un paso en dirección a Lukas. Era una suerte que no hubiera ingerido ningún alimento porque le estaba costando contener las arcadas.

—¿Qué le hiciste, Lukas? —preguntó Roberto en un hilo de voz. La visión se le había tornado borrosa.

—No sé si ir a buscarla o esperar.

—¿A quién? —gruñó Pastriani frente a él.

—A Michela... ¡A Michela! Me abalancé sobre ella como un animal y no...

Y ya no pudo seguir hablando. Tampoco podría volver a respirar, si de Pastriani hubiera dependido. Sin ser consciente de ello, la mano de Roberto se había anclado al cuello de Lukas y apretaba cortándole el suministro de oxígeno. Lukas se aferraba a los brazos de su amigo y daba patadas en el aire. Boqueaba como un pez fuera del agua. Su cara estaba cambiando de color, del rosa había pasado al blanco y, en ese instante, estaba tornando a un bonito tono azulado.

Roberto tenía los ojos inundados de lágrimas mientras esperaba la muerte de Lukas. Alguien irrumpió en la habitación. Las puertas al abrirse se estamparon contra la pared y rebotaron. Momentos después, empezaron a aporrearle a él en la espalda y los hombros. Le gritaban. Otra persona distinta a la primera lo sujetó por la cintura y tiró de él, suponía Roberto para que aflojara la fuerza con que sus dedos se hundían en la tráquea de Lukas. Sabonis había dejado al fin de moverse.

Entonces le habían pateado las pelotas, literalmente. Roberto se llevó las manos a su entrepierna, gruñó, cayó de rodillas y se encogió dolorido.

Nora felicitó a Amalia por la brillante idea que había tenido, y sin prestar atención a su señor, corrió a socorrer al joven Sabonis que se había derrumbado sobre el piso como un peso muerto y parecía tener serias dificultades para hacerse con algo de aire. Durante varios segundos, las dos

mujeres se alarmaron al verlo inmóvil. Respiraron con alivio al escuchar una tos seguida de una respiración profunda y después más tos. Bendita fuera la tos, pensó Nora Dini con los brazos en alto.

Roberto se había arrodillado con los puños apoyados sobre el parqué y respiraba tomando profundas bocanadas de aire.

Amalia se inclinó al lado de su jefe y habló bajito.

—Señor PASTRIANI, le ruego, por favor, que me perdone. Entenderé si quiere que me vaya y no vuelva, pero es que no sabía qué hacer para que no matara al señor SABONIS. Usted no nos escuchaba, parecía ido...

—Amalia, querida niña —la llamó Nora, que sentada sobre sus talones atendía a Lukas—, no te preocupes. Cuando recupere la capacidad de razonar te dará las gracias. Ahora vete a buscar un poco de pomada para las contusiones y algo de hielo. Ah, y hazme una infusión con menta, tomillo, miel y limón. Vamos, querida, date prisa.

—Sí, señora Dini, como ordene.

—Tenemos que llevar al señor Sabonis a algún cuarto para que se eche.

—Nada de cuartos, lo quiero fuera de mi casa. ¡Ya! —habló Roberto desde su posición en el suelo. Había girado el cuello y concentraba toda su furiosa atención sobre el cuerpo desmadejado de Lukas, que seguía tosiendo.

—Pero, Roberto, sé razonab...

—¡He dicho que quiero esta basura fuera de mi casa! —tronó él enfurecido
—. Y si te apetece, te largas con él.

Nora había pegado un brinco y Amalia se había quedado congelada bajo el dintel de la puerta y no sabía qué hacer. Observaba la escena horrorizada. Jamás había visto así a su jefe. Ese hombre había perdido la razón.

—Nora, no te preocupes, estoy bien. Ya me voy. Fue una mala idea venir —expresó Lukas con voz ronca. Se incorporó con dificultad, ayudado por la mujer que le servía de muleta. Nora Dini no salía de su asombro, alternaba vistazos impacientes entre los dos hombres. Roberto temblaba y Nora, que lo conocía bien, sabía que era la furia la que lo desestabilizaba de esa manera. La imagen de él con la mandíbula prieta, los ojos desorbitados y ese ceño feroz le trajo amargos recuerdos de un pasado que prefería olvidar.

Roberto se incorporó y se mantuvo a una distancia prudencial. De tenerlo a mano, hubiera ido a por él y esta vez no lo pararían esas dos viejas arpías.

—¿Dónde está ella ahora? —le preguntó a Lukas cuando Nora y él salían por la puerta.

—No lo sé, en su casa, supongo.

—¡Supones! ¿La dejaste que se fuera sola? ¿De madrugada? Te me largas ya mismo de aquí, y Lukas —lo comentó como si se le acabara de ocurrir una idea—, si te vuelvo a ver cerca de ella, te mato.

Y la tranquilidad con la que se expresó dejó helados a todos los presentes.

Hubiera sido preferible verlo estallar en gritos y golpes.

Roberto no esperó que Lukas hubiera abandonado su casa, tampoco que Nora volviera para echarle un sermón. Vieja alcahueta metida. Ya hablaría con ella. Subió como una exhalación a su dormitorio y volvió a meterse bajo la ducha. Se sorprendió del temblor de sus propias manos cuando estiró los brazos para manejar los mandos de la ducha. Joder, tenía las pulsaciones disparadas. Jamás se había sentido así, inquieto y agresivo, con ganas de prorrumpir en alaridos y matar a alguien. Tampoco contaba con la paciencia suficiente para realizar todas esas tareas básicas. Le molestaba el agua caliente sobre su piel desnuda, le incordiaba el olor del jabón e incluso quería derribar de un puñetazo el maldito reloj de la repisa, que lo torturaba con los minutos que aún le quedaban para llegar hasta ella. Le parecía que era una pérdida de tiempo.

Tendría que haberlo imaginado. Todo lo que se relacionaba con Michela Hauffman lo anulaba y mandaba su control a hacer puñetas. Ahora más que cualquier otra cosa en el mundo necesitaba comprobar que ella estaba bien. Era eso o asesinar al hombre que había sido su mejor amigo. En ese preciso instante también comprendió que había sido providencial el arrebató que lo había llevado a averiguar todos los detalles de la vida de ella. Al menos, sabía

dónde tenía que dirigirse.

Arrancó con lo primero que pilló en su vestidor. Vaqueros, camiseta verde y las zapatillas de deporte. Se dirigió hasta el garaje y arrancó su vehículo como si lo estuvieran persiguiendo. Durante todo el trayecto, su nombre se repetía con dolorosa insistencia en su cerebro. Michela, Michela, Michela. Había comenzado a rezar. No entendía muy bien a quién o el qué, puesto que no creía en ninguna de esas chorradas, pero, igualmente, él rezaba con fervor. Pedía encontrarla ilesa, que hubiera llegado a su casa y estuviera durmiendo en su cama. Imaginarla como un pequeño bulto bajo una manta calentita, hecha un ovillo y con las manitas apretadas bajo la barbilla, le despertó la ternura y un ansia loca por estar con ella y velar su sueño. Le atormentaba imaginar que llegaría allí y la encontraría malherida, llorando o peor aún, una casa vacía.

«Michela, Michela, ¿qué me has hecho? No me reconozco. Ya no sé ni quién soy... ¡Dios mío, que ella esté bien! A salvo y en su cama, por favor».

Veinte minutos después y saltándose todos los semáforos que encontró en su camino, llegó a su calle en el barrio del Trastévere. Había tomado por la viale dei Quatto Venti, que, aunque tardaba un poco más, le convenía porque se ahorra estar parado en un millón de semáforos. Estacionó el coche, unos metros más allá y detrás de un enorme camión. Se inclinó en el asiento y sacó

una ganzúa de la guanterera. Recordó las palabras de Girolamo y sonrió. Sí, un jodido *MacGyver*. Ahora, en una versión remasterizada que incluía al acosador/allanador de moradas. Menudo policía de guante blanco estaba hecho.

Bajó del coche y elevó la mirada hasta el edificio. Michela. Michela.

Michela. Tomó una honda inspiración y caminó hasta la entrada de la vivienda. Echó un vistazo a un lado y otro. Algunas parejas deambulaban por la calle y unos cuantos gatos se dedicaban a dormir en las esquinas oscuras. Nadie parecía fijarse en él, lo cual estaba bien, teniendo en cuenta que iba a forzar dos cerraduras.

Trabajó en la puerta por la que se accedía al edificio hasta que se abrió.

Cerró tras él y subió los escalones de tres en tres, hasta que llegó al descansillo de la planta donde ella vivía. Tuvo que pararse para tomar aliento.

Se colocó una mano en el pecho. Maldita sea. Entraba en una casa llena de narcos y no se le movía ni un jodido pelo de la cabeza. Saberla tan cerca, comprender que iba a volver a verla, y se descomponía como un jodido crío en espera de su primera mamada.

En fin, tenía que aceptar que así eran las cosas con ella. No había lógica alguna y era mejor dejar de machacarse al respecto. Desde el mismo instante en que la había visto agazapada en la esquina más oscura del apartamento de

Lukas observándolo con cara de susto, había estado perdido. Los mismos cimientos de su vida y de sus creencias habían sufrido un cisma. Ahora, el tiempo para él se contabilizaba en los momentos vividos con ella y los momentos en los que se desesperaba por ella. No había más. Con Michela no existían los porqués, tampoco los cuestionamientos ni las dudas porque nada importaba salvo ella. No había lugar para el amor propio, el orgullo o la maldita dignidad. Ella estaba primero que todo, incluido él mismo. Así la amaba él. Sin medida.

Y por eso estaba caminando directo a su casa.

Como el perfecto acosador en el que se había convertido, sabía incluso la puerta en la que vivía. Bendita red informática de la policía. En un incómodo instante de lucidez recordó que él también era poli. Se suponía que perseguía a la gente que hacía lo que él estaba a punto de hacer. No comprendía qué extraño impulso lo había llevado a investigarla, a conocerlo todo sobre ella. No obstante, la razón nunca había regido esa extraña relación que mantenían. Solo había obsesión de su parte y estupidez por parte de ella. Así que, ya puestos, ¿qué importancia podía tener estar invadiendo una propiedad privada? Ella también lo había invadido a él, dejándolo convertido en ese enclenque idiotizado que necesitaba acecharla mientras dormía.

Cuando la puerta de la casa se abrió con un suave e imperceptible clic,

contuvo el aliento. Entró y cerró tras él. Se guardó la tarjeta que había usado en el bolsillo trasero de sus vaqueros. Esperó hasta que los ojos se acostumbraron a la oscuridad de la casa. Poco a poco, empezó a distinguir los objetos del pequeño recibidor en el que se hallaba. Era sencillo, pero funcional. Un perchero de hierro forjado en una esquina, con varias chaquetas, bufandas y bolsos. Al otro lado, una mesita blanca con un jarrón vacío y encima de la mesa, una lámina con el cuadro de *Dánae* de *Gustav Klimt*. A él siempre le había enternecido esa pintura, no entendía por qué. Esa obra no era tan conocida como *El beso*, pero a él se le antojaba mucho más evocadora. Seductora. Se carcajeó al comprender, que al igual que había hecho Klimt, él también se disponía a espiar a su propia ninfa durmiente. Una puerta, unos pasos más allá, daba al salón: un habitáculo de no más de diez metros cuadrados con una decoración sencilla. Un sofá marrón de tres plazas inundado de cojines de diferentes texturas y colores, pegado a la pared. Frente a él, un puf de esos rígidos, que también usaría de mesa, y en la otra pared, un pequeño mueble de color blanco para la televisión con varios marcos de fotos y algunas velas repartidas por la superficie. A un lado, una estantería con libros, varias figuras y algunos DVD, y al otro lado, un pequeño balcón que comprobó que conectaba con la cocina, que era de planta rectangular y muy estrecha. Frente a la cocina estaba el baño, el único de la

casa. No se molestó en mirarlo. La última habitación era su dormitorio. Tragó saliva y caminó hasta detenerse en la misma puerta. Estaba ligeramente entornada, así que, rezando para que estuviera allí y no se despertara, empujó con la palma de la mano. La cama de estructura metálica estaba frente a él, debajo de una ventana. Y allí, en mitad de un muro infranqueable de cojines, se hallaba su particular ángel negro. Cerró los ojos, aliviado, cuando la vio tranquila y relajada, aferrada a lo que parecía una estatua de cerámica. «¡Qué mujer tan extraña eres! Extraña, disparatada, desastrosa e irritantemente adorable». La amaba con toda su alma. Caminó unos pasos hasta la cama solo para comprobar que estaba bien. No se atrevía a acercarse más. Si lo hacía, temía no contar con las fuerzas necesarias para no agacharse, abrazarla y comérsela a besos. Y lo último que ella necesitaba era que otro hombre se le echara encima. Apretó la mano hasta convertirla en un puño. Maldito Lukas. Maldito fuera el desgraciado. Tendría que haberlo matado. Tendría que haberle dado una paliza que no olvidara en la vida. Ella se removió y balbuceó algo. Roberto se inclinó y la escuchó hablar en sueños...

—Quidem, ita... Durato...

No había entendido una palabra de lo que había dicho. ¿Esa mujer hablaba latín en sueños? ¿Y qué cojones quería decir con *durato*? Roberto meneó la

cabeza y se quedó mirándola. ¡Qué hermosa era! El cabello le formaba pequeños zarcillos negros que se enroscaban alrededor de su rostro y sobre el lóbulo de su oreja, como si su propio cabello buscara acariciar esa piel blanca y satinada. ¡Cómo deseó echarse a su lado! sin hacer otra cosa más que abrazarla y consolarla. No supo cuánto tiempo pasó ahí como un lelo, parado frente a ella, observándola dormir y balbucear palabras extranjeras sin sentido.

Escuchó un ruido. Alguien en el piso de al lado acababa de tirar de la cisterna. La gente ya se estaba poniendo en marcha. Ella podría despertarse en cualquier momento y llevarse el susto de su vida si lo pillaba ahí. Suspiró resignado. En unas horas se largaría y no volvería a verla en semanas.

Tampoco era seguro que volviera a verla porque ya le había dejado claro que lo quería fuera de su vida. Muchacha tonta y cabezota. Se aproximó hasta tocar el colchón de la cama con las rodillas y se acuclilló apoyando los codos sobre la cama, casi le rozaba el brazo.

—Michela... —susurró con la frente apoyada sobre la colcha—. ¿Por qué eres así?

Alzó la vista afligido y también enfadado. Dejó que su dedo índice rozara uno de sus rizos negros.

—Ojalá pudiera quererte de otra manera —habló en un hilo de voz—, una

que no me hiciera tanto daño, pero no sé amarte de otra forma.

Tomó aire y cuando se sintió preparado para irse, se incorporó.

Y se fue de allí, deprimido, y sin mirar atrás.

13

Licinia corría sin prestar atención a nada, esquivando árboles, arbustos y piedras. Las zarzas espinosas del camino se enganchaban en los bajos de su túnica. Sentía cómo la tela se desgarraba con los tirones apresurados que le daba para liberarlos. Había tropezado en varias ocasiones y había caído despatarrada sobre la tierra humedecida por la lluvia. No se permitía gemir ni lamentarse por las heridas. Las había tenido peores, se recordaba para insuflarse ánimos. Se incorporaba y seguía corriendo. No podía permitir que él la alcanzara. Si lo hacía, estaría perdida.

La última imagen de los ojos negros de Durato fijos en ella, alarmados y suplicantes, la perseguía, la atormentaba. Le robaba el aliento y la capacidad de concentración. Licinia estaba agonizando.

—Por favor, que esté bien. Alabados dioses misericordiosos no permitáis que le ocurra nada malo. Cuidad de mi amor. Sin él, ya no me queda nada.

Sin él, no hay ninguna esperanza. Sin él, no hay vida. Sin él, me muero.

Ahogó un grito cuando chocó contra lo que le pareció un muro de piedra.

Sus manos volaron hasta el pecho del hombre frente a ella, para agarrarse de

su camisa y evitar otra aparatosa caída. Con los ojos a punto de salirse de las órbitas, la respiración errática y la sensación de encontrarse a la deriva, disparó la cabeza hacia arriba.

Cuando las miradas de ambos se encontraron, el hombre le dedicó una gran sonrisa. Por fin, después de tanto tiempo, la tenía donde quería.

Michela gritó y pateó como una posesa. Abrió los ojos de sopetón. Con la respiración acelerada y la garganta dolorida, escudriñó nerviosa a su alrededor. Estaba a salvo. Nadie la perseguía.

«¡Dios santo, otra pesadilla!».

Dejó escapar el aire contenido, tragó saliva y se incorporó con pesadez y con la sensación de no haber descansado ni cinco minutos seguidos. Se rascó el pecho. Otra vez esas dichas arritmias. Soltó una imprecación por lo bajo. Hasta esa mañana creía que ya había superado esa etapa. Giró la cabeza algo desorientada. Esperaba ver a Lukas a su lado y entonces recordó todo lo que había ocurrido la noche anterior. Ella parapetada en el baño, asustada y temblorosa. Más tarde, esa misma noche, luchando por quitarse de encima a su novio y, por último, corriendo por las calles de la ciudad aferrada a una figura de cerámica hasta llegar a su casa.

Se apoyó contra el cabecero metálico de su cama. La estatua cayó sobre sus piernas. ¿Se había dormido abrazada a ella? Estaba mucho peor de lo que se

temía. Todo lo que había vivido las últimas veinticuatro horas se le enroscó en torno al estómago. Una pesada bola de nervios presionaba en el interior de su barriga. Más que nervios, parecía que tenía un yunque ahí dentro. Ella se veía como esos antiguos reos arrastrándose fatigosamente por un camino de tierra que parecía no tener fin. Respiró insuflando de aire sus pulmones y abrió la boca para exhalar.

Agobiada, se llevó las manos a la cabeza y elevó las rodillas. Haciendo a un lado la estatua, dejó caer la cabeza sobre sus piernas. ¿Qué demonios iba a hacer? Se reprochaba su cobardía. No se había sincerado con Lukas. Eso la ponía de mal humor. Le había venido de perlas lo que había ocurrido en su piso. Igual que una rata cobarde, se había aprovechado de la situación para irse de rositas. Encima su novio o exnovio, no sabía muy bien en qué punto de la relación —o no relación— estaban, se estaría machacando por lo que le había hecho. Lo conocía bien y Lukas no se perdonaría fácilmente lo que había ocurrido. Mientras, ella recostada en la cama se hacía la víctima. Era patética.

Un timbrazo en la puerta de su casa la sobresaltó. Contempló con espanto la puerta entornada de su dormitorio.

Por Dios, que no fuera Lukas. No podía verlo tan pronto. No estaba preparada.

Otro timbrazo. Ella pegó otro brinco. Joder, ¡qué insistencia! Salió de la cama y sin pasar por el baño, avanzó hasta la puerta conteniendo la respiración. Miró por la mirilla con el corazón encogido en un puño. Segundos más tarde, cerró los ojos aliviada. ¿Qué diantres hacía allí Francesca a esas horas? Recordó que le había escrito un mensaje a las apuradas diciéndole que había dejado el piso de Lukas y volvía a su casa. Manejó la cerradura para abrirla y arrugó el ceño, extrañada. ¿Acaso no había cerrado con llave la noche anterior? Un día le entrarían a robar y la dejarían sin blanca.

Francesca la contempló con el rostro serio y musitó un «Oh, cariño». Algo dentro de Michela se quebró, dejó caer la cabeza y comenzó a llorar.

—¡Ay, Fra!

Michela dio dos pasos hacia atrás y no dejó que Francesca la abrazara. Se cubrió la cara con las manos y con la cabeza gacha hacía un esfuerzo baldío por controlarse. No se merecía que la consolaran.

—Soy el peor ser humano que habita sobre la faz de la Tierra.

A Francesca la conmovió ver el estado calamitoso en el que se encontraba su mejor amiga. Michela Hauffman siempre había sido una fuerza de la naturaleza. Se aclaró la voz antes de hablar.

—Cuya maldad solo es superada por la perfidia impía de Lord Voldemort.

Michela alzó la vista y elevó una ceja, cabreada.

—¡Francesca! Un poco de seriedad.

—Nena, es que me subes a unos niveles de drama...

—No te burles —le reprochó restregándose la nariz.

—A ver, déjame pasar que estoy aquí tirada en mitad del pasillo. —Alzó la mano y meneó una bolsita blanca delante de los ojos de Michela esbozando una sonrisa divertida—. He traído el desayuno. Imaginé que no tendrías nada decente por aquí.

Cuando cerró la puerta, Michela dio media vuelta y entró en el salón, donde se dejó caer sobre la montaña de cojines que inundaba su sofá.

—¿Y bien? —preguntó Francesca, de pie, a pocos pasos de ella.

—Y bien, ¿qué?

Francesca juntó todos los dedos de la mano y los apuntó a lo alto en un gesto de exasperación. Depositó con cuidado la bolsa con el desayuno encima del puf y resopló.

—Está bien, tengo que hacer todo el trabajo. ¿Se puede saber, Michela Hauffman, por qué huiste de la casa de tu novio a las... —se detuvo para mirar su móvil, que extrajo del bolsillo de su chaqueta de pana y se sentó en el sofá— cinco y media de la mañana y te viniste a esconder a tu piso? «Porque soy una rata cobarde», quiso contestar, en cambio, le dijo:

—No sé ni por dónde empezar...

—Por el principio.

—Está bien. Nací hace veintiocho años en la ciudad alemana de Duisburgo...

Francesca inclinó la cabeza a un lado y soltó una pequeña carcajada.

—Ja, ja, ja, ¡qué chistosilla estamos esta mañana!

—¿Te crees que eres la única con sentido del humor?

—Reconozcámoslo, de las dos, yo soy la que tiene más chispa.

—¿Y yo soy la guapa?

—Tú eres la versión alemana del enanito gruñón.

Michela se incorporó y olisqueó el desayuno.

—¿Gruñón? ¿Soy gruñona? ¿Por qué gruñón?

—Dormilón y tímido ya estaban pillados y no te salgas por la tangente. ¡Y suelta eso! — exclamó Francesca dándole un manotazo y quitándole la bolsa con la comida—. Hasta que no me cuentes, no hay desayuno.

—Eres una vil chantajista.

—Esa soy yo. Ahora, cuéntame.

Michela se dejó caer en el sofá.

—Roberto se presentó anoche en el hospital.

—Ay, madre. ¿Fue a buscarte?

—En realidad, no. Tuvimos un caso horrible. Una chica muy malherida. Él la rescató y la trajo. Discutimos porque él quería verla para interrogarla y yo no podía dejarlo pasar. La chica había pasado un calvario y necesitaba reposo —le relató con voz pausada—. Él se cabreó conmigo y me arrastró por medio hospital hasta que nos encerró en la sala de curas de la planta de ginecología. Francesca devoraba un *croissant*.

—Ay, madre. Esto es mejor que las telenovelas latinoamericanas de la tarde. Imagino el numerito.

—Confía en mí. No te haces una idea —murmuró Michela al tiempo que levantaba el cuello y estiraba una mano señalándose—. Estoy hablando, dame uno.

Francesca rebuscó en la bolsa y le entregó un *croissant* calentito y también sacó dos cafés humeantes en vasos de cartón con sus tapitas de plástico. Los colocó en el suelo, a los pies del sofá.

—La verdad es que tenía motivos para cabrearse. Fui un poco borde con él.

—Sí, imagino. En tu tónica habitual —corroboró Francesca mientras masticaba su segundo *croissant*.

Michela arqueó una ceja interrogante y mordisqueó un cuernito de su *croissant*.

—¿Mi tónica habitual?

—Michi, *puccita* mía, eres muy borde. No te aflijas ni te angusties. Yo te quiero así, borde y todo. No obstante, tenemos que asumir que el tacto no se te da muy bien. La mano izquierda tampoco. Ya que nos ponemos, ni la derecha y te pongo un ejemplo, ¿de qué se queja siempre tu jefa?

—A María la suelo ignorar la mayor parte del tiempo.

—Sí, y cuando le haces caso...

—Que tengo que tener más paciencia y conectar con el sufrimiento y la angustia de las pacientes... La semana que viene tengo un curso. No puedo soportarlos.

—¿Ves? —Acompañó la exclamación de un movimiento enérgico de su mano—. Tú eres muy eficiente y analítica, pero en el trato directo con los pacientes, a veces, eres muy brusca.

—¿Me estás diciendo que soy una borde intransigente, incapaz de tratar a nadie con un mínimo de bondad?

Francesca se encogió de hombros.

—No diría eso. Es más, tu forma de ver la vida y a los demás. Te colocas en un plano superior y juzgas. No digo que seas *snob*. Eso no, pero la tolerancia no es tu fuerte.

—Gracias por mostrarme que soy un ser humano horrible. —Casi no pudo terminar la frase porque las lágrimas le anegaron los ojos. Toda esa situación

la desbordarla por momentos y parecía incapaz de contenerse.

Francesca, sintiéndose como una basura, se acercó y la abrazó con fuerza.

—Ay, Dios, Michela, lo siento. Tú hecha polvo y yo con mis chorradas.

Estaba de broma para quitarle hierro al asunto. No quería ser tan brusca, cariño. Si yo te adoro. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

Michela, con la cabeza enterrada en un cojín, lloraba y hablaba al mismo tiempo. La voz salía amortiguada.

—Fue horrible...

—¿Con Roberto?

—Nos dijimos cosas espantosas. Lo traté muy mal, y yo no...

—¿Tú no qué?

Michela levantó la cabeza y enfocó los ojos en su amiga. Gruesas lágrimas le caían por el rostro y empapaban el cojín que tenía aferrado entre las manos.

Tenía la nariz roja y bolsas azuladas bajo los ojos de no haber dormido.

Francesca experimentó tal dolor en el pecho por el sufrimiento de su amiga que deseó, por un instante, que Roberto nunca hubiera aparecido en su vida.

—Me besó.

Francesca, que aún la rodeaba con los brazos, se alejó unos centímetros.

Abrió la boca y la volvió a cerrar. Se quedó mirando a su amiga sin saber muy bien qué decirle. Tras varios intentos, consiguió articular una frase

coherente.

—¡Aaaaay, Santa Madre del amor hermoso! Pero no entiendo nada. Os dijisteis cosas horribles y luego te besó. ¿Le va el rollo maso o cómo es la cosa?

—No. Primero me besó. Luego nos dijimos cosas horribles.

—Ahora lo entiendo menos. ¿Te va el rollo maso o eres idiota?

Michela se envaró.

—Te acabo de decir que Roberto me besó. ¿Y lo único que me preguntas es si me va el *maso* o si soy idiota?

—Sí, te he escuchado con perfecta claridad. Lo de que eres idiota era una pregunta retórica, por si no lo habías pillado. Roberto PASTRIANI te besa y no solo sobrevives, sino que encima te dedicas a ponerte a discutir con él. No lo entiendo, la verdad.

—¡Pero qué cojones le pasa a todo el mundo! Primero, Roberto; luego, Susana, y ahora tú. Que lo digan otros, de acuerdo, pero tú no. Francesca, tengo novio. Un detallito que todo el mundo está muy feliz de obviar. O lo tenía. No lo sé muy bien en este momento.

De cualquier manera, no se puede ir por ahí besando a tíos cuando una tiene pareja.

—Besar a tíos cuando una tiene pareja está mal. Liarse con Roberto

Pastriani es...

Michela la contemplaba estupefacta y Francesca carraspeó, algo incómoda.

—Estamos hablando de otra cosa, ¿vale?

—Estás diciendo que, si está bueno, ¿es lícito poner cuernos a tu pareja?

—Estoy diciendo, mujer testaruda, que cuando tú miras a Roberto como lo miras y él te mira como yo he visto que te mira, liarse es el siguiente paso inevitable. Y los novios y novias quedan en un segundo plano. Ya te lo dije el otro día. Hay algo —chasqueó los dedos al aire— en el ambiente cuando estáis juntos. Es muy... especial. No sé qué nombre darle. La poesía no es lo mío.

—Creí que estabas de mi parte. Además, me dijiste que era mejor olvidarse de Roberto.

—Estoy de tu parte, siempre lo estoy —explicó ofendida—. Sobre el tema de olvidarlo, cariño, mírate, ¿crees que puedes olvidarlo?

—No parece que estés de mi parte —se ofuscó Michela ignorando la pregunta de su amiga. Se aferró al cojín, que apretó contra su pecho como si se tratara de un salvavidas.

Francesca tomó los cafés y le pasó uno a Michela, que negó con la cabeza.

La joven volvió a dejarlo en el suelo. Sopló un poquito sobre la tapa plástica con abertura del que tenía entre las manos. Miró de soslayo a su amiga.

—¿Qué pasó con ese beso? Porque tuvo que ser demasiado espectacular para que te diera tal ataque que te pusieras a soltar disparates, ¿o me equivoco?

Michela se estremeció, cerró los ojos y se recostó sobre el sofá, con la cabeza apoyada en el respaldo.

—No existen palabras precisas —comenzó en un susurro—, semántica apropiada ni expresiones exactas en nuestra lengua que yo pueda emplear para explicar lo que sentí cuando Roberto me besó.

Francesca, aferrada a su café, dejó escapar un jadeo.

—Te odio tanto que también a mí me cuesta explicarme y luego me dices que por qué no me escandalizo por el hecho de que engañaras a Lukas.

Después de lo que me acabas de decir... ¿de verdad importa un novio?

—Ay, Francesca. Para mí sí que importa. Soy una cobarde, una asquerosa y patética cobarde que no es ni capaz de enfrentarse a todo lo que... —guardó silencio y se restregó los ojos con dedos temblorosos. Pareció meditar su respuesta unos segundos, pero después de otro suspiro solo añadió—: para enfrentarme a Roberto. Es que todo me sobrepasa, me... me supera. Ese hombre es demasiado para mí. Todo lo que sentí y lo que me dijo él. La terrible discusión que tuvimos... fue espantoso. Le dije cosas muy desagradables, de las que me arrepiento tanto... Creo que me gustaría

disculparme con él, pero no sé si seré capaz de hacerlo. Temo verlo de nuevo, ¡Dios mío! y todo este calvario con Lukas. Estos meses mintiéndole, engañándolo. Quizás no de obra, pero sí de pensamiento y tú lo sabes mejor que nadie. Para mí es lo mismo —aclaró Michela ante la cara de circunstancias de Francesca—, y luego está lo que pasó anoche.

Francesca levantó la vista de su café y le buscó los ojos a su amiga.

—¿Pasó algo más? Michela Hauffman, ¿te quieres centrar? Que me vas contando las cosas por fascículos y no me entero de nada. Desembucha —ordenó sorbiendo su café.

Michela se rascó la frente con las uñas y se reacomodó en el asiento.

—Anoche, cuando llegué hecha un mar de dudas y remordimientos, Lukas fue muy dulce conmigo, muy comprensivo y atento. Me tenías que ver. Ahí parada frente a él, conmocionada, y era capaz de verme a mí misma desde fuera mientras trataba de buscar *algo* en mi interior que ofrecerle, algún sentimiento verdadero, sin embargo, por más que observé sus ojos, por más que intenté recordar lo que nos había unido, por más que me he esforzado todo este tiempo, no tengo nada para él. Descubrí lo que ya sabía. Siento mucha lástima por aquello que nos unió, por lo que tuvimos... Y sí, también siento cariño, aunque está todo embrollado con la pena y los remordimientos y nada de eso tiene que ver con el deseo entre una pareja, mucho menos con

el amor. Ah, Francesca, nunca he amado a Lukas. Ahora lo sé. Me temo que no hay nada dentro de mí para él, para nadie en realidad...

—Solo para Roberto —finalizó Francesca mientras le cogía la mano y se la apretaba con fuerza.

Michela se llevó una mano a la boca y dejó escapar un sollozo. Volvió a esconder la cara en el cojín, donde prorrumpió en un llanto inconsolable. El cuerpo de su amiga se sacudía y temblaba entre espasmos y mientras lloraba y lloraba intentaba explicarse y desahogar todo lo que atormentaba su alma.

—Por mi estupidez lo he perdido para siempre...

Francesca, que había soltado el café, se abrazaba a su amiga y ponía su mejor esfuerzo en desentrañar lo que balbuceaba Michela entre tanto hipido y tanto gemido.

—No lo creo, cariño.

—Y Lukas intentó que hiciéramos el amor...

—Te lo pidió. Tú no pudiste y te hizo sentir mal.

—No. Yo dormía y se me echó encima. Le dije que parara, pero él no me escuchaba...

Francesca soltó a su amiga y gritó.

—¿Cómo!?

—Por eso me fui de su casa —se lamentó Michela casi de forma

ininteligible.

Francesca saltó del sofá y empezó a pasearse por la habitación. No paraba de chillar y gesticular con las manos a una velocidad de vértigo.

—¡Ese hombre se volvió tarumba o qué! La falta de sexo le afectó el riego.

Si lo pillo, lo mato. ¡Será mamón! Si es lo que siempre digo, todos los hombres son iguales. ¡Unos cerdos! —Entrecerró los ojos—. Mira a este, tan santito que se veía...

Michela alzó la vista y entre sorbidas de mocos lo defendía.

—No seas tan intransigente. Yo soy la que tiene la culpa de todo. El pobre ha sufrido tanto...

—Ay, sí, ¡qué penita me da! Y los maltratadores son unos pobrecitos que deben aguantar que las pécoras de sus esposas les sirvan la sopa fría. ¡Anda ya! Michela, no me hinchas.

—Roberto me preguntó si amaba a Lukas.

Francesca se apoyó en el marco de la ventana arrugando la cortina de topitos de colores de su amiga. Se cruzó de brazos enfurruñada.

—No me cambies de tema, señorita. Lo que te hizo Lukas es asqueroso. Te juro que lo mato. ¿Y a santo de qué Roberto te preguntó eso? Casi mejor ni me digas qué le respondiste.

—Le dije que sí, que amaba a Lukas.

Francesca dejó caer la cabeza hacia delante y alzó las manos.

—¡Ay, Dios! ¿A ti por qué te gusta complicarte tanto la vida? En serio, no te entiendo.

—Me dijo —sollozaba su amiga mientras se limpiaba las lágrimas con la manga de su pijama—... me dijo que... que me deseaba que fuera feliz con Lukas. Me dejó allí tirada. Su mirada fue tan fría, tan, tan insensible, Fra...

—Michela se sorbía los mocos y seguía llorando—. Ni me miró cuando habló, pero yo sé que estaba roto porque yo también lo estaba y ahora no sé qué hacer.

Francesca dejó escapar un suspiro. Se pasó las manos por los cabellos rizados alborotándose los. Observó a Michela que había vuelto a hundir la cara entre los cojines.

—Búscalos... Llámalo. Explícale que eres idiota y un poco retardada en cuanto a descubrir tus verdaderos sentimientos.

Michela disparó la cabeza hacia arriba y fulminó a Francesca con la mirada. Fue a abrir la boca. La conversación quedó interrumpida cuando alguien llamó a la puerta con un golpe enérgico. Las dos amigas se quedaron congeladas en sus posiciones. Al cabo de unos segundos, volvieron la vista hacia la entrada de la casa.

—¿Será Lukas? —se preguntó Michela con la voz congestionada al tiempo

que se refregaba la cara con manos temblorosas.

—O Roberto.

—Roberto no sabe dónde vivo. Por favor, ve a abrir. Yo necesito ir al baño.

No puedo dejar que nadie me vea en este estado.

—Tranquila, corre. Ya me enfrentaré yo con los dragones.

Michela puso los ojos en blanco y meneó la cabeza. Ignorando los golpes en la puerta, se encaminó al baño y cerró la puerta tras ella.

Francesca se acercó hasta la entrada de la casa, echó un vistazo por la mirilla y esbozó una sonrisa satisfecha. Abrió la puerta y saludó con dos besos en la mejilla a la madre de Michela.

—Buenos días, Carmen. Un placer tenerte esta soleada mañana por aquí.

—Hola, reina, ¡qué bueno que haya alguien en casa! Ay, qué mañana llevo.

Pasaba por aquí para visitar una joyería que hay por aquí cerca. Dos calles más allá del mercado. Necesitaba arreglar el enganche de un collar que se me había roto y luego me dije: «Vamos a ver si está la niña en casa». ¿Qué tal va todo por aquí? ¿Cómo está Michela?

—Como la vas a ver tú misma en unos momentos, me ahorro mentirte.

Destrozada. Hecha un mar de lágrimas. Literal. No para de llorar.

Francesca dejó pasar a Carmen Ruano y cerró la puerta. Caminaron hasta el salón y tomaron asiento en el sofá.

—Pero si Michela nunca llora —musitó sorprendida Carmen. Dejó el bolso y la chaqueta de punto que se había puesto esa mañana en el brazo del sofá —. Ni de pequeña lloraba mucho. Salió a su padre que es un hombre de armas tomar porque yo me paso la vida llorando —le comentó Carmen que se dedicaba a recolocar los cojines desordenados.

—Pues ahora que ya está crecida ha decidido seguir los pasos de su madre y llora y llora y llora como una Magdalena.

Carmen Ruano meneó la cabeza abstraída en sus propios pensamientos.

Después de un momento, buscó los ojos de Francesca.

—¿Lukas?

Francesca se encogió de hombros y tomó los cafés del suelo.

—Mejor que te lo cuente ella. Está en el baño, ahora saldrá. —Ofreció un café a la madre de su amiga—. ¿Te apetece? Michela ni lo ha tocado.

Carmen negó con la cabeza y su cabello castaño, ondulado, espeso y muy brillante, bailó alrededor de su rostro.

Uno tenía que reconocer que Carmen Ruano era una de esas mujeres que despertaba la admiración. Cuando pensaba en la madre de su mejor amiga, siempre le venía la misma palabra a la mente: exuberante. La mujer poseía rasgos muy exóticos. Tenía ojos alargados, gatunos, de un vívido color miel, enmarcados por espesas pestañas que la mujer siempre maquillaba para crear

un efecto más llamativo. Labios gruesos que perfilaban una boca casi demasiado ancha en un rostro alargado que destacaba por la estructura singular de su barbilla partida en dos por un desafiante hoyuelo que amplificaba su sensual belleza. Su piel inmaculada y cetrina, muy tersa, le otorgaba el aspecto de una antigua diosa griega. Mención aparte merecía su figura, todo curvas sinuosas que asemejaban las de un reloj de arena. No había lugar para las medias tintas con la señora Ruano. Francesca, que le envidiaba el porte majestuoso y la seguridad con la que siempre se desenvolvía, se preguntaba cómo era posible que esa mujer no se hubiera vuelto a casar. Debía tener un séquito de hombres haciendo cola en el portal de su casa. Quizás tuviera un novio secreto escondido por ahí. Carmen Ruano parecía el tipo de mujer que encerraba fuertes apetitos.

—Ya tomé uno antes de venir. Gracias, Fra. Y bueno, cuéntame tú, cariño, ¿cómo vas? ¿Sigues con las clases de baile?

Francesca asintió y le dedicó una sonrisa emocionada. Le encantaba hablar de su verdadera pasión: la música y el baile.

—Por supuesto, la danza es mi vida. Aunque he dejado las pruebas para la Academia un poco aparcadas. De hecho, totalmente aparcadas. Me estoy centrando en dar clases particulares. Necesito la pasta.

—Pues no te duermas en los laureles. El tipo de profesión que has elegido

tiene, por desgracia, fecha de caducidad.

—Si te soy sincera, cuando vislumbro mi futuro, me veo con cincuenta años dando clases a un grupo de octogenarios que se mueren por aprender el *chachachá*.

—Por favor, Francesca —se molestó la mujer—. Tienes mucho más talento que eso. Recuerda que he asistido a tus representaciones. Eres deliciosa. Uno vibra viéndote mover sobre el escenario. Eres eléctrica, desafiante y muy *sexy*. Dan ganas de echarse a bailar de lo fácil que haces que parezca todo. Así que sigue intentándolo. ¿Quién sabe? Quizás, en unos años te veamos interpretando el *Lago de los Cisnes* con el Ballet ruso.

—No, por Dios. Ahí las tienen explotadas, casi sodomizadas y medio muertas de hambre. Además, solo admiten niñas maleables. Yo soy más del mundillo urbano. Mi estilo tira más hacia la danza contemporánea (del *ballet* clásico, mejor ni hablemos) y la danza *jazz*. Me apasiona. Me encantaría montármelo como coreógrafa profesional.

—Ah, siempre puedes recurrir a la televisión. Buscan buenas coreógrafas para los programas musicales.

—Tendría más oportunidades en los Estados Unidos, lo sé, pero aún no reúno fuerzas para largarme a Los Ángeles. Amo demasiado este desastre de país.

Carmen asintió y le golpeó la rodilla con los dedos.

—Oh, no te haces una idea de cómo te entiendo.

Las dos volvieron la cabeza cuando escucharon los pasos de Michela que se arrastraba hasta el salón. La mujer se levantó y salió al encuentro de su hija.

Michela, como no podía ser de otra manera, se emocionó al ver a su madre, dejó escapar un gemido torturado y se echó a llorar segundos después en los brazos de Carmen. Madre e hija se fundieron en un abrazo conmovedor.

—Mi niñita adorada, ¿qué ha ocurrido? —la consoló Carmen en español—.

Ven, vamos a sentarnos y será mejor que hable en italiano, que sino nuestra pobre Francesca no entenderá ni jota.

Francesca se puso en pie, esperó que Michela se soltara de su madre y se calmara un poco.

—Ahora que estás bien atendida, me voy. Tengo clases en una hora. Por favor — tomó las manos de su amiga y le habló en voz baja una confidencia —, no seas tan cabezota y habla con él.

Michela meneó la cabeza, farfulló una respuesta que ninguna de las dos mujeres comprendió y se dejó caer en el sofá.

Ambos la contemplaron con diferentes grados de aprensión en sus miradas.

—Así se ha pasado el rato que he estado con ella —explicó Francesca parada al lado Carmen Ruano—, con la cabeza hundida en los cojines, sin

dejar de llorar.

—¿Pero tan grave ha sido? —inquirió Carmen anonadada, mientras estudiaba la postura derrotista de su hija.

—Digamos que no está atravesando su mejor momento.

—Está bien. Veremos qué podemos hacer para levantarle el ánimo — murmuró la mujer. Se volvió hacia Francesca, la tomó de los hombros y le dio un apretón—. Eres un sol de niña. Gracias de todo corazón por cuidar tan bien de mi hija y cuídate mucho, *bellissima*.

—Es un placer, la adoro, ya lo sabes. Y lo mismo digo, Carmen.

Se besaron en la mejilla. Francesca se despidió de su amiga con un beso rápido en la cabeza y se fue.

Carmen, sin decir nada, recogió los vasos del suelo y los llevó hasta la cocina, vació el contenido en el fregadero y tiró los recipientes de cartón a la papelera que había debajo. Acto seguido, cogió dos vasos de cristal del mueble locero y rebuscó en la nevera hasta dar con un zumo de naranja que por algún milagro divino todavía no había caducado. Volvió al salón con el zumo. Su hija seguía en la misma posición. Apoyada en el respaldo del sofá, abrazada a un cojín, mirando a la nada.

—Bebe un poco de zumo, que, aunque esto es puro azúcar concentrado, algo te hace.

Michela alargó el brazo, tomó el vaso y le dio un sorbo, tras lo cual, se lo devolvió a su madre.

—¿Y ya está? ¿No bebes más?

Michela cerró los ojos, se ovilló y negó con la cabeza.

Carmen apretó los labios, disgustada, pero no dijo nada. Tomó asiento en la esquina del sofá y bebió lentamente su vasito de zumo, meditando la mejor manera de afrontar esta crisis de su hija.

Michela siempre había sido como un peñón: resiste y soporta los peores embistes de una tormenta. Decidida, muy madura y resolutiva a la hora de afrontar cualquier conflicto que se presentara. Incluso de niña, sus juicios habían sido acertados y desafiantes. Tan sensata había sido siempre su pequeña princesa que con cinco años le había echado una bronca monumental en plena calle. Carmen Ruano jamás lo olvidaría. Habían salido a pasear hasta un parque cerca de la casa, en la que habían vivido con Frederick, para admirar el cambio de estación, muy acusado en el país germano.

Mientras transitaban una calle, Carmen, distraída con los escaparates de las tiendas, había soltado la mano de su hija. Tras dar varios pasos, había caído en la cuenta de que Michela no la seguía y había quedado rezagada. Giró y se quedó a cuadros. Michela, con las trencitas enmarcándole el rostro redondeado y el gorro calado hasta la frente, la contemplaba con sus fieros

ojos grises y una mueca de enfado muy marcada en su carita infantil. Estaba parada en mitad de la acera con los bracitos cruzados en torno a su pecho.

—Ángel mío, ¿qué te ocurre? ¿Por qué estás ahí parada? —le había preguntado Carmen en español mientras se acercaba hasta donde estaba su hija.

—Eres una irresponsable.

Carmen se había quedado paralizada en frente de la niña, mirándola de hito en hito.

—¿Cómo dices?

—¿Cómo se te puede ocurrir soltarme de la mano en la calle? ¡Soy una niña! ¿Y si me hubiera dado por echarme a correr y me atropella un coche y me muero? ¿Acaso no piensas en eso?

Carmen en *shock* por la perorata de su hija y la manera tan correcta en la que había expresado su enfado, siendo tan pequeña, había tragado saliva. Le había impactado, sobremanera, la posibilidad de que eso hubiera ocurrido. Había hecho lo único que una madre podía hacer en un momento así: darle la razón a su hija de cinco años.

Se había agachado frente a la niña y la había tomado de las manos.

—Tienes razón, corazón mío, perdóname, me despisté. A las mamás a veces nos pasa. Pero tengo la grandísima suerte de tener una hija responsable

y muy sabia que me lo recuerda y no sale corriendo en pos de la aventura.

¿Me perdonas?

La niña le había hecho un mohín y luego le había dedicado una sonrisa que dejó a la vista los dos agujeros que los dientes de leche habían dejado en su dentadura el mes anterior.

—Sí, mami, claro que te perdono, pero no vuelvas a dejarme atrás. Me asusté mucho.

—Te prometo que no vuelvo a dejarte atrás.

Carmen Ruano sorbió el zumo y sonrió enternecida por el recuerdo. Esa inquebrantable rectitud era algo innato en su hija. Desde luego, no lo había heredado de sus padres. De ninguno de los dos.

Michela, sumida en sus propias cuestiones, se mordió los labios, inclinó la cabeza y buscó la mirada de su madre.

—Mamá...

Carmen le sonrió, se acercó y colocó su mano sobre las de su hija. Tan frías las encontró que comenzó a masajearlas para hacerla entrar en calor.

—Dime, ángel.

—¿Crees que se puede amar a alguien que apenas conoces?

Carmen suspiró.

—A veces ocurre que el corazón va más rápido que la cabeza y te grita que

ese es el hombre para ti, pero la lógica te juega en la contra y te frena. Te llena de miedos y te paraliza. Depende de cómo seas tú y del peso que le otorgues a cada cosa en tu balanza personal, le harás más caso a uno que a otro.

—¿Y cómo sabe una cuándo es amor?

Carmen se echó a reír.

—Si necesitas preguntarlo es que nunca los has sentido. Cuando has experimentado esa sensación inefable, no te lo cuestionas. Lo sabes y ya. Michela lo sabía porque lo sentía. Lo había sentido aquella madrugada de mayo en el piso de Lukas. En el fondo de su ser comprendía que era amor. Amor puro, como había dicho Susana. Pero no podía aceptarlo. Ella era de las temían y se paralizaban. Su balanza personal era una mierda.

—¿Y cómo es amar, mamá?

La mujer suspiró y esbozó una sonrisa apesadumbrada. Arrugó el entrecejo y soltando las manos de su hija, se acarició los labios perdida en sus trágicas memorias. Buceando entre toda esa red de oscuros sentimientos y tragedias que había procurado enterrar en lo más profundo de su corazón tantos años atrás, comenzó a hablar con una voz cohibida y emocionada.

—El amor no se explica, Michela, únicamente se siente. —Dejó escapar otro suspiro y se acarició el pecho con aire distraído—. Se siente con la

cabeza porque no puedes dejar de pensar en él. Desde el momento mismo en que abres los ojos en la mañana hasta el segundo antes en el que el sueño te reclama, tu mente vive intoxicada con su nombre. Pero, sobre todo, el amor se siente con el cuerpo. Lo sientes con las palmas de tus manos que tiemblan y con las yemas de tus dedos que se mueren por acariciarlo. Incluso lo sientes con la nariz porque su aroma, su esencia más íntima, es como tu propio elixir de la felicidad. También se siente en la presión que te engarota el pecho y te estruja el corazón hasta hacerte creer que la muerte misma resultaría menos dolorosa cuando lo ves alejarse de ti. En numerosas ocasiones desearías contar con el poder de encadenarlo a ti, para que nunca te falte, para que nada le pase, para que siempre sea tuyo. El amor es algo tan poderoso que te enfrenta a ti misma, te reta, te hace cuestionarte el mundo y sus reglas, el porqué de las cosas. ¡Ay, Michela! El amor te eleva y te hunde, te alborota el alma, te desgarrar el corazón, te da la vida y también te mata.

Michela, con el corazón encogido por la pena, se limpió las lágrimas de los ojos y las mejillas. Se lanzó a rodear a su madre en un abrazo de oso.

—Lo siento mucho, mamá, de verdad que lo siento mucho.

Carmen depositó una ringlera de besos en la cabeza de su hija y le acarició el cabello corto, negro y ondulado, peinándoselo con mimo.

—Ay, criatura, ¿y qué sientes?

—Has sufrido tanto por papá. Lo odio. Lo odio por todo el daño que te ha causado.

Carmen la apartó, la tomó por la barbilla y le buscó la mirada,

—¡Hey, Michela! ¿Qué es eso de odiar a nadie? Muchos menos a Frederick. ¡Qué palabra más horrible esa! No odies a nadie, mi niña. El odio te enquistas el alma, te pudre por dentro. Hay que vivir amando, jamás odiando.

—No puedo perdonar a papá, no puedo. Se ha desentendido de nosotras, nos ha tratado como basura.

—Cariño, no juzgues cuando nada sabes. Las relaciones, en la mayoría de las ocasiones, son mucho más complejas de lo que a simple vista puede parecernos. Tú tienes la obligación de disfrutar tu vida, buscar tu felicidad y vivir el amor y, por favor, nunca permitas que las circunstancias de otros, mucho menos las de tu madre, te anquilosen, te acomplejen o te causen dolor. La vida que he tenido, la he elegido yo. Nadie más. Soy la única responsable de mis decisiones y de mis pesares. Frederick no tiene culpa de nada.

También él arrastrará sus propias penas. Pero te confieso que disfruto de ver que ha rehecho su vida y es feliz con su esposa e hijos, que son unas criaturas adorables.

—¡Cómo puedes perdonarlo! Después de oírte decir que el amor te desgarras

el alma y te mata.

—¡Y cómo no hacerlo! —retrucó la mujer—, cuando el amor es perdón, compasión y entrega. Verás, hija, cuando nació tu primo Juancito...

—Ay, mamá —la interrumpió Michela entre carcajadas y lágrimas—. Si Juan te oye llamándolo Juancito, te atraviesa con el sable ese que tiene en su casa.

—A ese mocoso lo crie yo. Le limpié la caca del culo, soporté sus buchetas y berrinches, le enseñé a manejar una cuchara —se ufano Carmen Ruano—, así que lo llamo como me da la gana. Pues bien, cuando nació ya sabes que mi Herminia se apagó. Lo que hoy llaman depresión postparto. Antes no usábamos esos *palabras* tan técnicos, pero, en fin, se apenó y se me quedó mustia la pobre. Sin fuerzas. Así que las primas y yo criamos a ese bebé tan hermoso. Mira que era grande ese niño.

—Lo sigue siendo, mamá.

—Sí, la verdad es que es un leño de hombre. Tan guapetón, mi muchacho.

A lo que iba, cuando tenía a Juancito entre los brazos me decía: «Quiero tener un hijo, necesito sentirlo en mis entrañas, creciendo, necesitándome». Ah, Michela, había tanto amor dentro de mí. Cuando años después conocí a tu padre...

—¿Fue amor a primera vista? —interrumpió Michela algo más animada.

—No. Lo detesté. ¡Qué arrogante era ese hombre! ¡Santa María! Tan soberbio. Me sacaba de mis casillas. Estaba acostumbrado a que todo el mundo le rindiera pleitesía y le obedeciera al momento. Y a mí, que tengo ideas muy democráticas, me fastidiaba su actitud de perdonavidas.

—¿Papá? ¿Perdonavidas? Disculpa que te lo diga, pero parece que me hablas de otro hombre. Papá es más del tipo de huir y evitar conflictos. Es que no veo a papá con esas pintas.

—Confía en mí, jamás habrá otro hombre tan majestuo... —Antes de finalizar la frase, sacudió la cabeza y tragó saliva, incómoda—. En fin, lo que quería explicarte es que no puedo odiar a tu padre. Es imposible. Él me dio el regalo más sublime que nadie puede hacerte en esta vida, mi anhelo más deseado. Gracias a él me convertí en madre de la criatura más maravillosa que habita el mundo. Tú te pareces tanto a tu padre. Cómo podría odiarlo si te veo y...

—Mamá, por favor —volvió a interrumpirla Michela—, nos parecemos como un huevo a una castaña. No me parezco en nada a mi padre —farfulló ofendida—. Te recuerdo que ni soy rubia ni tengo los ojos azules. Tengo más pinta de haberme escapado de Cuba en una patera que de haber puesto un pie jamás en Alemania.

Carmen meneó la mano delante de su hija, y bufó.

—Te pareces a tu padre y punto.

Michela entrecerró los ojos, frustrada ante esa absurda cabezonería de su madre, sin embargo, lo dejó pasar. Si Carmen era feliz viendo un parecido donde no había nada, ¿quién era ella para explotarle la fantasía?

Su madre apretó los labios y estudió el semblante de su hija. Se la veía tan pálida y apenada que experimentó un nudo de rabia por lo que sea que le estuviera causando esa pena.

—Y esta conversación trascendental sobre el amor y otros misterios, ¿a santo de qué viene?

Michela se echó hacia atrás en el sofá y se colocó el antebrazo sobre los ojos.

—¡Uf!

—Tan complicado es...

—Peor.

—¿Quieres que lo hablemos?

—Prefiero la opción cine.

—Ah, estupendo. Sí, sí, ¿qué película te apetece ver?

—Quiero llorar.

Carmen disparó la cabeza en dirección a su hija y formó una perfecta «O» con la boca.

—¿De veras?

—Sí, no me mires con esa cara, por favor. Me viene genial llorar, busca la de *Moulin Rouge*. Con esa siempre moqueo.

Carmen se enderezó y se entretuvo rebuscando en el mueble.

—¡Oh, qué película más hermosa! Me encanta. Buena elección.

Y así pasaron las siguientes dos horas, tiradas en el sofá y suspirando por el amor imposible entre una cortesana y su entrañable músico del citar, mientras Michela que se veía incapaz de contener las lágrimas y la pena meditaba que, para ella, al igual que para *Satine*, el mundo había sido un lugar maravilloso en el que habitar durante los pocos minutos que había pasado entre los brazos de Roberto. ¿Tendría la oportunidad de amar y ser amada a cambio?

¿Volvería a verlo alguna vez?

Fin de la primera parte

Nota de la autora

Supongo que lo que me llevó a escribir sobre las vidas de un pueblo en la península ibérica a.C., además de mi absoluta obsesión con el personaje de Espartaco, fue la falta de conocimiento que poseía sobre los orígenes y vida de nuestro héroe ibérico, Viriato. Todos hemos oído hablar o, incluso, visto en películas y series de televisión la historia de Espartaco, pero muy pocos conocen la existencia del general Viriato y el pueblo Lusitano.

La localización que se atribuye comúnmente al pueblo Lusitano es el centro de la región montañosa situada entre el Duero y el Tajo en el sudoeste de la península Ibérica. Los orígenes de este pueblo histórico resultan poco claros antes del siglo II a. C. Algunos autores lo atribuyen a la cultura del bronce atlántica, como sugieren las explicaciones de Estrabón, no así las de Diodoro de Sicilia que habla de venablos de hierro y del uso de cascos y espadas muy parecidas a las que usaron sus hermanos celtíberos. Lo que sí queda demostrado es la personalidad distinta y diferenciada de los lusitanos, su carácter fiero en las luchas contra los romanos durante más de medio siglo y el uso de una lengua de origen indoeuropeo como zanja Antonio Tovar. Si bien, como también queda establecido, comparten elementos célticos, como el nombre del propio *Viriatus*.

Alpiano cuenta que Viriato fue de los pocos que lograron sobrevivir a la felonía cometida por Galba y Lúculo y antes de que su pueblo acudiera a Vetilio con *ramas de suplicantes*, «les trajo a la memoria la falta de palabra de los romanos y cuantas veces habían violado los juramentos que habían dado y cómo todo aquel ejército estaba formado por hombres que habían escapado a tales perjuros de Galba y Lúculo. Les dijo que no había que desesperar de salvarse en aquel lugar, si estaban dispuestos a obedecerle. Encendidos sus ánimos y recobradas sus esperanzas, lo eligieron general».

Quizás en los años venideros y gracias a las excavaciones arqueológicas despejaremos las incógnitas que aún quedan sobre los orígenes de este pueblo fuerte y guerrero como pocos y por el cual siento una profunda admiración.

Agradecimientos

En primer lugar, me dirijo a ti que estás leyendo esto. Gracias. De todo corazón, gracias. Gracias infinitas.

Hay tantas personas que, de una manera u otra, han contribuido para que esto vea la luz que espero no olvidarme de nadie. Gerardo, por el apoyo silencioso y paciente en todo este agotador proceso, por permitirme perderme en el mundo onírico de mis sueños y anhelos y realizar todas esas tareas domésticas que a veces se me iban quedando atrás. Mi hermano, Víctor, una de esas flechas que te alegran la vida y te iluminan el corazón, por proveerme del material necesario para la investigación y escucharme mis neuras y dudas. Mi madre, Pino, porque verte disfrutar con un libro entre las manos fue el comienzo de todo, porque jamás me impediste que leyera nada de lo que se me antojaba y te hacías la loca cuando pillaba un libro que, por edad, quizás no fuera muy adecuado y, más tarde, por ejercer de abuela yeyé para que así yo pudiera arrancar horas y minutos a la escritura. También por escuchar, una y otra vez, con esa bendita paciencia que te caracteriza, mis alegatos «novelísticos» y demás paranoias. Eres una *crack*, mami. Te quiero, te

quiero. También la abu Mari Carmen, que se pasó tardes enteras, tirada por los suelos mientras yo aporreaba con frenesí el teclado. Dácil, y su inagotable energía pisciana, por ayudarme a formar en mi cabeza torpe una idea real del trabajo tan loable y sacrificado que realizan las enfermeras, por leer, releer y volver a leer la novela, por las charlas, los nachos con queso, las fantas de naranja y los consejos sin tapujos. Mi gemela literaria, Gaby, por TODO. Tú sabes el qué y es «mucho con demasiado» lo que te debo. Sufriste, viviste y me ayudaste en cada ínfimo proceso de esta novela hasta el final. Love you forever. Guayarmina, no hay palabras para agradecerte ni cenas con las que compensarte todo: las lecturas, las correcciones, las charlas, los consejos. Tu dedicación absoluta. Gracias infinitas. Te quiero una jartaaaaa. Esther, por los consejos y la paciencia de esperar a que terminara, por las cenas, las meriendas, los vinitos, las charlas, el desahogo y las risas. Pablo, por los consejos literarios y abrirme los ojos a este mundillo desconocido para mí. Miriam, no tuve hermanas, pero te tengo a ti que ejerces de todo un poco. Te quiero infinito. Natu, que se ha convertido en mi fan número uno, por animarme y alentarme como solo una ariana con garra (y cuerpito caribeño) pude hacerlo, me has emocionado con tus palabras. Ena, otra de esas gemelas divertidas que encontré en la vida, por los análisis concienzudos, la portada maravillosa y espectacular que me hiciste, por ayudarme con el título que se

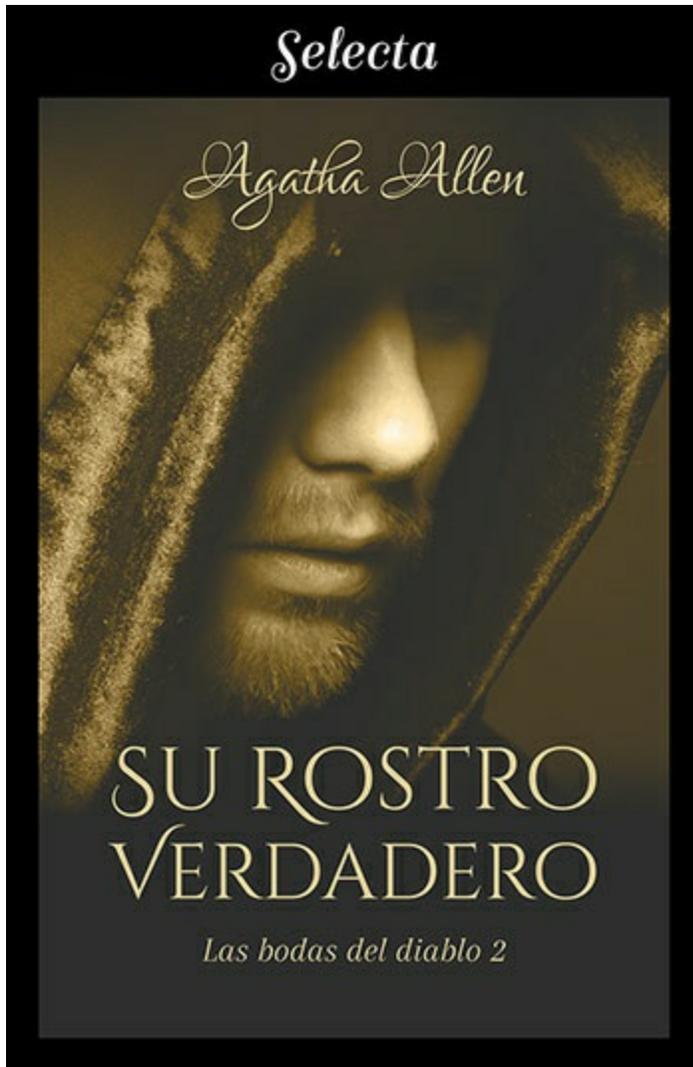
me atragantó desde el principio, por los consejos acertados. Raquel, que del poquito tiempo que tiene lo sacó para mí. Paolo y Francesca por las necesarias lecciones de italiano para lentos que necesité. Itziar y Alex por ayudarme a embellecer y «glamourizar» a Roberto y a la encantadora Maite, de Perfumería Urbietta en San Sebastián, por echarnos un cable (y toneladas de perfume) en todo ese divertido proceso. Gracias miles. Sandra y Elena por sus consejos, lecturas varias y quebraderos de cabeza en el difícil comienzo de esta historia.

Alba, kvinnen I mitt liv.

Lola Gude y la maravillosa familia de Penguin random house y, en especial, selección BdB por darme esta oportunidad única y una calurosa bienvenida. Gracias miles.

Por último, y precisamente por ello la mejor parte, también te doy las gracias a ti «from the bottom of my heart», Florencia Bonelli. Eres fuente de eterna inspiración y tu novela *Nacida bajo el sol de acuario* consiguió lo imposible; arrancarme la venda de los ojos y sumergirme en el fascinante mundo de la astrología. Te lo dije hace unos cuantos años y lo vuelvo a repetir: hoy escribo gracias a ti, fuiste el impulso definitivo.

Para cualquier cosa que quieras comentarme, puedes hacerlo en la dirección: miamartin.escritora@gmail.com



Si te ha gustado

Dí mi nombre

te recomendamos comenzar a leer

Su rostro verdadero

de *Agatha Allen*

Capítulo 1

Cara de Rosa y yo nos encaminamos hacia la puerta de palacio, caballeros

sobre los caballos con que habíamos viajado desde Marsella hasta París. El hermano mayor, Denis Couronne, nos había trazado un itinerario y nos facilitó un guía, Michael Luba, un hombre joven que sin embargo ya pertenecía a la hermandad. Luba había pasado tres años en Roma y conocía bien el camino; además, Denis Couronne le había confiado los salvoconductos necesarios. Yo tenía una carta de su puño y letra con la que poder obtener, finalmente, la página del libro del peregrino donde figuraba mi matrimonio con María. ¡Dios mío, y cuántas peripecias habíamos sufrido, cuántos quebraderos de cabeza nos había causado aquel bendito libro! Nunca mejor dicho, porque se trataba de un libro venerable. Adèle ya formaba parte de las hermanas seculares de San Luis, y se quedó en palacio para recibir adoctrinamiento de Denis Couronne en persona, hasta que pudiera regresar a su casa de Aviñón a predicar la humildad con su ejemplo y socorrer a los necesitados.

—El demonio se coló entre nosotros —dijo Denis Couronne al despedirnos —, inmenso es su poder y a punto estuvo de dar al traste con la congregación; vigilad, porque puede volver en cualquier momento, y parece que va a por vosotros.

—Así lo haremos, perded cuidado.

—Otra cosa, de las visiones que sufrimos todos aquí, ni una palabra a nadie.

—Por supuesto.

—Si lo contáramos nos tomarían por locos —dijo Cara de Rosa—; nadie las creería, y yo tampoco me las creo.

—Y sin embargo...

Dejamos atrás el puente de Nuestra Señora y la catedral en construcción una tarde radiante de primavera. Recorrimos un sinfín de callejas y volvimos a salir por la puerta meridional de la muralla. A la vista de los bosques que rodeaban la ciudad, Cara de Rosa todavía dijo:

—Creo que esta catedral que están haciendo será el templo más grandioso de la cristiandad.

Me hallaba trastornado por cuanto habíamos visto en la sala de las reliquias, y no creía que fueran simples visiones; empezaba a estar seguro de que el diablo había tomado posesión del capitán Olmos y, no sabía cómo, le había guiado hasta nosotros; solo así se explicaba que después de la ceremonia hubiera desaparecido como por ensalmo. También Adèle estaba poseída, o al menos lo había estado hasta el momento de abrazar la hermandad de San Luis que, no me cabía duda, era una orden sacrosanta, avanzada a su tiempo.

También suponía que era el diablo quien se personificaba en la imagen de Ana, la hija de Francisco Tobar, sin dejarla descansar en paz en su tumba, o al menos lo había hecho sirviéndose de Adèle, aunque ahí debió de ser

derrotado por las fuerzas del bien y Ana salir triunfante con su ángel bueno. Eso era lo que pensaba, mientras recorríamos el camino a caballo, sin prisa, porque el viaje hasta Roma era muy largo, y la verdad es que a veces lo veía todo muy claro, y otras me confundía con pensamientos encontrados y pensaba que todas mis suposiciones no eran sino una sarta de desatinos; por eso no le confié a Cara de Rosa ninguna de mis cábalas, no fuera a decirme que era un iluso, que todo eran pamplinas, que en la ceremonia diabólica estábamos todos drogados y cosas por el estilo que no harían sino desorientarme.

Recurrí nuevamente al camino para templar mis ánimos sobresaltados; concentrarme en cuanto veía, dejar vagar la mente entre la fascinación por el paisaje colmado de arboledas, de lomas tomadas por la vegetación exuberante, bajo un cielo a menudo lleno de nubes que amenazaban lluvia, o que nos hacían buscar cobijo desesperadamente bajo la tenacidad de un copioso aguacero; embozarme en la manta sobre el caballo, contemplar las orejas enhiestas del animal, casi entablar conversación con él, cuando la orografía no permitía demasiados comentarios con Cara de Rosa o con el guía, dejar pasar los desasosiegos, esa era una buena medicina para superar inquietudes y ver las cosas con claridad objetiva. Las pocas veces que hablaba con Cara de Rosa de los acontecimientos recientes, aunque fuera de

un modo somero, él confirmaba mis suposiciones:

—Cuando miras algo de muy cerca no lo puedes ver bien, necesitas cierta distancia; haces bien en dejar pasar las tribulaciones; luego lo verás todo más claro y te reirás de estos quebraderos de cabeza de ahora mismo.

—Es lo mismo que pasa con los sueños que nos desazonan por la noche; su influencia se pierde con el albor de la mañana, y lo que nos sobrecogió no tiene ya la menor importancia.

—Es más, nos reímos de lo que anoche nos asustaba.

Siempre acabábamos aunando nuestros puntos de vista, quizá porque congeniábamos y teníamos modos de ser complementarios; siempre encontraba apoyo en mi amigo del alma, siempre estuvo a mi lado, y fue mucho más que un hermano para mí. Era mi amigo, y pese a las diferencias explicables en dos personas distintas, era como si él fuera una parte de mí y yo de él; tenía mucha suerte de que fuera mi amigo, y sin embargo, nunca se lo decía; creo que no se lo había dicho en mi vida. Pensé que un día tendría que hacerlo, pero me limité a decir:

—No sé qué haría sin ti.

Por lo que respecta a Michael Luba, demostró ser un guía perfecto. Conocía al dedillo todos los recovecos del camino; sabía dónde había una cueva para refugiarnos, a qué distancia quedaba el próximo caserío, quiénes nos

acogerían con los brazos abiertos y a quiénes era mejor no recurrir, y también sabía qué apreciaban nuestros anfitriones y tenía una sonrisa tan a flor de piel y un carácter tan apacible que raro era el ser humano capaz de negarle un favor.

—De lo que cuesta poco, dar mucho —solía decir.

Era alto y delgado, pero no enclenque; llevaba el pelo muy corto, y lo tenía muy negro; la nariz aguileña, la tez bronceada por el sol de todos los caminos, lavada por la lluvia y endurecida por el viento; era un hombre manso, un bienaventurado, recto como un santo, pero sin aspiraciones de santidad, sin ambiciones, pronto a socorrer al prójimo en todo momento.

—Dime, Luba —le dije, porque le llamábamos «Luba» a secas—, ¿tú estás tonsurado?

—No soy sacerdote, como habrás observado, pues no llevo sotana ni puedo decir misa; pero he recibido las órdenes menores. Espero llegar a ser digno de ser ordenado, aunque me asusta pensar si sabré cumplir con los designios de Dios.

—Estoy seguro de que serás un magnífico sacerdote.

Sonreía con humildad y no decía nada, pero no se le veía convencido.

Tampoco a él le confié plenamente mis dudas; pensé que tal vez lo haría más adelante, cuando nos conociéramos un poco mejor, cuando le tuviera mayor

confianza.

Recorriamos a la inversa el camino que habíamos hecho hacia París; reconocía muchas de las poblaciones que antes habíamos sobrepasado, y a veces el paisaje me resultaba tan familiar como si lo hubiera visto toda mi vida, como si hubiera nacido en el lugar. Creo que de tanto ver mundo empezaba a tener la sensación de que fuera donde fuere aquello era mi casa, mi tierra, solo que no podía tener a María ni dentro ni fuera de casa, y eso me apenaba sobremanera. Hasta que Luba anunció:

—Ya llegamos a Chalone sobre el Saona; desde ahí nos desviamos hacia la montaña.

—¿Ya no reconoceré el camino?

—No, si no lo has recorrido antes.

Cara de Rosa sonrió.

—Siempre adelante —dijo.

Seguimos el curso del Saona hasta Chalone, adonde llegamos un día en que el cielo estaba tan encapotado que parecía que iba a anochecer en plena mañana.

—Va a caer una buena —dijo Luba—, apresurémonos.

Apenas lo había acabado de decir cuando de repente las compuertas del cielo se abrieron y empezó a llover a cántaros. Nos cubrimos con las mantas,

pero quedaron ensopadas en seguida, y los caballos, mal protegidos con sacos, se las veían y deseaban para abrirse paso entre aquella cortina de agua. Entrevimos las embarcaciones del muelle, chorreando como si estuvieran en alta mar, a merced del temporal; el vino se había derramado de algunas barricas y se mezclaba con el agua, de modo que parecía correr un río de sangre. Un buen samaritano nos llamó, haciendo muchos aspavientos a la puerta de lo que parecía una taberna; había un cobertizo donde secamos como buenamente pudimos a los caballos y les dimos forraje antes de sentarnos en torno al fuego del hogar, con la ropa tendida delante de nosotros, puesto que pese a que estábamos a finales de marzo hacía bastante frío. El buen samaritano nos prestó frazadas secas, y su mujer nos sirvió sopa caliente y abundante vino en el que mojar el pan moreno, pero recién horneado.

—Esto sabe a gloria.

—¿Adónde os dirigís con este tiempo de perros? —dijo el hombre, que dijo llamarse Marc Timen.

—Vamos a la montaña y después a Roma.

—Todos los caminos llevan a Roma —dijo Marc Timen—, pero en esta época todavía caen muchas lluvias; sería mejor viajar en verano.

—No podemos esperar tanto tiempo —dije yo.

Cara de Rosa se quedó mirándome, como si pensara, ¿y por qué no? Pero

dijo:

—Ya estuvimos aquí, en casa del obispo.

Marc Timen se santiguó y dijo algo así como, «alabado sea Dios», porque la verdad es que me costaba bastante entenderle. Entonces nos trató con mayor deferencia; trajo más comida y llamó a voces a una sierva joven, con un paño enrollado en la cabeza, que se adornaba con una sonrisa la mar de servicial. Cuando se descubrió soltó su cabellera negra, y era larga y ensortijada, como arracimada, y se inclinó como para besarnos los pies, o para lavármolos y secármolos con su cabellera. Cara de Rosa también se agachó, pero era para ver lo que enseñaba por el escote, que, según dijo, no era moco de pavo.

—¿No me digas que te llamas María Magdalena?

—Mi nombre es Anne-Lise —dijo la chica, toda sonrisas.

De pronto me sobresaltó la idea de que podía transformarse súbitamente y volar hasta el techo, cruzado por una enorme viga de madera, convertida en la visión de Ana, la hija de Francisco Tobar; pero no ocurrió nada por el estilo.

—El obispo es un hombre muy sabio —terció Marc Timen, con devoción verdadera.

Mientras las ropas se secaban, Cara de Rosa se hizo cargo de la sierva, saliendo con ella ya no recuerdo bajo qué pretexto; sus intenciones estaban

muy claras, pero ni Timen ni Luba hicieron comentario alguno, y fingieron no darse por enterados. Luego escampó afuera, incluso asomó un solecito tímido que era como una bendición de Dios. Los caballos habían descansado y llenado el estómago, y ya no se mostraban inquietos; pagué al posadero, aunque no quería aceptarme nada, y tuve que ir a llamar a Cara de Rosa; golpeé la puerta con los nudillos y dije:

—Nos vamos.

—¿Tan pronto?

—Hay una cola tremenda de hombres esperando —mentí.

Cara de Rosa se apresuró a salir y cuando vio que no había nadie se echó a reír y cabeceaba, haciéndose cruces de su propia candidez.

Cuando alcanzamos la casa del obispo vimos que estaba aguardando nuestra llegada. Recordé su capacidad de clarividencia y le pregunté:

—¿Acaso habéis adivinado nuestra visita?

—No —sonrió—, ha venido un mocito de parte del tabernero a anunciármela.

—Creí que algo extraordinario os la había auspiciado.

—Nada extraordinario.

—Aunque para ser sincero —añadió, cuando nos hubimos instalado y nos encontramos a solas ante el altar de San Vicente—, sé que habéis visto al

diablo.

Naturalmente me quedé asombrado, prácticamente sin habla.

—Pero no me preguntes cómo lo sé.

Aquella noche dormí algo intranquilo. Me desperté de madrugada, soñando con el diablo, un sueño inquietante, tanto que todavía lo recuerdo. Estaba en Lérida, en casa de mis padres, y mi madre abrazaba a dos hombres azules; naturalmente, uno era el capitán Olmos, con orejas de burro y una cola de cerdo; el otro también era Olmos, pero tenía los ojos grandes, la cabellera lacia y sedosa de Adèle, bajo unos cuernos de toro con los que me embistió para matarme, desternillándose de risa. Mi madre tenía alas en la espalda y volaba hasta el lucero del alba, con una risita despectiva; era mi madre, pero era más hermosa de lo que había sido nunca, a pesar de que tenía un bigotito ralo que le desbordaba el labio superior. Luego vi seis diablos, seis ángeles y seis libros del peregrino; sabía que eran seis, pero no los había contado. Los ángeles tenían pares de alas de cisne, muy blancas, resplandecientes, y cuerpos sinuosos de mujer; todos eran rubios, con largas cabelleras doradas, acariciadas por el viento de las alturas; eran hermosos, más que hermosas, porque aunque los pechos abultaban bajo sus mantos virginales, tenían también barba y bigote, y unos ojos seductores, abanicados por largas pestañas. Olmos volvió a embestirme con sus cuernos de toro y logró

traspasarme el corazón; fue entonces cuando vi a María, con la niña Marta en brazos y los pies descalzos; lucía la más dulce de sus sonrisas; yo me moría y ella pasó a mi lado sin verme. Me desperté gritando:

—¡María, María!

Cara de Rosa me sacudía levemente, con un cuidado casi maternal.

—Estabas gritando en sueños.

—Lo siento.

Por la mañana le conté el sueño al obispo.

—Un sueño curioso —dijo—, pero todos soñamos.

—Decidme una cosa, ¿pasó por aquí el capitán Olmos, un hombre fornido y calvo, procedente de Bugía?

El obispo me miró con un gesto de inteligencia.

—Pasó un hombre con estas características, que dijo llamarse intendente O.

—Intendente Olmos.

—Dijo que conocía a mi hermano del alma, el beato Ramón Santos.

—Ya ¿Creéis que un hombre puede convertirse en el diablo?

—No, pero puede estar poseído por él.

—¿Estaba Olmos poseído por el diablo?

—Le vi dos veces; la primera se dirigía a París, y tenía conocimiento de la Asamblea de San Luis, tanto que parecía ser miembro de ella. La segunda vez

regresaba de París, y sí, tenía algo extraño; de pronto puso los ojos en blanco y me habló con voz de ultratumba, de modo que temí que tuviera dentro el diablo.

—¿No podíais echarlo de su cuerpo?

—No estaba seguro, y además el diablo es muy astuto; puede tomar cientos de apariencias. Cuando quise acercarme a su lecho con una cruz y agua bendita, ya había desaparecido. La segunda vez estaba avisado, me había preparado por si volvía, pero debió de adivinarme la intención, porque cuando me di la vuelta ya no estaba; bajé a la calle y encontré una joven bajo los soportales que me dijo que un hombre había huido a caballo, echando chispas.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Conocíais a esa joven?

—Nunca la había visto.

—¿Volvisteis a verla más tarde?

—No.

—¿Podéis describirla?

—Llevaba un vestido blanco, muy limpio, casi resplandeciente; tenía el cabello rubio, largo, y los ojos llenos de bondad; era muy hermosa.

—Era Ana, la hija de Francisco Tobar.

—¿Quién?

Miré al obispo de hito en hito.

—Era el diablo.

Me alejé, pero volví sobre mis pasos.

—Y vos lo sabíais; las dos veces lo sabíais, por eso me hablasteis del demonio la primera vez, y la segunda; aquel poseso había preguntado por mí.

—Preguntó primero por Cara de Rosa.

—Le tenemos pisándonos los talones. ¿Qué debo hacer para librarme de él?

—Crucifijos, agua bendita, reliquias...

—¿Reliquias?

—Sí, son muy efectivas.

—Por eso quemó el libro del peregrino, porque contiene una reliquia.

—¿Es el libro de tu sueño?

—Sí.

—Ese libro contiene algo más que una reliquia. Los seis diablos representan, naturalmente, a Satanás, los seis ángeles simbolizan al Anticristo, los seis libros aluden al Falso Profeta.

—El peregrino era un tal Miguel Senté —dije.

—Lo sé todo sobre él.

—¿Creéis que era el Falso Profeta? ¿Acaso el diablo, o el Anticristo?

—Creo que era un pobre hombre.

Al día siguiente salimos de madrugada de Chalone y fuimos bordeando el río Saona, en dirección a Tournus, donde había una abadía Benedictina, rodeada de viñedos, con una iglesia en la que se honraba a San Filiberto. Hacía tiempo que no me alojaba en un convento y sentí nostalgia de los tiempos pasados, cuando María y yo éramos dos fugitivos felices, disfrazados de religiosos, y podíamos deleitarnos en nuestro amor aunque fuera a salto de mata y clandestinamente. En cambio ahora ella estaba tan lejos, en la finca Villamar, sobre el puerto de Santa Catalina, y habían pasado tantas cosas que su compañía empezaba a antojárseme inalcanzable. Llegamos de noche, pero nos dieron una colación en la cocina, de modo que me acordé del hermano Jerónimo, el monje parlanchín de Santa María de Sogues, y aun del hermano Molina, el cocinero, que tenía una panza prominente y estaba siempre dispuesto a facilitarnos un refrigerio. El padre prior vino a vernos con un libro abierto entre las manos y no pude por menos que acordarme del hermano Ignacio Obrador, del monasterio de Santa María del Camino, que tenía una calva rodeada de largas guedejas y nos había enseñado a leer y escribir a María y a mí, aun a sabiendas de que la devoción que nos teníamos no era religiosa, precisamente, sino que nacía del amor más puro que pueda haber entre dos criaturas humanas. Me acordé también del hermano Ángel

Pascual, que era el hombre más amable del mundo, y puede decirse que aquella noche olvidé todos los sobresaltos vividos últimamente y me sentí como en casa.

—Este sitio —le dije a Cara de Rosa— tiene algo que me lo hace familiar; es como si ya hubiera estado aquí.

—Lo cierto es que a mí también me lo ha parecido.

—Será por el buen trato y la comida abundante.

—Y por el buen vino.

—¿Sabes? Tengo la sensación de que me acostaré y a media noche vendrá María a colarse dentro de mi lecho.

Cara de Rosa sonrió, pero no dijo nada.

Me acosté, pero el lecho estaba frío y nadie vino a calentármelo. Me dormí como una marmota y no recuerdo que soñara nada. Sin embargo, me desperté de madrugada y me sobrecogió la oscuridad de la noche en la ventana. No había luna ni estrellas, y caía un aguacero pertinaz, cuyas gotas, gruesas como chorros, se estrellaban contra el ventanal, empujadas por el viento. Aún no había comenzado el mes de abril, pero hacía frío, lo sé porque el viento acabó abriendo el ventanal, que contrariamente a lo que pasaba con algunas ventanas estaba provisto de vidrios, y tuve que luchar mucho y mojarme de lo lindo para volver a cerrarlo; luego hube de secarme en la cámara de las

letrinas, pero nadie más pareció advertir el incidente en el dormitorio. Pensé que aquella ráfaga de aire frío venía directamente del averno, pero sonreí a mis miedos infantiles y volví a dormirme profundamente. Al día siguiente le dije a Cara de Rosa:

—Menudo vendaval el de anoche; tuve que vérmelas con la ventana, donde arreciaba la lluvia, y las pasé canutas para cerrarla.

—No oí nada.

—Yo tampoco —dijo Luba.

—A juzgar por el solecito amable de esta mañana —añadió Cara de Rosa—, hasta podría ser que lo hubieras soñado.

Me acordé del viento helado que parecía el fétido aliento del infierno, porque se suponía que en el infierno ardía un fuego justiciero, que bien podría ser fuego helado; pero no quise desvelar mis temores, para que no me tildaran de fantasioso y miedica acobardado.

—Tal vez lo he soñado —admití—. Tal vez no existe nada de lo que vemos, ni siquiera María o Carmen.

Cara de Rosa sonrió para decir:

—La he tenido entre mis brazos y te aseguro que los suyos eran muy reales.

Cabalgamos ahora hasta Macon, ciudad situada en la orilla izquierda del Saona, que se extendía sobre el río como una pintura, con un puente bajo el

que retozaban las aguas y muy de vez en cuando pasaba una barca cuyos ocupantes saludaban con ambos brazos, como si nos conocieran de toda la vida o quisieran llamar la atención en demanda de auxilio. En Macon nos alojamos en casa del hermano André Etienne, que no era un monje, sino hermano de la Asamblea de San Luis. Se trataba de un hombre tan alto como yo, pero orondo como una barrica de vino, que también dio en conocer al beato Ramón Santos, además del hermano mayor, Denis Couronne, que era quien le había proporcionado a Luba el salvoconducto. El orondo hermano André Etienne nos convidó a una cena de nunca acabar, a base de tantos platos y tantos vinos que cuando fue hora de levantarnos de la mesa no podíamos dar un paso en firme. Cara de Rosa y yo bajamos la escalera hacia nuestro aposento riéndonos de todo cuanto nos salía al paso, aunque fuera nuestra propia sombra vacilando a la luz de las antorchas. Fue entonces cuando me arriesgué a contarle lo del viento helado en la ventana, y Cara de Rosa se reía con una risa estridente, soltando jipíos y desgañitándose.

—¡Ja, ja, el aliento del diablo frío como la nieve, ja, ja! —repetía—, me estoy meando de risa.

Lo que puede el vino; yo también me moría de risa.

—¡Ja, ja; yo también me estoy meando!

Nos abrazamos en un rincón, a la sombra de una armadura herrumbrosa, y

allí, sentados en el rellano, nos sorprendió la mañana a través de la doble ventana ojival que daba luz a la escalera. Cualquiera que nos hubiera visto, que hubiera visto las melenas de mi amigo, sus labios femeninos y sus ojos claros, habría pensado que éramos amantes, o marido y mujer, con una cogorza de aúpa. Bajamos a la fuente y metimos la cabeza en el agua fría con la decidida intención de bebérsola toda.

Cuando nos repusimos salimos hacia Bôrg, como decían en lengua franco-provenzal por Bourg, donde a la vista del Ródano, como una lengua de plata entre los llanos, se sumaba la majestuosidad de los macizos que figuraban como un telón de fondo imponente.

—Ya llegamos a la montaña —dijo Luba—; más allá hay elevaciones tan grandes que uno se siente más cerca de Dios.

—Aquí parece como si el Creador se hubiera entretenido más, para armonizar tanta belleza.

Dos días más tarde llegábamos a Ginebra, agazapada junto a un lago tan enorme como el mar, en la embocadura del Ródano, y rodeada de montañas, de modo que la ciudad fortificada parecía tenerlo todo: río, mar, fosas y llanos. Luba nos guió a través de la ciudad hasta la sede episcopal, donde se ubicaba además el gobierno de la ciudad. Las edificaciones aparecían limpias y cuidadas, las calles muy bien empedradas, los palacios e iglesias dorados

por el último sol de la tarde; parecía una ciudad de bolsillo donde reinara la calma y la riqueza del Sacro Imperio, pero yo me sentía tan cansado que apenas podía deleitarme con tanta belleza. Me acerqué a Michael Luba y le dije:

—Es una ciudad preciosa, de las mejores que he visto; pero llévanos a la posada y dejemos la visita para mañana.

—Es aquí —dijo, y señaló el palacio episcopal—, el obispo y regidor de Ginebra será nuestro anfitrión.

Aquella era una gentileza que no esperaba, y sirvió para despejarme y aprestarme a causar buena impresión a su eminencia. Pero cuando ya habíamos obtenido entrada franca se nos acercó una mujer alta y huesuda, que olía a vino a la legua y hablaba gesticulando y amenazando, comiéndose casi todas las palabras en una jerga endiablada que no había quién la entendiera. No sé por qué me pareció que aquella mujer ocultaba algún prodigio en la borrachera que la enajenaba, de modo que me acerqué a ella y le dije buenamente que se fuera a dormirla a su casa. Entonces me sorprendí porque la entendía perfectamente.

—Yo no tengo casa —dijo—, y tampoco la tienes tú, ni ese obispo engreído que vive en este palacio. Nadie tenemos casa. Nadie somos de este mundo, pero tampoco somos de ningún otro. No somos nada, ¿me oyes, forastero?

No somos nada.

Gritaba, en lugar de hablar, y Luba le rogó:

—Vamos, vete a tu casa, hermana.

—Yo no soy tu hermana.

En eso compareció nada menos que el obispo, enfundado en una sotana de paño muy bueno y tocado con el solideo. Tomó a la mujer del brazo y la invitó a entrar.

—Vamos, hermana, ven con nosotros a descansar.

—Tampoco soy tu hermana.

Andaba tambaleándose, pero siguió al obispo maquinalmente. Nos asignaron aposentos que miraban a un patio recoleto, con árboles de ramaje tupido y con una cisterna tan bien conformada que parecía que tenía que guardar agua del paraíso. Ví al obispo hablar con la mujer, sentados ambos en un banco, como si la confesara, y a la hora de la cena allí estaba la mujer borracha, sentada a nuestro lado, solo que ya no estaba borracha, antes parecía de lo más sobria. Se había adecentado y con la larga cabellera vaporosa y la tez pálida parecía un ángel disfrazado de mujer.

—¿No tenéis familia, hermana? —le pregunté.

—La tenía —dijo, con voz sonora, muy bien timbrada—. Yo cuidaba de mi padre, hasta que caí en desgracia.

—¿Qué pasó?

—No lo sé; solo sé que una noche me arrebató de mi lecho un viento helado, como si fuera una mano gigantesca, un viento fétido que me anonadaba, y me desperté a las puertas de la muerte. Desde entonces voy vagando por las tierras de este mundo, y por las planicies del otro. Sonrió, con una sonrisa angelical, y vi que era muy hermosa; tenía el cabello rubio, que irradiaba luz, como su rostro, y los ojos almendrados, de color violeta, que inspiraban mucha confianza, como si la conociera de toda la vida, como si fuera mi madre —la madre amorosa que yo no había tenido — y mi hermana y, ¡ay!, mi novia, mi mujer. No era María, sin embargo, aunque todas las mujeres hermosas se le parecían. Comprendí que era Ana, la hija de Francisco Tobar, y que si miraba a mi izquierda, para confiárselo a Cara de Rosa, desaparecería.

—¿Qué te ha parecido la mujer que hemos conocido junto a la entrada del palacio? —dije a mi amigo.

—Borracha, y muy desgraciada; no creo que fuera siquiera una furcia, sino una pobre mujer.

—El obispo le ha prodigado muchas atenciones.

—Sí, un gesto que me ha gustado mucho.

—¿Qué te hubiera parecido si la hubiera invitado a su mesa?

—Creo que habría sido excesivo.

—¿Por qué crees que el asiento que hay a mi lado está vacío?

Cara de Rosa estiró la cabeza para mirar a mi derecha.

—No sé; tal vez sí quería invitarla.

Miré a Ana y sonreí; no la veía, nadie más que yo la veía. Ella también me sonrió, y su aspecto ya no me conturbaba, sino que me parecía reconfortante.

Nos despedimos del obispo al día siguiente, porque teníamos prisa por cruzar las altísimas montañas de los Alpes a fin de poder acercarnos cuanto antes a Roma, recoger el documento de mi matrimonio con María que contenía el libro del peregrino y regresar felizmente a casa. Por cierto que el obispo se levantó de madrugada para despedirnos, a menos que fuera esa una costumbre suya rutinaria, para mejor hacerse cargo del gobierno divino y humano que tenía entre sus manos. Nos esperaba en el lujoso refectorio donde nos fue ofrecido un desayuno abundante y nos dedicó sus bendiciones y muchas sonrisas amables.

—Es conveniente llenar los estómagos para afrontar el largo camino que os espera.

Le besamos el anillo al despedirnos, y cuando me tocó a mí retuvo mi mano entre las suyas.

—Jovencito, tienes que darle muchos recuerdos de mi parte al hermano

Ramón Santos.

—Descuide, eminencia.

Hice una profunda reverencia y el prelado amplió el tamaño de su sonrisa, metió mano debajo de la preciosa sotana que llevaba y me dio una bolsa de algo que tintineaba como las monedas.

—Son monedas de oro —dijo, sonriente.

—¿Donaciones para la obra del beato Ramón Santos?

—Digamos que son, simplemente, donaciones. Haz buen uso de ellas cuando las necesites.

—Pero...

Acercó sus labios a mi oído y dijo:

—Conozco tu historia; el amor que os tenéis María y tú merece que se haga justicia.

—¿Quién os lo ha dicho?

Bajó aún más la voz, de modo que apenas pude oír:

—La mujer que trajiste anoche más tarde demostró ser un ángel.

Conque era eso; conque Ana, la hija de Francisco Tobar, lo sabía todo acerca de mí, y al parecer estaba de mi lado; luego no era el demonio, aunque a veces el ángel del mal se sirviera de su aspecto para confundirme.

—No puedo aceptarlo.

—Lárgate con viento fresco.

Creí entender que el obispo, tras guiñarme un ojo, me decía algo así como «lárgate con viento fresco». Entonces recordé que hacía dos días, el 4 de abril, se había cumplido el tercer aniversario de mi matrimonio secreto con María.

—¿Es esto un regalo de aniversario? —dije.

—Interprétalo así.

—En diciembre María cumplió 19 años y yo cumplí 21 el mes pasado; parece que nuestras vidas no vayan a volver a unirse jamás.

—No desesperes.

Nos alejamos calle abajo; desde el punto más alto del palacio episcopal el obispo nos despedía agitando la mano, como se despide a alguien muy querido; volví la vista atrás muchas veces, hasta que ya no pude verle. Solo cuando anocheció, cuando el sol se escondió detrás de las cumbres, abrí la bolsa y vi que estaba repleta de monedas, y brillaban en la sombra como si tuvieran luz propia. Con aquella fortuna podíamos ir hasta Roma y regresar, y aun devolver a mi padre todo el dinero que me había proporcionado, además de pagar la deuda que tenía con Bejor Calev, el usurero de la quinta Donaire, situada en las afueras de Lérida.

Aquella noche dormimos en descampado, sobre la hierba tupida que

tapizaba el valle; era mullida, y cuando salió la luna a decorar el cielo azul oscuro entre las montañas, el paisaje resultaba idílico; no hacía pizca de viento, pero igualmente hacía mucho frío, a pesar de la primavera, de modo que nos acercamos los unos a los otros hasta confundirnos en un abrazo junto al fuego, embozados en las mantas que tratábamos de calentar con el aliento. La cabellera de Cara de Rosa me hacía cosquillas, pero lo daba por bien empleado, porque soñé que se trataba de María, envuelta en sus cabellos de oro, y que juntos trotábamos siguiendo el curso de los arroyos ladera del monte abajo, felices porque el obispo había bendecido nuestra unión. Cuando desperté, un sol benigno asomaba detrás de las moles enormes de las montañas; palpé la bolsa y dije para mí:

—Con este dinero tengo que hacer algo grande.

Cabalgamos hasta Cluses, en el valle del río Arve, prácticamente un canalón entre montañas. Había un puente la mar de coqueto, que según dijo Luba había sido el origen del pueblecito que se agazapaba al fondo, puesto que la gente se paraba a comerciar a la sombra del puente. Nos alojamos en la posada, y pese a que el posadero era bien conocido de Denis Couronne, el hermano mayor de la Asamblea de San Luis, no parecía conocer al beato Ramón Santos, o bien se abstuvo de decirnos nada. Otra vez partimos de madrugada, con destino al priorato de Chamouni, donde los monjes se

dedicaban a la oración y a rescatar a los viajeros que se perdían en la nieve, sirviéndose de grandes mastines alpinos que, según parece, descendían de los perros de las antiguas legiones romanas; al menos eso fue lo que nos contó el hermano prior, que era un hombre alto como una de aquellas montañas y barbudo, y que contaba muchas aventuras que había protagonizado él en persona, sacando de apuros a caminantes y aun salvándolos de la muerte por congelación. Los mastines, que precedían a los monjes en sus pesquisas, solían transportar pequeñas barricas de licor para que los extraviados pudieran entrar en calor mientras los que acudían en su auxilio daban con ellos.

Cuando nos acercábamos al priorato cayó una leve nevada que Luba dijo que era muy rara en primavera; los copos revoloteaban en el aire, como si fueran plumas, o pétalos de almendros floridos antes de caer al suelo.

Quedamos todos espolvoreados de blanco, y aquello resultaba hasta bonito, fascinador, y si no hubiera sido por el temor a que la nieve arreciara y acabara por impedirnos el paso, nos habríamos sentido eufóricos, con una alegría poco menos que infantil. Pero la nevada no llegó a cuajar; la vimos escampar desde la ventana, sentados junto al fuego, mientras cenábamos dados de carne que nosotros mismos introducíamos en la olla de aceite hirviendo, ensartados en un espetón.

Me hubiera gustado poder dar marcha atrás en el tiempo y haber llegado al priorato de Chamouni con María, los dos ocultos bajo hábitos religiosos; entonces creo que habría podido ser feliz, disfrutando de la compañía del fuego en las noches heladas y silenciosas y paseando de día por las laderas de aquellas montañas tan altas como las más altas del mundo, cuyas cumbres se veían siempre cubiertas de nieves y glaciares centelleando bajo el sol. Pero para conseguir a María tenía que prescindir de la hospitalidad del padre prior y de todos los monjes, y continuar el camino a través de las montañas antes de que la nieve arreciara y cubriera los pasos, aislándonos durante unos cuantos días. De modo que nos despedimos, bien pertrechados para el duro trayecto que nos esperaba, confiados en la experiencia de Luba, que dijo haber hecho aquel camino en verano, con los pies descalzos, no sé si en cumplimiento de una promesa o simplemente como acto de mortificación, y aun en invierno, hundiéndose en la nieve hasta las rodillas y confiando en la ayuda de una cuadrilla de mastines tan inteligentes que, usando sus propias palabras, solo les faltaba hablar para ser humanos. «Mejor que no hablen», pensé, «si tienen que ser tan despiadados como algunos hombres mejor que se queden en amigos fieles, dispuestos a dar la vida por sus amos».

—Casi se te ha oído lo que has pensado —dijo Cara de Rosa.

Yo sonreí levemente, porque estaba seguro de que era cierto, que me había

leído el pensamiento en la expresión de la cara.

Dimos un gran rodeo entre montañas tan hermosas que parecían cerrar el recinto del paraíso; vimos arroyuelos saltarines, que nos llenaban los oídos con su musiquilla húmeda, monótona; nos deleitamos contemplando legiones de abetos acostumbrados a resistir el frío del invierno con resignación y dureza, con entereza casi, como si fueran los viejos soldados romanos que transitaban por aquel paso elevado, o comerciantes arriesgados como yo mismo, que me había convertido en aventurero y aun mercenario del amor, o peregrinos como Miguel Senté, empeñado en tener aquel libro que yo también buscaba afanosamente, aunque no por tratarse de una reliquia venerable, sino porque podía obrar el milagro de devolverme a María.

—Por amor —decía, pensando en voz alta.

Cara de Rosa me miraba, sin sorprenderse de que hablara para mí, como si estuviera tarumba.

—Lo que es capaz de hacer un hombre —dije— por el amor de una mujer.

—Lo que me sorprende no es que tú lo hagas, sino que lo haga yo.

Nos reímos juntos. Tras unos días nublados, sombríos diría, el tiempo se había vuelto todo lo bueno que cabía esperar de la estación en que nos encontrábamos y convidaba a la alegría, sobre todo porque después de mucho ascender por la antigua vía romana habíamos empezado a descender y ya

confiábamos en llegar sanos y salvos al otro lado de la imponente cordillera alpina. Las más de las noches las pasábamos al raso, encendiendo grandes fuegos y juntando las frazadas para darnos mutuamente calor, después de llenar el buche con lo que los monjes de Chamouni nos habían facilitado. El tiempo no era nada húmedo ni tan caluroso que estropeará los alimentos, aun cabalgando bajo el sol, de modo que se conservaban bastante frescos, y esto constituía una enorme ventaja. Pero dimos también con un hospicio encaramado en un ribazo, de muros firmes, majestuosos, aunque tan arrimados al precipicio que parecía que estaba a punto de caer desde lo alto. Nos dieron refugio, que era lo que solían hacer con todos los viajeros que pasaban por aquel lugar remoto, y supimos que estaba regentado por una congregación de canónigos que, además de vivir muy cerca del cielo, socorrían a sus semejantes cuando se terciaba y les favorecían con su reconfortante hospitalidad cuando más perdidos y cerca de la muerte se hallaban; en esas circunstancias, no había descreído que no implorara el perdón de Dios, ni solitario que no anhelara vivir en paz entre el calor de aquellos muros colosales. Aquella noche me asomé a la ventana y me quedé absorto en la visión de la luna derramando su luz sobre las laderas relucientes; parecía que lloraba, y sus lágrimas eran ríos de resplandor. Creo que yo también lloré, dando rienda suelta a todas mis nostalgias, y luego

permanecí tanto tiempo apoyado en el alféizar que creo que me dormí de pie y soñé la belleza de aquella noche fantástica. Estoy seguro de que si me hubiera asomado al abismo para gritar el nombre de mi amada:

—¡María!

Si me hubiera atrevido, el eco hubiera repetido su nombre hasta la saciedad, y habría acabado diciendo el mío propio, habría dicho:

—¡Gladis!

Habría pronunciado mi nombre como si pudiera oírme desde el lejano puerto de Santa Catalina, allá en la isla de Mallorca.

Me desperté sobresaltado, con la sensación de que algo malo le había ocurrido a María. Se lo confié a Cara de Rosa y me dijo:

—¡Vamos, no seas niño! ¿Qué le va a ocurrir en la tranquila Sóller, al amparo del mercader más poderoso de aquella parte del mundo?

Tenía razón, y con solo recordarme la figura de Nicolás Mercader ya me entristecí sobremanera. Era un iluso, ni a ella le ocurría nada malo ni yo la tendría nunca.

—Tienes razón.

—Oye, no te pongas así, que no es para tanto.

Mi amigo se desvivía por consolarme.

Bajamos por la castellanía de Entremont, que era una región autónoma,

hacia el valle de Aosta, donde se hablaba arpitano, que era una forma de franco-provenzal, lengua que habíamos conocido largamente y en la que lográbamos entendernos a trancas y barrancas; Aosta era Aoûta, en arpitano, algo que sonaba casi como idiota, y yo dije:

—Eso es, idiota es lo que soy yo, por emperrarme en volver a tener a mi mujer.

—Esto ya te lo he dicho muchas veces.

Entramos en Aosta por la puerta Pretoria, un arco construido nada menos que en honor de Augusto, en tiempos romanos, y Luba nos condujo hasta un castillo, más que un hogar, contiguo a la muralla, donde los siervos nos llevaron a presencia del Signore Landrico Massimo, que recibió con una alegría desaforada el salvoconducto de Denis Couronne y nos alojó en una alcoba digna de un príncipe, con una enorme cama con dosel que parecía de oro. Landrico Massimo era un tipo jovial, tan alto que yo dudaba que si Cara de Rosa se ponía de pie sobre mis espaldas le sobrepasaríamos demasiado, y con el pelo perfectamente blanco y ensortijado, los ojillos azules, chispeantes, allá en las alturas, la piel rosada y una cancioncilla al hablar que parecía que se estuviera burlando de nosotros. Cenamos opíparamente, aunque no sabría decir lo que había dentro de los platos, y bebimos un vino suave que invitaba a continuar bebiendo como si fuera agua, pero que cuando nos hubo saciado

nos dejó otra vez al borde de una de las borracheras más sonadas de aquel largo viaje; lo menos me levanté diez veces para ir al excusado donde se agazapaba, risueña, la letrina, y erré mi camino otras tantas, metiéndome ora en un armario, ora en una salida falsa que me tuvo en un tris de engullirme al fondo de un patio tan profundo como un pozo sin fondo. Solo por la mañana descubrí una enorme bacinilla dorada, decorada como un casco con relieves muy trabajados, a un lado de la cama; la pobre bacinilla me miraba, seca y afligida, como una amante rica, pero fea y desdeñada.

—He estado a punto de caerme al pozo por no conocer la existencia de esta bacinilla —le dije a Cara de Rosa, que me miraba, soñoliento, desde lo alto de la cama.

Bostezó dos veces y luego se desternillaba de risa.

Nos fuimos pronto, pese a que Landrico Massimo se empeñaba en que nos quedáramos unos cuantos días para disfrutar de la vida en su compañía. Casi lo logró, puesto que poseía una alegría contagiosa que hacía olvidar todas las penas de este mundo y poseía además tal fortuna que podía alcanzar cualquier cosa que se le pasara por la cabeza. Cuando le preguntamos cuál era la causa de su abundancia, volvió a echarse a reír y logró que entendiéramos sus palabras a base de repetirlas y gesticular con muchos aspavientos:

—Tengo un ánfora de la que saco todo el dinero que quiero.

Se desternillaba de risa y se empeñó en llevarnos a la cocina, para hacernos una demostración con el ánfora prodigiosa, cosa a la que nos negamos, no sin un gran esfuerzo de nuestra parte.

—Entonces, si no queréis venir, la traeré yo aquí.

—No, por favor.

Acertó a pasar entonces una muchacha muy bella, ataviada con falda ancha, pero con un corpiño ajustadísimo, y como es natural Cara de Rosa se la quedó mirando hasta que desapareció.

—¡Ajá! —dijo Landrico Massimo—. Te gusta, ¿eh?

—No voy a decir que no.

— *Ma*, puede ser tuya. Además, ella también produce dinero.

—¡Venga, hombre!

—¿*Non mi credi?... ¿Vol vedere?* ¡Landelina, Landelina!

Llamó a voces y Landelina no tardó en presentarse. Cara de Rosa le besó la mano y la chica hacía muchas monerías.

—Va, por una vez —dijo Cara de Rosa—, quedémonos una noche más.

—Sea.

Aquella noche Landelina cantó, acompañándose con el laúd, y tenía una voz tan suave que invitaba a soñar; es lo que yo hice, cerrar los ojos y soñar.

Me vi bailando con María bajo un cielo tachonado de estrellas. Landrico

Massimo también cantó, y tenía una voz preciosa, penetrante, y cantaba tan bien que parecía rejuvenecerse, convertirse en un galán con calzas ceñidas y bigotito bajo una melena principesca; así al menos lo vi yo, con los ojos cerrados. Landelina se había sentado sobre almohadones, como hacíamos en Bugía, cuando estábamos en el palacio del arráez Emul Salefa, y cuando se levantó descubrió un cestito atiborrado de monedas de oro que había estado oculto bajo los almohadones.

—Veis como es cierto —decía Landrico Massimo, divertido—: Landelina hace que las monedas se reproduzcan, con el calor de su cuerpo.

—Mucho calor debe de ser ese.

Sospeché que no era más que una artimaña, razón por la cual me busqué disimuladamente debajo de las vestiduras, por si en mi embeleso me había desplumado de la bolsa que me regalara el obispo de Chalone. Respiré tranquilo, pues la bolsa seguía en su lugar, y tan repleta como siempre. Pero más tarde, cuando Cara de Rosa se ausentó para abandonarse a los brazos de la bella Landelina, abrí la bolsa con el corazón en un puño, pues temí que me la hubieran sustraído con algún hechizo para cambiarme las monedas por piedras. Pero no, ahí estaban las monedas, tan redondas y relucientes como las de la fámula preciosa, que ahora se relamía los labios de pura complacencia al ver el efecto devastador que sus pechitos immaculados

causaban en mi amigo del alma. Lo sé porque, contrariamente a mi costumbre, pegué el ojo al orificio de la cerradura y la vi contonearse a la luz del candelabro. Casi tuve envidia de mi amigo; lo que definitivamente le envidiaba era aquella facilidad para naufragar en el cuerpo de una doncella hermosa, olvidando el amor verdadero de Carmen, que como me ocurría a mí con María, era su «media» mujer.

—Tenía razón el tal Landrico Massimo —dijo Cara de Rosa al día siguiente, cuando ya habíamos dejado atrás la ciudad de Aosta—; Landelina hace que las monedas se reproduzcan, pues él mismo le da siempre nuevas monedas, a cambio del calor de su cuerpo.

—¡Ah, amigo! Me pregunto a cambio de qué le da monedas el ánfora mágica.

Y aquí nos reímos juntos durante un buen trecho del camino.

Cabalgamos por la llanura que se extendía al pie de los Alpes, primero hasta Ivrea, y después hasta Milán. Ahora teníamos que vérnoslas con el piamontés, pero no sé por qué la lengua se hacía más inteligible que la lengua d'oïl que chamullaban en París. Seguimos el río Dora Baltea hasta que divisamos el cerro donde se alzaba la ciudad de Ivrea, que los romanos habían llamado Eporedia; cruzamos el puente y llegamos hasta la plaza de la catedral, puesto que otra vez nos alojamos en casa del obispo, que aunque

mucho menos poderoso que el de Chalone también era íntimo del hermano mayor Denis Couronne. Era un hombre pequeñito, con el pelo algodónoso, el poco que le quedaba bajo el solideo, pues se veía a la legua que era un anciano venerable, con una vocecita de pajarito que hacía temer que en un momento dado desplegara un par de alas enclenques y se echara a volar. Nos alojó en la consabida habitación con alcoba y cama de tamaño descomunal, para subirse a la cual había que hacer un gran esfuerzo, y luego nos llevó personalmente a la cripta de la iglesia y nos enseñó las pinturas al fresco de aspecto impresionante, que lo menos tenían cien años. Naturalmente regresé a la cripta aquella misma noche, y tal como me temía encontré al obispo arrodillado delante de las imágenes pintadas, con la mitra calada hasta las cejas. Sabía que cuando le llamara, tocándole levemente la espalda, se volvería y tendría los ojos huecos, rezumando sangre, porque sería el obispo Moncada, el protector de Ana, la hija de Francisco Tobar y por ende de este último, incapaz de descansar en su tumba mientras no se resolviera el misterio de la muerte del rector Arcillares; las imágenes pintadas, por otro lado, adquirirían relieve y se moverían convulsamente hasta convertirse en la figura angelical de Ana, o quién sabe si en las fauces del diablo. Pero no ocurrió nada de eso; cuando toqué levemente la espalda del obispo de Ivrea el viejecito se volvió con su cara bondadosa, el pelo vaporoso bajo el solideo,

pues no llevaba mitra en absoluto, y los frescos quedaron tan planos, fríos e impasibles como habían estado siempre.

—Se me ha hecho tarde, hijo mío; ¿tendrás la bondad de acompañarme a mi aposento?

—Claro que sí, reverendo padre.

No se me ocurrió más que llamarle «reverendo padre».

Al día siguiente salimos hacia Milán, que era una gran ciudad lombarda, para llegar a la cual terminamos de cruzar la llanura y posamos en otra pequeña ciudad llamada Novara, donde aún se hablaba piamontés, mientras que en adelante la lengua derivaba hacia el lombardo; pero eran lenguas romances, emparentadas entre sí, y pudimos entendernos dignamente. Luba nos explicaba todos los pormenores de los sitios que visitábamos, nos hablaba de su historia y aun de sus costumbres.

—Milán conoce ahora una época de prosperidad —dijo—, bajo el gobierno de los arzobispos; pero hace un siglo fue arrasada por Federico Barbarroja y tardó años en recuperarse.

—No me digas que volveremos a alojarnos en casa del obispo.

—No; esta vez nos hospedaremos en la posada Sforza, que pertenece a Baptiso Sforza, hermano seglar de la Asamblea de San Luis, igual que su mujer, Donatella.

—Bravo, será la primera vez que conoceré a una hermana seglar, si exceptuamos a Adèle.

—Cuando estemos allí, pídele que te prepare carne empanada al estilo milanés. ¡Mmm, *bocatto di cardinale*!

Se echaba de ver que se le hacía la boca agua, y como llevábamos un buen trecho cabalgando bajo el sol sin pararnos a descansar no era, ciertamente, el único que empezaba a tener un hambre poco menos que canina. Llegamos bastante tarde, y Baptiso Sforza resultó ser un hombre casi tan risueño como Landrico Massimo, aunque mucho más bajito y con una panza de tamaño más que respetable bajo un delantal bastante sucio, a decir verdad. Su mujer, Donatella, era un prodigio de la naturaleza, con unos brazos como palas y un cuello como el de una vaca; se echaba de ver en seguida que era una mujer feliz, pues se reía, ji, ji, ji, cada dos palabras, y puesto que estábamos muertos de hambre, Cara de Rosa no tardó en decirle:

—He sabido que preparáis una excelente carne empanada.

—Ji, ji, ji —dijo Donatella—, precisamente tengo algo de eso en la cocina, ji, ji, ji; creo que habrá suficiente para todos.

Debía de ser la hora del crepúsculo, y estuvimos comiendo carne empanada hasta entrada la noche. Cuando nos levantamos casi no podíamos movernos, y eso que no nos habíamos excedido con el vino. Salimos al patio a orinar, y

nos sorprendió una bocanada de aire tan frío que parecía haber endurecido como si fuera hielo.

—¡Qué fresco hace!

—Aunque estamos a 25 de abril y eso será absolutamente extraordinario — dijo Baptiso—, adivino que va a nevar. Recuerdo una vez que estábamos en el campo con el hermano mayor Denis Couronne y con el beato Ramón Santos, y la tarde se puso así de fría de repente; pero que conste que eso sucedió durante el mes de enero; buscamos refugio y aquella noche quedamos atascados en la nieve; fue una nevada tan copiosa que tardamos varios días en poder regresar; por fortuna en el refugio había leña y alimentos, y un pastorcillo con unas cabras que nos daban leche caliente.

—¿Luego vos conocéis bien al hermano Ramón Santos?

—La verdad, a quien conozco bien es a Denis Couronne. Santos vino con él, procedente de África, según creo recordar, en busca de una reliquia.

—¿El libro del peregrino?

—La verdad, no sé qué libro es ese.

—¿La verdad? —escarneció Cara de Rosa.

—La pura verdad.

Nos acostamos temprano y ya no volvimos a levantarnos en toda la noche, como no fuera para beber agua de la jarra y vaciar la vejiga. El sol ya estaba

alto en la ventana cuando nos decidimos a levantarnos, y entonces descubrimos que toda la ciudad estaba envuelta en un manto blanco, purísimo. Centelleaba, con la luz del sol, y uno no podía mirarlo fijamente demasiado rato. Bajamos al patio y no conseguíamos abrir la puerta, pues la nieve se había acumulado ante ella formando una cuesta y corría peligro de derribarla. Estuvimos achicándola con palas durante un buen rato, y luego limpiamos la azotea, por miedo a que se viniera abajo con el peso. Baptiso nos lo agradeció con muchas sonrisas, y Donatella con montañas de carne empanada y aderezada con succulentos ji, ji, ji que resonaban en el cielo diáfano, bajo la capa de nieve inmaculada y en medio del silencio más puro que quepa imaginar. Bebimos y comimos muchas veces, antes de que se despejaran los caminos para poder proseguir nuestro viaje. Lo intentamos repetidamente, pero siempre teníamos que volver, pues apenas nos alejábamos de las murallas los caballos se hundían muy adentro y quedaban con las patas heladas de frío, y si bajábamos para tirar de los ronzales la nieve nos llegaba casi hasta la cintura. Ji, ji, ji, Donatella se reía con ganas apenas nos veía regresar, mojados y muertos de frío, envueltos en nubecillas blancas de vapor que hasta nos empañaban la vista, y entonces nos servía vino caliente y carne empanada, y luego más vino caliente y más carne empanada, hasta que dijimos:

—Está riquísima, pero, ¿no tendríais otra cosa?

—¡Ji, ji, ji, pues claro!

Naturalmente Cara de Rosa se interesó por el trabajo durísimo de la hospedería, y después de muchos circunloquios dijo:

—¿Y no tenéis a nadie que os ayude, *signora* Donatella, una sierva, una mocita...?

—Ji, ji, ji —dijo Donatella—, ya veo que sois un tunante, queréis decir alguien con quien pasar el tedio del encierro obligado.

—Bueno...

—Tened en cuenta que somos hermanos seculares de la Asamblea de San Luis —dijo Baptiso—, y que tenemos que predicar con el ejemplo. Además, nunca nieva en primavera, y no estamos preparados para la contingencia.

Cara de Rosa cabeceó, con gesto compungido, y Donatella salió con expresión divertida y al rato regresó con Marcela de la mano, una *signorina* jovencísima pero tan coqueta como Simona, la muchachita que Nicolás Mercader tenía a su cargo y que se deleitaba paseándose en cueros por Villamar para desespero del morito Rayhan, que se moría de celos.

—¿Sabes bailar? —preguntó Cara de Rosa, complacido.

—¿Que si sabe bailar, ji, ji, ji? Nació bailando.

Marcela bailó delante del fuego, marcando el ritmo con el pandero, con una

agilidad inaudita; bailó tanto y con tanto ahínco que pronto chorreaba sudor, y eso que estaba más delgada que un perro galgo, aunque ciertamente era muy bella. Cuando por fin se disipó la nieve y pudimos marchar, Cara de Rosa me contó:

—Era flexible como una caña, pero tan debilucha que me parecía que se había de quebrar, y para colmo lisa como una tabla.

Pasamos ante la basílica de San Ambrosio, y le dije:

—Deberías entrar a confesarte; creo que deberíamos entrar todos.

Teníamos que pernoctar en Parma, nada menos que en el palacio del gobernador, invitados por el apoderado Martino Malandriano, de modo que hubimos de azuzar a los caballos y no nos demoramos ante el bello espectáculo de la llanura del Po, delimitada por los montes Apeninos y cubierta de nubes blancas y azuladas, con aspecto de grandes manojos de algodón, y asimismo hicimos caso omiso de las campesinas jóvenes que nos ofrecían productos de la tierra avalados por sus encantos, en las márgenes del río. Dejamos atrás la ciudad de Plasencia, donde habíamos hecho una parada para reponer fuerzas y dar asueto a los caballos, y yo me había quedado adormilado bajo los soportales de la calle del vino, tan contundentes y reforzados que parecían ser el zaguán de una verdadera fortaleza.

—Vamos, tenemos que seguir.

Adiós placeres de la vida, hermosa ciudad de Plasencia, adiós... Bostezaba y me restregaba los ojos mientras cabalgábamos sin tregua, a una velocidad más que respetable; cuando llegáramos a Roma tendríamos que dar merecido descanso a los caballos, incluso podríamos ponerlos sobre un pedestal, convertidos en estatuas ecuestres, pero sin jinete, en homenaje al tesón y a la nobleza de tan agradecidos animales. El sol fue poniéndose muy a lo lejos, rodeado de nubes rojas y amarillentas, y del otro lado crecía la negrura del crepúsculo cuando por fin llegamos a nuestro destino. Era ya noche cerrada cuando llamábamos al portón del palacio del gobernador, y en la plaza ardían teas que humeaban como tizones para alumbrar a quienes como nosotros se aventuraban a transitar en aquella hora ya desolada. Fuimos conducidos ante el apoderado Martino Malandriano, que resultó ser un gigante panzudo, con el pelo rubio casi blanco, unos pies de tamaño descomunal y la vocecita y los ademanes de un pajarito. Casi me sorprendí de que anduviera proyectando un pie a cada lado, pues se veía a la legua que los tenía planos; hubiera jurado que andaría a saltitos, como un gorrión, pero un gorrión del tamaño de una ballena. Nos convidó a vino, queso *parmigiano*, dijo, y entendimos que era un producto de la región, más *prosciutto* de Parma, que resultó ser un jamón elaborado con muchísimo cuidado, succulento, para nuestros estómagos vacíos, y muy suave.

—Es el jamón más suave del mundo —anunciaba Malandrino.

Otra vez se reía como un pajarito; no es que los pajaritos se rían, es que solo le faltaba decir: «pío, pío». A saber dónde terminaba el mundo para aquel buenazo de Dios.

—Hoy tenemos baile en el salón —anunció más tarde.

Fuimos conducidos a una sala regia, tan grande que yo creo que dentro habría cabido una colección de carrozas reales, con las paredes decoradas con molduras y el suelo pavimentado con grandes baldosas blancas y negras que brillaban como espejos. Todos los bailarines eran jóvenes, pero se echaba de ver por sus maneras, y por la tez bronceada y la timidez de sus miradas, que eran campesinos endomingados. Los mayores se alineaban junto a las

paredes,

rodeando

a

los

que

danzaban,

a

quienes

aplaudían

indiscriminadamente, fuera cual fuera el resultado de su actuación. Vi que Cara de Rosa se acercaba a una muchacha, la tomaba de la mano y la sacaba a bailar; yo tenía las piernas doloridas, de tanto cabalgar, pero aun así pasé revista al auditorio, acercándome hasta el estrado donde estaban los músicos. Entonces vi a la que debía de ser la doncella más bonita del baile; morena, con el pelo largo, suelto sobre los hombros desnudos, y una pierna muy larga asomando de la falda demasiado corta de aquel lado; me sonreía, y yo también le sonreí, y por una vez di en imitar a mi amigo Cara de Rosa y la tomé de la mano para llevármela; no tenía ni idea de cómo bailar aquella música, de modo que me aferré, simplemente, a su cintura, y ella me miró un tanto acalorada.

—No me digas que te llamas María —dije.

—No se baila así.

—¿Cómo te llamas?

Tuve que repetirlo, porque no lograba hacerme entender.

—Si te llamas María dormiré contigo —dije.

¿Por qué decía esas cosas si ni siquiera estaba borracho? Debía de creer que no comprendería mis palabras, pero dijo:

—Yo dormiré contigo —y recalca el «yo»—, porque me llamo María.

Aquella noche, en la consabida habitación con alcoba, fuimos cuatro los

que dormían, y a la mañana siguiente, a la luz de un amanecer purísimo, María me pareció todavía más hermosa.

—Eres mi tercera mujer —dije.

Ella me miraba y sonreía en silencio.

Luego me acordé de María, mi esposa, o media esposa, y me supo mal haberle faltado, pese a que sabía que Nicolás Mercader podía disponer de ella a su antojo como si fuera su verdadera mujer. La tenía grabada en la mente, mientras cabalgábamos de nuevo por la llanura, bordeando bosques tupidos, con la silueta de los montes Apeninos frente a nosotros, verde-azulados en la distancia como gigantes que aguardaran nuestra llegada con total impasibilidad. Pero eso no era nada nuevo; siempre la tenía conmigo, en mi recuerdo, en mi imaginación, y podía decirse que no nos habíamos separado nunca, aunque estuviéramos tan lejos el uno del otro. La veía embutida en su brial de satén rojo, ribeteado de oro, con cordoncillos en el escote que desabrochaba para amamantar a la niña Marta, que ya tenía cuatro meses, con el pensamiento puesto en mí y una sonrisa en los labios, mientras Nicolás Mercader le acariciaba con mano temblorosa, de puro envejecida, la cabellera dorada, y yo maldecía mi sombra por no habérsela podido arrebatar todavía, tomar lo que era mío.

—¡Viejo ruin!

Cara de Rosa ya me conocía:

—¿Otra vez pensando en ella?

—No puedo evitarlo.

Cuando nos acercamos a Módena lo primero que vimos a lo lejos fue una torre blanca, resplandeciente bajo el sol como un altísimo monolito de mármol.

—Es el *campanile* de la catedral —dijo Luba—; la llaman torre de San Geminiano y desde arriba se divisan no solo los tejados rojos de la ciudad, sino toda la llanura de Padua.

Cuando pudimos entrar en Módena nos sobrecogió su insondable quietud, como si el tiempo se hubiera detenido a las cuatro de la tarde. El cielo estaba cubierto y amenazaba lluvia; había pocos transeúntes, arrieros los más, tirando del ronzal de borricos cargados de paciencia y resignación que transportaban alforjas con botijas de vino. Las casas parecían hechas de arcilla, llorando lagrimones espesos a causa de la humedad. Nos alojamos en casa de Orsino Oliviero, que dijo haber conocido al hermano Santos en París y nos dio una frasca de lambrusco para que se la bebiera a su salud.

—Con el camino que nos queda —dijo Cara de Rosa—, lo más probable es que no llegue viva a su destino.

—En ese caso os la bebéis vosotros y santas pascuas.

Orsino Oliviero era un hombre enteco, pero bajito, con muchísimo pelo en la cabeza y perfectamente negro, pese a que ya debía de tener sus años, a juzgar por lo arrugado de la piel y por la papada flácida que le colgaba de la barbilla. Era uno de esos hombres que nunca paran de hablar y solía contar dos o tres veces lo mismo; además gesticulaba tanto, para subrayar el discurso, que empecé a imaginármelo como un insecto provisto de muchos tentáculos y me costaba Dios y ayuda reprimir la risa. Nos llevó a la torre de San Geminiano, antes de que anoheciera, y se asomaba tan peligrosamente a los balcones y con tanto desparpajo, en un hombre que por lo demás tenía las piernas flácidas y había de detenerse a resollar cada dos por tres, que no pude por menos que figurármelo provisto de alas como un enorme mosquito. Entonces miré a Cara de Rosa y los dos soltamos la carcajada.

—¿De qué os reís, honorables jovencitos?

—Cosas nuestras.

—No hay nada tan gozoso como la juventud. Reíd, reíd que me huelgo de veros reír.

Nos invitó a cenar arroz con carne, cocido sobre brasas de carbón y servido en escudillas con miel por encima, algo que encontré succulento, no sé si por el mucho apetito que había acumulado. Tenía una hija jovencita, con el pelo largo y sedoso, de color castaño oscuro, los ojos grandes, la tez sonrosada,

que aunque no cenó con nosotros tocó el laúd y cantó en una salita, con una voz muy fina y modulada. Se llamaba Sabina, y se notaba a la legua que Orsino la quería más que a su propia vida.

—Es el vivo retrato de su madre —dijo, luchando por reprimir una lágrima. Ella le puso la cabeza sobre el pecho y permanecieron quietos tanto tiempo que creí que se habían quedado dormidos; fue el único espacio largo de tiempo que Orsino Oliviero pasó sin perorar.

Me desperté soñando con la torre de la catedral. Habíamos visto el capitel de David, en la sala de los Torresani, en el que dos músicos tocaban rodeados de bailarines, y acababa de soñar a Sabina convertida en una estatua de piedra, pero bailando envuelta en una capa y diciéndome con los ojos:

—Conozco el secreto del libro del peregrino.

Estuve mucho rato despierto, dándole vueltas a mi sueño; recién ahora me daba cuenta de que, de tener el cabello dorado, Sabina se parecería mucho a mi María.

—¿No se parecía a María? —le dije a Cara de Rosa al día siguiente, mientras cabalgábamos hacia Bolonia.

—¿Quién?

—Sabina.

—A ti todas te recuerdan a María, pero ella es mucho más hermosa.

—¿Quién?

—Sabina.

Se echó a reír maliciosamente.

—Anoche soñé con ella.

—No me digas que se cubría solo con un manto y que voló por los aires antes de convertirse en el espectro de Ana, la hija de Tobar.

—No; soñé que era de piedra y sin embargo bailaba, y me dijo con los ojos, sin abrir la boca, que conocía el secreto del libro del peregrino.

—He tenido ese libro en mis manos y sé que no tiene secretos.

—Los que tú viste eran simples libros de cuentas.

En Bolonia la sensación del tiempo detenido se agudizó sobremanera; no me hubiera sorprendido ver llegar a una caravana romana a lo largo de la antigua vía Emilia, ni encontrarme a dos centuriones flanqueando la puerta de la universidad, que ya tenía cien años de antigüedad y se costeaba con los impuestos que pagaban los mercaderes que pululaban por la ciudad. Nos alojamos en el palacete Stefani, que pertenecía a una de las familias más ricas de la ciudad. El *signore* Giulio Stefani, el tercero de una saga de comerciantes, era un tipo cachazudo, con el pelo negro, liso, más bien escaso en lo alto de la frente, la cabeza piramidal, siendo la nariz punta de la pirámide, el cuello muy corto y la panza muy voluminosa, mucho más que el

resto de su cuerpo; hacía gala de una jovialidad sincera, que le desataba una risa bonachona y le hacía dar palmaditas en la espalda de su interlocutor al que llamaba indefectiblemente hermano, de modo que me quedé con las ganas de saber si era hermano de la Asamblea de San Luis o simplemente otorgaba ese título tanto a Denis Couronne como a cualquier otro personaje que se terciara. Creo recordar que afirmó:

—Nosotros los Stefani comerciamos mayormente en alimentos: trigo, lino y linaza, habas, garbanzos guijas y lentejas.

Acto seguido se ahogaba en risas, tosía y me golpeaba cariñosamente un hombro.

Vivía en la plaza Mayor, muy cerca del palacio de Accursio, que era un edificio soberbio, y aquella noche, después de la consabida cena, Cara de Rosa y yo salimos a dar un breve paseo para estirar las piernas, pese al cansancio del viaje. Había muchos soportales en las calles, y tabernas para viajeros que querían llenar el estómago y trapichear con los vendedores de paso por la ciudad, por ver de aprovechar al máximo sus desplazamientos y beneficiarse de las buenas ocasiones. Pero no queríamos mezclarnos con gentes bulliciosas, de modo que nos perdimos por las callejuelas menos transitadas, tanto que al poco rato no veíamos más movimiento que el de nuestras propias sombras, proyectadas por la luz de alguna que otra tea

encendida.

—No deberíamos merodear por aquí; esto está tan desolado como un cementerio.

Fue cuando vimos a una muchacha de rostro anguloso y cabello muy lacio, sujeto con horquillas, que no parecía llevar más ropa que una holgada camisa y por lo demás andaba descalza sobre el empedrado, deslizándose sin hacer el menor ruido. Naturalmente, Cara de Rosa le cerró el paso, abriendo los brazos, y ella alzó la cabeza y le miró divertida. «Una *putana*», pensé. Era alta, esbelta, con un raro atractivo. Cara de Rosa le abarcó el pecho con ambas manos y yo sabía que la estaba sobando.

—Déjame pasar.

—No sin antes saber quién eres.

La muchacha sonrió, descarada, segura de sí.

—¿Por qué no vienes conmigo?

Se libró del abrazo de mi amigo y continuó andando hacia la plaza. La seguimos, aunque yo habría preferido dejarla en paz. Desandamos el camino tras ella y al llegar a la plaza se dirigió, decidida, al palacio de Accursio.

Llamó a la puerta y se volvió mientras le abrían.

— *Buonanotte*.

—¿Vives aquí?

—Digamos que no.

—Todavía no me has dicho quién eres.

—Me llamo Elsa y soy tu hermana.

—¿Hermana de la caridad?

—Digamos, simplemente, hermana.

—¿Podrías volar hasta lo alto de aquella ventana iluminada y entrar sin abrirla?—pregunté yo.

La chica se echó a reír y me miraba con una curiosidad maliciosa.

—¿Y qué más debo hacer?

—¿No eres Ana, la hija de Francisco Tobar?

—Soy Elsa, y nunca conocí a mi padre ni a mi madre; lo mismo que este, que no me ha dicho su nombre, pero es mi hermano del alma.

Solo entonces me di cuenta de que el aliento de la chica olía mucho a vino.

Abrieron la puerta y la dejaron entrar. Había una escalera regia y se volvió antes de desaparecer, saludando con la mano, sin abandonar una sonrisa de complacencia.

—¡Me llamo Cara de Rosa! —gritó Cara de Rosa, y nos cerraron la puerta en las narices.

Cara de Rosa me miró y dijo:

—Podría ser, efectivamente, mi hermana; al fin y al cabo mi madre era una

prostituta, y aunque haya perdido el acento yo tengo alma de veneciano.

Al día siguiente cabalgamos hasta Florencia, la ciudad varada junto al río Arno. Al cruzar el puente Viejo, que los florentinos llamaban *Ponte Vecchio*, vimos que había a los lados tiendas de peleteros, y después comprobamos que la ciudad estaba atiborrada de comerciantes, por lo que barrunté que me encontraría allí como en mi casa. Había una mora acurrucada sobre el empedrado, con un pañuelo desplegado donde exhibía muchas chucherías; tenía la cara tan fina que a primera vista me pareció que llevaba una máscara, pero era que se había pintado exageradamente los ojos y que era realmente hermosa. Me agaché a su lado y le pregunté el precio de una daga curvada, con la empuñadura labrada, y cuando dijo el precio Cara de Rosa lo encontró carísimo; pero yo la examiné de todos modos, solo por el placer de tocar su mano y recibir el regalo de su sonrisa. No me habría sorprendido que fuera impalpable y que resultara ser el espectro de Ana, que siempre me atormentaba, pero aunque suavísimo, el contacto de su mano tibia no podía ser más real.

—Te la quiere comprar por ver si eres de verdad —dijo Cara de Rosa, agachado a su vez frente a la mora.

Ella le miró de hito en hito, sus ojos confundidos en los de mi amigo.

—Y tú, ¿eres real?

—Me llaman Cara de Rosa.

—Ya veo porqué.

Cara de Rosa no era hombre de hacerse rogar, y en seguida le rodeó el cuello con el brazo y la atrajo hacia sí para besarla. Fue cuando compareció un moro alto como una torre, atezado como un segador y con unos brazos tan amenazadores como las pinzas de un centollo y tuvimos que darlo todo a las piernas; saltamos sobre los caballos y tomamos las afufas al grito de sálvese quien pueda. Aun así Cara de Rosa tuvo tiempo de volverse y preguntar, gritando a voz en cuello:

—¿Cómo te llamas?

—¡Bonita! —gritó la mora, y su compadre ya la traía a mal traer.

—Un día, tu afición a las faldas nos acarreará un disgusto.

—Lo siento, pero no puedo ver una rosa sin cogerla.

—No está mal como excusa.

Nos reímos. Nos reíamos siempre, y aun creo que deberíamos de haberlo hecho más a menudo, reírnos de nuestra propia sombra. Si hubiera sabido reírme de mis amores, no estaría aquí contando mi vida, señor García Santana: no habría tenido tanto que contar; aunque si hubiera tenido los amores de mi amigo, este sería el cuento de nunca acabar.

Luba nos llevó hasta la plaza de la Señoría, que al parecer era el nombre del

principal organismo de la república de Florencia, *La Signoria*. Era una plaza muy grande donde ya habían sentado sus reales los romanos, desembocando en ella desde la vía Cassia, que cruzaba el valle del Arno hacia el norte. Luba dijo que muchas casas de los llamados Güelfos, partidarios de Wellfen, estaban siendo demolidas por los Gibelinos, partidarios de los señores de Weinblingen en los enfrentamientos entre el Pontificado y el Sacro Imperio Romano por la sucesión a la Corona Imperial de Enrique, y que esos nombres derivaron en *guelfi* y *ghibellini*, siendo el resultado que estos últimos terminaron imponiéndose. De modo que nos hospedamos en la casa de *messer* Camillo Doppio, que era un viejo amigo de Denis Couronne y además consignatario y manufacturero de lana, y al mismo tiempo un banquero importante que había contribuido a hacer del florín la moneda comercial por excelencia, un hombre de aspecto brusco y forzudo, no demasiado alto, pero cuadrado de espaldas y con el cuello ancho como un tocón de pino, de pelo canoso y vozarrón gutural, como si fuera a cantarnos las cuarenta. Daba un poco de miedo, por sus ademanes, pero cuando le tratamos un poco nos mereció toda la confianza del mundo. Cenamos, puesto que darnos de cenar ya era una costumbre entre todos nuestros anfitriones, con los balcones del comedor abiertos de par en par; sirvieron una carne muy gruesa y muy blanda, tanto que se derretía en la boca, aderezada con una salsa exquisita,

regada con buen vino *rosso* y acompañada de frutas confitadas. Las conversaciones se entremezclaban en torno a la mesa, pues *messer* Camillo Doppio había convidado a algunos de los prohombres de la ciudad, cuando de repente nuestro anfitrión se puso en pie y ordenó, con su vozarrón de juglar:

—¡Silencio!

Apagaron todas las luces, mientras Cara de Rosa aun decía:

—Con esta voz parece que se haya comido la gola de hierro de una armadura y, claro, se le haya atragantado.

—¡Silencio! —volvió a decir el amo.

Apagaron todas las luces, en medio del más absoluto silencio, y transcurrió un minuto que pareció durar una eternidad; entonces se encendieron luminarias en la plaza, chorros de fuego que no sé cómo producían, pero era como si cayeran cientos de estrellas fugaces que proyectaban las sombras de los huéspedes contra las paredes desnudas del salón comedor. El juego de resplandores no rompía el sigilo general, de modo que cuando sonó una música punteada, a la que fueron añadiéndose más y más instrumentos, saltó a bailar una muchacha con un pañuelo ceñido a la cabeza que no era otra que la mora que habíamos visto en el puente, la que dijo llamarse Bonita. Cuando sonreía era aún más hermosa y de no haber estado enamorado de María, seguro que me habría prendado de ella. Naturalmente iba descalza, y cuando

se desanudó el pañuelo de la cabeza tenía una cabellera tan larga que sobrepasaba con creces su cintura. Cuando encendieron de nuevo las velas de todos los candelabros vi que Cara de Rosa miraba en derredor, buscando sin duda al moro de los brazos de centollo, que si no era su padre era su señor.

—Es fruta prohibida —le dije.

—Chist.

Abajo en la plaza había ahora un gran tumulto de gente que intercambiaba cachiporrazos, con mazos, espadas y escudos, figurando una lucha de cruzados contra infieles en la que estos no siempre llevaban la peor parte.

Cara de Rosa se acercó a la mora y le dijo:

—¿Dónde está tu dueño?

—Abajo, vestido de sarraceno.

Le faltó tiempo para llevársela a la alcoba y yo les seguí, a cierta distancia, embelesado por la belleza de la moza. Cara de Rosa la besó en los labios y me miraba, guiñando un ojo, mientras se empeñaba en quitarle la mucha ropa que llevaba; ella se reía, como si le hiciera cosquillas, y cuando ya la tenía casi desnuda, apenas cubierta por un manto blanco, resplandeciente, se le escapó de entre las manos como una exhalación, salió volando por la ventana, por donde llegaba el fragor de los contendientes, y quedó flotando en medio de la plaza. Yo me quedé hechizado, y Cara de Rosa con un palmo de

narices.

—Lo veo y no lo creo —dijo.

—Así que era Ana; este espíritu está intentando avisarnos de algo.

—Sí, pero ¿de qué?

—Quizá deberíamos dejar de buscar el libro del peregrino, pero sé que esto no lo haré nunca.

—En cuanto lo encuentres arranca la página donde está inscrito tu matrimonio y deja a los espíritus en paz.

—Así lo haré.

Cabalgamos luego hacia Roma, sin detenernos hasta llegar a la puerta Salaria, en la muralla Aureliana, siguiendo la ruta por donde antiguamente llegaba la sal a la ciudad. Habíamos avanzado todo el día y toda la noche, aunque sin forzar a los caballos, y estábamos extenuados. El primer sol de la mañana se encaramó a las tres ventanas que había sobre la puerta, como si jugara a cegarnos con su luz amarillenta, o como si quisiera convertirse en un augurio de que nuestra empresa estaba tocando a su fin y pronto conseguiríamos el libro del peregrino. Luba nos guió hasta la casa de Cassius Lourenco, que era una mansión señorial, situada muy cerca del foro Magno, tanto que desde sus ventanas se podían ver las columnas airoas de algún templo derruido y hasta el arco de Septimio Severo. Esperaba que Cassius Lourenco nos recibiera

envuelto en una toga blanca, rodeado de esclavas, a cual más bella, y de sirvientes solícitos a quienes solo les faltara tenderse a su paso para que sus pies no hollaran el barro de aquella ciudad que se me antojó vieja y sucia a primera vista; pero el hermano Lourenco, como rezaba el salvoconducto que Denis Couronne había proporcionado a Luba, distaba mucho de ser un hombre engreído. De porte altivo y túnica majestuosa, antes era modesto en sus ademanes, y hacía gala de una enorme sencillez; hablaba, por otro lado, con humildad, adornándose con sonrisas deferentes y pronunciando despacio y con gran corrección, razón por la cual pudimos entenderle desde el primer momento. Llevaba un roquete blanco sobre sotana roja, y encima se había puesto una casulla, porque era un eclesiástico y estaba a punto de decir misa en la capilla privada de su palacete. De modo que tuvimos que asistir a la celebración, pese a que nos caíamos de sueño, formalidad de la que se libraron los caballos, que estaban mucho más maltrechos que nosotros.

—No creí que Cassius Lourenco fuera sacerdote —le dije a Cara de Rosa, que tenía la cabeza apoyada sobre mi hombro y estaba a punto de dormirse, si es que no dormía ya, respirando muy profundo, aunque sin llegar a roncar.

—Este lo menos es arzobispo —dijo, despabilándose.

—Creo que el obispo de Roma es el papa.

—Entonces este tiene que ser uno de sus acólitos.

—El hermano Lourenco es cardenal —dijo Luba, susurrando.

Cara de Rosa y yo nos miramos de un modo significativo, porque ninguno de los dos sabía muy bien lo que era un cardenal.

Acabada la misa, monseñor Lourenco adoptó un tono más llano, si cabe, y nos acompañó personalmente a nuestros aposentos. A Cara de Rosa y a mí nos alojaron en estancias diferentes, amplias, lujosas, confortables, y casi nos extrañó que no nos asignaran una habitación con alcoba; pero nuestras cámaras se comunicaban a través de una gruesa puerta de madera, tallada y encerada con esmero, que debía de pesar lo suyo. Luego fuimos a ver a los caballos, como si monseñor Lourenco fuera un fámulo o el mozo de cuadras de su palacio, y parecía hablar con ellos mientras les acariciaba la crin y ordenaba que les cuidaran con todo el mimo que requerían.

—Estos caballos están exhaustos —dijo—; para cuando os vayáis os proporcionaré caballerías nuevas, fuertes y descansadas, puesto que a buen seguro os queda un largo trecho que recorrer.

—Eso depende —dije—, si me dejáis arrancar la página del libro del peregrino donde está registrado mi matrimonio, nos iremos más que de prisa; embarcaremos en el primer barco que se dirija a Mallorca o pase cerca de la isla.

—O que vaya a Bugía —dijo Cara de Rosa.

El cardenal Lourenco se detuvo y parpadeaba en silencio, la mirada perdida, como si estuviera sacando una cuenta muy larga de cabeza.

—¿El libro del peregrino?

—Denis Couronne dijo que estaba aquí, en Roma, en la basílica de San Pedro, que es donde una reliquia como la que contiene el libro tiene que estar.

—¡Ah, ya caigo! Os referís al libro que robó Miguel Senté y que devolvió el hermano Ramón Santos.

Extraje la misiva que me había dado Denis Couronne y se la tendí al cardenal.

—Me temo que todo está explicado aquí.

Mientras el cardenal leía con avidez la carta del hermano mayor Denis Couronne me fijé en las expresiones que iba tomando su rostro; pasaba de la sorpresa a la incredulidad y de la incredulidad a la sonrisa bonachona. Cara de Rosa, en cambio, parecía bastante ajeno a lo que pasara por la mente del cardenal, porque aprovechó para preguntar a Luba en voz baja:

—¿Qué es un cardenal?

—Es el título más alto que concede el papa —dijo nuestro guía, bajando a su vez la voz—; el colegio cardenalicio es el encargado de escoger a los papas, cuando es necesario; su deber, además, es aconsejar al papa, y suelen

recibir un título presbiteral; monseñor Lourenco tiene a su cargo la basílica de San Sebastián, bajo la cual hay varios pisos de galerías fúnebres donde los cristianos enterraban a los mártires de las persecuciones, puesto que el derecho romano prohibía profanar las tumbas y podían acogerse a sagrado, como quien dice. Existe todo un laberinto de galerías de enterramiento bajo el suelo de Roma, y en las intersecciones de los túneles se abren capillas con altares y con pinturas al fresco.

—¿He oído algo de San Sebastián? —dijo el cardenal, habiendo leído la carta y exhibiendo la mejor de sus sonrisas.

—Les explicaba, monseñor, que poseéis el título presbiteral de la basílica de San Sebastián.

—Precisamente acabo de leer la carta y el libro del peregrino al que se refiere fue llevado desde la basílica de San Pedro a la de San Sebastián, junto con otras reliquias directamente relacionadas con la pasión de Nuestro Señor Jesucristo; lo que sucede...

—¿Qué sucede? —interrumpí con vehemencia—. Tenéis que dejarme arrancar la página donde el rector Arcillares inscribió mi matrimonio con María, monseñor, me va en ello la vida.

Estuve en un tris de arrodillarme, y es seguro que monseñor Lourenco leyó la súplica ardiente en mis ojos y supo que era verdad, que mi vida pendía del

hilo de la tan traída y llevada página. Hizo ademán de bendecirme y me dijo:
—Tendrás tu página, hijo mío.

Aquella noche, mientras dormía, una mujer desnuda se deslizó dentro de mi cama. No la oí entrar en mi cámara, pero sí percibí sus movimientos sigilosos para introducirse debajo del embozo. Lo cierto es que hacía tiempo que esperaba algo extraordinario, y el hecho de que hubiera una doncella capaz de meterse en mi lecho nada menos que en casa del cardenal Lourenco, que parecía ser el hombre más bondadoso del mundo, era ciertamente algo insólito. Pese a que era completamente de noche, había en la estancia algún tipo de resplandor o fosforescencia que me permitía ver el rostro de la recién llegada; pensé que quedaban algunos rescoldos encendidos en la chimenea, o que era una noche muy calmada, una de esas noches con una enorme luna llena cuyo resplandor se colaba por los intersticios del ventanal; pero no recordaba haber visto la luna la noche anterior, mientras cabalgábamos sin tregua hacia la ciudad Santa. Lo que veía, por otra parte, era un rostro muy agradable; la tez parecía oscura, tal vez por la poca luz, los ojos rasgados, vivos en la oscuridad, las cejas largas, rectas, bajo un pelo lacio y sedoso que acaricié con la mano; mis dedos se posaron en la nariz, los labios carnosos, calientes, ardientes casi, como el aliento que emanaba; mi mano llegó a su cuello largo, fibroso, a las clavículas duras, protuberantes y a los pechos

pequeños, de pezones prominentes; bajé a las caderas, huesudas, porque la muchacha estaba muy delgada, los muslos firmes, las piernas largas.

—Bésame —dijo, en un susurro.

—No.

—¿Por qué?

—Sé que no eres real.

—¿Ah, no? ¿Qué crees que soy?

Tenía la voz dulcísima, como una música que se desgranara en el oído, y los labios carnosos ciertamente invitaban a besar.

—No creo que seas de este mundo.

Dejó oír una risita deliciosa. Guió mi mano hasta su pecho y la depositó suavemente sobre la piel de esa parte de su anatomía que nunca debía de ver el sol. Me di cuenta de que estaba sudando, como si se quemara por dentro.

—No creas que soy una furcia; soy la sobrina del cardenal.

Aunque su voz seguía siendo sumisa, por el modo de hablar intuí quién era.

—Márchate de mi cama —dije.

—Tómame —su voz adquirió un leve tono grave, como si se le escapara un registro atroz.

—Sé quién eres; me pregunto por qué no has entrado en la cámara de Cara de Rosa, ¿o es que te has equivocado?

—¡Tómame! —urgió.

—Pensé que podía tratarse de Ana, la hija de Francisco Tobar, pero ya veo que no; si ahora te tomara, tú me robarías la vida, porque eres nada menos que el capitán Olmos.

Ya mientras le hablaba había empezado a sacar una lengua larguísima, que se desenroscaba como una serpiente. De pronto se encendieron todas las velas de la habitación y una luz exagerada llenó la estancia. Había fuego en sus ojos mientras las serpientes de su boca se multiplicaban, se enroscaban a mi cuello, a mis manos y a mis pies, sujetándome y estrangulándome. La vista empezó a empañarse, mientras la hermosa muchacha con el pecho lleno de serpientes, la de la piel atezada, se tornaba azul, y su cuerpo escuchimizado engordaba sobremanera, se cargaba de músculos y se agigantaba; su cabeza, monda y lironda, era la cabeza cerúlea, cornuda del capitán Olmos tal como le habíamos visto en la Capilla Santa de París. Temí que ya hubiera matado a Cara de Rosa, antes de venir a dar cuenta de mí; busqué desesperadamente un crucifijo, agua bendita, lo que fuera; pero ya no podía ni pensar, estaba perdiendo el sentido, me estaba muriendo, al no poder respirar, estrangulado por las serpientes.

Solo entonces se abrió la puerta de par en par, aquella puerta labrada que debía de pesar tanto como la losa de un sepulcro, y entró Cara de Rosa

blandiendo un crucifijo de fuego. Se acercó, con paso decidido, al cornudo Olmos, que empezó a contorsionarse y a gemir como si lo estuvieran traspasando con hierros candentes; retiró todas las serpientes que le salían de la boca y de las manos y pugnaba por protegerse de la luz vivísima, en forma de cruz, que le estaba dejando fuera de combate. Empequeñeció sobremanera, fue otra vez aquella doncella delgada, de cabello negro como el carbón, y luego se esfumó dejando un hedor acre en el ambiente. En cuanto desapareció, la cruz de Cara de Rosa dejó de arder, y era un crucifijo igual que el que había sobre la cabecera de mi cama, solo que mucho más grande. Cara de Rosa vino a socorrerme. Me dio agua con la jarra y me entró un ataque de tos.

—¿Por qué has tardado tanto? —dije, en cuanto pude hablar.

—Una mocita deliciosa se había metido en mi cama.

—¿Era el capitán Olmos?

—No, era una mocita deliciosa.

—Ana, la hija de Tobar.

—Para ser la hija del diablo era muy hermosa.

—No es hija del diablo; Olmos sí lo es, o está poseído por él.

—En sus ojos vi cómo esa alimaña te atacaba; me entregó la cruz que colgaba de la pared, pero envuelta en llamas, y abrió la puerta para que

entrara aquí. La cruz pesaba como una montaña, y sin embargo ahora no pesa nada; la mocita... ¡Ojalá haya vuelto a mi cama!

Cuando logré levantarme abrí la ventana para que se disipara la pestilencia insoportable que había dejado el diablo.

—Sabes que no me atraen estas cosas —dije—, pero esta noche quiero acabarla en tu cama, con mocita o sin mocita.

Las velas de todos los candelabros parpadeaban con el aire que entraba por el ventanal; vi que no había luna en el cielo, y luego me apoyé en el brazo de mi amigo para caminar.

Tal como me temía, no había moza alguna en el lecho de mi amigo Cara de Rosa; todo había sido una ilusión propiciada por Ana, la hija de Tobar, sin duda para protegerle del capitán Olmos, quien debía de considerar ventajoso quitarme de en medio y evitar que consiguiera el libro del peregrino y había empezado la caza por mi pobre persona. Me dormí profundamente y no sé lo que soñé, pero sin duda fue algo horrendo, porque cuando desperté tenía toda la ropa desordenada y Cara de Rosa me miraba con recelo. Me puso la mano sobre la frente y dijo:

—¿Tienes fiebre? Te has pasado la noche gritando y te aferrabas a mi costado como si fuera una tabla de salvación.

—No tengo nada. Solo que sé que lo que vi anoche se repetirá; Olmos tiene

dentro el diablo y no cejará hasta darnos muerte.

Esta vez Cara de Rosa no se lo tomó a broma.

—Estaremos prevenidos —dijo.

Apenas bajamos, un siervo nos dio aviso de que el cardenal Lourenco nos aguardaba en el salón; pero no era cierto, tuvimos que esperarle nosotros, aunque entretuvimos la espera comiendo pan con leche y miel, más uvas pasas, higos secos y vino dulce. Esperamos inútilmente a que Luba se nos uniera y luego supimos que ya se había marchado, diligente y humilde como siempre, con la satisfacción del deber cumplido. Cuando al fin compareció el cardenal, estábamos muy entonados y el vino me había aliviado el peso de las visiones nocturnas.

—¿Cómo habéis dormido, hijos míos?

El cardenal Lourenco exhibía su sonrisa característica, llena de bondad, de modo que decidí sincerarme con él.

—No muy bien, monseñor. Anoche me atacó el demonio, y no es la primera vez.

El pobre cardenal no se lo podía creer.

—¿Aquí, en mi casa?

—Por lo poco que yo sé, el demonio tiene mucho poder.

El cardenal Lourenco se sentó a mi lado y se me acercó mucho, como

disponiéndose a oírme en confesión.

—Lo que voy a decir es, ciertamente, un secreto de confesión, pero mi amigo Cara de Rosa debe oírlo, puesto que también le incumbe a él.

Le conté de pe a pa toda mi historia, empezando por la primera vez que di la mano a María, durante la ejecución de Martín Prim, y terminando por la nefasta intromisión de la jovencita falsamente endeble de anoche.

Monseñor Lourenco se quedó pensativo. Me miró con los ojos empañados de lágrimas y me dio la absolución; nos la dio a los dos, a Cara de Rosa, que había intervenido contando sus muchos pecados de la carne, también se la dio.

—Dios te bendiga, hijo mío. Dios os bendiga.

—¿Qué se puede hacer contra el diablo?

—Os daré esta daga en forma de cruz, que contiene una reliquia valiosísima: una astilla de hueso nada menos que de San Pablo, que dijo: «Vestíos de la armadura de Dios para estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque lucharéis contra los gobernadores de las tinieblas, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Vuestro escudo es la fe en Dios y en su Hijo Jesucristo, con el que se pueden apagar todas las flechas encendidas del maligno». Esta daga es la espada del espíritu, que es la palabra de Dios.

Agradecí la confianza de aquel cardenal excelente y hombre santísimo, ensalcé su sabiduría, y luego me atreví a preguntarle:

—¿Y el libro del peregrino? ¿Me daréis la página donde se registra mi matrimonio con María? Podéis creer, monseñor, que esa es la razón de mi vida.

—Tiene que ser esa y la fe, hijo mío; si no, no conseguirás tu objetivo. Miré a Cara de Rosa de modo significativo, y él bajó la cabeza, porque sabía lo que pensaba.

—La fe, la verdad sea dicha, nos flaquea a veces a los dos.

—Por eso os acomete el diablo.

—¿Daréis la página del libro del peregrino a este pecador, monseñor?

—Tendrás tu página, hijo mío; pero yo ya no tengo el libro.

Creí que iba a desmayarme; por fortuna estaba sentado y logré sostenerme.

El cardenal Lourenco debió de alarmarse con mi palidez, porque en seguida continuó:

—Lo tiene el hermano Fangipani, patriarca de la familia actualmente asentada en el Coliseo, donde el pueblo romano llevó a cabo tantas barbaridades; los Fangipani regentan el antiguo circo desde hace muchos años, y lo han convertido en una fortaleza, pero descuidada, hijos míos, una fortaleza cristiana. Yo mismo os acompañaré a ver al patriarca para que os

permita arrancar la página que tiene nublados los ojos de los hombres acerca de la verdad de vuestro corazón.

Si queréis creer que dejé de vivir hasta tanto no viera al patriarca Fangipani, señor García Santana, comprenderéis que no os cuente nada más de los días que pasamos en Roma hasta tanto no fuimos a verle. Fue una tarde soleada en que parecía que en lugar de mediados de mayo ya nos hallábamos en pleno verano. A la vista del cardenal, los guardianes nos dejaron pasar sin salvoconducto; estaban, naturalmente, avisados de nuestra visita y nos condujeron a la pequeña iglesia que había sido construida en el antiguo estadio donde tantos gladiadores habían encontrado la muerte y tantos cristianos el martirio. El patriarca Fangipani estaba arrodillado frente al altar, vestido de obispo, y al cardenal Lourenco se le iluminó el rostro nada más verle y apresuró el paso hacia él; pero yo le retuve, víctima de un presagio. —¿Qué ocurre?

Me llevé el dedo índice a los labios, indicando silencio, y avancé con sigilo hacia el orante. Le puse una mano sobre el hombro y cuando se volvió tenía los ojos vacíos, supurando sangre, y una mueca terrible en la boca desdentada: era el espectro del obispo Moncada. Sabía lo que pasaría a continuación: Moncada se transformaría en Ana, la hija de Francisco Tobar, o quién sabe si en el propio Francisco Tobar, si es que no había muerto en uno

de esos altercados terribles en los que andaba metido, y luego sería el cabezón azul, cornudo, del capitán Olmos, poseído por el diablo, y nos atacaría a todos con las innumerables serpientes de su vientre, de modo que me llevé la mano al cinto para sacar la daga en forma de cruz que me había dado el propio cardenal Lourenco, pero ya era demasiado tarde. El espectro del obispo se encasquetó la mitra sobre la calavera y desató un vendaval fétido que le salía de la mandíbula descarnada y de las cuencas de los ojos; los cuernos, que parecían de hierro candente, traspasaron la mitra, y sus manos azules, porque ya era el capitán Olmos, el poseído, tenían diez serpientes en los dedos. Nos rodeó el pescuezo y nos arrastró, volando a través de la bóveda, hasta el hipogeo del Coliseo, donde la familia Fangipani había reconstruido parte de la cubierta de madera sobre la que antiguamente se situaba la arena. Caímos desde lo alto, y no nos rompimos la crisma porque estábamos en manos de una fuerza sobrenatural, por mucho que fuera maligna. Olmos nos ató a Cara de Rosa y a mí a sendos postes, usando para ello las serpientes de sus manos, y dijo al cardenal Lourenco, con una voz horrisona, pero muy baja, como de ultratumba:

—Marchaos, si no queréis perder también la vida.

Pero cuando acabó de decir estas palabras Olmos tenía ya una voz muy bien timbrada, suave y angelical, como la de la joven que se había metido en mi

lecho, y se había transformado en una muchacha envuelta en un manto de fuego, con un arco y flechas también de fuego, y sonreía con una sonrisa seductora, tanto que de pronto ya no nos importaba morir asaetados por aquella beldad.

—Creo que aquí se acaba todo —dije.

Y Cara de Rosa asintió:

—Nunca me importó morir, y menos a manos de una mujer tan hermosa.

Era hermosa; tenía la cabellera de fuego y los ojos verdes, resplandecientes en una sonrisa muy dulce; solo su boca, cuando la abrió, estaba todavía atiborrada de serpientes. Cargó el arco y disparó la primera flecha, directamente al corazón de Cara de Rosa, y luego la segunda, con destino al mío, a mi pobre corazón de enamorado.

—Adiós, María —susurré—. Hice cuanto pude por librarte de las garras de Nicolás Mercader.

Cerré los ojos y me dispuse a morir.

Pero monseñor Lourenco consiguió llegar a mi cintura, desenvainar la daga de San Pablo y blandirla frente a las flechas del maligno, que en seguida se desviaron a las gradas del Coliseo, se transformaron en cientos de hombres y mujeres envueltos en llamas que pasaron de los vítores y el jolgorio a la decepción y el mutismo, mientras se apagaban primero en carbones

humeantes y luego desaparecían como por ensalmo, igual que el capitán Olmos, que fue primero el hombrón azul cerúleo de las últimas visiones y luego un perro que se alejaba corriendo y gimiendo, con el rabo entre las piernas. En cuanto nos vimos libres, abrazamos al cardenal Lourenco.

—Grande es el poder de la fe, hijos míos.

Volvimos a la iglesia y allí estaba el patriarca Fangipani, que resultó ser un hombre de altura considerable y aspecto fuerte como un campesino. De mutuo acuerdo, nos abstuvimos de mencionar la infausta visita de Olmos, poseído por el diablo, pero mientras cenábamos, puesto que nos invitó a cenar en una sala abovedada, cerca de la cocina habilitada en las antiguas mazmorras, le dije:

—Tengo entendido que obra en vuestro poder un libro muy querido, que contiene algo de vital importancia para mí; lo llaman el libro del peregrino.

—Se trata del libro que robó Miguel Senté —terció el cardenal Lourenco—, para llevárselo a Solsona, y que el beato Ramón Santos, nuestro bien amado hermano, recuperó para devolverlo a la Asamblea de San Luis.

Explicó la parte de mi historia que me atañía directamente a mí y al registro de mi matrimonio con María en una de las páginas del libro.

—¿Dejaréis que arranque esa página? —dije, con el corazón en vilo.

—Verdaderamente —sonrió Fangipani— es una historia conmovedora.

Bebió un trago de vino y añadió:

—Por lo que a mí respecta, podéis arrancar la página, con cuidado de respetar el resto del libro. Lo que ocurre es que mi hijo Adelpho Fangipani se lo ha llevado a Egipto, donde quiere rememorar el desembarco de San Luis y terminar la Cruzada que interrumpió la peste. Sabréis sin duda que el libro fue encontrado allí, en la toma de la ciudad de Damietta.

Me sentí desfallecer; Egipto, Damietta... No tenía ni idea de dónde quedaba eso, pero desde luego debía de ser muy lejos, si se trataba de reemprender la Cruzada del rey a quien aquellos devotos llamaban San Luis. Palidecí y dije, con un hilo de voz:

—¿Dónde está Egipto?

—Un momento; antes de la partida, Adelpho tenía que velar sus armas, junto con el libro, en las antiguas sepulturas subterráneas, bajo la basílica de San Sebastián.

—La basílica de San Sebastián es de mi jurisdicción —se apresuró a decir monseñor Lourenco—, de ser así yo debería estar al corriente de eso.

—Mi hijo es muy impulsivo; es de los que creen que la fe puede ganarse con la espada, pero la suya es una fe acendrada y verdadera; vos mismo le ungisteis y le disteis libre entrada en las tumbas de San Sebastián, si no recuerdo mal.

—Es cierto.

El patriarca Fangipani compuso un gesto angelical.

—Hijos míos —dijo el cardenal Lourenco—, si Adelpho Fangipani aún está velando armas, mañana mismo tendréis vuestro libro.

—¿Y si no? —dijo Cara de Rosa.

—Pondré a vuestra disposición los medios para darle alcance.

—No creo que haya acometido una empresa tan grande —dijo Fangipani— sin despedirse de su padre.

Al día siguiente el cardenal Lourenco en persona nos condujo a la basílica de San Sebastián; preguntó al diácono que en aquel momento estaba al cuidado de la iglesia si habían visto al joven Adelpho Fangipani, y el diácono le remitió a un cura muy viejo y encorvado que salió de dentro de un confesionario, temblando como un azogado. Era el padre Cosimo, pero si me hubieran dicho que era un superviviente de los tiempos de los mártires casi lo habría creído.

—Adelpho Fangipani lleva varios días ayunando en las tumbas —dijo el padre Cosimo.

El cardenal nos guió hasta la capilla de las reliquias, y desde allí bajamos a las galerías subterráneas por una escalera muy hosca que rezumaba humedad.

—Las piedras sudan —dijo Cara de Rosa.

—A veces sudan sangre —dijo el cardenal Lourenco, y había en sus ojos una seriedad absoluta.

Pasamos a unos corredores angostos que me tenían el corazón encogido, pues pensaba que allí abajo, en aquel lugar siniestro, iba a faltarme el aire y me iba, cuando menos, a desmayar, si no dejaba la piel de puro susto.

—No os separéis de mí —dijo el cardenal—. Muchos son los que se han perdido en estos conductos laberínticos, y a veces resulta tan complicado encontrarles que cuando lo logramos ya están muertos, puede que hasta reducidos a puro esqueleto.

Me agarré a Cara de Rosa, y vi que él también tenía un sudor frío en las manos y tampoco le llegaba la camisa al cuerpo.

—Suelta...

Por suerte la voz del cardenal Lourenco resultaba sonora y reconfortante, pese a perderse en el eco de los túneles:

—Las galerías son lugares de culto y enterramiento —decía—; muchas de ellas construidas antes de la muerte de San Pedro. Los romanos las respetaban, pero aun así nunca se construían en trazados rectilíneos, sino formando complicados vericuetos, y los pasillos, como veis, siempre eran angostos, de paredes verticales, para dar cabida a varios niveles de nichos.

Me tranquilicé ligeramente al oír el tono calmado de su voz y pude

examinar las paredes, recubiertas de estuco, de modo que con la parca luz de las lamparillas de bronce que colgaban del techo aquello parecían conductos excavados en rocas de mármol, cuya frialdad aun hacía más descorazonadores a los recintos. También había pinturas al fresco, algunas de ellas rudimentarias, pero otras hechas con bastante maestría. Abundaban las palomas, figurando el alma, los pavos reales, que al parecer simbolizaban la eternidad, y los peces, que representaban a Jesucristo; había también monedas, fijadas a los nichos, como si los muertos hubieran de alquilar su lugar en el cielo.

—Todo esto es muy tétrico.

—Al contrario —dijo el cardenal Lourenco—, como sabéis la doctrina cristiana preconiza que la verdadera vida, la verdadera felicidad, si hemos sido justos, nos llega después de la muerte, de modo que este debería ser un lugar de regocijo.

Opté por callar, pero mis pensamientos no podían ser más lúgubres en aquellos momentos; aquello era un sitio ideal para que nos atacara Olmos y nos dejara enterrados en el seno de la tierra.

—Hay en Roma más de sesenta cementerios como este —dijo el cardenal Lourenco—; la ciudad de la vida se alza sobre la ciudad de la muerte.

Sus palabras no me apaciguaban el ánimo. Descendimos a cavidades cada

vez más profundas, donde de trecho en trecho aparecían cubículos más amplios, que me daban un pequeño respiro. Había una especie de plazoletas, en las intersecciones de las galerías, y allí se habían instalado capillas con altares, profusamente decoradas con pinturas, de modo que yo pugnaba por convencerme de que estábamos en la superficie y que los nichos eran ventanales al aire libre; inútilmente, todo hay que decirlo, porque el corazón me latía desordenado y parecía que me iba a estallar en el pecho.

—Estás muy pálido, hijo mío.

—Debe de ser la luz.

Alcanzamos la galería llamada de San Sebastián, con una imagen del santo en el altar; aquel pobre hombre cruelmente asaetado no era lo más alentador que podía haber contemplado en aquellos momentos, por mucho que su cara fuera hermosa y trascendiera conformidad y gracia de Dios.

—Aquí se celebran a veces banquetes fúnebres —anunció el cardenal Lourenco.

Me pareció que todo retumbaba, como si afuera se hubiera desatado una tormenta; pero hallándonos tan tierra adentro no podía ser eso, sino un terremoto; de pronto tuve la certeza de que Olmos, aliado con el diablo, iba a enterrarnos bajo una capa muy gruesa de cascotes, sepultarnos en vida, y estuve a punto de salir corriendo; sé que si no lo hice, señor García Santana,

fue porque me habría perdido en el laberinto de pasadizos y entonces era seguro que no habría salido con vida de aquel antro.

—Ahí está —dijo el cardenal Lourenco.

—¿Quién? —pregunté sobresaltado.

Miré al hombre arrodillado frente al altar, revestido de cota de malla, con un escudo en el suelo, rodeado de maza y espada, y estuve parpadeando un buen rato para cerciorarme de que no era el diablo. Pero levantó la vista y tenía los ojos perfectamente azules, bajo los bucles rubios de su cabellera; la barba también la tenía rubia, y daba la impresión de ser muy joven y muy fuerte, aguerrido.

—¡Querido Adelpho Fangipani! —dijo el cardenal.

Adelpho besó el anillo del cardenal y luego escuchó sus explicaciones.

—Este joven —dijo Lourenco— ha venido de muy lejos en busca del libro del peregrino.

Y contó toda mi historia, al menos todo lo que él sabía de ella.

—Necesita el libro para arrancar la página donde está registrado su matrimonio —concluyó—, y cuenta con el beneplácito de vuestro padre.

—¡Cuidado! —gritó Adelpho, abriendo mucho los ojos.

Se puso en pie de un salto y blandió la espada contra el enemigo que se nos venía encima, que era un monstruo de siete cabezas, todas ellas mondas y

lirondas, todas ellas azules y coronadas de cuernos incandescentes: Olmos se había multiplicado por obra de las fuerzas del maligno.

Quedamos paralizados de espanto, el cardenal también, pero por fortuna Adelpho nos defendió bravamente; cortó una cabeza del dragón con cara de Olmos y la capilla se encharcó de sangre pegajosa; cortó otra cabeza y las paredes se encendieron en llamas; cortó otra cabeza, y otra, y cayó un pedrisco de hielo del tamaño de huevos de gallina, y luego brotaron serpientes de todas las sepulturas y los esqueletos enterrados se reían a mandíbula batiente, y a continuación se produjo un relampagueo intenso, seguido de truenos horribles, y no cabía duda de que la tierra iba a engullirnos en sus fauces. Adelpho cortó otra cabeza, pero el dragón le arrancó el corazón de un zarpazo, para vomitar acto seguido un chorro de inmundicias. Aquel joven intrépido iba a morir a manos del dragón que era Olmos, poseído por el diablo, a quien todavía quedaban dos cabezas; entonces me sobrepuse, empuñé la daga y me acerqué a la bestia dispuesto a cortarle otra cabeza. Se amilanó, a la vista de la daga, y en cuanto le corté la sexta cabeza, la que le quedaba puso los ojos en blanco, y el monstruo gimió como un perro, como cien perros heridos y se perdió corriendo al fondo de las galerías, llevándose todos los fenómenos extraordinarios que había desatado contra nosotros.

—Ayuda —suspiró Adelpho.

Nos aprestamos a socorrerle, pero fue en vano: estaba herido de muerte.

Monseñor le dio la absolución.

— *Ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris...*

Antes de que expirara, el cardenal Lourenco todavía le urgió:

—Hijo mío, vas a entrar en el paraíso, pero dime ahora dónde está el libro del peregrino.

Adelpho sonrió, tocado de una luz purísima que limpió toda la sangre de su rostro:

—Está a buen recaudo, en Egipto.

Y expiró.

El patriarca Fangipani mandó colocar el cadáver de su hijo sobre un lecho de flores, y lo llevaron en parihuelas a través de la ciudad de Roma, con un cortejo de doncellas descalzas, con túnicas blancas, que parecían vestales.

Entraron con antorchas en la basílica de San Sebastián, desfilaron hacia la capilla de las reliquias y descendieron a las galerías subterráneas, que al inundarse de luz y de pétalos de flores ya no tenían el aspecto tétrico que me había sobrecogido el día anterior, sino que parecían la antesala del Paraíso. El cardenal Lourenco celebró la misa de difuntos en la capilla de San Sebastián y, cuando explicó en el sermón que aquel joven arrojado había muerto en

dura lucha para derrotar al diablo, hubo lágrimas en todos los fieles que llenaban la cripta. El patriarca Fangipani era el que más lloraba, tanto que parecía que iba a morirse de pena. Luego procedieron a enterrar a Adelpho debajo del altar, como si fuera un ministro del Señor, y antes de darle sepultura pasaron a su lado todas las vestales y le tiraban una flor con una sonrisa. Conocí a la última en desfilar; apenas se cubría con un manto blanco y era tan etérea que no parecía pisar el suelo; se inclinó y besó al hermoso joven en la mejilla, que incluso parecía sonrosada, respetada por la frialdad de la muerte: era Ana, la hija de Francisco Tobar.

Una semana después, cuando pudo contener su aflicción, el patriarca Fangipani volvió a recibirnos en el Coliseo, pero esta vez no hubo intromisiones de Olmos, quizá lo suficientemente escarmentado para no importarnos nunca más. El cardenal Lourenco también vino con nosotros, pero fue Cara de Rosa el primero en agacharse a recibir la bendición del anciano; porque ahora aquel hombre, que antes nos diera la impresión de ser fuerte como un roble, parecía haber envejecido lo menos veinte años.

—Tú te pareces un poco a mi hijo Adelpho —dijo el patriarca—; tienes su misma belleza.

—No sé cómo pueda aliviar vuestro dolor —dijo Cara de Rosa—, mi señor. Entonces aquel hombre apesadumbrado se dirigió a mí y dijo:

—Aliviaréis mi congoja si sé que la muerte de mi hijo no ha sido en vano.

Id en buena hora a Egipto y arrancad la página del libro del peregrino que os pertenece.

Hizo sonar una campanilla y entró un hombre muy joven, casi un niño, en la expresión de su rostro, pero de aspecto ágil y fuerte.

—Este es mi hijo Dustino; es el más joven de mis hijos, pero no el menos intrépido. Embarcaréis con él en la nave *Giulia* y viajaréis hasta Egipto. Allá, en Damietta, encontraréis a la gente de la Asamblea de San Luis dispuesta a iniciar una nueva Cruzada. Dustino os servirá de guía. Ven aquí, Dustino...

Dustino Fangipani se arrodilló ante el patriarca y recibió su bendición con una sonrisa; tenía una melenita lacia, sedosa, y una flexibilidad endiablada.

—Señor, no quisiera que por nuestra causa perdierais otro hijo; no quiero ni pensar en esa posibilidad.

—No he perdido a ningún hijo, amigo mío; un hijo que derrota al diablo no se pierde nunca, sino que se gana el cielo.

—Señor...

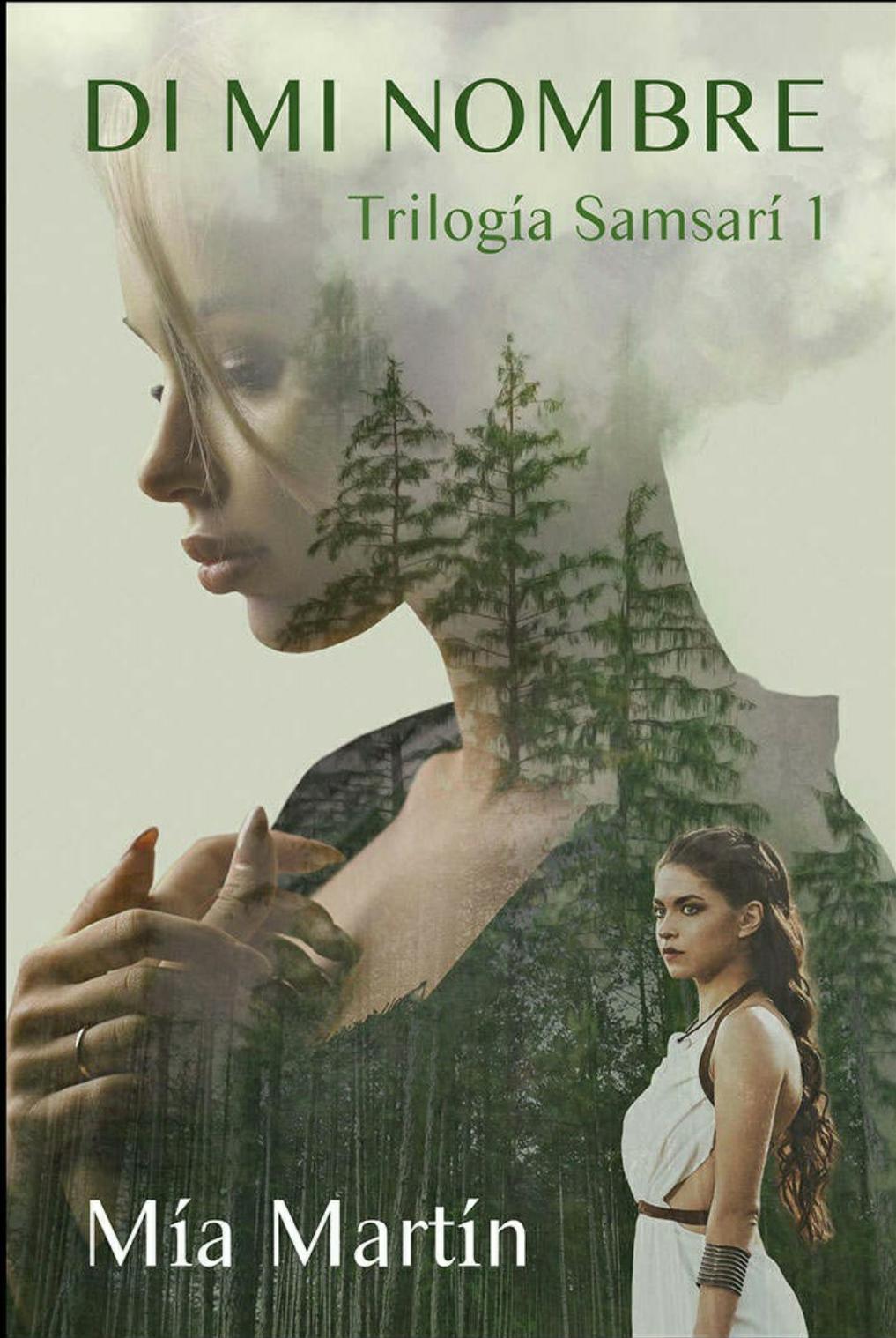
—No se hable más del asunto; daré a mi hijo los salvoconductos y las instrucciones precisas. Viajaréis con él, arrancaréis la página del libro y tendréis lo que es vuestro; con eso conseguiréis también a María, vuestra bien amada mujer. Y yo volveré a tener a mi hijo de regreso en casa, curtido en las

lides del Señor.

Selecta

DI MI NOMBRE

Trilogía Samsarí 1



Mía Martín

¿Alguna vez al conocer a alguien has sentido que ya formaba parte de ti?

Michela Hauffman detesta los cambios en su rutina, la gente que llega a deshora a una fiesta y a Roberto PASTRIANI, el enigmático y prepotente mejor amigo de su novio Lukas.

Ocurre que, por más que haga, Michela no deja de tropezárselo en todas partes, en celebraciones de cumpleaños, en su cafetería favorita e incluso en sueños.

Roberto PASTRIANI, oficial del cuerpo de los carabinieri, dedica cada día de su vida a su trabajo y está decidido a acabar con la corrupción que enfanga las raíces del Ayuntamiento de Roma, y verá cómo su vida y creencias se van al traste cuando conoce a la escurridiza novia de su único amigo de infancia, Michela Hauffman.

Roberto y Michela desconocen que sus destinos están irremediabilmente unidos...

Mía Martín: Nací hace treinta y seis años en Santa Cruz de Tenerife, pero desde niña resido en la isla vecina, Gran Canaria, soy licenciada en Derecho, madre de una pequeña guerrera y una lectora voraz; que escribe en su tiempo libre sobre el amor y otros misterios.

Penguin Random House Grupo Editorial

Edición en formato digital: noviembre de 2018

© 2018, Mía Martín

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-66-1

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás recomendaciones de lecturas personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

[Dí mi nombre](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado esta novela](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Mía Martín](#)

Créditos

Document Outline

- [Prólogo](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Nota de la autora](#)
- [Agradecimientos](#)